Memoria a 40 años



Pedro Milos
Editor

Isabel Torres
Rolando Álvarez
Pedro Milos
Juan Carlos Concha
Patricio Hevia
Carlos Molina
Hugo Fazio
Óscar Guillermo Garretón
Gustavo Miranda
César Albornoz
Juan Pablo González
Jorge Echenique
Sergio Gómez
Alfredo Joignant
Eduardo Contreras
Esteban Tomic
Pedro Felipe Ramírez
Andrés Pascal Allende



MEMORIA A 40 AÑOS

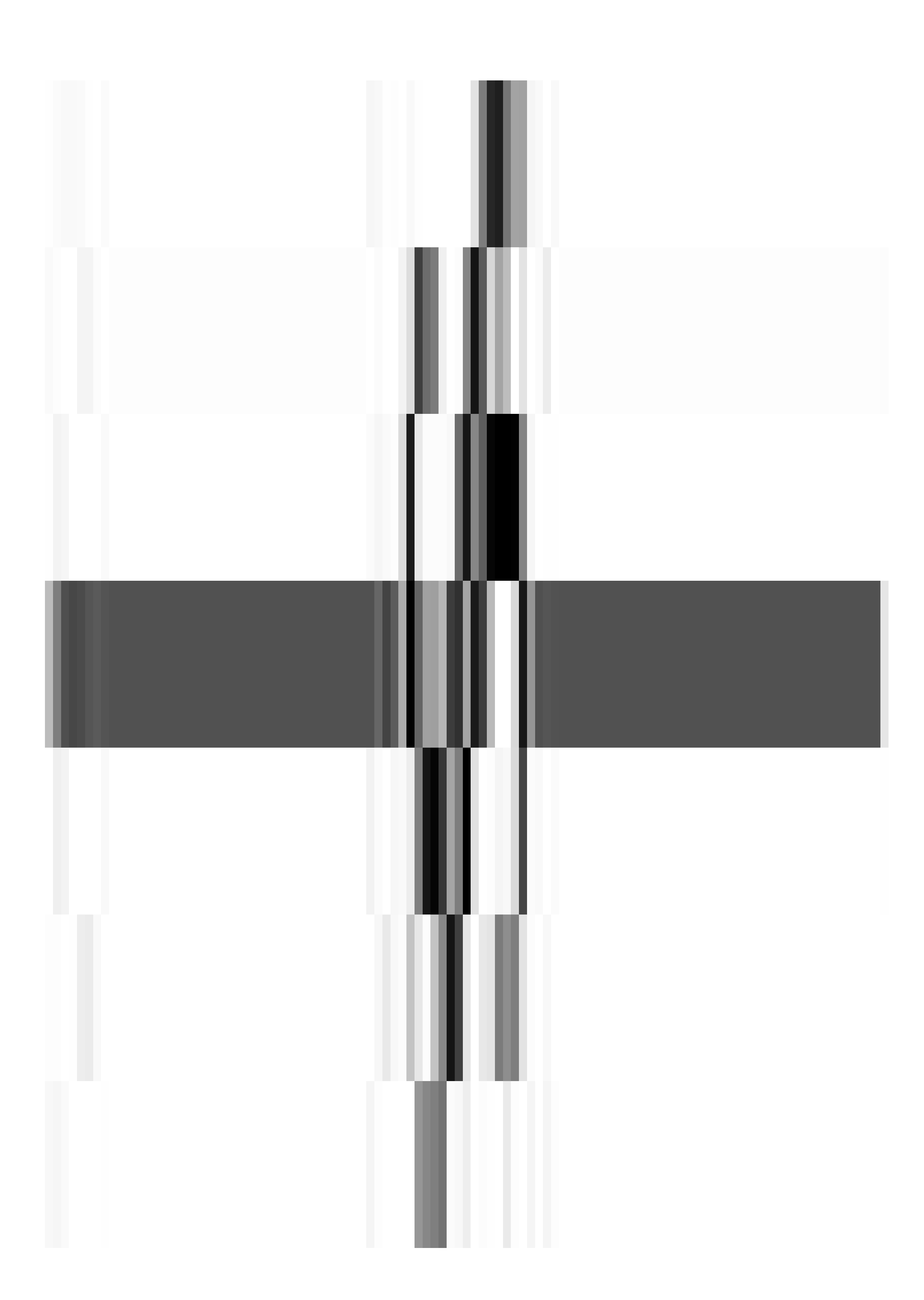


PEDRO MILOS
EDITOR

ISABEL TORRES
ROLANDO ÁLVAREZ
PEDRO MILOS
JUAN CARLOS CONCHA
PATRICIO HEVIA
CARLOS MOLINA
HUGO FAZIO
ÓSCAR GUILLERMO GARRETÓN
GUSTAVO MIRANDA
CÉSAR ALBORNOZ
JUAN PABLO GONZÁLEZ
JORGE ECHENIQUE
SERGIO GÓMEZ
ALFREDO JOIGNANT
EDUARDO CONTRERAS
ESTEBAN TOMIC
PEDRO FELIPE RAMÍREZ
ANDRÉS PASCAL ALLENDE



MEMORIA A 40 AÑOS



CHILE 1971

EL PRIMER AÑO DE GOBIERNO

DE LA UNIDAD POPULAR

Memoria a 40 años

Chile 1971

El primer año de Gobierno de la Unidad Popular

Pedro Milos

Editor

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869– Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl – 56-02-28897726

www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile

Octubre de 2013

ISBN libro impreso: 978-956-9320-48-4

ISBN libro digital: 978-956-9320-51-4

Impreso por C y C impresores

Dirección Colección de Historia

Marcos Fernández Labbé

Dirección editorial

Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva

Beatriz García-Huidobro

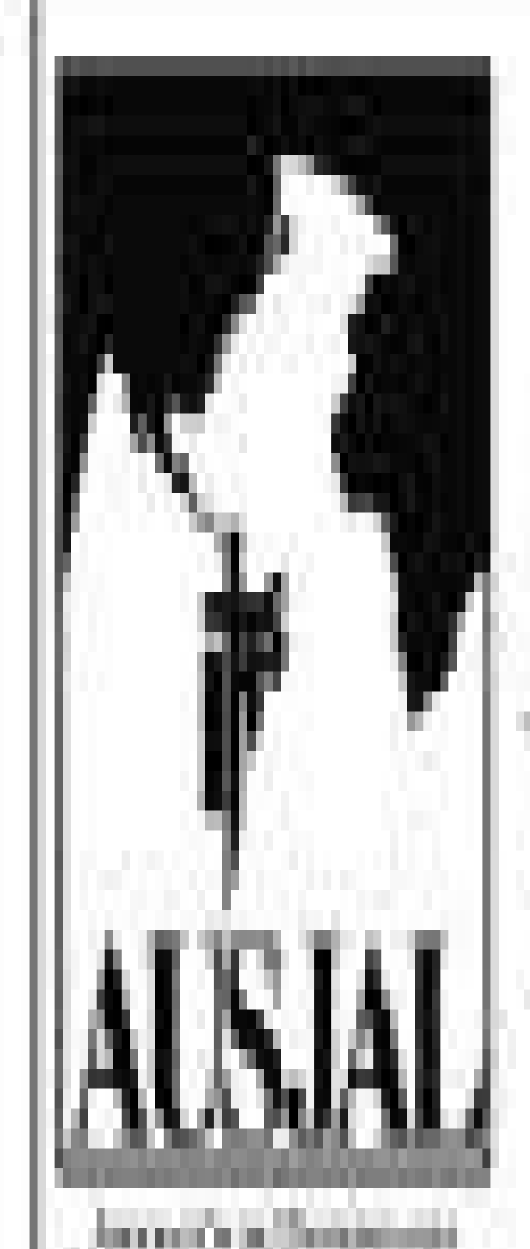
Diseño de portada y diagramación interior

Francisca Toral

Producción Seminario Chile 1971: Cindy Iriarte y Cristina Quezada R.

Transcripciones: Juan Domingo Navarrete y Cindy Iriarte

Edición transcripciones: Javiera Letelier C.

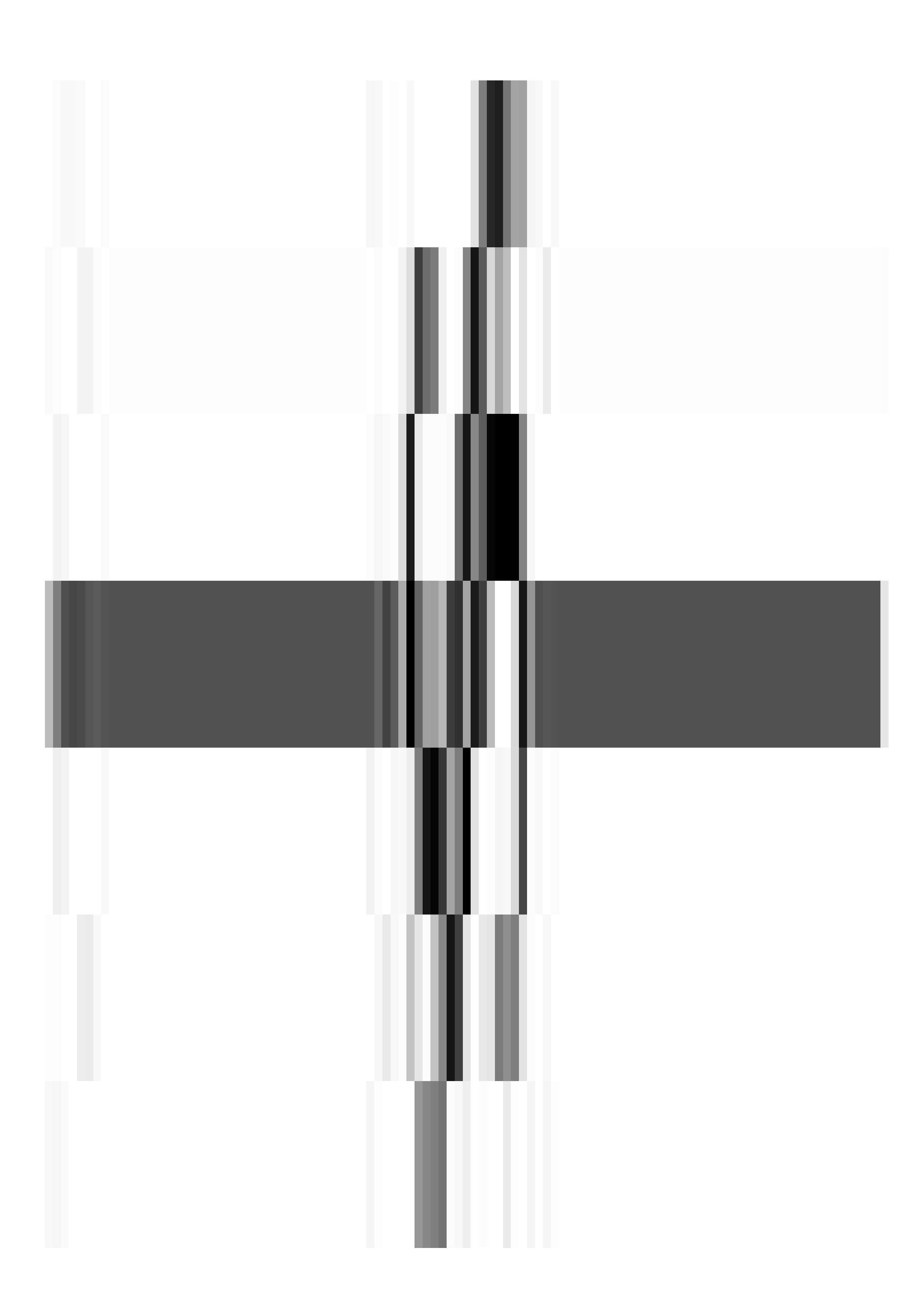


MIEMBRO DE LA

RED DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DE AUSJAL

www.ausjal.org

MEMORIA A 40 AÑOS



CHILE 1971

EL PRIMER AÑO DE GOBIERNO

DE LA UNIDAD POPULAR

Pedro Milos

Editor

Autores

Isabel Torres

Rolando Álvarez

Pedro Milos

Juan Carlos Concha

Patricio Hevia

Carlos Molina

Hugo Fazio

Óscar Guillermo Garretón

Gustavo Miranda

César Albornoz

Juan Pablo González

Jorge Echenique

Sergio Gómez

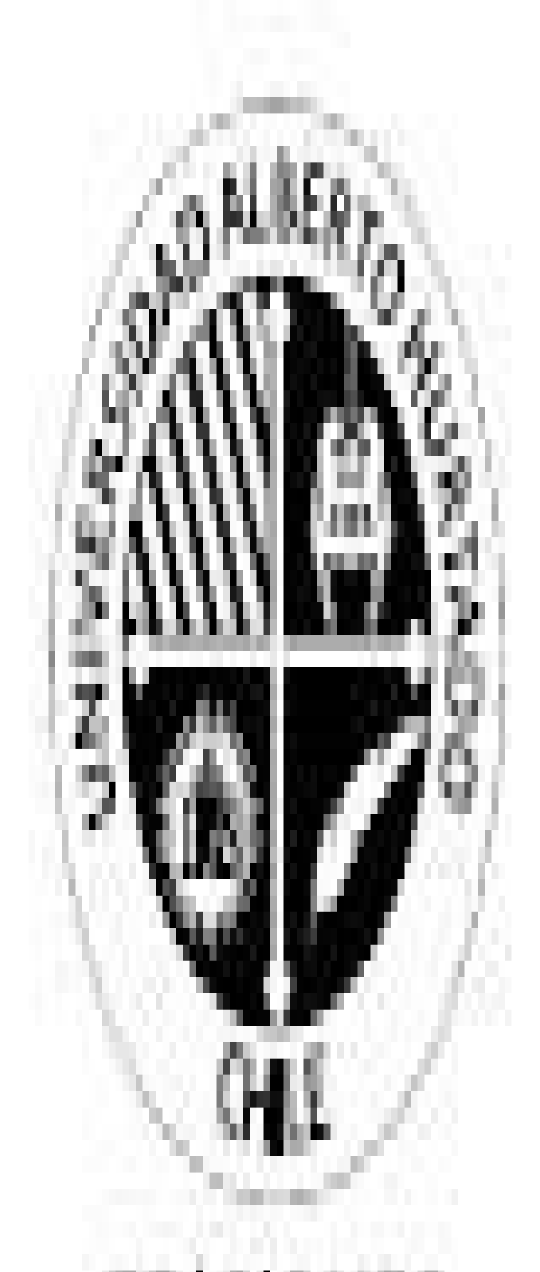
Alfredo Joignant

Eduardo Contreras

Esteban Tomic

Pedro Felipe Ramírez

Andrés Pascal Allende

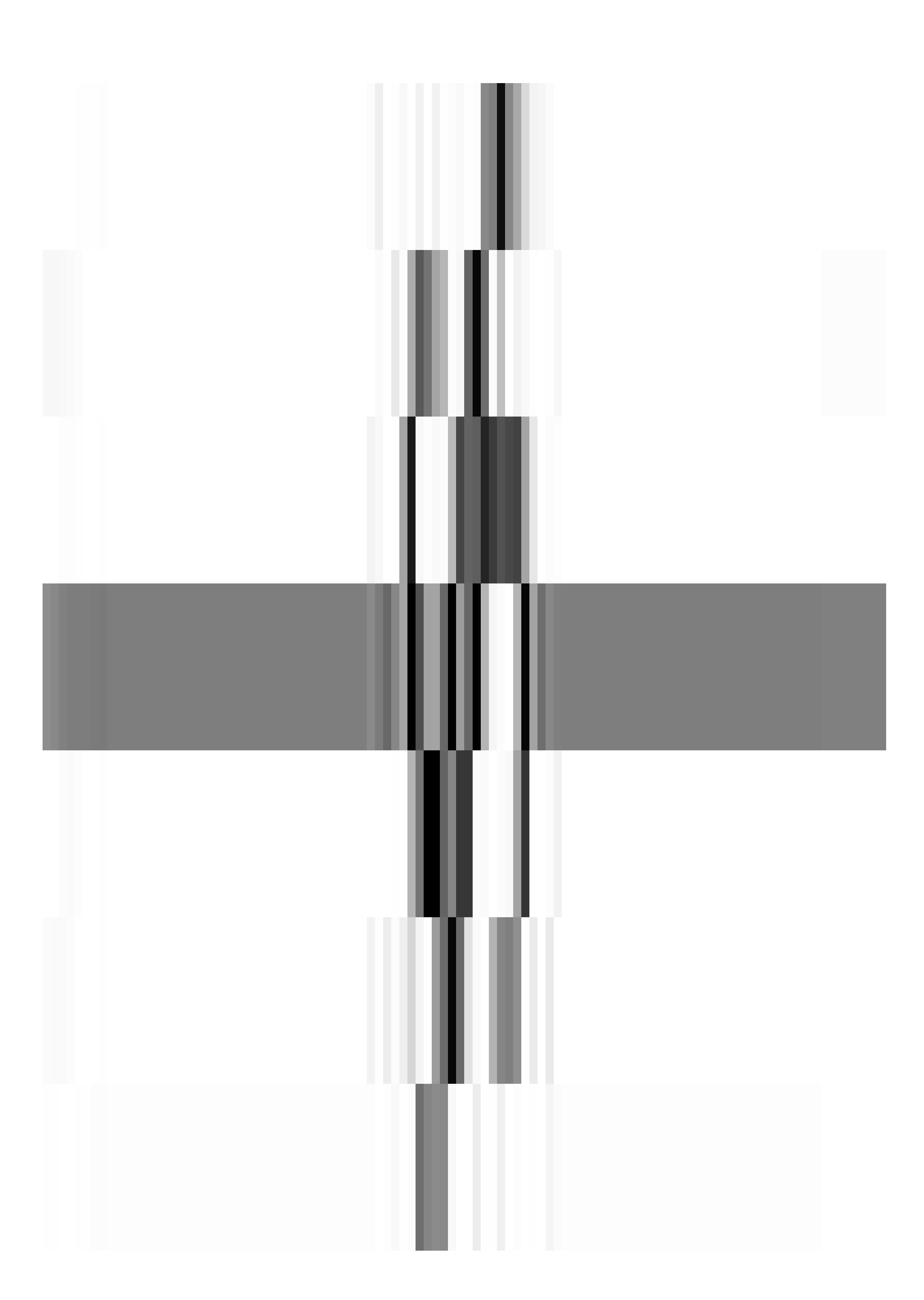


EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

ÍNDICE

Primer Mensaje al Congreso Pleno del Presidente Salvador Allende, mayo de 1971

PRESENTACIÓN



MEMORIA A 40 AÑOS es un proyecto que se inició en 2010 con el Seminario Chile 1970, realizado con ocasión de los cuarenta años de la elección del Presidente Allende. De ahí en adelante, año a año, se fue siguiendo el desarrollo histórico de la experiencia de la Unidad Popular hasta su término en septiembre 1973. Esta 'saga' finalizó este año 2013 con el Seminario Chile 1973 y en total convocó a alrededor de sesenta personas, la mayoría de ellas actores o testigos directos de esos años, más algunos académicos. Los registros transcritos de esta rememoración colectiva dan lugar a cuatro volúmenes que hoy ven la luz pública, buscando constituirse tanto en testimonios de una memoria como en fuentes posibles para una nueva historia de este periodo. Este volumen es uno de ellos.

MEMORIA A 40 AÑOS responde a una hipótesis respecto del recuerdo que existe sobre este convulsionado período y sobre la relación entre memoria e historia. Tenemos la impresión de que en general cuando se menciona a la Unidad Popular o se habla de Salvador Allende, nuestra memoria colectiva activa distintos focos aglutinadores de recuerdos. Al menos cuatro. En primer lugar, se activa el recuerdo del proceso de esos tres años que corresponden al Gobierno de la Unidad Popular, haciendo de ellos un todo sin distinciones. Un segundo foco —tal vez el más recurrente— se relaciona específicamente con el golpe de Estado de 1973, asociando el recuerdo de la Unidad Popular y de Salvador Allende a ese acontecimiento, con la enorme carga emotiva y política que tiene para nuestro país. En tercer lugar, ese recuerdo se asocia a la vivencia de la dictadura, ya que buena parte de la experiencia autoritaria se vincula con lo sucedido en nuestro país a partir de 1970. Por último, una cuarta evocación está relacionada con el discurso y la vivencia democrática de los últimos veinte años, uno de cuyos pilares fue 'recuperar' la democracia que se había extinguido el año 1973.

En cualquiera de los cuatro casos mencionados, la memoria se muestra reticente a recordar de manera pormenorizada o 'reconstructivamente' aquello que, en términos más estrictamente históricos, representaron la Unidad Popular y la figura de Salvador Allende. Y es comprensible y saludable que así sea porque no

está en la naturaleza de la memoria ese tipo de reconstrucción ‘racional’ o pretendidamente objetiva. En efecto, la memoria entendida como práctica social a través de la cual los sujetos, individual o colectivamente, construyen sentidos respecto del pasado, opera de manera distinta a la historia. No es raro, entonces, que la memoria evoque distintos sentidos o construya significados diferentes para un mismo proceso. Sin embargo, en este caso, al hacerlo —y del modo como lo hemos caracterizado— creemos que como sociedad estamos retrasando una comprensión más ‘empática’ o comprensiva de este período tan gravitante en nuestras vidas personales como también en su dimensión colectiva.

MEMORIA A 40 AÑOS ha querido aportar, entonces, una práctica conmemorativa diferente. Busca potenciar la relación entre memoria e historia, por la vía de la interpelación de la memoria desde interrogantes propias de la historiografía: proponiendo un andamiaje temático y un marco temporal que ayuden a situar los recuerdos de un modo más cercano a los acontecimientos y a las fases del proceso. De allí el corte, por cierto arbitrario, entre cada año, progresivamente, y la identificación de temas que para cada uno de esos años se supone significativos.

Un intento por reconstituir el ritmo y la cadencia del proceso, del modo lo más cercano posible a cómo lo vivieron los actores, o sea intentando no considerar el futuro de los hechos ni las consecuencias de sus propias acciones. Así, quienes fueron invitados a participar de este proyecto debieron realizar un ejercicio especial y, en cierto modo, artificial: recordar su experiencia en un año específico, sin olvidar que, en ese momento, no sabían lo que vendría después.

MEMORIA A 40 AÑOS, sin embargo, reconoce y asume otro sesgo: es una iniciativa que no ha buscado representatividad o ecuanimidad alguna en el sentido de convocar a partidarios y/o detractores de la Unidad Popular. Por el contrario, creemos haber invitado a actores que, de distintos modos y en distintas circunstancias, estuvieron comprometidos con el proceso que se buscaba rememorar. La mayoría de ellos con responsabilidades políticas, técnicas o sociales en esos años, próximas al gobierno o bien con posiciones relativamente

afines o cercanas. Con una sola excepción: en cada una de las mesas en que se discutió el contexto político, se invitó a un dirigente o militante democratacristiano activo en la época. En el caso de los académicos o analistas, en cambio, se invitó a quienes hubiesen realizado trabajos sobre los temas en discusión. Las razones de estas opciones son múltiples; tal vez la principal de ellas sea la dificultad de crear condiciones para un diálogo efectivo entre memorias tan disímiles y polémicas. Este es solo un primer paso.

MEMORIA A 40 AÑOS, cuatro volúmenes que contienen huellas de un pasado reciente, que cambió la línea de las vidas de millones de chilenos y chilenas. Una serie de testimonios que busca evitar que la brutalidad y el dramatismo del golpe de Estado de 1973 ensombrezcan el recuerdo y determinen el análisis del tiempo que lo precedió. Un conjunto de 'fuentes' que va más allá de esa fecha símbolo y que remonta su historia.

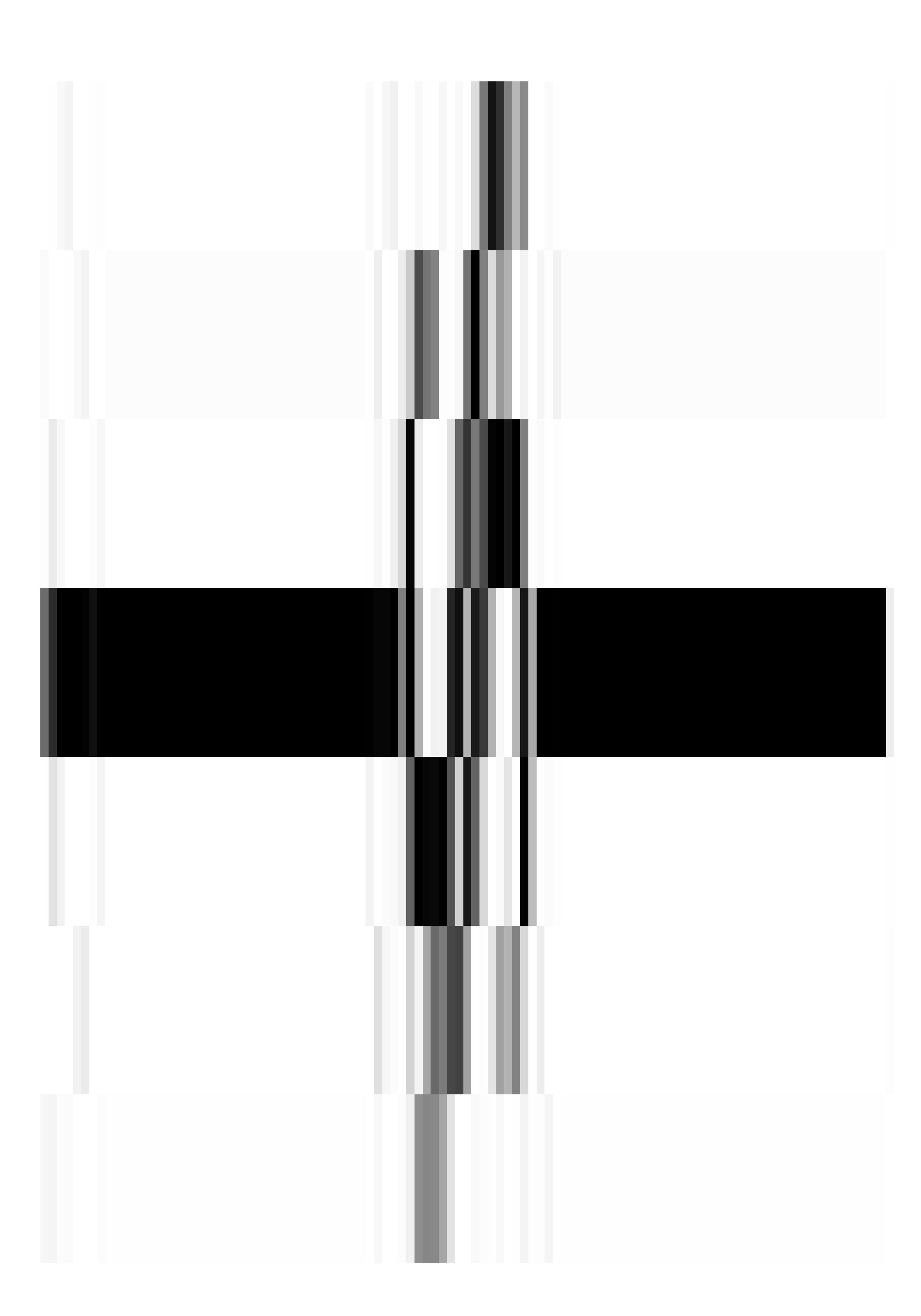
Memoria a 40 AÑOS, es también la publicación que inaugura la nueva serie de Documentos para la Historia del Chile Contemporáneo de la Colección Historia de la Universidad Alberto Hurtado, espacio editorial para la difusión de fuentes históricas que aporten a la comprensión de nuestro presente.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

INTRODUCCIÓN



Pedro Milos

Había pasado un año desde el primer encuentro de reflexión sobre los ‘cuarenta años’ de la elección del Presidente Allende, en septiembre de 1970, y había pasado también ‘un año’ de su Gobierno, en términos históricos, si lo hubiésemos estado siguiendo ‘en tiempo real’. Fue en ese momento, noviembre de 2011, cuando el Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado organizó el Seminario Chile 1971. Se trataba del segundo evento de una serie de cuatro, que había comenzado un año antes y que terminaría en 2013. La lógica de la pregunta central del Seminario se mantuvo, respecto del anterior: ¿Podremos, cuarenta después, recordar y desentrañar las claves de comprensión específicas que nos aporta el año 1971, respecto de un proceso complejo como lo fue la experiencia de la Unidad Popular? Y su sentido también: responder positivamente esa interrogante permitiría ‘resistir’ el peso interpretativo que tiene el golpe de Estado, como momento terminal, respecto del proceso y sus hitos previos. De esta pregunta y sus respuestas damos cuenta en esta publicación[1].

1971, desde el punto de vista político, estuvo marcado por los resultados de las elecciones municipales del mes de abril: entonces la Democracia Cristiana, si bien baja su desempeño respecto de las municipales anteriores, confirma su carácter de partido mayoritario, al tiempo que los partidos de la Unidad Popular se empinan por sobre el 50 por ciento de los votos, aumentando notablemente el porcentaje obtenido en la elección presidencial. Preludio de una encrucijada en que la DC deberá optar entre la colaboración y la oposición. En ese contexto, el asesinato del ex ministro Edmundo Pérez Zujovic, en el mes de junio, será gravitante. Por su parte, Allende, en su discurso del 21 de mayo, había desplegado ya su original estrategia, conocida como la ‘vía chilena al socialismo’.

1971, en el plano económico, muestra indicadores más que auspiciosos durante buena parte del año: el empleo mejora a la par que los salarios, aumenta la producción y todo ello eleva el consumo, principalmente de los sectores populares. Es el año en que se plantan dos banderas fundamentales para sustentar los planes económicos del gobierno: la Nacionalización del Cobre y la

constitución del Área de Propiedad Social de la economía.

1971 es también el año en que se profundizan los cambios en el mundo rural, a través de una renovada y más profunda Reforma Agraria, de importancia no solo económica sino también política y social. Los planes, programas y políticas sociales, de carácter público, anunciados en el programa de la Unidad Popular, comienzan a materializarse en distintas áreas, todas de gran sensibilidad e impacto. Los cambios llegan al mundo del trabajo y al modo como se gestiona la salud y se protege a la infancia; los planes de vivienda se extienden, terremoto de por medio; el debate se anuncia en el campo de la educación.

Porque se creía que aquella vez no se trataba, simplemente, de ‘cambiar un Presidente’, 1971 es también el año en que se busca avanzar en un gran proyecto de cambio cultural, que hiciera posible forjar un ‘hombre nuevo’, creador no solo de una nueva economía y una nueva sociedad sino también de nuevas expresiones artísticas y culturales. La ‘quinta rueda’…

Chile 1971. El primer año de gobierno de la Unidad Popular, es el segundo volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS. Dieciocho autores, doce de ellos actores directos de procesos vividos durante ese año, en distintas áreas y responsabilidades, aportan a la comprensión de los principales hitos que marcaron el primer año de gobierno de la Unidad Popular. Un año en que la sociedad chilena, entre impactada y ‘expectada’, permite que los distintos actores busquen, encuentren y desplieguen sus posiciones; un clima muy diferente al que se vivirá más adelante, pasado el primer año, cuando la confrontación se instale.

Desde un punto de vista analítico, la historiadora Isabel Torres y los historiadores Rolando Álvarez y Pedro Milos aportan antecedentes respecto de la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, dos actores políticos claves para el proceso, y respecto de la estrategia política impulsada por Salvador Allende. Isabel Torres reconstruye la trama de relaciones internas de la DC, que se tensan

a propósito de la candidatura de Radomiro Tomic a la elección de 1970 y del posterior triunfo de Allende; una trama que seguirá presente durante buena parte del año 1971 y que ayuda a comprender las relaciones entre la Democracia Cristiana y la UP ese primer año. Rolando Álvarez, por su parte, nos habla desde la subjetividad de la militancia comunista, desde la identidad, cultura y tradiciones del PC para, desde allí, explicar por qué ese primer año de gobierno popular fue vivido como un año de fiesta, de certezas, de materialización del optimismo histórico de la izquierda. Pedro Milos, finalmente, propone un balance de 1971 a la luz de los cinco puntos esenciales de la vía chilena al socialismo: el principio de legalidad, el desarrollo institucional, las libertades políticas, la violencia, y el logro de las libertades sociales, teniendo como base los discursos del Presidente Allende, del 21 de mayo y del 4 de noviembre de ese año.

Las realizaciones del primer año involucraron casi todos los ámbitos de la vida social, entre ellos uno tan fundamental como la salud pública. Los testimonios de Juan Carlos Concha, Patricio Hevia y Carlos Molina, tres actores relevantes de las políticas de salud durante 1971, constituyen, sin duda, un privilegio. Para Juan Carlos Concha, el programa que aseguraba medio litro de leche diaria para niños, jóvenes, embarazadas y nodrizas, que comenzó a implementarse el 4 de enero de 1971 y del cual era responsable, permitió disminuir –en seis meses– de un 60 a un 12 por ciento los lactantes hospitalizados que presentaban algún grado de desnutrición. Uno entre otros muchos resultados alcanzados durante ese año en que él fue nombrado Ministro de Salud en el mes de agosto. Entre ellos, el desarrollo de novedosos e importantes programas materno-infantiles, que estuvieron a cargo de Patricio Hevia, quien en su presentación destaca tres aspectos claves de la política de salud durante 1971: la salud materno-infantil y de bienestar familiar; el programa nacional de leche; y la participación ciudadana comunitaria, a través de los Consejos Locales de Salud. Carlos Molina, Subsecretario de Salud ese año, junto con recordar la epopeya de importar 36 millones de kilos de leche en solo sesenta días, destaca el cambio histórico que se produce en la conceptualización del proceso salud-enfermedad, al ser ligada indisolublemente a las condiciones de vida de la población.

El Vicepresidente del Banco Central y el Subsecretario de Economía en 1971,

son quienes nos hablan sobre la nacionalización del cobre, la creación del Área de Propiedad Social y la situación económica de ese año: Hugo Fazio y Óscar Guillermo Garretón, respectivamente. Como miembro del Tribunal Constitucional del Cobre en la época, Hugo Fazio da cuenta del proceso a través del cual el Estado chileno, inspirado en la 'doctrina Allende' nacionalizó el cobre sin pago de indemnizaciones; así también relata qué medios se utilizaron para la estatización de la banca nacional y extranjera, ante la imposibilidad de legislar al respecto. Óscar Guillermo Garretón, por su parte, señala que durante 1971 se avanzó en los principales objetivos económicos, como lo eran profundizar la Reforma Agraria y aumentar el poder económico del Estado: el "sueño revolucionario pareció posible y exitoso". Sin embargo, las consecuencias de esos avances no se harían esperar, entre ellas las presiones norteamericanas traducidas en el no otorgamiento de nuevos créditos. Entre las muchas 'lecciones' que Garretón extrae de esos años, destaca una: mientras más radicales sean los cambios, más amplias son las mayorías que se requieren.

El campo de la cultura, particularmente el de la música, forma parte también del proceso de cambios que se vive durante el primer año de gobierno de la Unidad Popular. Las presentaciones de Gustavo Miranda, César Albornoz y Juan Pablo González dan cuenta de ello, tomando como referencia común la realidad de la llamada Nueva Canción Chilena. En el caso de Miranda, para analizarla en relación a la cultura juvenil de la época, a través de la revista El Musiquero, para mostrar, por ejemplo, cómo sus portadas representaron el proceso político que se estaba viviendo. César Albornoz –entre otras cosas– nos revela que en enero de 1971 se establece que el 25 por ciento de la música que emiten las radios debe ser 'música nacional' y el 15 por ciento 'música chilena'; que dentro de los diez temas más escuchados del año figuraron "Ni chicha, ni limoná", de Víctor Jara; "La batea" de Quilapayún y "Con brotes de mi siembra", de Jorge Yáñez y Los Moros; que en Viña triunfaron Bigote Arrocet y Nino Bravo; y que, sin embargo, para la Nueva Canción Chilena, el año 1971 no fue particularmente importante. Para Juan Pablo González 1971, en cambio, fue "el año en que vivimos la utopía" porque los sueños se empezaban a materializar; un año marcado por tres ejes que él denomina "la industria nos pertenece"; "el folclore tiene su lugar"; y "Violeta Parra es la madre del canto popular chileno".

La profundización de la Reforma Agraria es, junto a la Nacionalización del Cobre, uno de los procesos que más marca el año 1971, tal como lo exponen Jorge Echenique y Sergio Gómez, quienes estuvieron en la primera línea de los equipos políticotécnicos de la época. Una Reforma Agraria que, según nos recuerda Jorge Echenique, contó con apoyo mayoritario a nivel legislativo y que, a partir de ese año, se centra en tres focos: término al latifundio, reorganización del área reformada y construcción de una alianza campesino-proletaria. Todo ello, sin embargo, con una agricultura desafiada a satisfacer un consumo creciente, justo en el momento en que experimenta una transformación estructural de esa magnitud. Sergio Gómez profundiza en la organización campesina, particularmente en las características y dificultades de los Consejos Campesinos, y en los modelos de organización del sector reformado en su tránsito desde los asentamientos a los Centros de Reforma Agraria. A juicio de Echenique, el cambio en las reglas del juego, en 1971, reforzó las dudas de los agricultores respecto de la Reforma Agraria en curso.

La reflexión política sobre este agitado año 1971 está a cargo de Eduardo Contreras, Alfredo Joignant, Esteban Tomic, Pedro Felipe Ramírez y Andrés Pascal Allende, cada uno de ellos desde su particular posición política en la época –socialista, comunista, democratacristiano, izquierda cristiana y mirista, respectivamente–. Para Alfredo Joignant, 1971 forma ya parte de lo que él llama la “crónica anunciada del golpe de Estado”, que habría comenzado a escribirse el mismo día en que Allende triunfa en las urnas; y destaca el proceso de radicalización que comienza a observarse desde mediados del año y que incluía a su querido Partido Socialista. Eduardo Contreras, joven alcalde comunista de Chillán en ese momento, destaca ocho acontecimientos que a su juicio marcaron 1971; incluyendo, aparte de los más conocidos, la positiva redistribución del ingreso nacional, así como el negativo rol que habría jugado la ultraizquierda. La mirada de Esteban Tomic está marcada por la rica experiencia de colaboración y respeto que él vivió siendo parte de la embajada de Chile en Alemania, ese año 1971, y su falta de correlato con lo que ocurría en Chile; la Unidad Popular no asumió su condición de ‘tercio’ no mayoritario y desperdició la oportunidad de haber estrechado lazos con una DC que compartía aspectos importantes de su programa: la ‘fiesta’ se convirtió así, a su juicio, en ‘farra’. Para Pedro Felipe Ramírez, en cambio, 1971 es el año en que su grupo deja la DC para migrar hacia la UP, bajo el nombre de Izquierda Cristiana; se consagraba así la imposibilidad de haber llegado, en algún momento, a la alianza entre ambas

fuerzas para constituir una ‘unidad popular’ a nivel social y político. Para el MIR, a cuya dirección nacional pertenecía Andrés Pascal Allende, 1971 era parte de un período prerrevolucionario, donde no existía aún una correlación de fuerzas suficiente para lograr el cambio revolucionario. Pascal sostiene que el MIR apoyaba las reformas y el horizonte socialista, pero no compartía la idea de alcanzar el poder gradualmente y por la vía institucional. Se pregunta también por qué, quienes creían en esa vía, no aprovecharon el buen resultado electoral de abril de 1971 para convocar a un plebiscito y realizar los cambios institucionales que se requerían.

“Chile 1971. El primer año de gobierno de la Unidad Popular”, segundo volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS, es un buen registro del acelerado pulso que comienza a mostrar la sociedad chilena tras la elección presidencial de 1970. En ello hay, ciertamente, factores que responden a las acciones que emprende la Unidad Popular una vez alcanzado el gobierno y que ya comentaremos; pero hay también una marea de fondo. Con cualquier alternativa que se hubiese impuesto tras la elección de septiembre de 1970 –triunfo de Tomic, triunfo de Alessandri, opción del Congreso por Alessandri siendo segunda mayoría, golpe de Estado como resultado del secuestro del general Schneider u otra que se pudiese imaginar– el resultado hubiera sido una ‘aceleración de la historia’ del país, a partir de ese momento. En este sentido, 1971 es algo más que un mecánico reordenamiento de la política y de la sociedad como reacción al modo como la Unidad Popular enfrentó su primer año de gobierno. Así lo demuestra una serie de procesos que se viven durante 1971.

Para la derecha, 1971 está marcado no solo por la derrota de su candidato en septiembre, sino fundamentalmente por su subordinación a la voluntad del gobierno norteamericano, expresada del siguiente modo, en palabras de Pedro Felipe Ramírez: primero, de impedir que Allende ganara; segundo, de impedir que Allende asumiera; y, tercero, de impedir que Allende gobernara y que terminara su período. Por lo tanto, lo que hiciera o no hiciera la Unidad Popular el año 1971 desde el gobierno, resultaba poco relevante para la actitud de la oposición de derecha, ya que su postura estaba definida previamente. Así es como, en apariencia, el papel jugado por la derecha o su presencia durante buena

parte de ese año es menor. No habiendo podido impedir que Allende triunfara y asumiera, la derecha está comenzando a entorpecer su gobierno.

La Democracia Cristiana, durante 1971, debe hacerse cargo de una serie de señales de alerta que viene recibiendo interna y externamente desde fines del gobierno de Eduardo Frei. Por de pronto, sus corrientes internas que ya le han significado la salida del MAPU y una difícil negociación para llegar a nominar a Radomiro Tomic quien debe dar cuenta, por una parte, de su sincera y conocida vocación unitaria respecto de la izquierda y, por otra, de su condición de candidato exigido a representar el camino propio. Luego, el PDC debe procesar los resultados de la elección municipal de abril, en que pierde adhesión frente a una izquierda y una derecha que se fortalecen a su coste; procesar igualmente el impacto partidario que tiene el asesinato de Pérez Zujovic, que reafirma a sus sectores más conservadores frente a una dirección que hace meses se muestra más abierta y colaboradora; todo lo cual le va a significar un segundo quiebre del cual saldrá la Izquierda Cristiana. En consecuencia, el comportamiento de la Democracia Cristiana durante 1971, responde, en buena parte, a sus propias necesidades; en un contexto, el de un gobierno que toma iniciativas y da señales, por supuesto.

La Unidad Popular, por su parte, está gozando de su anhelado ‘minuto de gloria o de fama’, si por ello entendemos aquellos momentos –ya sea en la vida personal o en la historia de los pueblos–, largamente esperados, que se disfrutan como si la prolongada espera fuera un presagio de su posible corta duración. De allí este sentimiento de ‘año de fiesta’ que trasunta 1971 y que es reivindicado y criticado a la vez, dependiendo de cuan extendida haya sido la invitación o las posibilidades de participar en el festejo. Además, el Programa de Gobierno está ahí, recién votado y ‘aprobado’, no es el momento de comenzar a negociar sus contenidos, públicamente conocidos, y con una segunda ratificación electoral, democrática, en el mes de abril, que supera el 50 por ciento de adhesión. Hay tanto que hacer, por lo demás, que las antiguas diferencias y particularidades que friccionaban la unidad, hoy se vuelven casi virtudes que permiten cubrir y distribuir campos de acción en que cada cual puede sentirse más o menos soberano, sin dar ni pedir cuentas al resto.

1971 para el Presidente Allende debe contarse entre los años más completos y gratificantes de su vida política. No solo debe haber sentido que, finalmente, tenía razón, que lo que él había porfiado como camino posible, se abría hacia el horizonte; no solo debe haber escuchado el eco de sus palabras resonando desde muy antiguo, coronando una vida de dedicación y entrega al bien público; sino que, también, debe haber sentido una enorme satisfacción al poder ir concretando sus promesas que, por su importancia y tiempo de maceración, ya podían sintetizarse en pocas líneas, como lo anticipara la noche de su triunfo, el 4 de septiembre: “Hemos triunfado para derrocar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una profunda reforma agraria, para controlar el comercio de exportación e importación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo”.

1971 fue, para el Presidente Allende y la Unidad Popular, el año en que había que ‘poner manos a la obra’. Y así fue.

Tras este segundo volumen de MEMORIA A 40 AÑOS, hay, al igual que en el anterior y en los que vendrán, muchas voluntades, trabajo y generosidad, que es importante reconocer. Cindy Iriarte y Cristina Quezada fueron fundamentales para la producción del Seminario del año 2011, así como la contribución de Juan Domingo Navarrete lo fue para las transcripciones y la de Javiera Letelier para la edición previa. Las mesas del Seminario se vieron enriquecidas nuevamente por la conducción de académicos y académicas del Departamento de Historia, con quienes comparto disciplina y amistad: Soledad Zárate, Pablo Toro, Marisol Palma y Marcos Fernández. Agradecimientos, finalmente, para la autora y los autores que participan de este volumen, que no solo concurrieron con sus presentaciones en el Seminario, sino que confiaron en su posterior edición.

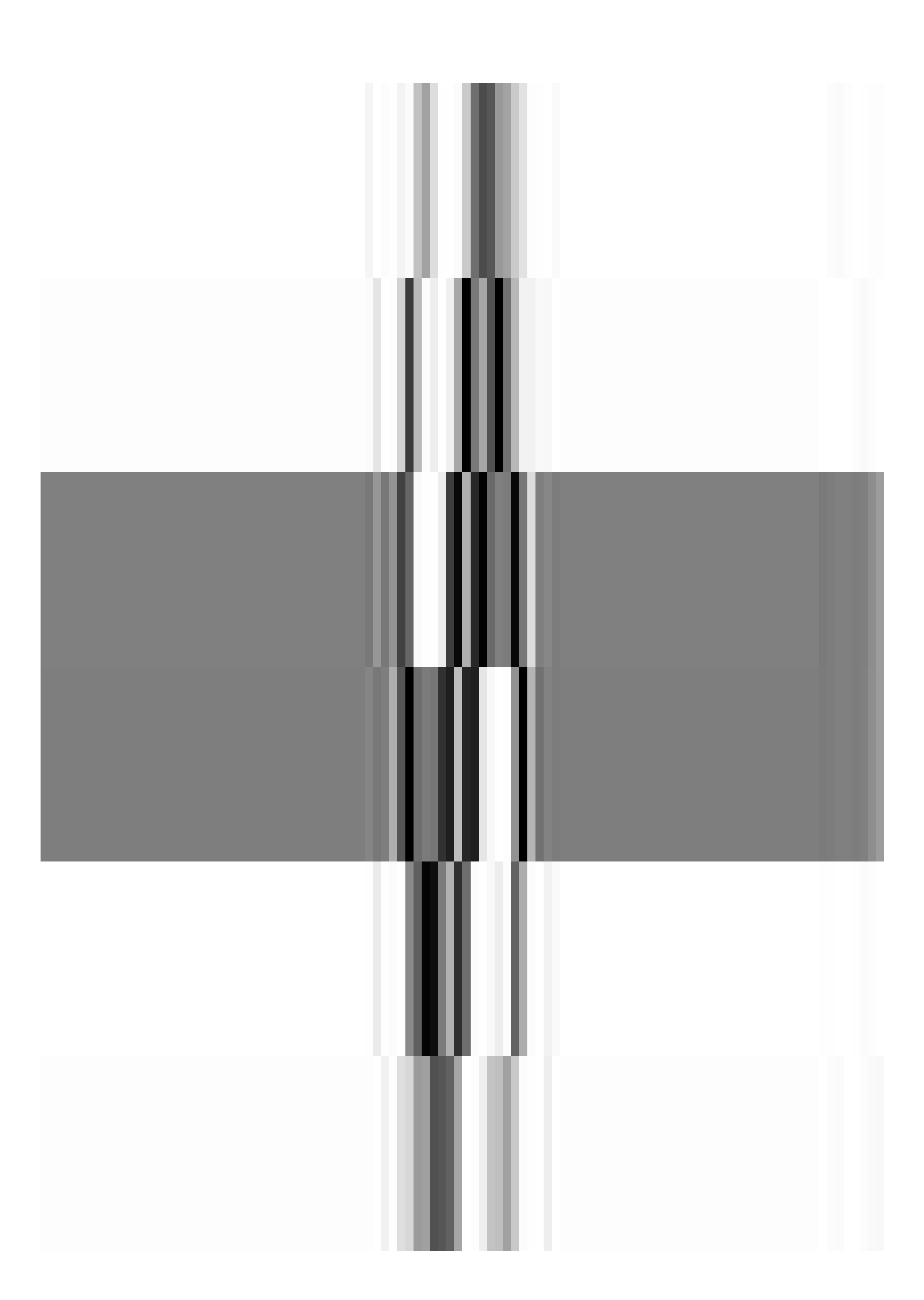
PEDRO MILOS

EDITOR

SANTIAGO, SEPTIEMBRE DE 2013

1 Los textos que se incluyen en este volumen han sido redactados y editados a partir de los registros de las intervenciones orales de este Seminario, realizado el 29 de noviembre de 2011 en la Universidad Alberto Hurtado. El trabajo de edición ha respetado, rigurosamente, la estructura y el contenido de dichas presentaciones. Como complemento a cada texto, bajo el título de ‘Notas del debate’, se han seleccionado –con un criterio de pertinencia temática– algunas intervenciones que los autores realizaron en el marco del debate y de las preguntas del público. La responsabilidad última de los textos escritos, así como de las notas a pie de página, es del editor.

SISTEMA POLÍTICO Y VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

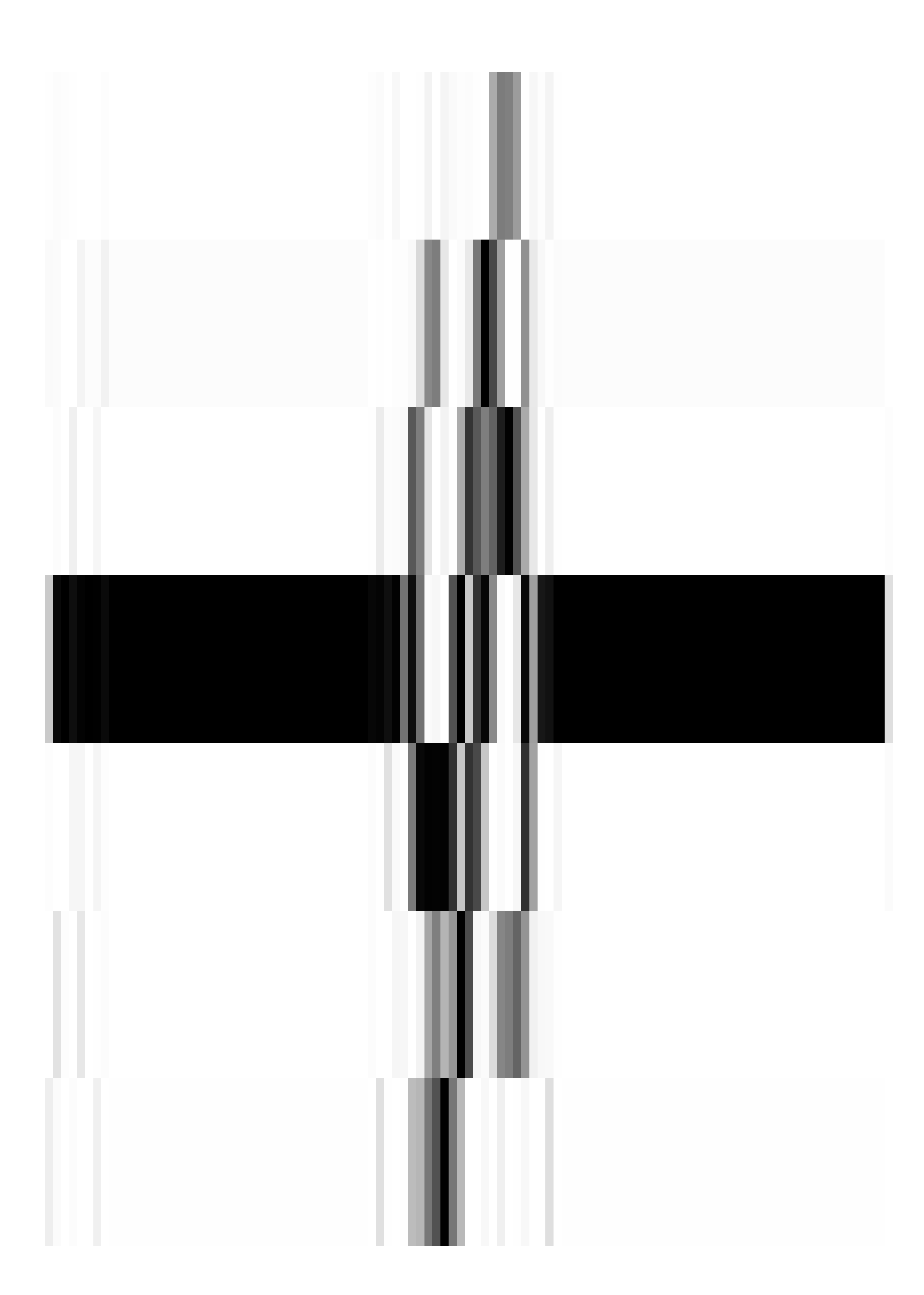


Isabel Torres D.

Rolando Álvarez

Pedro Milos

PRESENTACIÓN DE ISABEL TORRES DUJISIN



En esta ocasión me han pedido que me refiera a la posición de la Democracia Cristiana durante este primer año de Gobierno de la Unidad Popular. No puedo partir, sin embargo, sin hacer una pequeña referencia a lo que fue la Democracia Cristiana en la campaña presidencial, cómo se fue desarrollando y cuáles eran los ejes del debate. Lo haré brevemente.

Primero, durante un tiempo se estuvo discutiendo dos posiciones dentro de la Democracia Cristiana: el camino propio o la Unidad Popular. Unidad Popular no como conglomerado, no como sumarse a ella, sino como el concepto de unir los sectores populares. Y ahí existió un interesante debate respecto de la definición, de cómo se veía a sí misma la Democracia Cristiana. Las pugnas y la discusión eran relevantes porque se trataba, por parte de un sector, de lograr un entendimiento y una alianza con la izquierda y, por otra parte, aquellos que eran contrarios a eso y defendían posiciones no aliancistas.

En el sector llamado tercerista[1], se señalaba que, en cuanto a la candidatura presidencial, el nombre debía ser tratado como un tema secundario, que lo importante era definir qué se pensaba, cuál era el proyecto que estaba impulsando la Democracia Cristiana. Radomiro Tomic[2] señalaba que él plantearía su renuncia indeclinable dentro de la lucha interna, si no resultaba posible que la Democracia Cristiana marchara "unida a otras fuerzas populares". La visión de Tomic era que: "La Democracia Cristiana debe obtener el concurso de sectores políticos de acuerdo a todas las fuerzas sociales comprometidas en la sustitución del régimen capitalista, incluyendo fuerzas marxistas".

El debate era fuerte y, en el fondo, la idea giraba en torno a qué tan cerca o qué tan lejos se debía llegar en la alianza con la izquierda. Los sectores críticos, en los que se ubicaba, por ejemplo Castillo Velasco[3], planteaban: "De acuerdo, podemos llegar a hacer una alianza con la izquierda, pero siempre y cuando el candidato sea de la Democracia Cristiana"; propuesta que tenía algo de la falaz, porque se sabía que la izquierda no aceptaría tales condiciones. De este modo la

Democracia Cristiana va a estar fuertemente tensionada a la hora de definir el candidato a la presidencia, existiendo fuertes discusiones al interior del Partido.

Finalmente, los partidarios de Radomiro Tomic se impusieron y quedó nominado como el candidato del sector, sin embargo, en una situación muy paradojal. Tomic, que era quien defendía y propiciaba la alianza con la izquierda, era el candidato, pero asumiendo la línea del "camino propio", es decir, quedaban contentos los distintos sectores. De este modo, Radomiro Tomic va a representar un punto intermedio o de consenso, entre las diferentes posturas; entre los que están más a la izquierda de los sectores más oficialistas, y los que propician la idea del camino propio y del candidato democratacristiano.

La campaña de Tomic va a estar muy marcada por ideas de progreso, pero también haciéndole un guiño a los sectores más tradicionales o más de derecha dentro de la Democracia Cristiana. "Frei Presidente, Tomic el siguiente". O sea, la continuidad del Gobierno. Porque los sectores más de derecha dentro de la Democracia Cristiana decían: "Pero, ¿cómo vamos a abandonar el capital logrado con Frei?".

El periodo que va desde el 4 de septiembre al 4 de noviembre de 1970 va a ser un momento muy complejo, pero como me corresponde referirme al año 1971, no lo consideraré acá.

Me parece interesante, sin embargo, hacer referencia a la llegada de Salvador Allende a la Presidencia. La DC, para entregar el respaldo a Allende en el Congreso, va a pedir una reforma constitucional que permita aprobar el llamado Estatuto de Garantías Constitucionales. Este estatuto logra ser aprobado rápidamente con los votos DC y de la UP y se firmará en octubre de 1970. Es necesario a la vez reconocer que para la Democracia Cristiana el programa del proyecto popular y democrático no resulta tan distante a lo que ellos mismos han planteado en su programa y además consideran que es parte de su responsabilidad y de su capital político respaldar al Presidente Allende, sobre

todo, desde el punto de vista de la práctica democrática, ya que siempre se había apoyado en el Congreso al candidato que alcanzaba la primera mayoría. Y, también, haciéndose eco de las posiciones muy fuertes que hay al interior de su propio partido, de parte de sectores más propicios a un entendimiento con la izquierda. No hay que olvidar que ya hay una primera salida, del MAPU en 1969[4], en que un sector se va de la Democracia Cristiana y hace alianza con la Unidad Popular y respalda a Allende. Por lo tanto, la situación al interior de la Democracia Cristiana es compleja, tienen que cuidar a su electorado más progresista.

Es importante señalar que, de acuerdo a las fuentes consultadas, para Allende la firma del Estatuto de Garantías, no representó ninguna concesión porque formaba parte de su posición política.

Ya en noviembre del 70, asumido Allende, el Senador Irureta[5], que en ese momento era el Presidente de la Democracia Cristiana, hablaba de "continuar, profundizar y consolidar dentro de la libertad, los cambios que la gran mayoría del pueblo chileno considera necesarios para liquidar el atraso, la miseria, y la dependencia externa, y crear una sociedad que asegure al pueblo el pleno acceso al poder". O sea, es un discurso absolutamente situado al interior de un pensamiento progresista –como diríamos ahora, aunque no era el concepto que se usaba en ese momento–; al interior de una reflexión más bien cercana a un reconocimiento a los sectores populares. Más aún, ya sabemos que se usa también la palabra 'revolución', aunque distanciándose de la izquierda porque esta es una revolución 'en libertad'.

Sin embargo, cuáles son los ejes que nos podrían explicar o ayudar a entender el cambio de la Democracia Cristiana, durante el año 1971, desde un discurso que defiende una posición de cercanía a los sectores populares, sosteniendo que "estamos por liquidar el capitalismo, por terminar con el capitalismo como expresión de injusticia social", a otro discurso muy distinto. Qué hace que este partido vaya transitando, durante ese año, de posiciones de apoyo condicional hasta terminar en una situación totalmente distinta. Hay varios hechos que nos

van a permitir entender este movimiento.

En enero de 1971, Sergio Onofre Jarpa[6], en ese momento Presidente del Partido Nacional, hace un primer llamado, una propuesta a la Democracia Cristiana, para la creación de un "frente cívico", que la Democracia Cristiana rechaza inmediatamente argumentando que aquello sería una coalición demasiado contradictoria. Ellos están en contra del capitalismo y el Partido Nacional, como es sabido, es un partido que defiende esta mirada política–económica. Eso en enero, o sea: nada con la derecha. En febrero, el Partido Nacional propicia la acusación constitucional contra el Ministro de Justicia[7], a raíz de los indultos que se han otorgado a miembros del MIR. La DC se abstuvo frente a esa votación. Al respecto sostiene: "Nosotros, como partido, no queremos agudizar los conflictos". No obstante reconocer que la acusación tiene algo de fundamento, no la respaldan con sus votos en el Congreso. Esto ocurre en febrero de 1971.

En el mes de marzo, nuevamente la derecha plantea una acusación constitucional, esta vez contra el Ministro del Trabajo[8] a raíz de los interventores. Esta acusación tampoco va a contar con el apoyo de la Democracia Cristiana, circunstancia que este partido aprovecha para declarar: "La oposición de la Democracia Cristiana es más correcta, suave, y caballerosa, que la tuvo el FRAP[9] en su momento –con Frei–, pero –y aquí empieza a poner algunas señales– depende de la Unidad Popular cómo esta oposición se mantenga". En el discurso comienza a aparecer, de manera reiterada, el malestar por lo que dentro de la Democracia Cristiana consideran ataques contra su partido, ataques contra los funcionarios públicos que aún están en el gobierno o que han sido despedidos o dejados de lado; por cómo la prensa oficialista –ya empieza a aparecer este reclamo– tilda a la Democracia Cristiana de partido de derecha; por las acusaciones contra Frei; etcétera. Entonces, iniciándose el año 71 ya hay una primera advertencia, todavía muy tenue, que dice algo así como "nosotros no vamos a hacer lo que ustedes hicieron con Frei, sin embargo sepan que los vamos a respaldar solo en la medida en que ustedes no nos ataquen y que mantengan un respeto a nuestras posiciones".

Con las elecciones municipales del mes de abril de 1971[10], se va a percibir una primera inflexión. En general, las elecciones siempre son mediciones de fuerza, más aún cuando ocurren tan cerca de las presidenciales; permiten saber con qué fuerza se contaba y, sobre todo, en este caso, porque los primeros meses del Gobierno de la Unidad Popular habían sido meses muy activos en cuanto a la implementación de medidas concretas. Por lo tanto, para los distintos sectores políticos –no solo para el Gobierno, no solo para la Democracia Cristiana, sino que también para la derecha– las elecciones municipales eran un primer test o balance para saber con qué fuerza se contaba y cómo seguir avanzando. Para la Democracia Cristina, en particular, ellas representaron una doble medición: a nivel nacional y también al interior del propio partido. En el marco de esas dos tensiones, que yo señalo y que van a estar permanentemente en conflicto, el resultado de las municipales permite hacer una medición de fuerzas internas. No es un detalle que la primera votación a nivel nacional haya sido para Carmen Frei, hija del expresidente, como Regidora de Santiago. Mientras los sectores más oficialistas de la Democracia Cristiana tuvieron un discurso más polarizado: ‘democracia versus autoritarismo o totalitarismo’, ‘marxismo versus democracia’; los sectores más progresistas mostraron un discurso más orientado a seguir avanzando en la profundización, en el respaldo a los sectores populares.

Veamos los resultados de esas elecciones de abril de 1971: comparando respecto de las elecciones municipales anteriores, del año 67, el Partido Socialista sube de 14 a 22 por ciento, o sea, logra un incremento importante. El Partido Comunista sube de 15 a 17 por ciento, también aumenta. La Democracia Cristiana, sin embargo –considerando, por supuesto, que para las municipales del 67, estaba en el Gobierno–, baja de 35,6 a 26,15 por ciento, tiene un descenso importante. Y el Partido Nacional sube de 14 a 18,4 por ciento. O sea, en estas elecciones, tanto la izquierda como el Partido Nacional aumentan; siendo la Democracia Cristiana la que disminuye de manera importante.

¿Cómo analizan estos resultados en la Democracia Cristiana? En primer lugar, los leen como un crecimiento de la izquierda, considerándose ellos más cerca de esas posiciones y, por supuesto, más distantes del Partido Nacional, por cuanto sostienen: “Aquí el crecimiento de la izquierda puede ser una señal para nosotros”. En este sentido, los primeros discursos, inmediatamente después de la

elección municipal, son en un registro –por decirlo así– más bien de izquierda que de derecha. Se habla de “reafirmar ante los chilenos que la DC es un movimiento revolucionario, que en consecuencia luchamos por una sociedad socialista, comunitaria, democrática, popular y pluralista”. Agregando, “el Presidente Allende, como autoridad legítima, debe ser respetada y ayudada; la Democracia Cristiana será una oposición independiente”. Esto es después de las elecciones de abril de 1971. O sea, lo leen desde el registro del crecimiento de la izquierda y de optar por esa línea, más que por la de una oposición dura al Gobierno. Jarpa, por su parte, dice: “La alternativa democratacristiana o marxista son falsas, porque ambas doctrinas son extranjerizantes”. O sea, le pega una distanciada a la Democracia Cristiana, porque esta, por su parte, ha estado también distante del Partido Nacional. En suma, por el momento los resultados electorales y la disminución de la votación DC no hacen que ella se aleje de la UP, al contrario.

Sin embargo, el asesinato del dirigente de la DC Edmundo Pérez Zujovic[11], el 8 de junio de 1971 por parte de un grupo de ultraizquierda, la VOP[12], sí va a producir un distanciamiento con el Gobierno. Será esta una coyuntura importante, que implicará un punto de inflexión. ¿Por qué? Porque, desde la acusación constitucional al Ministro de Justicia, la Democracia Cristiana ha venido insistiendo en dos cosas frente al Gobierno: primero, denunciando cómo se ha tratado de desacreditar a sus líderes, a Frei y al mismo Pérez Zujovic, como símbolo, este último, de la matanza de Pampa Irigoyen[13]; y, segundo, cuestionando la tolerancia, la poca claridad del Gobierno frente a los grupos armados, militaristas, léase MIR y otros. Entonces, en el fondo, para la Democracia Cristiana el Gobierno tiene una enorme responsabilidad en el asesinato de Pérez Zujovic, su razonamiento es el siguiente: “Pero si hemos estado diciendo, primero, que ustedes nos desacreditan y nos descalifican y nos dejan como responsables de una matanza que no fue, hay allí una primera responsabilidad; y, segundo, ustedes no han sido capaces de atacar, de controlar a los grupos armados”. Por lo tanto, a ojos de la Democracia Cristiana esto aparece como una especie de ‘crónica de una muerte anunciada’. Ahí se produce, entonces, una primera posibilidad para que los grupos más de derecha dentro de la Democracia Cristiana, puedan afirmar que Pérez Zujovic habría sido víctima de una campaña de calumnias de parte de los medios de prensa afines a la Unidad Popular. O sea, le adjudican responsabilidad al Gobierno, por dejar que las cosas avanzaran en tal dirección. Estamos así frente a un punto de inflexión

fundamental, que va a permitir conductas posteriores.

Es interesante advertir que en el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, realizado en Las Vertientes durante el mes de julio, se retoma, nuevamente, por presión de los grupos que están más a la izquierda, un discurso más cercano a la Unidad Popular. Sin embargo, a pesar que en Las Vertientes se recupera ese discurso más bien de izquierda, posteriormente se produce la salida de los terceristas. En efecto, a finales del Consejo Nacional, el 31 de julio, se va el grupo de Bosco Parra, los que posteriormente formarán el partido la Izquierda Cristiana reagrupándose con otros ex MAPU[14]. O sea, esa segunda salida de sectores de izquierda de la Democracia Cristiana, va dejando, por decirlo así, el camino libre a los sectores más de derecha dentro del Partido.

La formación de la Izquierda Cristiana, en octubre de 1971, va a ser vista por la UP con optimismo, porque la incorporación a la coalición de gobierno de sectores proclives a cambios más radicales permitía ampliar su base de apoyo. Aunque también tendrá otro efecto no contemplado: la presión de los sectores más de izquierda al interior de la Democracia Cristiana va a disminuir considerablemente, porque salen del Partido. Mirado desde hoy –como siempre la historia la vamos entendiendo desde el presente– habría sido mucho más interesante que los sectores que se van de la Democracia Cristiana en ese momento –que es la Izquierda Cristiana– no se hubiesen ido y hubiesen permanecido en ella, siendo una fuerza que impidiera una derechización como la que vamos a observar posteriormente.

En octubre, entonces, la relación de la DC con el Gobierno cambia, las acusaciones de sectarismo y de distanciarse de la legalidad van a ser mucho más frecuentes.

La visita de Fidel Castro en noviembre[15], en este contexto, tensiona más aún la situación con la Democracia Cristiana, porque Fidel, además, los tratará de sediciosos, juntando a la oposición en una sola totalidad; es decir, por un lado los

que están con la UP y, por el otro, los sediciosos, que son todos los demás. Jaime Hales[16], al respecto, cuenta una situación divertida: estando él –democratacristiano en ese momento– en la parte de arriba, en las terrazas la Escuela de Derecho la Universidad de Chile, tomada, protestando en contra de la Unidad Popular, pasa la comitiva de Fidel y ellos comenzaron a hacer gestos en su contra, por supuesto; y Fidel, que ve a estos barbones, chascones, piensa que son partidarios y les hace grandes saludos, sin ver que ellos tenían un letrero gigante en contra de la llegada de Fidel. Entonces, en ese contexto, la visita y el discurso de Fidel van a tensionar más aún las relaciones con la DC.

Además, hay otros dos elementos importantes que hacen que la Democracia Cristiana se sienta más empoderada hacia fines de 1971. Primero, el triunfo y reelección de Edgardo Boeninger en la Universidad de Chile[17]; y, en segundo lugar, la elección de Guillermo Yungue en la Feses[18]. Tanto Boeninger como Yungue eran más cercanos a los sectores más a la derecha de la Democracia Cristiana. Ambas elecciones van a constituir una prueba concreta de la recuperación de estos sectores dentro del Partido.

El primero de diciembre de 1971, desde la oposición se convoca a la ‘marcha de las cacerolas vacías’, frente a los primeros signos de problemas de desabastecimiento. La Democracia Cristiana se suma a la convocatoria, la que termina con incidentes en los alrededores del Parque Forestal. El día 3 de diciembre, la Democracia Cristiana presentó una acusación constitucional contra el Ministro del Interior, José Tohá[19], por la responsabilidad que le cabría en la violencia ejercida por carabineros contra los sectores de oposición, durante la ‘marcha de las cacerolas’.

Para cerrar, entonces, tenemos a principios de enero de 1971 una Democracia Cristiana que dice “nosotros queremos apoyar, pero vamos a estar atentos…”, para terminar ese año con la acusación constitucional propiciada por la misma Democracia Cristiana contra el Ministro del Interior del Presidente Allende, José Tohá.

1 Que junto al sector denominado ‘rebeldes’ representaban, en la Democracia Cristiana de los sesenta, a los militantes críticos a la conducción del sector ‘freísta’, considerada más conservadora o tradicional. Nota: en adelante todas las notas a pie de página son del editor; solo en caso contrario se indica la fuente.

2 Radomiro Tomic (1914-1992), abogado y político. Miembro de la Falange Nacional, de la cual fue su Presidente entre 1946 y 1952; luego participa de la creación de la Democracia Cristiana, en 1957. Diputado y Senador en varios períodos, el último de ellos entre 1961 y 1965, siendo Senador por Valparaíso y Aconcagua. En 1965, durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, es nombrado embajador de Chile en Estados Unidos, cargo que ocupa hasta 1968. En la elección presidencial de 1970 fue el candidato de la Democracia Cristiana, ocupando el tercer lugar con aproximadamente un 28 por cieto de los votos.

3 Jaime Castillo Velasco (1914-2003) fue abogado, profesor y político. Fundador de la Falange y de la Democracia Cristiana. Ministro de Justicia y de Tierras y Colonización durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Luego de la dictadura fue un reconocido defensor de los derechos humanos.

4 El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) estuvo conformado principalmente por el sector ‘rebelde’ de la DC y su constitución se formaliza el 19 de mayo de 1969, bajo la conducción de Rodrigo Ambrosio. Jacques Chonchol fue su primer Secretario General. El MAPU formó parte de la Unidad Popular.

5 Narciso Irureta (1924-2005) fue abogado y uno de los fundadores de la Democracia Cristiana. Además, fue electo Diputado en 1965 y Senador en 1969. Durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, se desempeñó como Ministro de Transportes y Telecomunicaciones. En 1970 y hasta 1971, ejerció la Presidencia de su Partido.

6 Sergio Onofre Jarpa nació en 1921 en Rengo. Empresario agrícola y forestal, su vida política se inició en el agrariolaborismo y luego en el Movimiento de Acción Nacional. En 1966 se incorporó al Partido Nacional, reagrupamiento de liberales y conservadores ocurrido en 1965. Elegido regidor en las municipales de 1971 y luego Senador en 1973. Fue Presidente del Partido Nacional entre 1970 y 1973. Durante la dictadura se desempeñó como embajador en Colombia y Argentina y como Ministro del Interior.

7 El Ministro de Justicia en ese momento era Lisandro Cruz Ponce y fue acusado constitucionalmente por la dictación de decretos que indultaban a miembros del MIR, procesados por su accionar en contra el Gobierno de Frei Montalva. Militante socialista y permaneció en el cargo hasta enero de 1972.

8 El Ministro del Trabajo era José Oyarce, militante comunista, y fue acusado constitucionalmente por supuestas irregularidades en la dictación de los decretos que involucraban el paso de grandes empresas al Área de Propiedad Social. Permaneció en el cargo hasta junio de 1972.

9 Frente de Acción popular, alianza comunista-socialista con lña que la izquierda enfrentó el periodo 1958-1970.

10 Las elecciones se realizaron el 4 de abril de 1971.

11 El 8 de junio de 1971, Edmundo Pérez Zujovic, ex Ministro del Interior de Eduardo Frei Montalva, fue asesinado por un comando de extrema izquierda. Aparentemente, aunque nunca se ha aclarado totalmente, el asesinato habría sido en represalia por la matanza de Pampa Irigoyen, donde el Ministro asumió la responsabilidad política. A mediados de 2013, Marisi Pérez Zujovic (nacida

María Angélica Pérez Yoma), hija del malogrado ex Ministro, que lo acompañaba en el auto el día del atentado, publicó un libro –La gran testigo– aportando sus antecedentes sobre el caso.

12 La Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) fue una organización extremista que se organizó entre los años 1969 y 1970, bajo el Gobierno de Frei Montalva, que continuó actuando a comienzos del Gobierno de Salvador Allende.

13 El 4 de marzo de 1969, en Puerto Montt, ante la falta de un lugar donde vivir, un grupo de pobladores hizo uso ilegal de los terrenos ubicados en el sector de “Pampa Irigoyen”. El 9 de marzo del mismo año, la fuerza pública desalojó violentamente la toma dando muerte a diez pobladores y dejando numerosos heridos. El hecho es recordado como la peor masacre ocurrida durante el Gobierno de Frei Montalva.

14 La Izquierda Cristiana fue fundada el 24 de octubre de 1971 por Bosco Parra, Jacques Chonchol, Luis Maira, Pedro Felipe Ramírez, Rafael Agustín Gumucio, entre otros. Se declaró un Partido de inspiración cristiana y humanista, que surgió con motivo del descontento que existía, por una parte, entre miembros de la DC, los ‘terceristas’, que no aprobaban su giro hacia la derecha y, por otra, entre miembros del MAPU, no contentos con los lineamientos marxista-leninistas adoptados por su Partido.

15 Fidel Castro llegó a Chile el 10 de noviembre de 1971. Su estadía, originalmente programada para diez días, se prolongó por espacio de 24 días. Durante este tiempo el mandatario recorrió todo el territorio nacional.

16 Jaime Hales Dib, nació en 1948, es abogado y escritor chileno. Hijo de Alejandro Hales Jamarne, quien fuera dirigente y tres veces ministro de la Democracia Cristiana.

17 Edgardo Boeninger Kausel, ingeniero y economista de la Universidad de Chile, militante de la Democracia Cristiana, fue Director de Presupuesto durante el Gobierno de Frei Montalva. Luego, en 1969, fue electo Rector de la Universidad Chile y reelecto en 1971, apoyado por la oposición, cargo que mantuvo hasta 1973.

18 Guillermo Yungue, dirigente estudiantil que en noviembre de 1971, fue elegido Presidente la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (Feses) representando a la lista de la Democracia Cristiana.

19 El 2 de diciembre de 1971 la DC anunció que estudiaba una posible acusación contra el Ministro José Tohá. Esta se concretó el 23 de diciembre del mismo año. El motivo aducido fue la existencia de grupos armados, detenciones arbitrarias y otros procedimientos ilegales respecto a los medios de comunicación.

PRESENTACIÓN DE ROLANDO ÁLVAREZ



Quiero agradecer la invitación a analizar el año 1971, porque, entre otras cosas, es un año muy importante para mí, ya que fue el año que yo nací. Lo que voy a presentar se aparta un poco de lo que podría ser una cronología de hechos y más bien se detiene a indagar en el papel del Partido Comunista en la época y en qué estaba concretamente el año 1971, a partir de sus prácticas, de su identidad y de su cultura política. Pensamos que esta es una forma de entender la subjetividad de los militantes de izquierda, que durante los años de la Unidad Popular vivieron tiempos muy especiales, porque veían hecho realidad un sueño largamente acariciado en el relato de la historia partidaria.

Por ello pensamos que el devenir de los años de la Unidad Popular se puede comprender, por una parte, desde los análisis sesudos, racionales, de la discusión política de la época, pero también es posible entenderla desde la experiencia subjetiva de la militancia, que se sentía, en ese minuto, protagonista y parte de una increíble experiencia que era nada menos que hacer la revolución en Chile. Estimamos que, probablemente, el auge de la militancia comunista en esta época representa también experiencias parecidas de las otras orgánicas de izquierda. Por eso lo que nosotros vamos a sostener es que –parafraseando y citando a Tomás Moulian[1]– el año 1971 es el año de la fiesta; es al año de la alegría, de la esperanza y del optimismo histórico, en la militancia comunista.

Voy a definir cinco puntos para describir el contexto, describir el alma partidaria, describir la cultura política y en qué se expresó todo esto en esos años.

Primero el contexto histórico. Estamos en presencia el año 1971 –aquí ya se ha planteado– de un Partido Comunista que logra su más alta votación histórica, equiparando la cantidad de votos lograda en los años de González Videla, con el 19,9 por ciento. Aquí se ha hablado de un 17 por ciento, puede ser, siempre he encontrado cifras distintas[2]. Pero va por ahí, el año 71 se alcanza entre el 17 y 19 por ciento, que es de las votaciones más altas que ha obtenido el Partido Comunista en su historia. También estamos en presencia de un aumento notable

de la militancia. Hay una explosión de nuevos militantes, que si bien venía dándose desde el año 1969, se expresa especialmente luego del triunfo de la Unidad Popular en que se constata un crecimiento explosivo de la militancia.

Es un Partido que tiene una gran incidencia en el mundo cultural de la época. 1971 es el año en que Pablo Neruda gana el Premio Nobel de literatura, es el año en que Quilapayún, Inti Illimani y Víctor Jara son referentes culturales de este país. Además, es un partido que tiene medios de comunicación de masas en todo el territorio; tiene un periódico –El Siglo[3]– de publicación nacional, de más de doce hojas, que incluso ha logrado –en ese tiempo ya– romper las barreras del autoconsumo de la militancia y convertirse en un diario 'serio'; un partido que tiene una red nacional de emisoras, que le permite llegar con su opinión a todo el país.

Es un partido que, además, encabezaba el movimiento sindical en la CUT[4]. Es un partido que tenía la presidencia de la FECH[5], y el gran orgullo de la época es que, el año 71, logra también ganar la FEC (la Federación de Estudiantes de Concepción), que era todo un logro porque se la había arrebatado al MIR, a través del estudiante de Sociología, en ese tiempo, Antonio Leal, que fue enviado especialmente a esa tarea: ganar la elección de la FEC y 'quitársela' al MIR.

Por lo tanto, es un contexto histórico en donde la razón histórica parecía estar de lado de las fuerzas de izquierda y, en particular, de lo que los comunistas siempre habían creído a lo largo de su historia. Parecía que la historia, los hechos, confirmaban lo que ellos siempre habían creído.

Segundo, ¿quiénes eran los comunistas el año 1971? Por razones obvias no se dispone de estadísticas de la militancia de esa época, pero sí podemos saber algo a través del análisis que nosotros pudimos realizar de los candidatos a regidores del año 1971. En secuencias progresivas de varios días, en el diario El Siglo fueron publicadas más de 250 biografías de los militantes que fueron candidatos,

a partir de las cuales podemos dar un panorama de quiénes eran los comunistas en Chile el año 71. Si bien alrededor del 70 por ciento eran obreros, más de un 20 por ciento, una cifra importante, no lo eran, revelando esto que era un partido que estaba en transición hacia otros sectores de la sociedad chilena, clases medias, estudiantes, y que crecía en ese nicho y que cobraba cada vez más importancia. Era un partido, además, mayoritariamente de hombres: dos tercios, más o menos, de la militancia era masculina, aunque con una creciente participación femenina. Alrededor del 50 por ciento de la militancia tenía entre 21 y 39 años, por lo tanto estamos en presencia de un partido joven y cuyo promedio de militancia no pasaba los diez años. Era una militancia relativamente joven en su mayoría: diez años de militancia se considera, en la trayectoria de los dirigentes del Partido Comunista, una cantidad de años más bien reducida. Estos eran los comunistas.

Tercero, ¿cómo concebían el Partido al cual pertenecían los comunistas? Sentían que eran un Partido premunido de la teoría marxista, dueño de la verdad histórica y que el marxismo era una teoría acabada cuya discusión se daba desde los bordes hacia fuera; y, por lo tanto, tenía un núcleo de verdad, al cual ellos adherían. Concebían, también, que la labor del militante era, sobre todo, difundir esa verdad más que discutirla. Por lo tanto, la gran tarea de la militancia comunista en ese año 1971 era llevar la buena nueva al país y a la población; al 'pueblo', como se decía entonces. Se estimaba que la línea política, además, no debía cambiar porque venía siempre de esta verdad científica que era el marxismo. Por lo tanto, lo que le correspondía a la militancia era ser aplicadores de esta línea.

Se pensaba que sus dirigentes constituían una dirección monolítica, en la cual aparentemente no había divergencias y que se generaban allí verdaderas monarquías donde la única manera de ser reemplazado –en el caso de los secretarios generales por lo menos– era en caso de muerte. Es lo que había ocurrido con Fonseca[6] el año 50, y con su sucesor que era Luis Corvalán; como don Lucho tenía muy buena salud será Secretario General desde el año 58 hasta el año 1988[7]. Estos dirigentes eran portadores de una línea política, que siempre era correcta porque estaba hecha en base a una verdad científica y, por lo tanto, cuando había cosas de la línea que no se cumplían, era más bien por problemas

de los aplicadores que de la línea misma. Esa era la concepción. Y, por sobre todas las cosas, estaba la unidad del Partido, concebida como el valor más importante. Tal como lo señala la famosa cita de don Lucho Corvalán, que decía: “Nosotros preferimos estar unidos en el error, que separados por la verdad”. Entonces esto constituía una comunidad, a la cual tú tenías una adhesión de estas características. Así se concebía la comunidad.

Cuarto, ¿cómo debían ser los militantes? Los militantes, al ingresar a esta comunidad se concebían parte de ella y sentían que entraban a cumplir una tarea histórica en donde el Partido era una especie de mesías colectivo, que encabezaba la revolución que iba a liberar al resto de las otras clases sociales y al resto del pueblo. Por lo tanto, el hacerse comunista en este tiempo era, literalmente, echarse el peso de la historia sobre los hombros, porque tú tenías esa gran responsabilidad, al ser parte de esa gran tarea.

Es por eso que la vida militante, la subjetividad militante de este año y de esta época, por cierto, era la de un militante que debía ser abnegado, dispuesto a grandes sacrificios. Debía ser humilde. Era también una militancia de un gran activismo, en donde todos los aspectos de la vida estaban abarcados por la militancia. La vida cotidiana, la experiencia concreta del día a día, era vital para mostrar este compromiso. Se suponía –esto era el discurso, sabemos que la práctica muchas veces no se correspondía– que el comunista debía ser el padre ejemplar cuyos hijos también debían ser comunistas. Era parte, digamos, del deber ser. Los jóvenes comunistas debían ser, se suponía, los mejores estudiantes, los más destacados, debían ser buenos esposos. La mujer comunista debía ser una buena madre, debía ser trabajadora. Conocido era que los diputados y los parlamentarios comunistas entregaban parte de su salario al Partido y este les entregaba un sueldo de obrero calificado. En caso que fueran designados ministros, los ministros comunistas y los subsecretarios entregaban también su salario o donaban parte de su salario a la Junaeb u otras instituciones, lo que era expresión de que los comunistas iban a servir al pueblo y no a ‘servirselo’, como decían en aquella época.

Esta concepción de partido, esta concepción de cómo debía ser la militancia, se expresaba a través de un concepto que era muy importante en la época y que el PC denominaba como ‘lucha de masas’. Esta ‘lucha de masas’ era el articulador entre esta subjetividad y el quehacer político cotidiano. El PC en su 13º Congreso, el año 65, luego de la derrota de Allende frente a Frei en la elección del año 64, había ratificado su línea política, que era la vía pacífica. Pero le había hecho un agregado, que era un agregado muy al estilo del PC, con mucho de olfato político más que con una gran discusión teórica. Lo que era también muy propio de don Lucho Corvalán, que tenía un estilo campechano, de mucho olfato político. Así, cuando le preguntan a don Lucho Corvalán en qué consiste la línea del Partido Comunista, si estaban o no por la vía pacífica, que ya era un poco la pregunta de moda, él dice: “Mire, nosotros no estamos por la insurrección, pero nosotros estamos por una vía no armada”. Bueno, pero ¿qué es la vía no armada? Esa es un poco la intuición ¿no?, la vía no armada… El PC no hablaba de la vía pacífica, sino que de la vía no armada, que consistía en la conjunción de prácticas que yo he denominado ‘reformistas’ y ‘rupturistas’. Que era, por un lado, el tema electoral, la lucha en los municipios y la vía parlamentaria, pero, por otro lado –estoy hablando antes y hasta el Gobierno de Frei– de apoyo a las huelgas ilegales, las tomas de predios en el campo, las tomas de terreno.

Una vez en el poder, esta vía no armada se ratifica, es comprobaba como cierta por el triunfo de la Unidad Popular –en apariencia, al menos–. Estas prácticas reformistas, entrecomillas, se fortalecen: la importancia que tenía el trabajo a nivel municipal, todo el trabajo parlamentario, que era decisivo para el Partido Comunista; mostrar la importancia de la labor legislativa de un diputado en terreno, mostrar que a través de esa fórmula era posible lograr mejorías. Junto con esto –y aquí es donde hay una diferencia entre el año 1971 y el período con Frei– el PC abandona la lógica de las tomas de terrenos, de la toma de predios, que había promovido anteriormente, y se dedica más bien, muy fuertemente, a promover la llamada ‘batalla por la producción’, dándole un gran énfasis. Por eso es que este tema de lo subjetivo es tan importante, porque hoy día nos cuesta entenderlo, no es tan fácil. Se le dio un gran énfasis al trabajo voluntario; se crea el día nacional del trabajo voluntario, en donde todos trabajaban, incluso el primero en hacerlo era el propio Allende.

Por eso, como resumen, lo que nosotros decimos es que el año 1971 es el año más eufórico y feliz de la fiesta de la Unidad Popular. Es cuando Víctor Jara edita un disco donde reclamaba 'el derecho de vivir en paz'; en ese mismo disco llamaba a 'María abre la ventana' y en ese mismo disco decía '¡ven, ven, ven conmigo, ven!'[8]. De distintos modos, la idea de que estábamos avanzando. Es la época en que el Quilapayún llamaba a 'vivir como él' en alusión a Nguyen Van Troi, que es un héroe de la guerra en Vietnam, asesinado por la tortura en Estados Unidos[9]. En ese mismo disco, Quilapayún llamaba a la batalla por la producción, a los trabajos voluntarios. Era una vida llena de activismo y militancia, en torno a las elecciones de abril y a las tareas propias de la militancia, que eran múltiples y variadas.

Es por eso que, para terminar, decimos que el año 1971 fue un año de certezas en donde el tradicional optimismo histórico del Partido Comunista parecía ser más correcto que nunca.

1 Tomás Moulian ha utilizado la figura de 'la fiesta' en sus escritos, tanto para referirse a la Unidad Popular como a la sociedad chilena, neoliberal, 'consumida por el consumo'.

2 Oficialmente, el Partido Comunista obtuvo un 16,9% en las elecciones municipales de abril de 1971.

3 El diario El Siglo es el medio de comunicación oficial del Comité Central del Partido Comunista en Chile. Comenzó a editarse en el país en 1940, pero fue sobre todo con el gobierno de Salvador Allende que adquirió una mayor notoriedad pública. Luego de pasar a la clandestinidad durante la dictadura reapareció en 1989, manteniendo sus publicaciones hasta el día de hoy.

4 Luis Figueroa Mazuela, militante y dirigente del Partido Comunista fue

Presidente de la CUT entre 1965 y 1973.

5 Alejando Rojas Wainer, militante de las Juventudes Comunistas, tuvo la Presidencia de la FECH entre 1970 y 1973.

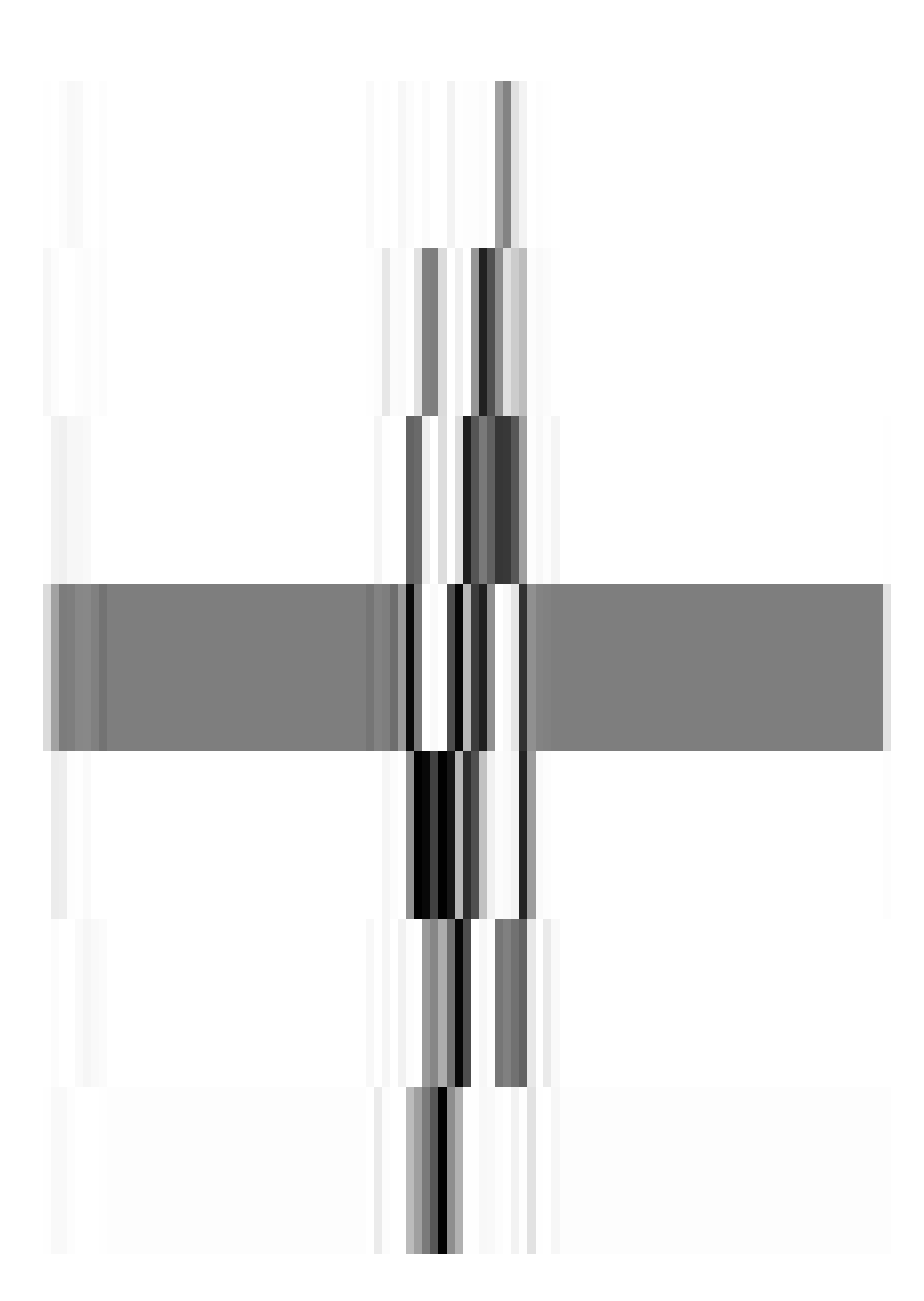
6 Ricardo Fonseca (1906-1949) militante del Partido Comunista desde 1929. Se desempeñó como Diputado entre los años 1941 y 1949 y, como profesor primario, formó parte de Comisión Permanente de Educación. Fue Secretario General de la colectividad entre 1946 y 1948.

7 Luis Corvalán (1916-2010) fue Secretario General del Partido Comunista por más de treinta años, entre 1958 y 1990. Quien lo precedió en el cargo no fue Ricardo Fonseca sino Galo González, quien fue Secretario General por diez años, entre 1948 y 1958. Corvalán, además, fue Senador entre los años 1961 y 1973.

8 El disco se edita bajo el mismo nombre: “El derecho a vivir en paz”. Al respecto, ver, más adelante, las presentaciones de Gustavo Miranda, César Albornoz y Juan Pablo González, pp. 127-137; 138-147; y 148-160, respectivamente.

9 Nguyen Van Troi (1947 - 1964) miembro del Frente Nacional de Liberación de Vietnam. Apresado en mayo de 1964 por un frustrado atentado contra autoridades norteamericanas. Luego de cinco meses de tortura, las autoridades norteamericanas de Vietnam del Sur lo ejecutaron.

PRESENTACIÓN DE PEDRO MILOS



En esta presentación intento vincular dos planteamientos. Por un lado, la Vía Chilena al Socialismo (VCHS), vale decir, el planteamiento políticoideológico y estratégico que se supone inspiró a la Unidad Popular y al Presidente Allende, y que orientó el modo cómo fue encarado el gobierno popular. Y, por otro lado, lo que fue la visión y el planteamiento del propio Allende respecto del primer año de su Gobierno. Por lo tanto, recurrí a dos fuentes, a dos discursos de Allende del año 1971. El mensaje presidencial que entrega el 21 de mayo, ante el Congreso Pleno[1]; y el que pronunciara en el Estadio Nacional, el 4 de noviembre, conmemorando, justamente, los primeros doce meses de su Gobierno[2]. Intento, entonces, relacionar ambos componentes: la Vía Chilena al Socialismo y el primer año del Gobierno de la Unidad Popular.

El discurso que hace el Presidente Allende el 21 de mayo de 1971 frente al Congreso Pleno, tiene dos partes, muy claras. Una primera, donde expone, justamente, los conceptos principales de la Vía Chilena al Socialismo, y otra en que hace un balance de los seis primeros meses de su Gobierno, que se cumplían en ese momento[3]. El propio Allende califica este discurso de una manera especial; en sus propias palabras, dice que ese planteamiento, ese discurso, tiene “un contenido especial, acorde con su significado presente y su alcance para el futuro”. Vale decir, está plenamente consciente de que lo que está planteando no es solo el marco político-ideológico que está influyendo en la contingencia, sino que tiene un alcance perspectivo. Mi impresión es que en sus discursos, en sus intervenciones, Allende suele jugar con esta doble temporalidad, que, por una parte, es el tiempo presente, la coyuntura, y, por otra, lo que yo llamaría su posteridad. Tal vez, entre los dirigentes de la época, era el que tenía mayor conciencia de que habría una posteridad a su actuación política. Pienso que desde los planteamientos que hace sobre la VCHS le está hablando tanto al Chile de 1971, como al Chile del futuro. Apoyándome en eso, el ejercicio que pretendo hacer es ver cómo los elementos constitutivos de la propuesta de la VCHS pueden servirnos, cuarenta años después, para analizar y tratar de comprender la dinámica del año 71. La Vía Chilena al Socialismo, entonces, como propuesta política con ‘significado presente’ y ‘alcance futuro’.

En el planteamiento de la VCHS, en su dimensión más política, el Congreso Nacional es un actor fundamental y Allende, estando allí de cuerpo presente, hablándole a los parlamentarios, insiste en la preponderancia fundamental que esa institución tiene dentro de su propia estrategia. Al respecto dice: “El Congreso elabora la institucionalidad legal, y así regula el orden social dentro del cual se arraiga; por eso durante más de un siglo ha sido más sensible a los intereses de los poderosos que al sufrimiento del pueblo”. Vale decir, el Congreso tiene una misión institucional, que Allende siempre la va a reconocer y tratar de respetar, es quien elabora la institucionalidad legal, pero, al mismo tiempo, tiene un comportamiento histórico, o lo ha tenido, que es haber puesto esa función al servicio de los poderosos. Lo que Allende va a intentar hacer, lo que se propone, es cambiar esa institucionalidad legal utilizando los mecanismos de la propia institucionalidad, con el fin de modificar el comportamiento histórico de ese Congreso. No es que esté en contra del Congreso, lo que quiere modificar es en virtud de qué intereses ese Congreso cumple con su función de regular institucionalmente la vida nacional.

Quisiera destacar dos elementos en la definición que Allende hace de la VCHS, que a mi juicio van a ser determinantes para su implementación: son las ideas de pluralismo y de transición. Pluralismo, en el sentido que todos conocemos y que se traduce en casi una obsesión por el respeto a las libertades políticas, a la vida democrática y Allende siempre va a estar muy atento a eso. Después veremos cómo eso se refleja en el año 1971. Por lo tanto, el pluralismo va a ser un elemento constitutivo, teóricamente, de esta segunda vía al socialismo y va a dar pie, también, a un patrón de comportamiento político muy claro. Y el segundo elemento –que, a mi juicio, es casi más potente que el anterior– es la idea de transición. Allende tiene clarísima esta idea de un avance gradual, consciente de los límites que la propia realidad colocaba, y que fue objeto de discusión y de mucho debate en la época.

Frente a ese desafío de transitar hacia el socialismo respetando la institucionalidad vigente, el mismo Allende en su discurso reconoce que hay dos grandes obstáculos.

El primero es: ¿podrá efectivamente transfigurarse este Parlamento, que históricamente ha estado al servicio de las clases dominantes? Allende reconoce que a menudo se le señala, se le dice, que no van a ser capaces de transformar ese Parlamento en una institución al servicio de su proyecto. La respuesta que Allende da, en su discurso, a estas interrogantes es la siguiente –son dos líneas–: “Fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse de hecho en el Parlamento del pueblo”. Nada en la naturaleza de ese organismo, el Congreso, al estar inspirado en el voto popular, impide que modifique su comportamiento histórico. Vuelve a insistir en que su problema no es con el Parlamento, su problema es a quién sirve ese Parlamento. Sigue, así, poniendo fichas a la vía democrática.

El segundo obstáculo o cuestionamiento a la VCHS es el siguiente: ¿aceptarán las Fuerzas Armadas “garantizar” la voluntad popular? Allende, al respecto, dice: “Guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, (las Fuerzas Armadas) serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la Constitución establezca”. Aplica Allende la misma racionalidad política: “Si lo que estamos haciendo está sustentado en el voto popular y las Fuerzas Armadas tienen como misión cautelar el orden social existente, emanado de esa voluntad popular, entonces no debiera ser problema”.

¿Dónde están las dificultades –dice Allende– si es que no están ahí? Hoy, cuarenta años después, podremos ver y discutir si el análisis o la respuesta que entrega a esa interrogante fue ajustada o no. Allende sostiene que el problema principal está –justamente– en la transición: “Institucionalizar la vía política hacia el socialismo y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza, propios de la dependencia del subdesarrollo”. Ahí ve él el problema, cómo se hace esto de transformar y generar una nueva institucionalidad política, para un proceso social que está simultáneamente en marcha. Dicho de otro modo: “Romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica, capaz de proveer a la prosperidad colectiva”. Esto después lo va a señalar en términos económico-productivos, de manera más clara aún: “Nuestra primera tarea es deshacer esta estructura productiva que solo genera un

crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra…, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguimos pese a las vicisitudes del subdesarrollo, edificarla sin crisis artificiales elaboradas por los que verán proscritos sus arcaicos privilegios". O sea, dicho en simple: "Tenemos que conservar todo aquello del capitalismo que hemos logrado construir, que sirva para la transformación de la economía en un lógica socialista y no podemos destruirlos antes de tener la nueva economía más menos funcionando". Así como su respuesta 'tipo', frente a los cuestionamientos a la 'vía chilena', que podrían devenir en sus principales obstáculos, en lo político institucional, es: "En tanto seamos expresivos de la voluntad popular, las instituciones tienen que acompañarnos"; en lo económico social, será: "No podemos desmontar todo mientras no tengamos, por lo menos, las bases de lo que vendrá a continuación". De allí este énfasis, este llamado de atención que hago en relación al tema de la transición.

No me voy a detener en los contenidos mismos de la propuesta de la vía chilena, que ustedes conocen, pero sí quiero retomar, del final de esta primera parte de su Mensaje del 21 de mayo, los cinco puntos esenciales que estructuran y articulan, a su juicio, toda la propuesta. Textualmente, estos puntos son: "El principio de legalidad, el desarrollo institucional, las libertades políticas, la violencia, y el logro de las libertades sociales". Vale decir, para Allende, el éxito o la viabilidad de VCHS, depende del cómo en la dinámica histórica concreta del Chile de la época, se enfrenten estos cinco grandes temas o problemas: el respeto a la legalidad; alcanzar un desarrollo institucional acorde al proceso que se estaba iniciado; la mantención de las libertades políticas; el control de la violencia; y el logro de las libertades sociales entendidas estas como los aspectos socio-económicos del desarrollo. Para cada uno de estos puntos, el discurso señala qué es lo que se entiende por ellos, y como lo que se entiende es más o menos lo que uno podría entender por cada uno de ellos, no los voy a detallar.

En el texto escrito que respalda esta presentación, esta primera parte yo la titulé "el peligro y la esperanza", que son dos términos que usa el propio Allende cuando se dirige al Congreso con su mensaje presidencial del año 1971. Al momento de dar cuenta de su proyecto, Allende se siente –dicho en sus propias

palabras– en el deber de “exponer claramente el camino por el que estamos avanzando y el peligro y la esperanza que, simultáneamente, nos depara”. La esperanza, obviamente, es el mensaje de transformación social y el peligro será, justamente, que la violencia interrumpa o altere ese proceso.

La segunda parte de mi presentación se refiere al balance del primer año. Recurriendo una frase utilizada el año 1971, en el texto escrito el título es: “Se cumple un año y se cumple”.

Allende comienza su discurso ante un Estadio Nacional atiborrado de gente y banderas, analizando lo que, me parece son los dos aspectos a los que él le atribuye más importancia: el proceso de recuperación de las riquezas básicas y el inicio de la constitución del Área de Propiedad Social (APS). Para ello hace un listado, pasando revista a los avances: ya se controla el 90 por ciento de lo que era la banca privada, hay 16 bancos que han pasado a manos del Estado; más de 70 empresas monopólicas y estratégicas han sido expropiadas, intervenidas, requisadas o estatizadas; se ha establecido la propiedad pública del cobre, del carbón, del hierro, del salitre y del acero; la Reforma Agraria a esas alturas llevaba 1.300 predios incorporados, 2.400.000 hectáreas expropiadas y 16.000 familias beneficiadas; se han creado los Consejos Campesinos. En fin, se ha nacionalizado el cobre y se ha comenzado a constituir el Área de Propiedad Social.

Qué interesante es volver, cuarenta años después, a recrear la lógica que estaba detrás de la experiencia de la Unidad Popular. Lo que ya se ha mencionado corresponde a lo estructural, pero hay un segundo objetivo –dice Allende– que remite al tema de la redistribución. Señala que la única manera de fortalecer y ampliar la democracia es “mediante la redistribución del ingreso, la liberación económica”, ya que la democracia y la libertad eran incompatibles con la desocupación, la falta de viviendas, el analfabetismo y la enfermedad. Por lo tanto hace un largo recuento de todos los avances que se han hecho en términos redistributivos; en términos de generación de empleo; de aumento de las asignaciones familiares; aumento de las pensiones; reducción de la inflación;

aumento en el consumo. Hace con todo eso un paquete que es tremendamente potente. Se han mejorado los salarios y eso ha permito aumentar el consumo, lo que ha ido acompañado con la generación empleo, de puestos de trabajo.

El balance, hasta ahora, entonces, lleva ya tres ‘ticks’, de logrados: Nacionalización del Cobre y de las riquezas básicas, primer ‘tick’; inicio de la constitución del APS, segundo ‘tick’; logros evidentes y avances en el ámbito de la redistribución y del consumo, tercer ‘tick’.

Luego, retoma aquellos temas clásicos de las políticas sociales, como son la vivienda y la salud. Da cuenta de los avances que se han logrado en esos dos campos[4]. 1971 fue un año de desastres naturales. Hubo una nevazón muy grande, hubo un terremoto y hubo erupciones volcánicas en el sur. Y por lo tanto, todo esto impactó –estoy viendo las cifras–, por ejemplo, en el tema de la vivienda que se vio agudizado por el terremoto. A la pregunta por: “¿Cómo se afianza la democracia?”, Allende se responde: “Dando más trabajo. Redistribuyendo mejor. Levantando más viviendas. Dando más educación, cultura y salud al pueblo”.

Cuarto aspecto al cual Allende pasa revista: el estado de las libertades públicas. Uno podría escucharlo decir, con su tono característico: “Ningún político preso, ningún estudiante detenido, ni una sola revista clausurada”. Con evidente orgullo –él al decirlo, nosotros al escucharlo– ya que refleja, a un año de Gobierno, la capacidad de avanzar en el proceso, respetando las libertades políticas. Al respecto, agrega: “Se han creado dos o tres diarios, cinco o seis revistas después del 4 de septiembre; todas ellas contrarias al Gobierno y a una cuadra de La Moneda están en los quioscos y cualquier ciudadano puede conseguirlas”. Nuevo ‘tick’.

Siempre en torno a la preocupación por fortalecer la democracia y defender el proceso de cambios, Allende sostiene que no bastan con las medidas ‘políticas’ y redistributivas; se hacía necesario también aumentar la producción. Y las

expectativas eran altas: a fines del primer año de Gobierno la producción industrial aumentaría un 12 por ciento más que los años anteriores; la minería un 10 por ciento; la agricultura entre un 4 y un 5 por ciento; el producto interno bruto aumentaría entre un 7 y un 8 por ciento, siendo que entre 1967 y 1970 había aumentado un 2,7 por ciento; la producción del salitre aumentó en un 50 por ciento; el cemento en un 7 por ciento; la refinación en un 32 por ciento; la industria electrónica en un 55 por ciento; y las textiles entre un 15 y un 26 por ciento. Todo ello, para terminar afirmando: "Todas las industrias estatizadas han puesto en marcha la capacidad ociosa, aumentando enormemente la producción". Quinto 'tick' en el balance.

Pero también ha habido dificultades y Allende no escatima palabras ni tiempo para presentarlas en su cuenta. No vaya a ser que se piense que el proceso será regalado: sin dificultades no se puede cultivar ese apoyo popular que tanto valora y aprecia Allende, como garantía para seguir avanzando. Me da la impresión que la construcción de las dificultades, en términos discursivos, tiene por propósito mantener activa esa predisposición a la movilización, al apoyo, a la defensa de lo que se va logrando. Una especie de 'no dormirse en los laureles'.

¿Las dificultades? Las menciono rápidamente. Además de los desastres naturales, se consignan dificultades económicas: el menor precio del cobre, que en el Gobierno anterior llego a 84 centavos de dólar la libra y que en 1971 no alcanzaría los 50 centavos; la deuda externa heredada: 2.560 millones de dólares, más 736 que deben la compañías del cobre; la necesidad de aumentar las importaciones (12 por ciento, del cual un 57 por ciento en alimentos); los menores ingresos de las exportaciones a pesar de haber aumentado su volumen.

En el campo de las dificultades políticas, Allende menciona: la obcecada oposición del Partido Nacional y la cada vez más dura oposición de la Democracia Cristiana; la obstrucción por parte del Congreso a ciertas propuestas de ley, en particular respecto del APS; todo tipo de campañas que magnifican errores y no reconocen los avances; la división del Partido Radical; el

surgimiento de nacionalismos exacerbados; y la presencia de ciertos sectores extremistas que critican sin asumir responsabilidades. Se reconocen también las dificultades y obstáculos tenidos en el campo internacional, destacándose las represalias a nivel de dificultar el acceso a créditos por las nacionalizaciones y la agresión de la prensa organizada.

Al finalizar el balance, hubo también espacio para reconocer los errores: “Hoy cumplimos un etapa. Hemos avanzado, hemos realizado, hemos hecho conquistas. El pueblo está con nosotros. Es necesario una autocrítica”. ¿En qué aspectos? Terminar con el sectarismo y el exclusivismo, con el centralismo y la burocracia y con el cuoteo; respeto a la técnica y a la mejor utilización de los recursos humanos, velando por la idoneidad para los cargos; terminar con el dogmatismo, con los esquemas rígidos y la falta de flexibilidad; acabar con el ausentismo laboral; no utilizar la huelga y los paros como medios de presión al Gobierno para solucionar intereses sectoriales; hacer del trabajo voluntario algo serio, responsable y planificado.

Hasta ahí su discurso de 4 de noviembre de 1971.

¿Qué sucede si volvemos a los cincos puntos esenciales que, según Allende, atravesaban el proceso político y social que permitiría materializar la Vía Chilena al Socialismo, y los utilizamos como parámetros para evaluar ese primer año de Gobierno?

El respeto al principio de legalidad no aparece como un problema mayor durante el primer año de Gobierno. Por el contrario, el respaldo obtenido en las elecciones municipales de abril de 1971 –recordemos que obtuvo un apoyo cercano al 50 por ciento– hacen que permanentemente Allende hable en un código, que se basa en su voluntad de no vulnerar la legalidad existente, pero sí en transformarla. Lo hace sin pudor o casi con algo de ingenuidad. El año 71 él se siente todavía con la capacidad política de imponer, en virtud del mandato popular, la transformación de la legalidad y de la institucionalidad. Esa voluntad

política, que está tremendamente entera en ese primer año, no entra en tensión todavía con la legalidad existente. Hay una especie de moratoria, un impulso que da el triunfo de septiembre del 70 y el triunfo electoral municipal, que le permite al Gobierno, y en particular al Presidente Allende, mantener su discurso de respeto a la legalidad, pero con un mensaje permanente de que el contenido de esa legalidad tiene que ser modificado.

El desarrollo institucional, que era el segundo punto esencial, sí comienza a aparecer como un terreno más complejo porque se requiere contar con el respaldo del Congreso en dos proyectos fundamentales para el éxito de la VCHS: el de la nueva propiedad social de los medios de producción, el APS, y el proyecto de creación de la Cámara única. Respecto de lo primero, hay una ley que se presenta tempranamente el año 71, que está trabada y que no va a ser nunca aprobada en los tres años, en los términos solicitados, constituyéndose en el principal impedimento institucional para seguir adelante con el plan de transformaciones económicas. Y respecto de la Cámara única, el 10 de noviembre se presenta el proyecto que la crea, pero tampoco llegará a ser aprobado. ¿Se capta la diferencia entre los temas de respeto a la legalidad y los cambios en la institucionalidad? Con el respeto a la legalidad, no hay mayor problema, se sigue respetando; no se ha querido o no ha sido necesario todavía vulnerarla, ni amenazarla. Sin embargo, en el campo del cambio institucional ya comienzan a aparecer los primeros problemas ese año 71.

Respeto a las libertades políticas: tal como será una constante en el desarrollo posterior del proceso, Allende se enorgullece de su pasado republicano, mostrando durante este primer año una gran amplitud en el respeto a las libertades públicas, principalmente la de sus adversarios. Asume la necesaria confrontación con la oposición como parte del juego democrático y confía en que los mecanismos para dirimir las diferencias funcionarán. Durante el año 1971, no aparecen grandes problemas con el respeto a las libertades políticas.

La violencia. Es el gran 'peligro' que Allende avizora en el horizonte y que puede empañar la gran 'esperanza'. Dos hechos abonan el terreno a la

incertidumbre: el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic en junio de ese año y la emergencia de las primeras tomas que Allende asocia a grupos que desearían ir más rápido, o que están menos dispuestos a aceptar los límites de la transición y que podrían generar un cuadro de violencia social. En varios pasajes de sus discursos es muy crítico con las tomas y hace llamados a respetar la planificación de la generación del Área de Propiedad Social o de la Reforma Agraria.

Por último, el quinto aspecto era el logro de las libertades sociales. Ciertamente, este es el ámbito en que más logros puede mostrar Allende durante su primer año. No está haciendo otra cosa que cumpliendo el Programa que ha ofrecido y los indicadores de los primeros doce meses son auspiciosos. Las libertades sociales y económicas garantizarían la principal libertad política, que era la democracia, ya que esta se ve fortalecida en la medida en que se supera la injusticia y la desigualdad. Hay un párrafo dentro del discurso que es maravilloso desde mi punto de vista, dice: "ningún valor puede pretender ser un valor universal, si no es capaz de materializarse y concretarse en el nivel nacional, regional e incluso en el nivel de la vida más cotidiana de cualquier ciudadano".

En suma, si uno recupera, del planteamiento de la Vía Chilena al Socialismo, estos cinco aspectos centrales y los evalúa, el balance que se puede hacer del primer año de Gobierno, por lo menos a noviembre de 1971, es ciertamente positivo. En el sentido que de esos cinco aspectos, tres se están desarrollando adecuadamente y solo dos se están insinuando como posibles problemas: el de la institucionalidad y, tal vez, el de la violencia… ¿Los más relevantes para el éxito de la propuesta?

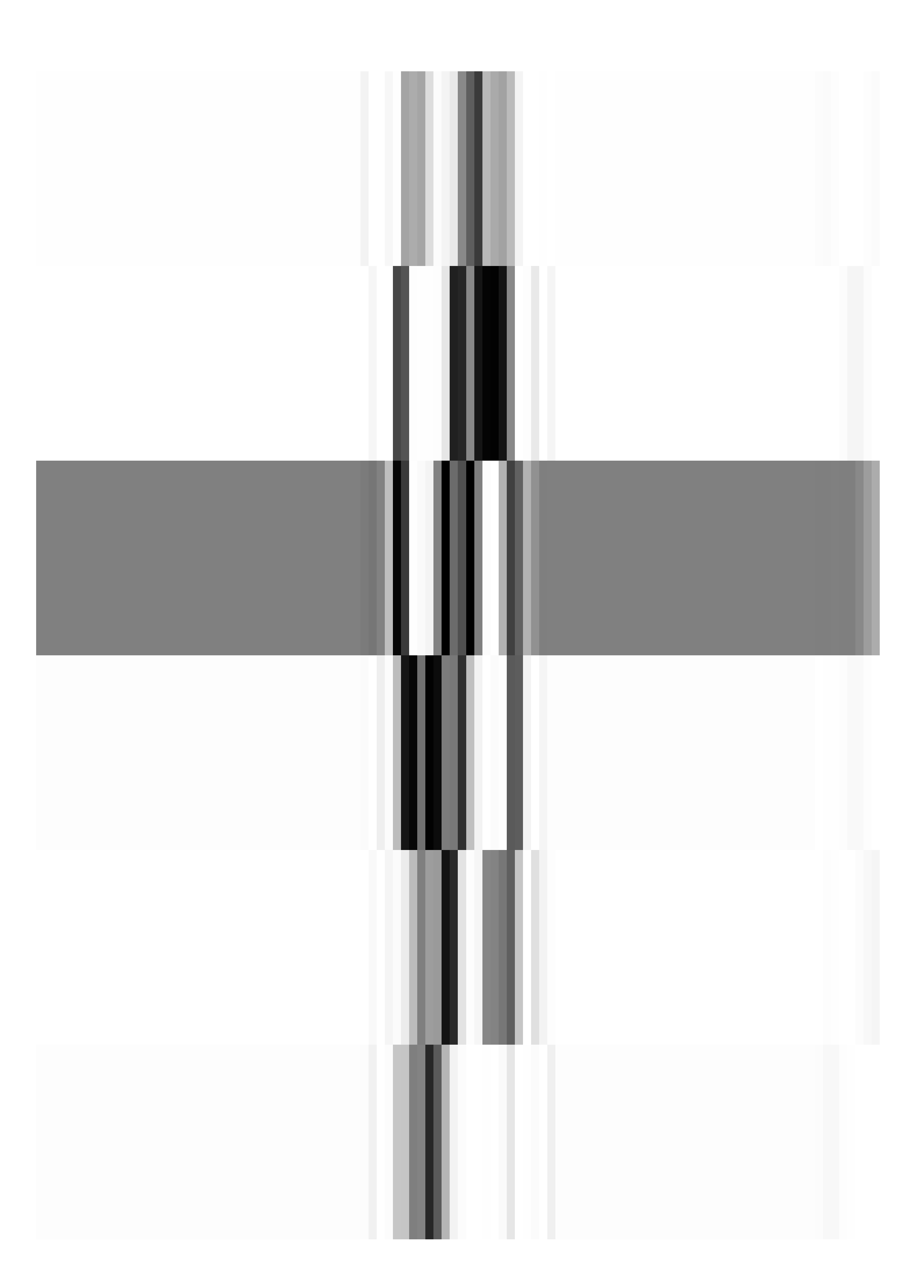
1 "Salvador Allende: La vía chilena al socialismo. Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971". En: http://www.abacq.net/imagineria/discur6.htm. Referencia del autor.

2 “Salvador Allende: Un año de gobierno popular. Estadio Nacional de Santiago, 4 de noviembre de 1971”. En: http://www.abacq.net/imagineria/discur4.htm. Referencia del autor.

3 En la sección Documento, al final del libro, se reproduce la primera parte del Mensaje presidencial de 1971.

4 Respecto de las políticas de Salud, ver presentaciones de Juan Carlos Concha, Patricio Hevia y Carlos Molina, pp. 63-75; 76-84; y 85-95, respectivamente.

DERECHOS SOCIALES Y SALUD PÚBLICA

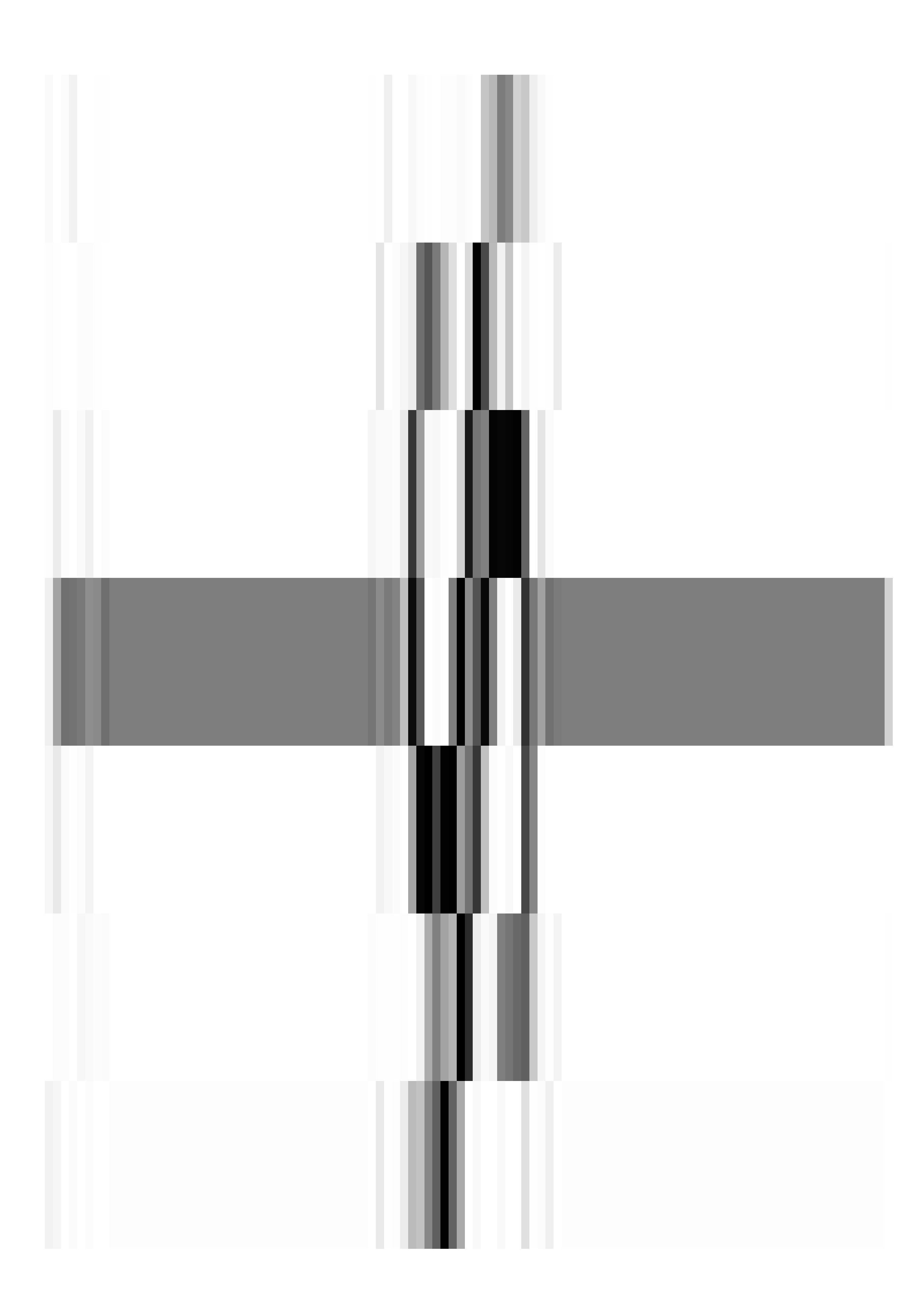


Juan Carlos Concha

Patricio Hevia

Carlos Molina

PRESENTACIÓN DE JUAN CARLOS CONCHA



Voy a partir diciendo que esto de ser epidemiólogo es bastante difícil de definir. Una vez, en una Junta de Vecinos me preguntaron si les podía ver un problema de piel, porque yo era ‘epidermiólogo’, lo que no es cierto. La epidemiología ha sido definida, por otro epidemiólogo, muy arrogante, señalando que la epidemiología le pone inteligencia a la política de salud… Espero, entonces, poder transmitir en forma razonable e inteligente nuestra experiencia.

Quiero comenzar por agradecer a la Universidad Alberto Hurtado y a los organizadores de este evento, la oportunidad de exponer una síntesis de la experiencia de la política de salud de la Unidad Popular, en compañía del doctor Carlos Molina, obstetra, ex Subsecretario de Salud, académico, político de la salud y hoy historiador del desarrollo de la salud en Chile; y del doctor Patricio Hevia, pediatra, salubrista internacional, avezado administrador de salud y, hoy en día, el curador del patrimonio nacional en salud.

Tengo el encargo de entregarles información referente a los hitos históricos ocurridos en el año 1971, en el campo social, específicamente en salud. Dejaré las consideraciones históricas y de la salud pública a mis compañeros de esta mesa y me voy a reservar el derecho de abordar el tema desde la perspectiva de la observación participante, como diría Óscar Lewis[1]: con un carácter testimonial.

Es imposible tratar el año 71 sin referencias a la década de los sesenta, en la que se forma, al final del decenio, un movimiento social y político que incluye a nuevas fuerzas propulsoras del cambio social, integradas por intelectuales, artistas, pequeños empresarios, trabajadores de nuevas ramas de la producción y el campesinado, entre otros. Me gradué el 6 de abril del 59, pocos meses después que los guerrilleros de Sierra Maestra entraran en La Habana[2]. Entre ellos figuraba un joven médico argentino, que declaraba el carácter humanista de la Revolución cubana, la construcción de una nueva sociedad y de un hombre nuevo[3]. En ese entonces, el centro político tenía como referencia a John

Kennedy, que buscaba nuevas fronteras para los Estados Unidos y un presunto humanismo alternativo a la Revolución cubana[4]. En Moscú surgía Nikita Kruschev, que abrió la crítica al estalinismo en el seno de los partidos comunistas[5]. En Roma aparecía un gordito simpático, Juan XXIII, que abría las vetustas ventanas del Vaticano en un intento de recuperar la influencia ideológica y política de la Iglesia y, en particular, sobre la clase obrera y el campesinado[6]. No hay que olvidar a Mao[7], los movimientos de liberación nacional, Vietnam y la irrupción de la juventud en París del 68. En los años 60, junto a muchos otros, dimos el primer paso en el tránsito del humanismo cristiano al humanismo real, como caracterizara Carlos Marx al comunismo.

Si bien el triunfo de la Unidad Popular, en 1970, era la culminación de un proceso casi secular en la lucha por la justicia social y la libertad en Chile, el año 1971 fue el año de la instalación de los fundamentos económicos, sociales y políticos del camino revolucionario al socialismo. En salud fue esencialmente el cumplimiento de las tareas transformadoras contenidas en las primeras 40 medidas de Gobierno[8], de las cuales alrededor de 12 se referían directamente a la salud. Pero también es el avance de la idea de transformar el Servicio Nacional de Salud y convertirlo en una institución más amplia: el Servicio Único de Salud.

No obstante que casi todas las 40 medidas se cumplieron ya en 1971, me referiré, como ejemplo, al ‘medio litro de leche’, símbolo de la política de salud de la UP en la que tuve una responsabilidad protagónica. Como puede ser entendido, el ‘medio litro de leche’ era la manifestación más popular del programa, pero también se contemplaba la formación de más médicos, dentistas, farmacéuticos, matronas, enfermeras y así en cada una de las más de 25 especialidades técnicas en salud; la incorporación de los mejores estudiantes del pueblo a la universidad; la contratación plena de los recién graduados para incorporarlos a los programas de médico general de zona; el control y abaratamiento de los medicamentos; entre otros.

¿Qué fue el ‘medio litro de leche’?

A fines de agosto del 70 llegó a Santiago el Tren de la Victoria[9] a la Estación Central, que culminó en una marcha multitudinaria de cientos de miles, como las que acaban de reeditar los escolares, estudiantes y trabajadores de la educación, después de cuarenta años[10]. Escuchábamos el discurso final de Allende en la Avenida Bulnes, en el que planteó, como síntesis del programa social, las primeras cuarenta medidas del Gobierno popular; cuando señala 'entregaremos medio litro de leche a todos los niños chilenos', la ovación que siguió predijo el gran impacto que esta medida iba a tener en nuestro país y más allá de sus fronteras. Unas semanas después, el equipo de campaña de salud me designó para asumir esa responsabilidad.

Para ser justos, la entrega de leche había comenzado en 1927 y en los años 30 fue incorporada a programas materno-infantil del Seguro Obrero y al programa madre y niño de los empleados. Protinfa[11] era una institución estatal, creada en los años 40 para la protección de la infancia y la juventud, que también distribuyó leche a los niños. La integración de Protinfa y otras instituciones al Servicio Nacional de Salud el año 1952, llevó a integrar los programas de distribución de leche a los programas materno-infantiles y de nutrición. Pero no podríamos mencionar el Servicio Nacional de Salud sin señalar y subrayar algunas de sus características. Fue el principal instrumento de la política de salud desde entonces, incluso hasta ahora. El SNS fue una exitosa forma institucional del Estado de bienestar, instalada en el escenario del subdesarrollo chileno. Fue una obra política de Allende desde 1939[12] y puesta en marcha el 52 para proteger la salud del cien por ciento de la población y dar atención de salud al setenta por ciento de obreros y campesinos, asegurados y no asegurados.

El 5 de noviembre de 1970 asumió Salvador Allende y me designaron para dirigir el subdepartamento de Fomento de la Salud, encargado de los programas materno-infantiles, salud mental, nutrición y niños en situación irregular. Inauguramos el año 71 con el lanzamiento del 'medio litro de leche', el 4 de enero de ese año.

El ‘medio litro’ consistió en elevar los volúmenes de leche a distribuir en los consultorios, por el programa materno-infantil, que alcanzaba entre los 12 y 20 millones de kilos de leche anuales distribuidos. Ahora pasaba a ser de 48 mil toneladas de leche en polvo, equivalentes a casi 50 millones de litros de leche líquida para distribuir a todos los menores de quince años, mujeres embarazadas y nodrizas. Se ampliaron los canales de distribución con la Junta Nacional de Apoyo Escolar y Becas, la Junaeb[13], para los mayores de seis años, como cumplimiento de sus programas de alimentación escolar. Fuerzas Armadas, Carabineros, e Investigaciones cubrían el programa mediante sus canales institucionales.

¿Cuál era el cambio cualitativo del ‘medio litro de leche’? Ya no fue el señuelo para garantizar el éxito del control del niño menor de seis años, sino el instrumento para la derrota de la desnutrición de los menores de quince años, de las embarazadas y de las nodrizas chilenas. Era un subsidio del ingreso familiar, una medida inmediata con resultados inmediatos. Giorgio Solimano, encargado de los programas de nutrición del Subdepartamento de Fomento de la Salud del Servicio Nacional de Salud, me informó en julio de 71 que “el 60 por ciento de los menores de dos años internados en el Hospital Roberto del Río en enero del 71 presentaba algún grado de desnutrición”. En junio de ese año, la desnutrición afectaba solo al 12 por ciento de los lactantes hospitalizados en ese establecimiento. Este efecto, perceptible para todas las familias chilenas, también contribuyó a dar testimonio de la consistencia del Programa de la Unidad Popular y que la revolución ‘a la chilena’, cumplía. La ciudadanía así lo comprendió.

Salvador Allende obtuvo el 37 por ciento de los votos en septiembre del año 70 y siete meses después la UP obtenía más del 50 por ciento de los votos en la elección municipal de 1971[14]. En abril de ese año, una delegación chilena –encabezada por Carlos Molina, aquí presente, que era Subsecretario del Ministerio de Salud– asistimos a un evento internacional convocado en La Habana, por un foro internacional progresista de políticas de salud dirigido, por entonces, por Josué de Castro, sociólogo brasileño autor del libro La geografía del hambre[15]. Allí tuvimos –por primera vez– la percepción del apoyo, de la simpatía y de la extensa solidaridad, a escala planetaria, para con el Gobierno y

quienes adherían a la Unidad Popular.

Me parece que el segundo impacto político que el Gobierno de la Unidad Popular produjo, fue el impacto internacional y la emergencia de la solidaria acogida al curso que en ese momento tomaba su acción. En el escenario internacional, las fuerzas revolucionarias, progresistas, democráticas y humanitarias estaban en ligera mayoría en la confrontación del capitalismo y el socialismo. Era un estado de equilibrio inestable para las fuerzas conservadoras, regionales e imperialistas; el triunfo de la UP en Chile acrecentaba el peso de la fuerza del progreso en el mundo, por las expectativas abiertas por la experiencia chilena de alcanzar el poder democrático y dirigir desde el gobierno un camino de aproximación estratégica a los objetivos socialistas. La democracia aparecía no solo como objetivo sino como un camino al socialismo. El camino chileno al socialismo evocaba las aspiraciones de las fuerzas antifascistas de la posguerra europea.

El año 1975, en el exilio, en un cafecito parisino, la profesora Natalie Manns, directora de educación del Instituto Internacional de Pediatría Social, me señaló que la arrolladora solidaridad con Chile no solo surgía de la posición antifascista de la democracia francesa contra la dictadura; también emergía porque la Unidad Popular, su programa y su estrategia eran percibidos por la izquierda europea como ejemplo para conseguir los cambios sociales aspirados por las mayorías de Francia y Europa. El Gobierno de la UP, su estrategia electoral y su programa de revolución sin costos de vida, se habían transformado en el paradigma para millones de conciencias progresistas en el mundo. El cumplimiento del Programa de la Unidad Popular demostró, hasta ese momento, que era posible la democracia como objetivo y camino de aproximación estratégica a los objetivos de una sociedad más justa y más humana.

En octubre del 71 en el transcurso de la reunión anual de la Organización Panamericana de la Salud, en Washington, fue propuesto, por la delegación canadiense, que la reunión cuadrienal de Ministros de Salud de las Américas fuera realizada en Santiago el año siguiente. Ante el estupor de la delegación

norteamericana y sus seguidores, la propuesta fue aprobada por una amplia mayoría y sin objeciones. Este reconocimiento facilitó la iniciativa de montar un programa de refuerzo a los programas materno-infantiles: el Programa de Salud Materno Infantil y Bienestar Familiar, cuyas negociaciones se iniciaron en octubre de 1971 en Washington, en la sede de Naciones Unidas. Uno de los responsables de su elaboración y puesta en marcha fue el doctor Patricio Hevia, también aquí presente.

Como es conocido, a mediados del 71 Chile se vio estremecido por varias catástrofes. En el ámbito de la política fue el asesinato del ex Ministro Edmundo Pérez-Zujovic. En Santiago, una nevazón inesperada aplastó los livianos techos de miles de casas de los vecindarios más pobres. Días más tarde, un terremoto, de epicentro en Illapel, afectaba a Valparaíso, pueblos, ciudades y asentamientos rurales de lo que hoy son las IV y V regiones.

El terremoto ocurrió a las 23:00 horas[16]. Las primeras ayudas por parte del Ministerio de Salud llegaron a Llay Llay poco pasada la media noche; a las 3 de la mañana estaban en Cabildo; y a las 9 de la mañana alcanzaron a Illapel, epicentro del terremoto. Las tareas de reorganización de la atención de salud comenzaron esa madrugada gracias a la eficiencia del Servicio Nacional de Salud y a la disposición de servicio de los funcionarios de la salud pública, que ya estaban entrenados en normas establecidas y ejecutables en cualquier lugar del país en cualquiera circunstancia.

El asesinato de Pérez-Zujovic fue evaluado por el Gobierno y sus directivos como un hecho contrario al espíritu de la UP y políticamente negativo para el éxito de la próxima elección parlamentaria senatorial, que reemplazaría a Salvador Allende en el Senado y que se realizaría en el mes de julio[17]. El asesinato político no era un recurso presente en el Chile democrático. Es evidente que favoreció a la oposición más dura en el interior de la Democracia Cristiana –como se señaló en una presentación precedente[18]– y frenaba el ascenso político y electoral de la Unidad Popular. Pero al mismo tiempo produjo pronto otro terremoto político en la DC: un gran número de diputados y

senadores democratacristianos, que habían apoyado el programa presidencial de su candidato Radomiro Tomic, resolvieron abandonar la DC y formar una organización política independiente, la Izquierda Cristiana, que solicitó su ingreso a la coalición gobernante. En agosto del año 71, el Gobierno reestructuró su gabinete para incorporar personajes de la IC, a la que convergieron también otros exdemocratacristianos que habían fundado el partido MAPU en 1969. En esas circunstancias políticas fui designado Ministro de Salud, en agosto de 1971[19].

Es necesario señalar que, a partir de ahí, el curso del año 71 ya fue distinto. La violencia contrarrevolucionaria se organizaba en forma creciente, con el objetivo de aislar política y socialmente a la UP y generar las condiciones para un golpe militar. Por nuestra parte, en el área de la salud, se continuó con la aplicación del Programa de Gobierno.

En septiembre de 1971 el Colegio Médico tuvo un amplio evento donde se conformó una mayoría opuesta al Gobierno. Días después, alrededor de las cinco de la tarde, mi casa, ubicada en Carlos Antúnez y Fidel Oteíza, fue baleada desde el edificio del frente y mi jefe de gabinete, que volvía de unas vacaciones, estuvo a milímetros de ser muerto. Desde entonces tuvimos que mantener las persianas venecianas cerradas. A pesar de esta medida y de otras, se recibió un total de dieciocho disparos de arma corta, desde el edificio de enfrente, a 35 metros de distancia. Recuérdese que, dos años más tarde, mi vecino, el comandante Araya de la Marina, fue asesinado en su casa de la calle Fidel Oteíza, a unos metros de la mía, con armas automáticas[20]. No puede entenderse el año 1971 sin el inicio de la violencia terrorista que comenzara entonces y que culminara con el golpe y la dictadura.

Las controversias con el Colegio Médico eran principalmente en torno a la situación de los médicos. Se sabe hoy día que fueron alimentadas ideológica y materialmente desde los Estados Unidos.

Al final de 1971 vino Fidel Castro y me tocó acompañarlo a Concepción, a Lota, a Tomé y a varias partes donde decenas de miles de gentes lo aplaudieron. El día anterior a la partida de Fidel se hizo una recepción en la embajada de Cuba, con dirigentes sociales y políticos y de Gobierno. Al regresar a mi hogar, los manifestantes de la oposición del barrio alto bloqueaban el acceso a mi casa. Cuando logré llegar, vecinos apagaban las llamas producidas por una bomba incendiaria. Mis vecinos habían acogido a mi familia. Durante dos semanas viví con anticipación lo que sería la vida en la clandestinidad. En el año de 1971 se desató la barbarie antidemocrática, pero continuamos nuestra tarea, igual que muchos otros que también fueron víctimas del terrorismo reaccionario en ese entonces.

A modo de conclusión. Al final del primer año de Gobierno, se habían colocado las bases económicas y sociales para construir el camino al socialismo. Es cierto, sin embargo, que hoy día vemos con ojos críticos tres aspectos. Primero, la urgencia de los cambios político-institucionales del Estado, como la Constitución, era mayor de lo que pensábamos, si se toma en cuenta la magnitud de la violencia terrorista animada desde Washington, como hoy se ha podido documentar. Segundo: la experiencia de la UP ha sido recogida en Venezuela, en Bolivia, en Ecuador y también en Nicaragua; allí se ganan gobiernos por elección, pero se ganan con mayorías que permiten avanzar en la instalación de bases económicas y sociales, pero de modo paralelo a los cambios del Estado, asegurados por asambleas constituyentes representativas del pueblo. Para mí los cambios que ocurren en América Latina hoy día, parecen tener el ADN de la UP. Tercero: la falta de control sobre las fuerzas materiales para contener las fuerzas terroristas, es una vulnerabilidad en la que no han caído los gobiernos progresistas de América Latina y el Caribe.

Un segundo grupo de conclusiones debe referirse a los resultados logrados en ese momento por la política pública en salud. Una enumeración de esos logros es la siguiente:

• La instalación, puesta en marcha y la distribución de 47 millones de kilos de

leche en polvo y la dramática reducción de las formas más severas de desnutrición.

• La iniciación de la corrección de las desigualdades sociales en el crecimiento y desarrollo físico, mental y social de todos los niños chilenos.l La instalación de un programa de lucha contra el alcoholismo.

• La caída de la mortalidad infantil cerca de diez puntos, con lo que se inicia el momento de viraje de las tendencias de reducción de la mortalidad infantil y la mortalidad materna.

• La contratación plena de nuevas generaciones de médicos y otros profesionales de la salud, dando los primeros pasos hacia la igualdad del acceso a una salud de calidad más eficiente y más humana.

• La apertura de las facultades de medicina y de la Universidad Técnica del Estado a la formación de profesionales entre los hijos de obreros, campesinos, pobladores y trabajadores de la salud.

• La obtención de las bases financieras, políticas y técnicas para la puesta en marcha del Pesmib[21], como señalábamos, que permaneció en vigencia hasta 1987.

• La puesta en marcha de la participación y la democratización de la salud a través de los consejos locales de salud.

Cuando se mira retrospectivamente y se compara con las políticas vigentes, se llega a la conclusión que después –es cierto– la salud chilena ha tenido progresos, pero con una fuerte desigualdad social. Las desigualdades crecientes, las amenazas de la privatización y desmontaje del sistema público de salud son herencia de la dictadura y la falta de coraje político para resistir las presiones del Banco Mundial. En cambio, el progreso en salud es la herencia de la democracia y de la política de Salvador Allende y de la Unidad Popular.

Los síntomas de agotamiento del modelo neoliberal en el mundo nos hacen concluir que no ha sido en vano insistir en la posibilidad de otra política de salud, que asegure lo que todo ciudadano aspira: alcanzar el goce de un mejor estado de salud como un derecho fundamental de cada ser humano sin distinción de raza, religión, pensamiento político o posición social. El objetivo de la salud pública y de la medicina social no surgen de una consigna ideológica sino del sentido común de la sociedad: salud igual para todos y no salud según capacidad de pago.

Notas del debate

En este momento hay dos paradigmas que están en lucha: uno de ellos, el paradigma de que la salud es un factor de desarrollo, no solamente que los componentes económico-sociales y culturales definen la salud, sino que la salud puede provocar cambios en la vida social. Ese concepto era el predominante que teníamos un grupo bastante amplio en esa época, mucho más allá de la Unidad Popular, incluso yo creo que en la Democracia Cristiana. Incluso había muchos salubristas también en el ala de derecha, Fernando Monckeberg[22] entre otros, que tenían un concepto de que la salud era un factor de desarrollo.

* * *

Creo que esto de los paradigmas en salud puede explicar y puede fundamentar y desarrollar las políticas públicas. Lo otro, viene del análisis de la realidad, que yo creo que también es un elemento muy importante. Tanto en la Unidad Popular, como también nos enseñaron en la Escuela de Salud Pública desde los años 52, en la Escuela de Medicina; allí nos enseñaron que primero había que ir a la realidad y después elucubrar acerca de las propuestas, para luego volver a controlar la realidad. Esa metodología es la que nos permite decir que las políticas públicas también tienen que admitir esa flexibilidad, para poder adaptarse a las situaciones concretas de cada país.

* * *

Otra cosa que quiero comentar. El Gobierno asumió el 4 de noviembre y el día 4 de enero nosotros empezamos a repartir el medio litro de leche, pero el 4 de diciembre, todos los que estábamos metidos en eso: Salud, Economía y la ECA[23], que era la acopiadora de alimentos, recibimos el 'huevo de oro', que repartía el diario Puro Chile, por no haber empezado con el medio litro de leche el 4 de noviembre. Pero lo empezamos el 4 de enero… Eso es lo que quería señalar: que también éramos bastante observados y criticados.

1 Óscar Lewis (1914-1970), historiador y antropólogo norteamericano reconocido por sus estudios sociales referidos a la pobreza, al mundo rural y también el urbano, basados en la observación de grupos y comunidades. Sus obras más difundidas son Antropología de la pobreza (1959) y Los hijos de Sánchez (1961).

2 En referencia a la llegada de Fidel Castro al poder en Cuba, tras haber derrocado a Batista. El ejército revolucionario realiza su entrada triunfal en La Habana, el 8 de enero de 1959.

3 En referencia al Che Guevara.

4 John F. Kennedy (1917-1963), Presidente de los Estados Unidos, del Partido Demócrata, entre los años 1961 y 1963, cuando fue asesinado en el mes de noviembre.

5 Nikita Kruschev (1894-1971) dirigente comunista soviético cuyo liderazgo se desarrolla a partir de la muerte de Stalin, en 1953, y se consolida en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, realizado en 1956, sobre la base del cuestionamiento del período en que la URRSS estuvo bajo la dirección de Stalin.

6 Juan XIII (1881-1963) fue elegido Papa de la Iglesia Católica en 1958, desempeñándose como tal hasta 1963. Convocó el Concilio Vaticano II, evento que provocó un importante giro social, pastoral y teológico en la Iglesia Católica, que la caracterizó en las décadas 60, 70 y 80 del siglo XX.

7 Mao Tse Tung (1883-1976) fue el máximo líder de la República Popular China, que condujo al Partido Comunista al poder en 1949. Diez años después, a partir de 1959, encabezó la llamada Revolución Cultural.

8Las primeras 40 medidas establecidas en el Programa de Gobierno de la Unidad Popular se pueden encontrar en: http://www.salvadorallende.cl/Unidad_Popular/40medidas.html.

9 El llamado Tren de la Victoria fue utilizado, por primera vez, durante la campaña electoral de 1958, reeditándose en 1964 y, al parecer, también según el autor, en 1970. En él, el candidato Allende junto con artistas y otros dirigentes,

recorría Chile, de Santiago a Puerto Montt, en un viaje que podía durar más de veinte días, deteniéndose en decenas de ciudades.

10 Se refiere a las movilizaciones estudiantiles que se iniciaron el año 2011 en el país, una de cuyas demandas más reconocidas ha sido poner fin al lucro en la educación.

11 La Dirección General de Protección a la Infancia y Adolescencia (Protinfa) fue creada en 1942 para dar medicina preventiva y curativa a niños y adolescentes, incluyendo la entrega de leche.

12 En referencia, probablemente, al año en que Salvador Allende fue nombrado Ministro de Salud por Pedro Aguirre Cerda y publica la obra La Realidad Médico-Social Chilena, en la cual ya se visualizan sus ideales de impulsar una política integral de salud.

13 La Junaeb nació en 1964, durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, con el fin de apoyar materialmente los procesos educativos de los sectores populares, brindando alimentación, becas, útiles escolares, etcétera.

14 Según cifras oficiales, en la elección presidencial de 1970 Salvador Allende obtuvo el 36,62% de los votos. En tanto, en la elección municipal de 1971, la Unidad Popular obtenía el 49,75% de votos.

15 Josué de Castro (1908-1973), médico y sociólogo brasileño especializado en nutrición y geografía, que dedicó su vida académica al combate contra el hambre en el mundo. Los resultados de sus estudios los publicó en libros como La Geografía del Hambre, en 1947, y Geopolítica del Hambre, en 1951.

16 El terremoto de Illapel se produjo el 8 de julio de 1971, a las 23:00 horas. Las ciudades más afectadas fueron Los Vilos, Salamanca, Combarbalá y La Ligua. Dejó 85 muertos, 451 heridos y 284.000 damnificados.

17 La elección complementaria para reemplazar a Salvador Allende en el Senado, se realizó al mismo tiempo que las elecciones municipales del 4 de abril de 1971, por lo tanto aún no se producía el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, ocurrido 8 de junio de 1971.

18 Ver presentación de Isabel Torres, pp. 29-39.

19 En efecto, la restructuración ministerial solo afectó a los Ministerios de Vivienda y Urbanismo y de Salud; en este, el doctor Juan Carlos Concha asumió en reemplazo de Óscar Jiménez.

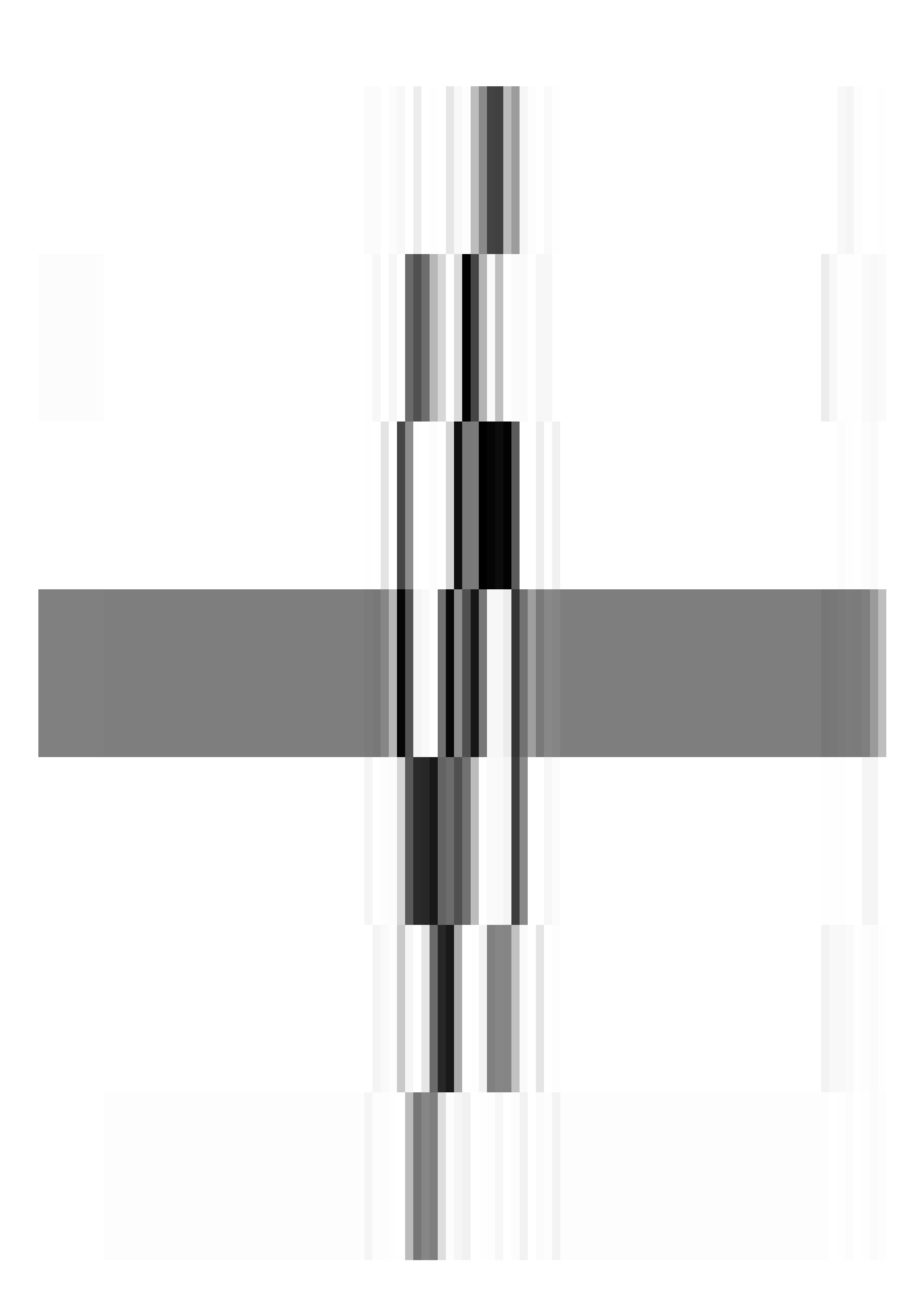
20 Arturo Arturo Araya Peeters, Edecán Naval del Presidente Salvador Allende, fue asesinado el 26 de julio de 1973 en su domicilio, por el disparo de un francotirador.

21 Programa de Extensión de Servicios Materno Infantil y Bienestar Familiar. Ver presentación de Patricio Hevia, más adelante, 76-84.

22Fernando Monckeberg Barros nació en 1926, es médico y economista de la Universidad de Chile, especializado en nutrición. Sus trabajos han tratado sobre todo el tema de la desnutrición infantil. En 1972 creó el Instituto de Nutrición y Tecnología de los Alimentos (INTA), existente hasta la fecha.

23 Empresa de Comercio Agrícola, creada en abril de 1960, como continuadora legal del Instituto Nacional de Comercio. Entre sus funciones estaba acopiar y comercializar productos agrícolas, principalmente trigo.

PRESENTACIÓN DE PATRICIO HEVIA



Muchas gracias por la invitación, por la posibilidad de dialogar entre nosotros sobre aspectos que están en la memoria colectiva, pero no absolutamente claros para muchos. Tal vez porque en esa época escribimos muy poco, porque teníamos muchas cosas que hacer simultáneamente.

Quiero empezar con frases del primer Mensaje del Presidente Allende, el 21 de mayo de 1971, que ya fue mencionado por Pedro Milos[1]. En él se dice textualmente:

"Es en el ámbito del fomento de la salud donde el Programa de Gobierno ha obtenido los logros más visibles y los avances en mayor profundidad, en relación con el propósito de hacer del niño el único privilegiado de Chile. En torno al bienestar familiar y social operan los servicios de salud materno-infantil, de protección del menor en situación irregular, de alimentación y nutrición y de salud mental. El 60 por ciento de la población del país lo constituyen madres y niños, que a su vez forman el grupo más vulnerable a las condiciones del subdesarrollo económico y social del país. Los riesgos de morir de las madres y de los niños son aún muy elevados. La mortalidad infantil que en 1970 fue de 77,8 por mil, todavía está por encima de los límites aceptables. De los menores de un año, fallece un 38 por ciento por enfermedades respiratorias, seguidas por los riesgos perinatales[2] y por diarreas infantiles".

Este es el campo en el cual nosotros fuimos desarrollando el trabajo en el Servicio Nacional de Salud de Chile. Para eso se fortaleció una institución que venía de mucho antes. No se inventó otra nueva, sino que la que teníamos, que era el Servicio Nacional de Salud, se la orientó hacia una profundización de su estructura y siempre siguiendo el modelo hacia donde teníamos que marchar, que era el Servicio Único de Salud.

El Servicio Único de Salud fue premonitor para nosotros por todo lo que hicimos antes, y dentro de eso, son tres los puntos a los cuales quiero referirme. Uno, es la salud materno-infantil y de bienestar familiar, que fue un programa pionero y que tuvo muchos logros después, que podríamos analizarlos. Otro, el Programa Nacional de Leche, sobre el cual ya el doctor Juan Carlos Concha ha contado algunos aspectos[3]. Y, tres, algo muy importante en esa etapa, como fue la participación ciudadana comunitaria en salud, con la creación de los consejos paritarios y locales de salud. Esos tres puntos, brevemente.

Empiezo, primero, por el de salud materno-infantil, con los antecedentes de una reunión de estudios con organizaciones internacionales que se hizo 9, 10 y 11 de agosto de 1971. El mes de agosto fue cuando hubo un cambio de ministerios, en que el doctor Concha, que era Jefe de Fomento de Salud, se fue de Ministro y yo lo reemplacé como Jefe de Fomento y seguimos exactamente el mismo camino que se había instaurado con el acceso del Presidente Allende y que tomaba en cuenta también toda la historia anterior, tanto del Servicio Nacional de Salud, como de Fomento de la Salud.

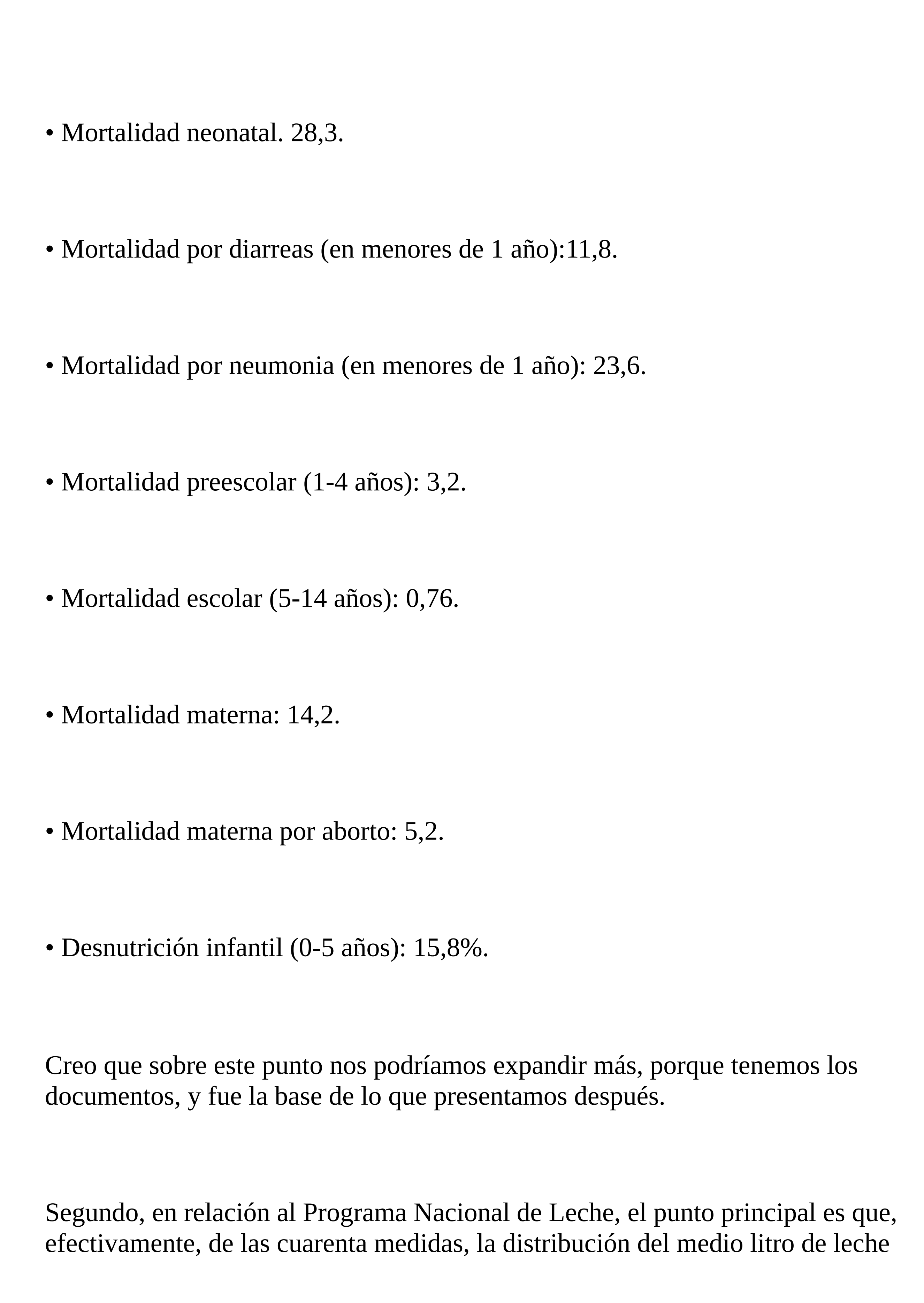
Entonces yo asumí y tuvimos en ese momento una reunión con participación de trece organismos internacionales: Population Council, Unesco, IPS, PNUD, IPPF[4], Celade[5], Unicef, entre otros. Se les hizo un planteamiento completo de cómo poder concebir un programa integral de salud materno-infantil y bienestar familiar, que incluyera también la planificación familiar. Para eso las agencias emitieron un informe, a propósito de la ponencia del Gobierno, manifestaron su disposición a colaborar y dijeron: “las agencias invitadas están de acuerdo en que el plan integral de salud materno infantil presentado por el Gobierno de Chile es excelente y podría servir de modelo para otros programas nacionales que persigan objetivos similares”. Se empezó a trabajar este programa de extensión de servicios, que lejos de destruir lo que había, implicaba fortalecerlo y extenderlo. Y por eso el proyecto contó con el patrocinio del sistema de Naciones Unidas. Trabajamos juntos, por vez primera el PNUD, junto con Celade, junto con Unicef, junto con la OPS-OMS[6] y el Gobierno de Chile.

Me tocó a mí ser contraparte, tener que ir en dos oportunidades a Washington y Nueva York, para defender este proyecto y, sobre todo, lo que llamamos la integralidad del proyecto, que era una atención integral en salud materno-infantil y no solamente un programa de regulación de fecundidad o de reparto de píldoras o algún sistema parcial. Esto lo mantuvimos en todo el diseño que se hizo el año 1971, que contó con el apoyo absoluto del Gobierno y, por lo tanto, pudimos nosotros ir introduciendo todas las variables que necesitábamos. Gran parte de los recursos, alrededor de 12 millones de dólares, fueron aportados por el Gobierno de Chile y el proyecto, llamado Pesmib (Programa de Extensión de Servicios Materno Infantil y Bienestar Familiar), fue una propuesta de cuatro millones de dólares no reembolsables.

Nosotros ahí diseñamos una propuesta en términos de uso de los recursos, destinándolos a perfeccionamiento de las áreas de salud de los hospitales, en lo que correspondía a centros perinatales regionales; formación y becas; investigaciones; y lo que correspondía también a anticonceptivos[7]. En toda esta distribución se planteó el poder fortalecer lo existente y por eso el director del Programa era el mismo como director de Fomento a la Salud, no fue un programa paralelo. Se hizo una Unidad de Evaluación también dentro del Departamento Técnico para que fuera otra mirada. Creo que en ese punto es donde está el valor del trabajo que se hizo en el 59 por ciento de las áreas de salud del país; que tomó a la totalidad de las escuelas de la salud –de Enfermería, de Medicina, de Obstetricia–, que significó una gran participación popular, de movilización popular, y que es algo que permitió tener logros después.

El año 1970 la mortalidad infantil, cuando asumió el Gobierno era 79 por mil, ya el 71 bajó a 70,5 por mil; efectivamente empezamos a notar cambios porque se focalizó el trabajo en diarreas infantiles, en enfermedades respiratorias, en perinatal, que eran los puntos centrales que teníamos nosotros. Otros indicadores del año 1971 son los siguientes[8]:

• Mortalidad infantil. 70,5 por 1000 nacidos vivos.



• Mortalidad neonatal. 28,3.

• Mortalidad por diarreas (en menores de 1 año):11,8.

• Mortalidad por neumonia (en menores de 1 año): 23,6.

• Mortalidad preescolar (1-4 años): 3,2.

• Mortalidad escolar (5-14 años): 0,76.

• Mortalidad materna: 14,2.

• Mortalidad materna por aborto: 5,2.

• Desnutrición infantil (0-5 años): 15,8%.

Creo que sobre este punto nos podríamos expandir más, porque tenemos los documentos, y fue la base de lo que presentamos después.

Segundo, en relación al Programa Nacional de Leche, el punto principal es que, efectivamente, de las cuarenta medidas, la distribución del medio litro de leche

quedó en la conciencia de la gente hasta ahora. El propósito fundamental del Programa representó la materialización de la medida Nº 15 de Gobierno: "Contribuir a promover el desarrollo normal en las primeras etapas de la vida del hombre, a prevenir la desnutrición infantil y materna y a elevar el nivel nutricional y de salud de la población". Efectivamente, nosotros distribuimos mucha más leche de la que producíamos, porque se tomó la decisión de que el niño era el único privilegiado, por lo tanto las fábricas que industrializaban la leche tenían que seguir funcionando en Chile. Pero igual había que traer proteínas de afuera y, a pesar de todos los problemas que había, nosotros trajimos alrededor de 20 millones de kilos de leche en polvo, que se fueron incorporando a los 17 o 19 millones que había hasta ese momento. Por eso da los 47 millones de kilos, que son 47 mil toneladas, que son 470 millones de litros de leche. Concretamente, en el año 1971 se cubrió una población de 3.046.257 personas, distribuyéndose un total de 47.256.546 kilos de leche en polvo con 12 por ciento de materia grasa, lo que significó un cumplimiento de 96,3 por ciento de lo programado para ese año. Para 1971 el costo total fue de 495.880.000 escudos con una inversión de US$ 23.308.825. Entre 1965 y 1970 el promedio de leche distribuida había sido de 15.898 toneladas anuales; al comparar con lo realizado en 1971 se constata un incremento de 197 por ciento. La participación activa de la comunidad fue fundamental para el pleno cumplimiento del Programa Nacional de Leche, conocido por la población como "el medio litro de leche".

Y, tercero, en relación a participación comunitaria, teníamos la experiencia del año 1967, en tiempos de Frei Montalva, cuando se crearon los Consejos Comunitarios de Salud[9]. Esos consejos fracasaron, al final, porque se quiso manipular desde las autoridades de gobierno interior, dejando fuera a la gente del área salud. En los años 70 y 71, cuando estuvo la necesidad de reformular todo el planteamiento, se aprovechó la experiencia, pero se corrigió y se siguió la política del Gobierno del Presidente Allende, uno de cuyos principios fundamentales era "la participación decisiva de la población, organizada en cada barrio junto a todos los trabajadores de la salud, participando democráticamente con el doble objeto del aprovechamiento integral de los recursos del Estado y el aporte y colaboración activos de la población, en el proceso y el aporte del equipo de salud unido e integrado, asegurando la más alta moral y eficacia del trabajo, garantizados por un sistema justo de remuneraciones, promoción y estímulo; esto es, la democratización".

Con fecha 1º de septiembre de 1971, el Presidente Salvador Allende dictó el Decreto Nº 602 sobre la democratización del Servicio Nacional de Salud. En el Nº 6 de su fundamentación se expresó que: "…deben crearse los órganos de contacto que permitan un acercamiento efectivo de la comunidad que recibe los beneficios, que debe ejercitar su derecho a la salud, a la autoridad que le corresponde conceder esos beneficios; y amparar este derecho, en términos tales que esta cuente directamente en cada Establecimiento y Área de Salud con la participación activa de los trabajadores de la salud y de la población, coordine sus programas de salud con las necesidades de ella y exista un conocimiento inmediato de sus problemas"[10].

Así, se formaron los Consejos Locales con representación de todas las organizaciones existentes en un territorio dado, tanto del área de salud, como del hospital o del consultorio. "El Consejo Local es el organismo encargado de examinar y proponer soluciones a los problemas locales de salud. Está compuesto por representantes de organizaciones poblacionales, sindicales, gremiales de salud y del Gobierno". Ese consejo amplio, tenía a su vez un Consejo Paritario que era "el organismo ejecutivo del Consejo Local" y reunía "semanalmente a seis funcionarios de salud y seis representantes de la población, elegidos democráticamente por sus organizaciones de base, para contribuir en la dirección de los establecimientos de salud en lo que respecta a programación, participación y discusión de los resultados obtenidos"[11]. Lo dirigía el jefe local de salud, ya fuera el director del área, el director del hospital o del consultorio. Pero ahí estaban representadas orgánicamente las organizaciones sociales y estaban los trabajadores de la salud; estaba la Fenats[12], estaba la CUT, estaban todas las organizaciones que, en el consejo amplio, designaban este Consejo Paritario de Salud.

Creo que ese fue un punto que nos marcó porque permitió adelantar en todas las acciones voluntarias que se fueron estableciendo después, y en todo lo que significó la movilización social. El Decreto 602 se conserva todavía en la memoria de mucha gente que trabajó en ese momento, como algo importante. Al momento del golpe había más de cuatrocientos consejos funcionando. Esta fue

otra de las características del período de 1971 y que significó un aporte real a la propuesta más técnica de salud materno-infantil y de bienestar familiar.

Esto sería lo que quiero colocar en este momento. Si hay alguna duda, tenemos mucha información que podemos compartirla y estamos también dispuestos a responder las preguntas.

Notas del debate

Yo quisiera abordar la pregunta que se hizo sobre qué pasa con el aborto, porque sobre eso puedo extenderme y plantear otros temas relacionados. En el discurso del 21 de mayo del 71, justamente, se planteaba: "La mortalidad materna debida a abortos, por cuya causa hospitalizan alrededor de 50 mil mujeres al año en el país". Cincuenta mil mujeres por aborto, la mortalidad materna. Gran parte del Programa de salud materno-infantil se orientó, precisamente, a la regulación de fecundidad; pero la regulación de fecundidad se hizo en un contexto mucho más amplio de atención integral y no solamente de planificación familiar. Tanto es así, que en el programa de extensión de servicio, que yo les dije que tenía una propuesta de 4 millones de dólares, 1 millón 9 mil 860 fueron propuestas para anticonceptivos.

En un momento, cuando se hizo la reunión internacional en agosto del 71 y las distintas agencias ofrecieron su apoyo, había muchas que eran solamente de planificación familiar. La IPPF, por ejemplo, ofreció al Gobierno tres millones de dólares, solamente para colocar anticonceptivos y hacer una política vertical de planificación familiar, y el Gobierno de Chile rechazó eso, porque destruía la integralidad que teníamos, que era materno-infantil y bienestar familiar, era un conjunto. La protección de la familia, la protección de la sociedad, no solamente se lograba con anticonceptivos. Sin embargo, nosotros sí puntualizamos y participamos en grandes compras desde el exterior, para poder tener cubierta a la población. No es el momento 1971, sino que el 72 y 73 –espero que nos inviten

el próximo año– para ver qué pasó con todo esto. Yo no he querido hablar si resultó o no resultó.

* * *

No estábamos equivocados cuando nos planteamos la salud integral, dentro de un contexto institucional orientado a un Servicio Único de Salud y con participación plena de la comunidad y con toda su organización. Eso era parte de un proceso que venía de antes y que teníamos que impulsarlo y por eso nosotros no descansamos, incluso trabajamos en las noches, incluso cuando había huelgas y teníamos que repartir leche, teníamos que llevar los cargamentos en tren –había trenes en ese momento– y sacábamos… Pero eso va a ser un tema para el próximo año: ver qué pasó con la huelga patronal del 72.

1 Ver presentación de Pedro Milos, pp. 48-59.

2 Son los riesgos que tienen lugar durante el período inmediatamente anterior o posterior al nacimiento.

3 Ver presentación de Juan Carlos Concha, pp. 63-75.

4 Federación Internacional de Planificación de la familia (International Planned Parenthood Federation).

5 Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía.

6 Organización Panamericana de la Salud - Organización Mundial de la Salud.

7 De acuerdo a información proporcionada por el autor, la distribución de los cuatro millones de dólares asignados al Programa, fue la siguiente: Centros hospitalarios regionales (US$1.486.525); Áreas de salud, hospitales C y D (US$329.720); Anticonceptivos (US$1.009.860); Escuelas de enfermería y obstetricia (US$240.730); Becas (US$196.000); Adiestramiento en el país (US$260.000); Investigaciones (US$219.800); Asesoría internacional (US$80.200); Administración e imprevistos (US$176.374).

8 Datos en base a: Hevia, Patricio, "Registro histórico. La Salud Materno Infantil y el Bienestar Familiar en la década del 1970"; en: "La Salud Pública y la Organización Panamericana de la Salud en Chile (1902-2002)". Santiago, diciembre de 2002 (páginas 80 y 81).

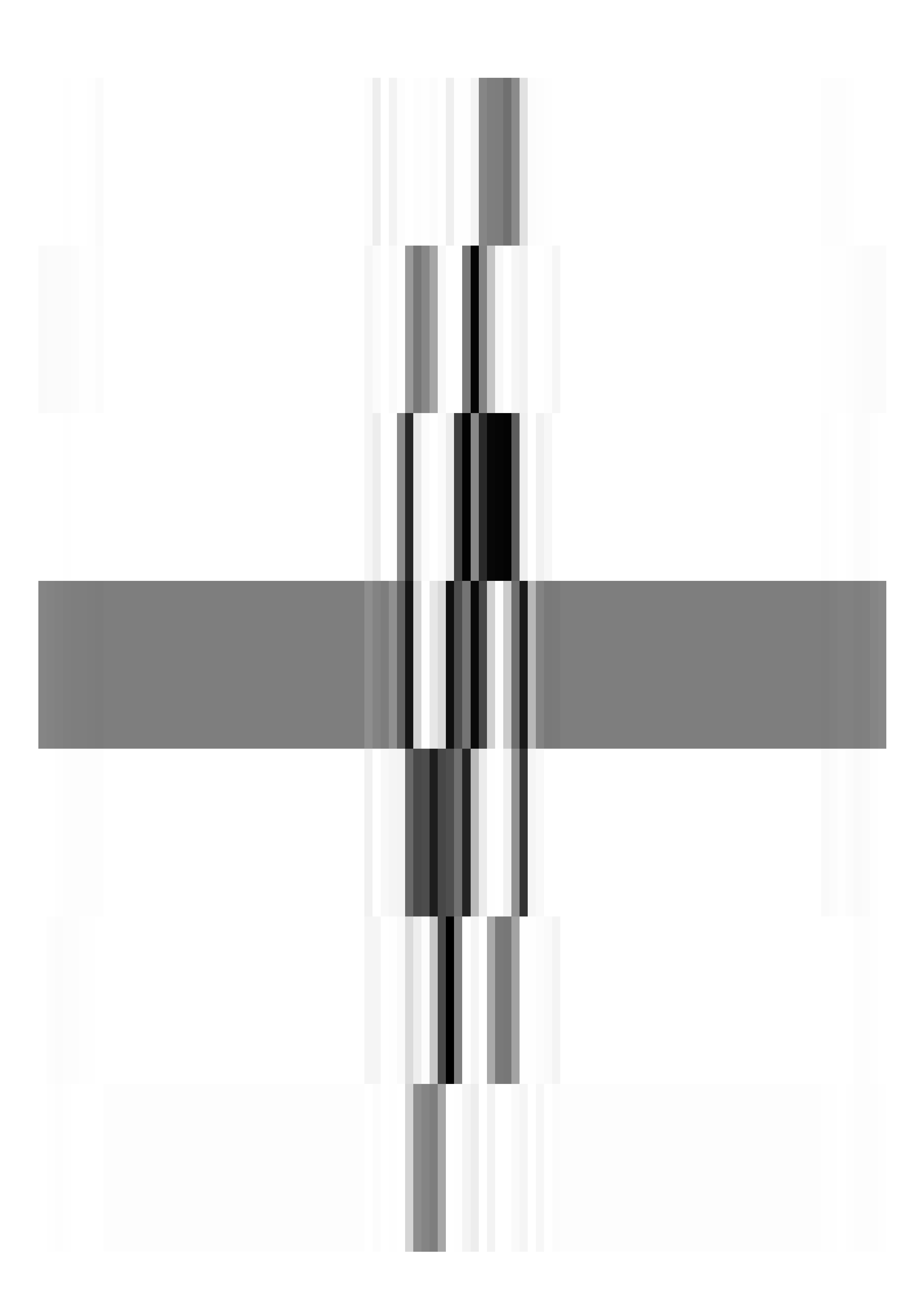
9 En virtud del Decreto 250 del Ministerio de Salud Pública.

10 Ministerio de Salud Pública, Decreto Nº 602, de 1º de septiembre de 1971.

11 Información proporcionada por el autor en base a: Servicio Nacional de Salud, "Decreto 602: Democratización del SNS". Folleto de difusión, Santiago, 1971.

12 Federación Nacional de Trabajadores de la Salud.

PRESENTACIÓN DE CARLOS MOLINA



Este período, a pesar de que los antecedentes están ahí a la mano –ya lo han demostrado Isabel Torres, Rolando Álvarez y Pedro Milos y los colegas que me han antecedido en el uso de la palabra–, ahí están los discursos de Allende, las actas del Congreso, las convocatorias y las cuentas públicas populares del Presidente en el Estadio Nacional, etcétera; a pesar de todo ello, la historia de ese período trascendental, desde el Frente Popular o incluso desde los años 20, es una historia, como buena historia del tiempo presente, no escrita aún. Es una historia tergiversada, es una historia mistificada, es una historia oculta, es una historia que pareciese fuera mejor que circulara por los pasillos y no en los escenarios ni en las academias.

Hace pocos días, la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile le rindió un homenaje al profesor Hugo Behm[1] y este homenaje se hizo en el auditorio Lorenzo Sazié, el magno auditorio de la Facultad de Medicina, coincidiendo con la celebración de las Jornadas Nacionales de Salud Pública. Yo esperé que un homenaje al epidemiólogo y al médico salubrista más importante, probablemente, del siglo veinte chileno, iba a estar colmado de jóvenes estudiantes. Pues, tuve que lamentar que ese homenaje no llenó más allá del treinta por ciento de las butacas del auditorio Sazié de la Facultad de Medicina. Entre otras cosas, porque el profesor Behm fue uno de los grandes líderes de este período al que estamos haciendo referencia hoy y, por lo tanto, fue un hombre condenado de antemano por la memoria oficial.

Dicho eso, lo otro que quiero decir es que a mí me tocó ser protagonista, desde un lugar privilegiado, de estos momentos tan importantes del gobierno popular, de todo el Gobierno de Allende y, particularmente, del año 1971. La vivencia personal y subjetiva del protagonista, la tengo que combinar, necesariamente, con la visión que hago ahora, cuarenta años después, desde mi condición de aficionado a la historia. Voy a hacer algunas referencias y algunos comentarios particulares, porque me parece que no es el momento de largas exposiciones de cifras y de elementos cuantitativos, sino que, probablemente, de una visión crítica.

Aparte de todo lo que ya se ha dicho sobre el Gobierno de la Unidad Popular, quiero traer a colación una frase construida por la historiadora María Angélica Illanes y expresada en uno los libros más importantes para el estudio de la salud pública en Chile, de su autoría, que se llama En nombre del Pueblo…[2], donde da cuenta del estado de ánimo de lo que vivíamos hacia 1971. Esto dice, María Angélica: “Uno de los signos más característicos del nuevo régimen socialista –dice ella– fue la presencia de la gente en las calles, pero ya no se trataba de las imágenes de multitudinarias formaciones en marcha, que obviamente se acrecentaron, sino de la acción de la gente, de los jóvenes, de los profesionales, de los pobladores en las calles, construyendo casas, realizando trabajos voluntarios, alfabetizando, vacunando, educando. Cada uno de los chilenos que apoyaba al Gobierno, se sentía comprometido en ayudar en la enorme tarea del enfrentamiento de la miseria material, fisiológica, cultural y moral”. Como decía Rolando Álvarez, el año 1971, el año de la fiesta, el año de la esperanza, el año de la alegría, el año de vivir sin temor los acontecimientos[3]. En ese sentido, esa generación, que describía Rolando a la hora de caracterizar subjetivamente la militancia comunista de esa época, se extendía en general a todo el movimiento popular.

Una segunda referencia es a una gráfica, de un trabajo de Jaime Ruiz-Tagle, un economista importante, que muestra las variaciones del índice de Gini, es decir, las relaciones de inequidad y desigualdad de los ingresos, en Chile, desde el año 1957 al año 1998[4]. Mientras más cerca está de cero el índice, mayor igualdad, ya que ‘cero’ es la igualdad absoluta; y ‘uno’ es la desigualdad absoluta. En el cuadro de Ruiz-Tagle lo que se observa es que en el micro espacio de tiempo que va entre los años 70 y el 71, la desigualdad disminuye a los niveles más bajos en todas estas décadas, situándose alrededor del valor 0,45. Al respecto, quiero citar lo que Jaime Ruiz Tagle dice respecto de este gráfico: “Así, podemos observar que desde 1957 hasta fines de los años 60, la desigualdad se fue incrementando, o al menos no mostró indicios de mejoramiento. No obstante, en la primera mitad de la década de los 70 nos encontramos con una brusca caída de los indicadores de desigualdad, lo que es consistente con las políticas macro y microeconómicas que fueron implementadas bajo el Gobierno de Allende”[5].

El comentario de Jaime Ruiz Tagle continúa en los siguientes términos: “Durante aquel período, las políticas se orientaron principalmente a la eliminación del poder de los monopolios domésticos y extranjeros y de los latifundistas que concentraban la tenencia de las tierras. Procesos como la Nacionalización del Cobre y la Reforma Agraria marcaron el período. Políticas laborales concentradas en la producción de bienes de consumo básico y en mejoras salariales de los trabajadores menos calificados fueron llevadas a cabo con mucha fuerza. A la vez, el manejo inflacionario se llevó a cabo a través del control directo de ciertos precios”. A su juicio, este conjunto de políticas permitió que incluso los menores niveles de desigualdad histórica se mantuvieran un par de años luego de 1973.

Hago este comentario porque si uno revisa el mensaje del 21 de mayo de 1971, en que formalmente el Presidente de la República muestra su conceptualización del proceso salud-enfermedad, uno puede leer lo siguiente: “La salud es un proceso dialéctico, biológico y social, producto de la interacción del individuo y del medio ambiente, influido por las relaciones de producción de la sociedad, que se expresan en niveles de bienestar y de eficiencia física, mental y social. Es, antes que nada, una cuestión de estructura económica, social, de nivel de vida y de cultura. Es una obligación ineludible del Estado y que solo una sociedad socialista podrá solucionar integralmente; su camino estratégico es el Servicio Único de Salud”.

Yo sostengo, desde el presente –porque confieso que esta reflexión, como protagonista del 71, no la tuve en ese momento, era muy chiquillo– que el Gobierno de la Unidad Popular, encabezado por Allende, cambió la conceptualización que sobre salud había imperado en todos los períodos anteriores de las instituciones de salud en Chile, marcando una diferencia de fondo, cualitativa. ¿Qué hizo el aparato de salud durante esos pocos días? Lo que hizo el aparato de salud fue propiamente lo sectorial, y fue menos, creo yo, causa del impacto tan importante que tuvo en los indicadores de fondo, el período de la Unidad Popular y, particularmente, el año 71. Yo creo que este Gobierno, encabezado por Allende, cambió radicalmente la conceptualización que hasta entonces era predominante y en la que era hegemónico el pensamiento norteamericano y de la Oficina Sanitaria Panamericana y, posteriormente, de la

Organización Mundial de la Salud, que definía a la salud como el más perfecto estado de bienestar físico, psíquico y social, y no solo la ausencia de enfermedad. Allende cambió la conceptualización de ‘estado’ por la conceptualización de un ‘proceso dialéctico’ en permanente relación, ligado indisolublemente a las condiciones de vida de las poblaciones humanas.

Estas definiciones surgieron de estos creadores de la medicina social chilena de los años 30 –de los cuales Allende fue uno de los más importantes, aunque hay varios otros– y cuya genealogía se remonta, claramente, a los revolucionarios alemanes derrotados el 48 en Europa[6], que crean la medicina social en el Occidente. En consecuencia, la salud en el caso de la Unidad Popular va mucho más allá de la medicina, del manejo de la enfermedad y de sus expresiones sectoriales. La vivienda, la educación, la superación de las desigualdades económicas, laborales, sociales y culturales, el descanso, la recreación, la integración social civilizatoria, la igualdad de género y las expectativas igualitarias del desarrollo pleno de las capacidades humanas, son los agentes condicionantes y/o determinantes de lo que pasó el 71 y de lo que pasó en el conjunto del Gobierno de la Unidad Popular.

Cuando miraba las cuarenta medidas del programa, en esos años, como protagonista, había solo cuatro o cinco que yo consideraba propiamente de salud. Miradas hoy día, con este criterio transformador de que la salud es producto de las condiciones sociales concretas, materiales de existencia de los colectivos humanos y no de la medicina curativa o de la asistencialidad; miradas desde ese punto de vista, de las cuarenta medidas a lo menos veintiséis pueden ser consideradas factores condicionantes de la producción social del proceso salud-enfermedad. No voy a insistir en las cifras, pero voy a mostrar, simplemente, algo que me pareció espectacular y que yo había olvidado. Una cosa muy pequeña. El año 1971, el 8 de julio, tuvimos un terremoto enorme. El déficit de viviendas creció de 480.000, que era el anterior al terremoto, a 520.000, al día siguiente del terremoto. No obstante, el año 71 se fijó, por ley, un máximo del 20 por ciento del salario como pago de los dividendos para costear viviendas de 90 metros cuadrados o menos y se derogó la reajustabilidad de los dividendos. Ahí están las curvas de la igualdad que muestra Jaime Ruiz-Tagle. Esos son factores determinantes de salud. Esos son los factores productores de la salud. No es, en

esencia, la atención médica, no es, en esencia, la curación.

Las estrategias fundamentales del Gobierno de la Unidad Popular, pensadas sectorialmente fueron, en mi opinión, dos: la participación masiva a niveles crecientemente decisorios de las colectividades y de las organizaciones sociales y de los trabajadores de la salud, por un lado, y la democratización de la arquitectura jerárquica de los poderes establecidos al interior de la vieja estructura, eternamente desfinanciada incluso, del Servicio Nacional de Salud, por otro. El año 1971 es la primera vez en su vida, desde el año 1952, en que el presupuesto del Servicio Nacional de Salud no tiene déficit.

Hubo empresas espectaculares, que se emprendieron. Ya se ha hecho referencia al Programa Nacional de Alimentación Suplementaria, que se llamó el 'medio litro de leche'. Era medio litro para todos los menores de quince años y para todas las embarazadas y nodrizas del país, y debo decirles que a mí me tocaron las primeras semanas de organización y de conversación directa con el Presidente respecto de qué hacer. Ahí nos enteramos que la producción total de leche en Chile del año 70 era de 12 mil toneladas. O sea, 12 millones de kilos de leche producía todo el país, incluida la producción de mantequilla, de queso y de otros derivados lácteos. En consecuencia, nosotros teníamos que importar la diferencia hasta enterar 48 millones de kilos de leche, en veinte semanas, en quince semanas.

Debo decirles que esta parte de la historia no está escrita. ¿Qué significa para una administración del Estado que no tiene idea, desde el ámbito de la salud, qué se hace para organizar, para averiguar y saber cómo importar 36 millones de kilos de leche en 60 días? ¿Cómo ponerlos en operación? ¿Cómo distribuirlos? Y eso se hizo y fue una empresa monumental de la que se habla muy poco. Se habla de los kilos de leche, se habla del impacto en las tasas de mortalidad infantil del año 71 y del período completo, pero de la epopeya de esta organización poco se habla. Importar 36 millones de kilos de leche, que tuvimos que terminar trayéndolas de Holanda, Australia, y Nueva Zelanda. Buscando puertos que no tenían muelles, Valparaíso tenía cinco sitios o seis sitios, no

teníamos dónde desembarcar, no había una sola bodega que cumpliera con los requisitos y estándares para almacenar leche. Y después de todo esto, distribuirla. Y el año 71 esta empresa gigantesca fue hecha con el coraje, con la alegría, con la participación, con las puertas abiertas de los establecimientos de salud para que penetrara la población, para que los auxiliares de enfermería, las matronas, las asistentes sociales se empoderaran de la gestión sanitaria. Eso hizo posible que llegara la leche a todos los consumidores, al extremo de que uno de los periódicos a los que hacía referencia Pedro Milos[7], en el año 71 decía: "Los upelientos están marcando las canchas de futbol en las poblaciones con la leche que pagamos todos". Para mí, ese titular fue la expresión máxima del éxito en el proceso de distribución a un universo repartido en la geografía de Chile, para toda esa población que era del orden de casi del 40 por ciento, de acuerdo a la demografía de entonces.

Otra gracia que quiero recordar de este primer año. A fines del 71 o principios del 72 –no recuerdo bien– los programas de control de las diarreas del verano del 71 y de las neumonías o enfermedades respiratorias en el invierno del 71, más la vacunación masiva contra la poliomielitis, significó que nosotros vacunamos en 48 o 72 horas al 85 por ciento de la población susceptible de poliomielitis. Entre 48 y 72 horas toda la población susceptible. ¿Quiénes vacunaron? ¿El personal de salud? No, no había personal suficiente para eso. ¿Cómo vacunábamos nosotros? ¿Cómo vacunó la Unidad Popular? A la ofensiva, a buscar a los susceptibles. ¿Cómo se vacuna hoy? Se abre el programa, se obtienen las vacunas, se ponen los avisos y se espera que venga la gente, el que quiera vacunarse. Nosotros no vacunamos así. Yo estoy seguro que, con la disminución de las tasas de mortalidad específicas por bronconeumonía, enfermedades respiratorias de invierno y por diarreas y enfermedades entéricas[8] en el verano del 71, más la polio, el Gobierno de la Unidad Popular dio inicio a lo que hoy día, de un modo sofismático en mi opinión, algunos epidemiólogos llaman la 'transición epidemiológica'[9]. Resulta ser que desde ese momento, desde ese codo de la UP, del 71 –el año de la alegría, el año en que los nubarrones de la conspiración universal todavía se veían un poco lejos– se inició el codo que cambió el perfil epidemiológico, en mi opinión, de la población de Chile. Y a partir de esas épocas, nos comenzamos a morir de enfermedades cardiovasculares, de enfermedades crónicas, nos comenzamos a suicidar más. Comenzaron a aumentar las patologías de salud mental a niveles increíbles y desconocidos, porque hoy día nos hemos dado el lujo de no ser capaces de tener

un sistema nacional de vigilancia de las condiciones de vida y de salud de la población, instalado en el Ministerio de Salud.

Lo último que quiero decir, es que otra de las cuarenta medidas decía así: “No más estafas en los precios de los remedios”; así rezaba esa medida, cuyo número no recuerdo. Eso dio lugar a una tarea gigantesca frente a la cuál nos dimos cuenta de que ese Estado no tenía idea de lo que pasaba con sus intereses. La única repartición que sabía algo del comercio exterior de los medicamentos era el Banco Central, que recibía las proformas de los laboratorios trasnacionales que iban y ponían una profroma para importar la materia prima del laboratorio Roche a Basilea y por la cual el Estado de Chile pagaba 50 dólares el kilo. Cuando nosotros fuimos a preguntar en el mercado mundial cuánto costaba comprarlo directamente, supimos que podíamos comprarlo a dos dólares el kilo. Ese ‘procesito’ se llamaba sobrefacturación. Las transnacionales farmacéuticas en Chile, trabajaban con números rojos. Nadie en Chile sabía los alcances de este proceso llamado sobrefacturación. Tuvimos que averiguar, tuvimos que generar información. Se nos allegaron los trabajadores de la salud, de los sindicatos de las empresas farmacéuticas, que nos comenzaron a entregar información; se constituyó, finalmente, desde el Ministerio de Salud, en base a esa coordinación y en la Corfo, el comité sectorial de desarrollo de la industria farmacéutica. Iniciamos un largo proceso, enorme, para generar una gran empresa de farmacéuticos del Estado. Allí vuelve a aparecer el desconocimiento del Estado de estas funciones fundamentales.

Para terminar, lo último que aparece en nuestro sector, aparte de lo que aquí ya se ha dicho, en los últimos meses del año, el segundo semestre del 71, es la hegemonía de un sector en el Colegio Médico de Chile, los gremialistas, que comenzó siendo una fracción y que ya a esas alturas estaba transformado en mayoría. Y que organizó la mercantilización del trabajo médico en todo el país y saboteó todas las políticas del gobierno popular; no solo las políticas de salud sino también las políticas generales de la Unidad Popular y se fue transformando, finalmente, en el gran animador de la conspiración que terminó en la hecatombe del 11 de septiembre de 1973.

Notas del debate

Una de las características centrales de la política social, por decirlo de alguna manera, y de los planteamientos políticos sobre la visión del Estado, en el Gobierno de la Unidad Popular, fue la necesidad de la transformación del Estado. Eso fue planteado en la primera mesa de este Seminario, de una manera bastante clara. Y esa transformación, de alguna manera tenía que ver con la necesidad de desburocratizar el Estado –para usar el lenguaje que nosotros usamos en salud– y de democratizar sus funciones y el ejercicio de las libertades. Yo creo, al respecto, que las políticas sociales requieren que las produzca o las conduzca o las sistematice o coordine un Estado que efectivamente haya dado pasos sustantivos en la desburocratización y en la democratización.

* * *

Yo quiero citar una frase de Allende, textual, en relación al desarrollo de la organización popular en general, y que dijo en relación a la necesidad de democratizar el aparato de salud del Estado; Allende dice: “Durante decenios hemos luchado contra una práctica y un entendimiento de la democracia, puramente formales, en que el sufragio, símbolo externo de la manifestación del poder, ocultaba una realidad enajenante de la voluntad popular. La auténtica democracia exige la permanente presencia y participación del ciudadano en los asuntos comunes. La vivencia directa e inmediata de la problemática social de la que es sujeto, que no puede limitarse a la periódica entrega de un mandato representativo. La democracia se vive, no se delega. Hacer vivir la democracia significa imponer las libertades sociales”. Yo creo que estas frases de Allende, estos contenidos, a la hora de inspirar las políticas y las medidas de organización popular para democratizar y transformar la naturaleza del Estado, tienen que ver con la inquietud justa que ha planteado el profesor Milos y yo me sumo a ella con esta acotación.

1 Hugo Behm Rosas, médico cirujano, destacado académico e investigador de la Universidad de Chile, fue director de la Escuela de Salud Pública entre los años 1968-1973. Su labor en el ámbito de la salud pública es ampliamente reconocida. En 1962 publicó el libro Mortalidad Infantil y Nivel de Vida, uno de los trabajos de investigación más importantes del siglo XX en Chile, el cual presenta estadísticamente cómo los factores sociales son determinantes en la salud.

2 Se refiere a: María Angélica Illanes, En el nombre del Pueblo del Estado y de la Ciencia, Historia social de la Salud Pública, Chile (1880-1973). Hacia una historia social del siglo XX. Colectivo de Atención Primaria, Santiago, 1993.

3 Ver presentación de Rolando Álvarez, pp. 40-47.

4 Se refiere a: "Chile: 40 años de desigualdad de ingresos", Jaime A. Ruiz-Tagle V; Documento de trabajo, Volumen 165, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1999.

5http://www.econ.uchile.cl/uploads/publicacion/ded67906-7423-4499-ad56-fae67ecf144a.pdf, p. 12.

6 En referencia a los movimiento revolucionarios de 1848, en Francia y en Alemania.

7 Ver presentación de Pedro Milos, pp. 48-59.

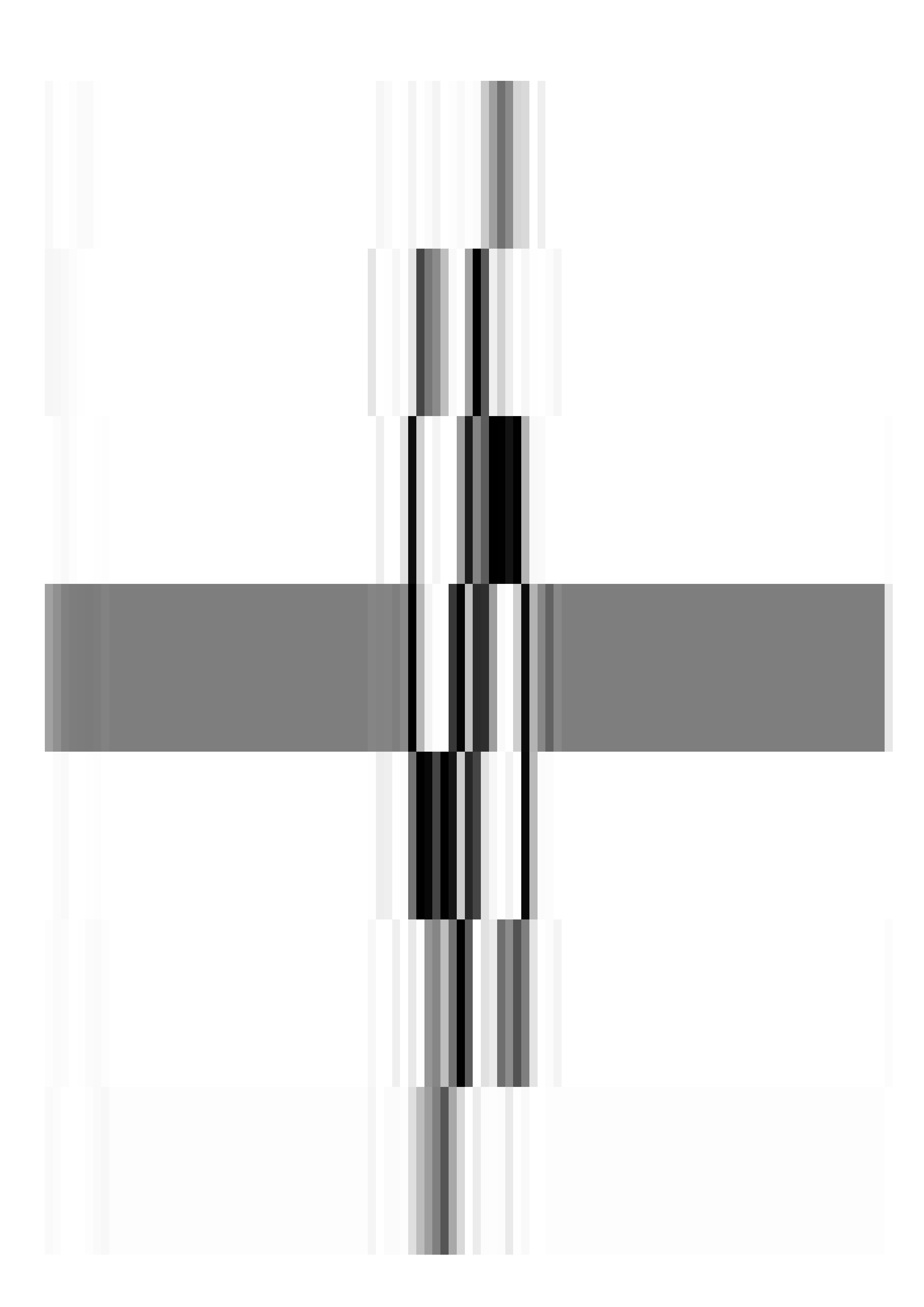
8 Se refieren a enfermedades como cólera, hepatitis A, fiebre tifoidea, diarreas y

meningitis viral, según el actual Ministerio de Salud.

9 “La ‘transición epidemiológica’ se fundamenta en la relación de importancia que se observa entre aquellas enfermedades transmisibles, maternas y de nutrición y un segundo grupo conformado por las enfermedades no transmisibles crónicas y degenerativas. Es decir, describe los cambios en términos de los patrones de salud imperantes en una población y en un determinado período”. Según Guía sobre salud y población, Rodolfo Heredia B. y Martha Lucía Ramírez G., Fundación Konrad Adnauer-Pontificia Universidad Javeriana, 2002, p. 67.

CONTEXTO ECONÓMICO,

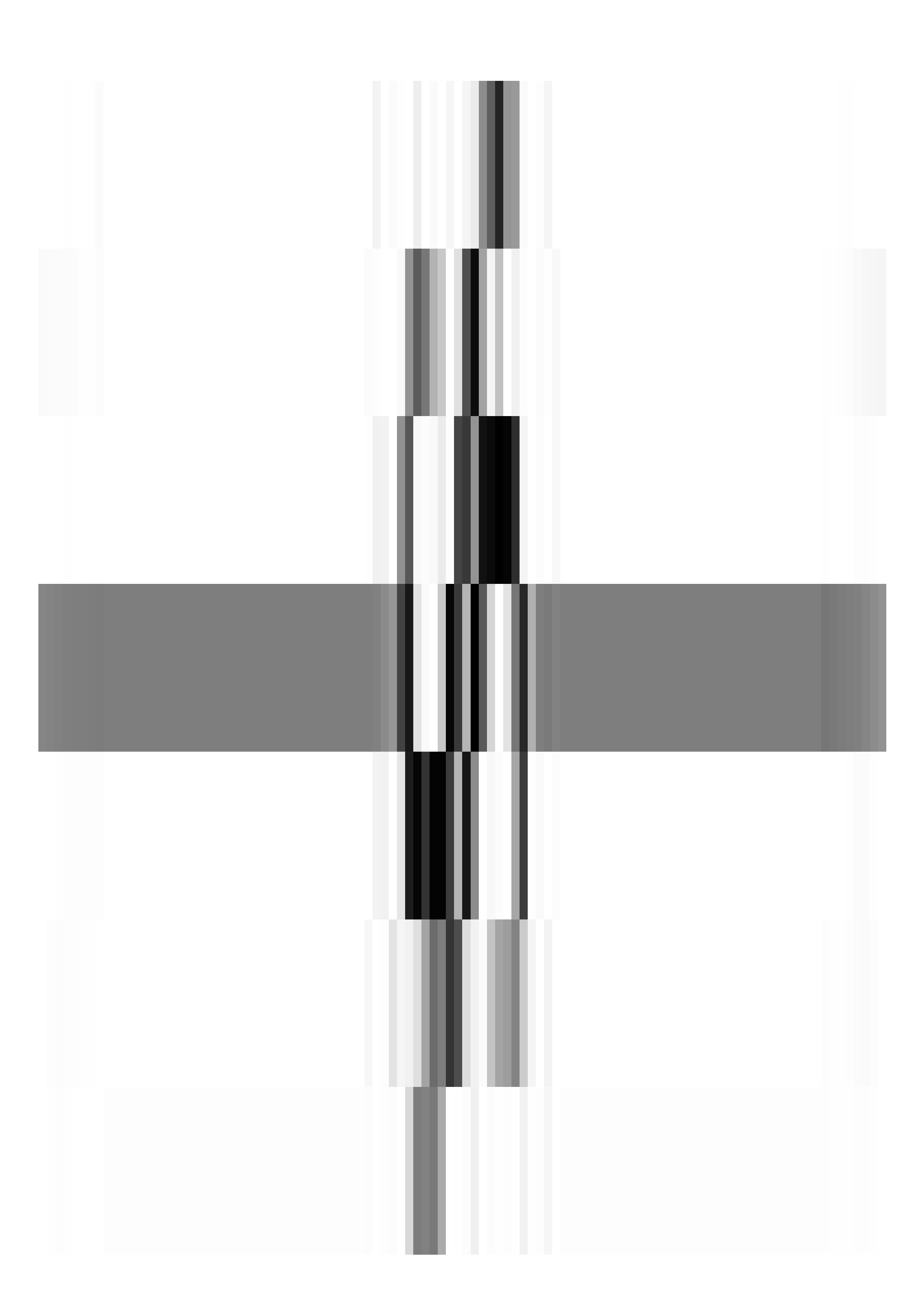
NACIONALIZACIÓN DEL COBRE Y CREACIÓN DEL A.P.S.



Hugo Fazio

Óscar Guillermo Garretón

PRESENTACIÓN DE HUGO FAZIO



Se nos ha propuesto que hablemos de nuestra experiencia directa y, a partir de ella, hagamos reflexiones sobre el primer año de Gobierno de la Unidad Popular en el cual me correspondió, por designación directa del Presidente Allende como se establecía en esos años, ser Vicepresidente del Banco Central y, por tanto, miembro de su Comité Ejecutivo y de su Directorio. En particular, se nos sugirió que hablásemos sobre la Nacionalización del Cobre y sobre la formación del Área de Propiedad Social (APS). En ambos procesos me tocó estar presente. Fui miembro del Tribunal Constitucional del Cobre, creado para resolver, de acuerdo con la ley de nacionalización, las apelaciones a las transnacionales norteamericanas traspasadas a propiedad del Estado; y participé de la constitución del Área de Propiedad Social, particularmente en la estatización de la banca comercial.

La Nacionalización del Cobre no constituyó un proceso fácil como se pretende presentar, usando como argumento que en el Parlamento fue aprobada por unanimidad, lo cual se logró por la aplastante corriente de opinión mayoritaria generada a su favor. Debió vencer duras resistencias internas y externas, constituyó un esfuerzo de décadas estimulado por los proyectos de nacionalización presentados al Congreso, primero, por los senadores comunistas Elías Laferte y Salvador Ocampo[1] y, tiempo después, por el propio Salvador Allende a nombre de los parlamentarios socialistas. Eso demuestra que transformaciones de fondo, que en un momento se ven como muy lejanas, si la mayoría de la población las hace suyas pueden convertirse en irresistibles en un período histórico breve. Es una lección a tener presente hoy cuando hay grandes movimientos sociales, como el de la educación, demandando transformaciones de fondo y que tienen, por el momento, respuestas del Ejecutivo absolutamente insuficientes.

En la década de los 60, la importancia del cobre en la vida nacional era aún más determinante para la economía chilena que hoy, al constituir el 70 por ciento de las exportaciones del país, significando su explotación por capitales trasnacionales –prioritariamente de origen norteamericano– una sangría de

grandes proporciones. Según cifras de esa década, el sector minero, siendo en él fundamental el metal rojo, reportaba el 14 por ciento de los ingresos tributarios y la casi totalidad de los recursos fiscales en moneda extranjera. Las ganancias excesivas extraídas por los consorcios extranjeros que explotaban los yacimientos fueron gigantescas, al igual como acontece actualmente. Tanto ayer como hoy, recuperaron rápidamente la reducida inversión efectuada en un primer momento. El capital invertido inicialmente por las empresas norteamericanas fue de solo 30 millones de dólares. Después no volvieron a aportar ni un centavo limitándose a reinvertir, pero, además, ganando y retirando más de 4.000 millones de dólares, monto equivalente entonces a la deuda externa chilena.

O sea, los consorcios norteamericanos del cobre sacaron ganancias de más de 130 veces de lo que habían invertido. Estas utilidades no se redujeron con la ‘chilenización’, aprobada durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva[2]; al contrario, su aporte a las ganancias totales de las transnacionales estadounidenses creció. Estas utilidades significaron, por ejemplo, que uno de esos consorcios, que en Chile tenía solo el 17 por ciento de sus inversiones totales, en 1968 sacara de nuestro país el 79 por ciento de sus beneficios mundiales. Así se construye, en esos años, el mapa de la extrema riqueza. Hoy el grupo Luksic es, sin duda, el mayor grupo económico de Chile; en este año ha experimentado un espectacular proceso de expansión, fundamentalmente por las elevadas rentabilidades obtenidas en los yacimientos que Antofagasta Minerals explota en el país: Los Pelambres, El Tesoro, Michilla y, desde este año, Esperanza[3].

La Ley de Nacionalización del Cobre contempló la creación del Tribunal Constitucional del Cobre, formado por ministros de las cortes de justicia y personeros de diferentes instituciones del Estado; entre ellos, el director de Impuestos Internos, el Vicepresidente de la Corporación de Fomento y el Presidente del Banco Central, a quien me correspondió reemplazar al poco tiempo de iniciar el tribunal sus actividades, en mi carácter de Vicepresidente. Doy testimonio que su funcionamiento se apegó estrictamente a las disposiciones de la Ley de Nacionalización. Con la existencia del tribunal se demostró, como dijo Salvador Allende en su discurso del día 11 de julio de 1971[4], en la plaza de Los Héroes en Rancagua, que su Gobierno le daba aún “a

los que han explotado a Chile la posibilidad de defender sus derechos”. “Nosotros –añadió Allende– procedemos con responsabilidad y mostrando que el pueblo no necesita apropiarse de lo ajeno, sino sencillamente ventilar, con conciencia revolucionaria, la verdad de las empresas; y pagaremos indemnizaciones si es justo y no pagaremos indemnizaciones si es injusto”. La Nacionalización del Cobre fue un proceso profundamente democrático y resuelto a partir del interés del país.

Los consorcios norteamericanos utilizaron ese derecho. Sus planteamientos fueron expuestos sin limitaciones en el Tribunal, las discusiones no fueron fáciles pero los antecedentes eran irrefutables: las ganancias excesivas eran muy superiores a los montos de las indemnizaciones calculadas por el Contralor General de la República. En mi caso, voté en contra de la única indemnización que, por mayoría, se acordó pagar. Llegué a la conclusión que, en este caso, la sobre utilidad tampoco la justificaba. En cambio, luego del golpe, (Augusto) Pinochet procedió, ilegal y abiertamente en contra del interés nacional, a indemnizar a empresas extranjeras que habían extraído del país utilidades millonarias. En estricto rigor, ello no constituyó una indemnización sino que incrementó el saqueo producido.

En estos años de alto precio del cobre, la significación y justicia de la ‘doctrina Allende’ sobre las ganancias excesivas, nuevamente adquiere la mayor importancia y retenerlas para el país debe ser una gran demanda nacional. La mayor parte de la producción del cobre de la gran minería, que la nacionalización había dejado en poder del Estado, nuevamente es extraía por capitales privados, casi todos extranjeros. Los derechos de explotación o la participación accionaria, como lo demuestran ejemplos recientes, se compran y se venden en el exterior. Las utilidades sacadas del país vuelven a ser elevadísimas. El año 2006 se inició un súper ciclo en el precio del cobre, que se extiende hasta el presente año, con el paréntesis de la recesión experimentada el 2008-2009. Por ejemplo, en el año 2007 la rentabilidad de Minera Escondida sobre su patrimonio fue de 165,89 por ciento; el 2006 alcanzó a 190,03 por ciento, según sus balances. Es decir, si se consideran ambos años, en conjunto acumulan una rentabilidad de 355,92 por ciento. O sea, solo en dos años se obtuvo el equivalente a más de dos veces y media la inversión realizada, que por

lo demás, desde que se inició el boom del precio del cobre ya había recuperado. El yacimiento controlado actualmente por el consorcio anglo-australiano BHP-Billiton, luego de una fusión efectuada en el exterior mientras Escondida ya se encontraba en explotación, vuelve a proporcionar utilidades excesivas, tal como se registraba antes de la nacionalización, las cuales se sacan del país o se reinvierten en la perspectiva de ganancias futuras. En los ocho primeros meses del presente año, la cotización promedio mensual fue de 4,26 dólares la libra, en septiembre cayó a 3,77 dólares y en octubre volvió a disminuir a 3,33 dólares, como consecuencia de la desaceleración de la economía global –en particular la de China, el mayor demandante del metal rojo a nivel mundial– y la revaluación experimentada en los últimos meses por el dólar norteamericano, moneda en la que se cotiza el precio.

La Ley de Nacionalización se refirió a la gran minería privada del cobre, pero durante el Gobierno de Salvador Allende se procedió también a traspasar a la Empresa Nacional de Minería, Enami, el yacimiento de la Disputada de Las Condes, denominada actualmente Los Bronces, utilizando un crédito proporcionado por el Banco Central por el monto establecido en la negociación para su adquisición. Se trataba de recuperar para Chile sus riquezas básicas. Debo constatar que en ningún momento nos imaginamos el gran negocio efectuado por el país. Sabíamos eso sí que constituía un solo yacimiento con Andina, de propiedad estatal por la Ley de Nacionalización y que nada justificaba su explotación por separado. El yacimiento fue descubierto en 1862 y explotado por capitales privados desde 1916 hasta su adquisición por Enami, por algo más de medio siglo. Hoy Codelco decidió hacer uso de la opción para adquirir el 49 por ciento de Los Bronces, controlado por la transnacional sudafricana Anglo-American, en una operación que nunca se debió tener la necesidad de efectuar ya que, si se hubiese actuado en función del interés nacional, jamás La Disputada, después de su nacionalización durante el Gobierno de Salvador Allende, debió haber sido devuelta a capitales privados. En 1978, en los años de dictadura, fue traspasada a la transnacional norteamericana Exxon quedando la Enami con la opción de comprar el 49 por ciento, posibilidad que posteriormente fue traspasada a Codelco y que ahora se utilizaría.

Los hechos vuelven a demostrar el profundo significado de la Nacionalización del Cobre y la importancia que sea el país quien explote sus recursos naturales. En cambio, se ha seguido la política antinacional de no defender esos recursos para los chilenos. Comprar la opción presente en Los Bronces significa que el país tenga que pagar por un recurso que le pertenece. Sin embargo, no aprovecharla, en el marco de las posibilidades políticas existente en la coyuntura actual, conduce a que siga siendo explotada exclusivamente por la transnacional anglosudafricana, obteniendo de ello elevadas ganancias. Es un mal necesario mientras no existan condiciones políticas para que se pueda dar un paso más avanzado: nacionalizar o aplicar la doctrina Allende, que recuperó para el país las rentabilidades extraordinarias obtenidas en las explotaciones cupríferas, utilizando esos recursos para cancelar la nacionalización. Con mayor razón cuando la Constitución establece que el Estado de Chile tiene el dominio absoluto, inalienable e imprescriptible de todos los yacimientos mineros. El país debe movilizarse por una respuesta enérgica, partiendo del hecho que la Constitución establece el dominio del Estado de Chile sobre el yacimiento. Anglo-American y Mitsubishi, con su acción, ponen en el orden del día, en mi opinión, la nacionalización de Los Bronces, como el Gobierno de Salvador Allende lo hizo en los años 70.

Por lo demás, la respuesta no debe ser solo del Estado sino del país en su conjunto. Sin embargo, Gerardo Jofré, Presidente de Codelco informó "que el Consejo de Defensa del Estado no presentará ninguna acción judicial puesto que ahora no es conveniente ni necesario hacerlo"; lo que se requiere es, al contrario, que el Estado intervenga activamente utilizando todos los caminos que tenga en sus manos y no únicamente el ámbito judicial. Debiera generarse una cadena inmediata de reacciones en contra de la prepotencia de las dos transnacionales. Es de esperar una ola de indignación nacional, más grande aún que cuando la Exxon traspasó el yacimiento La Disputada, después de haberla explotado durante veinticuatro años declarando constantemente pérdidas, recibiendo a cambio 1.300 millones de dólares y pagando impuestos por la transacción ascendente solo a 36 millones de dólares.

En su discurso del día de la Nacionalización del Cobre, Allende manifestó: "Hoy culmina una larga lucha de las fuerzas populares para recuperar para Chile el

cobre como su riqueza esencial, pero, al mismo tiempo, y hay que repetirlo, queremos nosotros terminar con el latifundio, hacer que las riquezas mineras, no solo el cobre, sean de nosotros, estatizar los bancos y nacionalizar las empresas industriales monopólicas o fundamentales para Chile, estratégicas". El Banco Central, por su implicancia en la vida económica nacional, participó de múltiples formas en este proceso; deseo, sin embargo, detenerme en particular en la estatización de la banca, en la cual me correspondió participar directamente.

No existían condiciones políticas para llevarla adelante como se hizo con la Nacionalización del Cobre, a través de reformas constitucionales o mediante leyes específicas. El escenario político se había modificado y una Ley de Estatización de la Banca no se habría aprobado. La necesidad de producir esta transformación era muy grande. El sistema bancario, en la materialización del Programa prometido, no podía continuar controlado por intereses minoritarios y debía colocarse al servicio de sus usuarios –que era indispensable ampliarlos– y del interés nacional.

¿Cómo lograr su estatización, entonces? El camino escogido fue un mecanismo especial, propio de la lógica del mercado capitalista, ideado por el que fuese Ministro de Economía del Gobierno de la Unidad Popular, el destacado economista Pedro Vuskovic[5]. La concreción de este proceso quedó radicada en el Banco Central y mi participación directa en su materialización fue intensa. Se decidió que el Estado entrase a controlar las sociedades anónimas constituidas en el país, que dirigían los bancos, para lo cual se requería pasar a tener la mayoría accionaria. Fue un procedimiento que los sectores opuestos a la estatización no lo esperaban, los tomó de sorpresa. Una situación especial se daba con las filiales de los bancos extranjeros, cuya gravitación en el sistema, en ese momento, era reducida, a diferencia de lo que acontece en la actualidad. Se negoció directamente con sus casas matrices, llegándose a acuerdos de compra de sus filiales por bancos comerciales que habían pasado a tener mayoría accionaria estatal, específicamente de la Corfo. La única institución extranjera que no se adquirió fue el Banco de Brasil, de acuerdo a las concepciones latinoamericanistas propias del Gobierno y defendidas ardorosamente por Allende. Fue una determinación que tenía muy presente reforzar los lazos con los países de la región, muchos de cuyos gobiernos –de distintas formas y en

distintos niveles– expresaban su respaldo al proceso de transformaciones que se vivía en Chile.

En el caso de las sociedades anónimas locales se abrieron poderes compradores de acciones. Sin embargo, la generalidad de las instituciones bancarias tenía controladores con nombres y apellidos. Se enfrentaron situaciones distintas. Hubo accionistas mayoritarios de bancos comerciales que inmediatamente expresaron su disposición a vender sus títulos en las condiciones ofrecidas. Hubo otros que buscaron obtener condiciones más favorables, pero en definitiva el peso que ya tenía el Estado en el sistema bancario –al dirigir el Banco Central, cuyas autoridades ejecutivas eran nominadas por el Presidente de la República y con un directorio identificado con el programa gubernamental, y la Superintendencia de Bancos– los llevaba a buscar acuerdos. No faltaban, además, quienes sabían que sus excesos, al no cumplir largo tiempo con normas tributarias básicas, los dejaba en una situación muy vulnerable.

Esta política se fue construyendo –como expusimos en un Seminario efectuado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, al enterarse 30 años del golpe de Estado– en un constante enfrentamiento con los sectores partidarios de la privatización a todo evento, o de quienes propugnaban estatizar e incorporar al Área de Propiedad Social cualquier empresa, independientemente de su tamaño y, menos aún, de su importancia económica. Fue un debate abierto, en el cual estuvo presente la necesidad de construir lazos de entendimiento con la gran mayoría de los empresarios privados, particularmente los pequeños y medianos empresarios, y, a la vez, democratizar la vida económica. Desde luego, los excesos producidos al tomarse empresas no consideradas en el Programa de Gobierno afectaron la construcción de este entendimiento. Se propugnó procesos democratizadores no solo en las empresas que pasaban a formar parte del Área de Propiedad Social, sino que también en las empresas estatales existentes al momento de asumir la presidencia Salvador Allende.

En los bancos estatizados se establecieron canales de participación de sus trabajadores. Actualmente, los altos grados de concentración en el sector

bancario se vuelven a expresar: dos instituciones realizan más del 40 por ciento de las colocaciones. Son, por una parte, el español Banco Santander, uno de los diez consorcios más grandes en el sector a nivel global, y, por otra, el Banco de Chile, que pasó a ser controlado en partes iguales por el grupo Luksic y el consorcio bancario norteamericano Citigroup. Consorcio fuertemente golpeado por la crisis financiera global desencadenada desde agosto de 2007 por las operaciones especulativas, que efectuó a partir de los créditos hipotecarios ‘subprime’, obligándole a vender parte de su propiedad para enfrentar sus dificultades con fondos soberanos creados en países exportadores de petróleo. La concentración es aún mayor en muchas regiones y desde luego en sus utilidades, donde ambos bancos perciben, según cifras del presente año, poco menos de 51,1 por ciento del total.

1 Proyecto de Nacionalización del Cobre presentado el 21 de junio de 1951 al Congreso. La propuesta de los senadores comunistas, compuesta de quince artículos, contemplaba la expropiación de todas las mineras extranjeras. En adelante, todos los programas de gobierno presentados por las fuerzas de izquierda que levantaron las candidaturas de Allende –de 1952 en adelante– incorporaron la Nacionalización del Cobre y de otras riquezas básicas.

2 La Ley N° 16.425, que significó la ‘chilenización’ del cobre fue promulgada el 25 de enero de 1966. Esta implicaba el traspaso del 51% de las acciones de las compañías mineras del cobre extranjeras a manos del Estado de Chile.

3 A estas explotaciones se suman los proyectos: Antucoya, Energía Andina y Óxido Encuentro.

4 Discurso con ocasión de la promulgación de la Ley de Nacionalización del Cobre, ocurrida ese día, que pasó a ser recordado como el Día de la Dignidad Nacional. Discurso disponible en: http://www.salvadorallende.cl/Discursos/1971/Cobre.pdf.

5 Pedro Vuskovic (1924-1993), economista, político y académico chileno, responsable de la primera etapa del programa económico del Gobierno de Salvador Allende. Como independiente, ocupó la cartera de Economía desde el inicio del Gobierno hasta mediados de 1972, en que se produce un cambio en su orientación económica. Posteriormente asumió la presidencia de la Corfo. Durante la dictadura estuvo exiliado en México, regresando a Chile en 1990.

PRESENTACIÓN DE ÓSCAR GUILLERMO GARRETÓN



Muchas gracias a la Universidad Alberto Hurtado por la invitación y por abrir una discusión sobre este período que tanto ha marcado a Chile y que, en general, sigue provocando muchos debates. Y, más en lo personal, por encontrarme con amigos que hace tiempo no veía.

Quiero partir con un reconocimiento de paternidad y una declaración de amor.

El de paternidad es que soy hijo de una época; todos nosotros, los que estamos aquí y que éramos parte del Gobierno de Salvador Allende, éramos hijos de una época y no entender la época hace muy difícil entender ese proceso. Eran épocas en las cuales todo parecía posible y lo que nadie dudaba, en el mundo, era que el mundo iba para el socialismo y eso, la verdad, más temprano que tarde. Eran tiempos en que la Revolución cubana de Fidel y del Che era una revolución joven, inspiradora de sueños; era el aggiornamiento eclesial de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II; era la revolución cultural de Mao, más allá de las discusiones sobre ella[1]; eran las revoluciones de mayo del 68 en París y en Praga[2]; y, sobre todo, era la guerra en Vietnam, donde Estados Unidos perdía, ratificando a todos que los pueblos podían lograr victorias que en otros momentos parecían imposibles. Nosotros estábamos ligados a todo eso. De hecho, de las primeras marchas que hubo entre el Partido Comunista, el Partido Socialista y lo que fue después el MAPU, fue precisamente una marcha de Valparaíso a Santiago en defensa de Vietnam[3]. O sea, estos procesos mundiales estaban muy presentes en nuestra realidad. En los tiempos que iban a desembocar en la Unidad Popular, nadie dudaba que el futuro sería el socialismo; a algunos les podía no gustar, pero nadie dudaba que el mundo iba hacia allá, era lo que avanzaba. El capitalismo era desafiado, la fuerza socialista crecía en el mundo. Ese era el clima.

Decía que quería hacer también una declaración de amor. Es que yo no soy un analista imparcial de esa época, no pretendo ser un analista objetivo de esa época. Siento un profundo amor por Allende, por la pasión transformadora que

encarnó. Creo que, además, es un período que a todos nosotros nos dejó, como recuerdo de las pasiones de un pueblo movilizado, con esperanza sólida, un recuerdo muy imborrable. Lo digo porque desde el presente muchas de las cosas de ese período parecen locura. Por eso quería explicar yo el contexto de la situación. Porque creo corresponde analizarlo para ver cómo se rescatan sus pasiones y cómo evitamos los errores; porque mal que mal, el año 1971 fue bueno, pero los éxitos que duran un año y después terminan en tragedia, son al final, dignos de ser pensados un poquito.

Quiero decir también una cosa sobre la economía: la economía estaba subordinada al objetivo político. Quizás el consenso o la hegemonía de un pensamiento marxista que todos compartíamos, o casi todos compartíamos en la Unidad Popular, hacía que la economía estuviese subordinada a los objetivos políticos de la Unidad Popular en el Gobierno. No se entiende la política económica de la Unidad Popular, si no se entiende esa realidad.

La Unidad Popular era la izquierda, aglutinada tras un eje del Partido Comunista y del Partido Socialista que eran las fuerzas principales. Su tema no era, como se acostumbra hoy, construir en la economía, su tema no era construir una mayoría y, por ende, proponer un gobierno posible de mantener esa mayoría y ampliarla. El centro ordenador de la Unidad Popular era profundizar radicalmente la democracia; estatizar las estructuras dominantes de la economía, el cobre, la banca, las mayores empresas industriales y comerciales; realizar una masiva Reforma Agraria. En lo político también era radical: se planteó el proyecto de una cámara única, tribunales vecinales, plebiscitos, etcétera. El objetivo de la etapa no era alcanzar el socialismo de inmediato, no era un gobierno socialista. Todas esas medidas se veían como rasgos de una democracia avanzada, en la cual el poder de los trabajadores adquiría un peso como nunca había tenido en Chile. El sentido último de la lucha, la conquista del poder y la revolución socialista no se ocultaba, pero vendrían después, como resultado de esa etapa exitosa.

La apuesta estratégica era que los avances revolucionarios irían transformando el

magro tercio del electorado que votó por Allende, en una mayoría popular que al comprender que era la izquierda la que trabajaba por sus intereses, abandonaría las ilusiones que la sacaban de ese, que era su lugar natural. Digamos de paso, que esta visión predominante, que se verá reflejada en su Programa, era considerada moderada en parte de la izquierda. Hoy día parece como muy radical, pero era considerada moderada por algunos. Allende perdió su nominación como candidato presidencial en el Comité Central del Partido Socialista, por considerarlo demasiado blando, algo así como la derecha de la izquierda. El MIR, en tanto, ni siquiera se planteó estar en la UP, a la que consideraba reformista y entreguista. Se preparaba para encabezar, arma en mano, una revolución verdadera, como la cubana que lo inspiraba, luego del fracaso de la Unidad Popular, que auguraban, no por radical sino por débil y meramente reformista. En lo económico, la apuesta estaba también hecha en el cambio y en el protagonismo de los trabajadores y el pueblo. Se apostaba a la existencia de holguras en el aparato productivo que permitían elevar drásticamente el consumo interno sin provocar inflación; y se descansaba en la convicción de que los trabajadores, ahora al mando de la economía, darían lo que se llamó una 'batalla por la producción' para acrecentar aún más, con los mismos activos, las disponibilidades de bienes.

Toda esta visión de cambio, no es producto de una crisis; era un país pobre, pero uno no puede decir que sea una crisis, inminente o anterior, la que lo provoca. Y la verdad es que, en general, de lo que he estudiado en otros países, nunca los procesos revolucionarios más radicales van asociados a tiempos de malos resultados económicos necesariamente; muchas veces están ligados también a épocas de crecimiento. De hecho, Cuba, cuando fue la revolución, tenía índices económicos bastante satisfactorios. En el caso de Chile, en la década previa, el producto había crecido un 48 por ciento y el producto per cápita un 21 por ciento. Puede ser menos que lo que hemos tenido después, en democracia, pero no puede decirse que era un país en crisis económica. En otras palabras, yo creo que fue un proceso de toma de conciencia, de radicalización política, que fue marcando los vacíos y carencias existentes como parte sustancial de un sistema injusto que debía cambiar radicalmente. También, el marxismo como pensamiento alcanzaba en Chile su peak de influencia, en todas sus variantes, desde las más cercanas a la Unión Soviética, hasta las contestatarias europeas como las de Althusser[4].

Chile era un país pobre. A ustedes les van a interesar –seguramente ya los han visto– los documentales de Patricio Guzmán; les recomiendo que en vez de ver a los personajes, miren la escenografía y se van a dar cuenta la pobreza de Chile en ese tiempo[5]. Miren la ropa, miren las calles, miren las casas, miren los autos y van a ver ustedes que es un nivel de pobreza muy distinto al de hoy día. De verdad era un país muy pobre.

Medidas que hoy día provocan gran rechazo, tenían entonces otra connotación. La primera Reforma Agraria la hizo la Iglesia católica con sus tierras en Talca, el obispo Larraín[6]. El Gobierno de Jorge Alessandri la inició tímidamente, se le acusaba que era una reforma 'de macetero'; el de Frei Montalva la profundizó con bendición del Presidente Kennedy de Estados Unidos. Y no es casual que el Ministro de Agricultura de Allende, Jacques Chonchol, hubiera jugado también un papel decisivo en estas materias en el Gobierno de Frei Montalva. También Frei había emprendido la 'chilenización' del cobre, considerada blanda por la izquierda, que después impulsó la nacionalización en el Gobierno de Allende. La fijación de precios era norma transversal, apoyada por todos; de hecho yo tengo testimonios de empresarios desconcertadísimos, cuando se levantaron los controles de precios. Y la preocupación por los equilibrios económicos, que hoy día es como sagrada, no existía. La lista de las 91 empresas[7] –permítanme que lo diga, porque la verdad es que esa lista la hice yo, a través de un estudio que duró como seis meses metido en los subterráneos de la Superintendencia de Valores– fue hecha inicialmente para el programa de Tomic y después, cuando nació el MAPU y llegamos a la izquierda, ese estudio sirvió de base para la política de formación del Área de Propiedad Social de la Unidad Popular.

El año 1971 fue aquel en que el diseño político de la Unidad Popular se desplegó a todo vapor y ese sueño revolucionario pareció posible y exitoso. El Gobierno de Allende se inició el 5 de noviembre de 1970, en el poder Ejecutivo, con una serie de medidas que no dejaban dudas de su propósito. Algo de eso hablaba Juan Carlos Concha, acerca de cómo el diario Puro Chile nos daba 'el huevo de oro'…, es que la sensación de urgencia era enorme[8]. El 12 de noviembre –una semana más tarde– Chile restableció relaciones diplomáticas con Cuba. Poco

después, Allende aplica su facultad de indulto presidencial a presos políticos, incluyendo a integrantes del MIR. El 28 de noviembre se anuncia que se procederá a aumentar en un 66 por ciento el sueldo de todos los trabajadores chilenos y se establece el control de precios y abastecimiento. El 29 de diciembre el Gobierno asume la dirección de la Compañía de Teléfonos, de la cuál la ITT[9] poseía un 70 por ciento de las acciones desde 1930, y aplicando la doctrina Allende –nacida ese mes y aplicada después al cobre[10]– se logró una reducción de 774 millones de dólares en las compensaciones por la expropiación. El 2 de diciembre el Estado requisó la fábrica de paños Bellavista Tomé –estamos hablando del año 70, no hemos llegado todavía al 71– siendo la primera empresa pasada al Área de Propiedad Social. Este hecho provocó un verdadero terremoto, por una razón muy concreta: en ese caso el Gobierno estrenó el uso del Decreto Ley 520[11], cuya existencia era desconocida por todos y que le permitía requisar empresas, fijar cuotas de producción y otras medidas, solo concebibles en economías de planificación central, y ni siquiera en esas.

Quiero contarles un poco la historia de aquello, porque fue un tema muy importante en su momento. Un día estábamos en La Moneda ‘chica’, que se llamaba, que estaba en el Colegio de Profesores, el equipo económico que dirigía Pedro Vuskovic. Estaba Alberto Martínez, que después fue director de Dirinco[12], la Dirección de Industria y Comercio, y yo, además de una serie de otros economistas; y llegaba mucha gente a ofrecer, a plantear o a solicitar cosas. Entre ellos llega uno más y recuerdo que entonces le dijimos a Alberto Martínez: “Anda tú a atenderlo”. Y ‘el indio’ –como le decíamos– vuelve al rato medio mareado, poco menos que afirmándose de las manillas, y dice: “Tenemos más facultades que con plan soviético”. ¿Qué había sucedido? Se trataba de un oscuro funcionario de Dirinco, que dependía del Ministerio de Economía, que venía a contarnos que había un fenómeno muy raro: en la República Socialista de Dávila, el año 32, se había dictado un decreto con estas facultades de requisición de empresas, de establecimiento de cuotas, etcétera. Cuando terminó el Gobierno de Dávila, se reformó la ley y las facultades de eso se traspasaron a otro organismo y después vino una tercera modificación de la ley con la cual se pasaban nuevamente todas las facultades. Como iban en el paquete general, en el ‘combo’ de las facultades, que se pasaban de uno a otro, estas facultades fueron pasando y estaban plenamente vigentes. En general, como la Unidad Popular tenía un 36 por ciento en las elecciones, yo diría que mucho de la apuesta de la derecha era que el Gobierno no iba a poder desarrollar el Área de Propiedad

Social, que iba a requerir condiciones distintas. Sin embargo, esa requisición de la fábrica Bellavista Tomé en diciembre –hecha en virtud de esa antigua facultad legal– fue un golpe tremendo porque creó en el país la conciencia de que era legalmente posible requisar las industrias.

Poco después, como recordaba Hugo Fazio, el Gobierno tomó el control de la banca, abriendo un poder comprador de acciones[13]. Solamente una referencia sobre eso: esto de comprar acciones, que es un mecanismo tan de la Bolsa, tenía un sentido en las distorsiones de los grupos económicos en esa época en Chile. En efecto, y es que los bancos, a diferencia de hoy, jugaban un rol de proveedores de crédito barato a los grupos económicos, que se hacía negativo con las tasas de inflación y, por lo tanto, el valor de las acciones estaba significativamente por debajo del valor real que tenía la banca como tal. Entonces, abrir el poder comprador, además en un clima de que esto avanzaba y avanzaba, permitió hacerse de parte importante de la banca nacional, mientras se abría una negociación directa con la banca internacional para comprar sus sucursales en Chile.

El 11 de julio de 1971 el Congreso Nacional aprobó la reforma constitucional que nacionalizaba la gran minería del cobre. Tiene razón Hugo cuando habla de la unanimidad. Yo creo que la unanimidad, más que pensar que de repente le bajó una especie de llama del espíritu santo a la derecha y decidió también nacionalizar el cobre, fue resultado de otro fenómeno: la ola de cambios que había en el país era tal, que para la derecha era absolutamente imposible de resistir, dada la enorme mayoría que se producía en torno a esas reivindicaciones.

Luego, debido a que el Gobierno de Salvador Allende terminó de pagar la indemnización correspondiente al valor libro de las empresas o descontar las ganancias excesivas, en la práctica eso significaba no cancelar monto alguno a las empresas. Al mismo tiempo se ponía en marcha la batalla de la producción, como necesidad de la política de expansión del mercado interno.

El Gobierno perseguía dos objetivos centrales ligados entre sí. En lo económico, reformar la economía nacional, profundizar la Reforma Agraria, aumentar el poder económico del Estado; y, en lo político, elevar la participación de los trabajadores y de los sectores populares en las distintas esferas del poder. Lo que ocurría en la economía ocurría también en la salud y en otros sectores, como explicaba Carlos Molina[14]. Dentro de la lógica nuestra, ambas metas se retroalimentarían: las reformas económicas permitirían considerables mejoras en las condiciones de vida de las grandes mayorías, situación que se expresaría en un aumento de la fuerza política de la Unidad Popular, necesaria para llevar adelante reformas político-institucionales, que asegurarían la continuidad del proceso hacia un socialismo futuro.

El éxito del primer año de gobierno fue sorprendente. La producción industrial se incrementó un 14 por ciento. Entre julio de 1970 y julio de 1971 los salarios subieron un 55 por ciento, mientras los precios lo hicieron solo en un 9 por ciento. La inflación anual disminuyó en un 15 por ciento con respecto al año anterior: del 35 al 20 por ciento. El Producto Bruto Interno aumentó en un 8,3 por ciento, el más alto desde 1960, y el segundo más alto en América del Sur después de Brasil. En Santiago el desempleo pasó de 8 por ciento en 1970 a 4 por ciento en 1971, la mitad. Los resultados de las elecciones municipales de abril del 71 confirmaron el éxito de la estrategia. La Unidad Popular, que había triunfado con solo un 36,3 por ciento de los votos, logró el 4 de abril, apenas seis meses después de asumir Allende, un 51 por ciento de los votos. Lo menciono, para darse cuenta del radical cambio de país provocado en esos seis meses y el significado profundo que eso tenía para toda la marcha después. Precisamente, por la magnitud de esos cambios, no se podía pensar que no iban a tener consecuencias y reacciones.

A poco andar, comenzaron a manifestarse consecuencias que uno podría pensar, desde hoy, que eran obvias. Eso, en relación con lo que yo decía al comienzo, sobre los cambios duraderos. La decisión de Richard Nixon –contada en las memorias de su canciller Henry Kissinger– de hacer ‘rechinar la economía chilena’, ya había sido tomada. La intervenida ITT se subía a la guerra y sus

famosos documentos[15] dan cuenta de la decisión de practicar sistemática y permanentemente presiones económicas, que incluían no renovación de créditos, cierre de empresas, etcétera.

El éxito de la compra de la banca sería también de corto alcance debido a que su dependencia de divisas extranjeras hacía de ella fácil víctima de un bloqueo de créditos internacionales o de acciones encubiertas para socavar las finanzas nacionales. A partir de la Nacionalización del Cobre se extiende también la cancelación de créditos internacionales que comenzó a vivir Chile a partir del segundo semestre del año 1971. El 12 de agosto el Eximbank (Export-Import Bank) de Washington rechaza un crédito de 21 millones de dólares, pedido por Chile para comprar aviones para la Línea Aérea Nacional. El Gobierno de Estados Unidos, por su parte, anuncia que no otorgará nuevos créditos a Chile mientras no se pague la indemnización de las empresas norteamericanas. El 5 de julio el Contralor General de la República había devuelto a Dirinco, por ilegales, las resoluciones de requisición de las industrias textiles. El 16 de noviembre de 1971, la Comisión de Economía del Senado rechaza en su totalidad el proyecto de las tres áreas de la economía, enviado por el Gobierno, y el 22 del mismo mes es aprobado por la Cámara un proyecto alternativo de los senadores democratacristianos Juan Hamilton y Renán Fuentealba. En el caso del proyecto sobre la Cámara única, simplemente la iniciativa del Ejecutivo se rechazó y postergó permanentemente en el Parlamento.

A partir del segundo semestre del año 71 se afianza la coalición de la DC y el Partido Nacional catalizada por el asesinato del ex Ministro de Frei, Edmundo Pérez-Zujovic; y las primeras señales de dificultad económica van diluyendo la voluntad plebiscitaria del Gobierno, que solo reaparecerá en vísperas del golpe para intentar pararlo.

La visión triunfal comienza a perder fuerza. El Gobierno de la Unidad Popular busca la negociación, que tenía como requisito el respeto a la institucionalidad y que los procesos previos habían puesto en cuestión. El Presidente Allende y el Partido Comunista se matriculan en esa línea. El más decidido expositor de ella

fue el dirigente comunista Orlando Millas. Comienza a abrirse, así, una brecha entre Allende y el PC, por una parte, y el Partido Socialista, dirigido por Carlos Altamirano, que después obtiene el apoyo del MAPU y de la Izquierda Cristiana, por otra.

La economía chilena, que en 1971 había concluido con un potente 9 por ciento de crecimiento, tendrá el 72 un crecimiento negativo de -1,21 por ciento, el primero negativo de Chile desde 1959; y en 1973, cuando la crisis alcance su máxima expresión y el desabastecimiento azote los hogares, el crecimiento del PIB será de -5,57 por ciento. La presión inflacionaria se desata, la economía se transforma en un gran campo de batalla político, con actores locales e internacionales. También están las presiones sociales: hasta dentro de los partidos se comienza a buscar correr los límites de lo que era el Programa de la Unidad Popular. El caso que mencionaba Hugo Fazio, de la nacionalización de empresas, fue así. A mí me tocó discutir –y de mala manera– con un grupo de trabajadores de una empresa de veinte personas que querían su paso al Área de Propiedad Social, creando una situación de incertidumbre para mucha gente. Pero, en fin, esas ya son otras cosas.

Quisiera terminar, si me permiten, compartiendo algunas lecciones, desgarradoras para mí, de la izquierda a la que pertenezco, con esta historia.

Primero, tengo la convicción que, de todos los que en ese tiempo tuvimos aciertos y errores, el que menos se equivocó fue Salvador Allende. Sin embargo, al final –a diferencia de quién lo derrocó– asumió la responsabilidad histórica por todos los suyos. Allende buscó una alianza más amplia que la Unidad Popular, para dar sustento a su Gobierno. En su primer 21 de mayo, dijo –escuchado con molestia de una parte de los suyos– que en Chile no habría dictadura del proletariado. Se enorgullecía de haber sido por treinta años miembro de un Parlamento, que seguidores suyos calificaban de burgués. Su decisión de enfrentar el golpe en La Moneda, a sabiendas que no podría resistir, muestra el valor que daba a su investidura democrática y también su visión de futuro, ya que la izquierda pudo hacer una reflexión sobre ese período porque

fue cubierta por el heroísmo de Allende, como una imagen. Los derrotados que no tienen figuras heroicas como esa, pasan dando cuenta, por generaciones, de las razones de su fracaso. Me consta el escepticismo del Presidente sobre la viabilidad de la lucha armada en Chile, basta escuchar su último discurso. No dudo que Allende se habría encontrado cómodo con esa alianza más amplia que él mismo propició.

Pensando en aquello de quién se equivocó más, recordé el Programa de la Unidad Popular, del cual yo soy uno de los redactores, por el MAPU; había otros por el Partido Comunista, como Jorge Inzunza, y Adonis Sepúlveda por el Partido Socialista. La redacción del Programa de la Unidad Popular fue más de los partidos, Allende se involucró poco en su redacción. Tuve siempre la impresión que ese texto, ideológico y radical, no lo conmovía especialmente, lo veía más como un instrumento de campaña. Su programa personal –que por lo demás hizo él con sus amigos, no con los partidos y lo entregó después– fueron las cuarenta medidas ya mencionadas en otras presentaciones[16]. Ese –el de las cuarenta medidas– era su programa, no el Programa preparado formalmente por los partidos. Después, cuando el tema tendía a radicalizarse aún más, el Programa de la Unidad Popular sí sirvió como un instrumento importante para tratar de colocarle cota a ese deslizamiento de la izquierda.

Mirado a la luz de hoy, creo que ese Programa fue irreal y anticipador de tragedias. Pensar que en el mundo de los años 70 fuera viable plantearse, al mismo tiempo, la Nacionalización del Cobre en manos norteamericanas; la intervención de las grandes empresas dominantes en cada sector de la economía; la totalidad de la banca; más una masiva Reforma Agraria; y todo esto en medio de una Guerra Fría, con América Latina en la zona de influencia de un Estados Unidos histérico con Cuba, no era muy viable. Era, además, poco coherente proclamar la convicción de que el imperialismo y la burguesía usarían la violencia para defender su poder, y no considerarlo. O sea, nosotros lo sabíamos, pero el hecho de que lo lograran indica que en algo nos equivocamos, porque sabíamos que lo iban a intentar. Creo que hablar de moderados y radicales, si bien los había –y en eso, un homenaje al Partido Comunista–, es un poco irreal. Yo creo que el Programa era un programa irreal.

Quiero terminar, mencionando solamente las otras lecciones posibles de extraer de esta historia, muy sintéticamente.

Segundo, la democracia sin apellido se desprecia hasta que la pierdes. Luego te das cuenta que solo en ella el pueblo no es inerme y cada cierto tiempo puede hacer pesar su prioridad, para contrapesar poderes fácticos que adquieren máxima expresión cuando la democracia desaparece.

Tercero, el terreno de las armas es el de los armados, nunca el de los pueblos. Cuando triunfan –y da lo mismo si lo hace el ejército nacional o el popular– quienes gobiernan, son ellos, los armados, por cierto, en nombre de la patria o del pueblo. Solo manda el pueblo cuando su única fuerza, que es ser mayoría, se expresa por medio de un voto igualitario.

Cuatro, para hacer cambios duraderos, cambios a los que no se les caigan los muros, se requieren mayorías. Mientras más radicales los cambios, más amplias son las mayorías que se necesitan si se quiere triunfar; o dicho de otra manera, porque las mayorías no son heroicas y solo transitoriamente radicales, solo la gradualidad es capaz de cambiar una sociedad. No es viable, con un tercio de la ciudadanía nacional, nacionalizar el capital extranjero, la banca, el uso y el régimen de las tierras, etcétera.

Quinto, la economía importa y es algo serio. Una de las grandes cosas que revisamos todos los economistas de ese tiempo de la Unidad Popular, después del golpe, fue que el manejo fiscal y los equilibrios macroeconómicos deben ser serios y rigurosos, pasando a ser reivindicaciones que después formaron parte del bagaje y del patrimonio de la izquierda en el manejo de la gestión económica y que ojalá no lo pierda.

Notas del debate

Las posiciones de la Cepal y de Raúl Prebisch[17], sin duda tenían alguna presencia en el equipo económico de Salvador Allende porque una parte de los economistas eran economistas de la Cepal y, por lo tanto, participaban de una visión industrial. No es raro. Así como hoy día el mundo evoluciona a una economía de servicios, en ese tiempo la industria jugaba un papel muy importante, pero nuestro tema no era ese. Nuestro tema era cómo cambiar el poder relativo dentro de la economía chilena, entregando más a la economía estatal y otros; para industrializar, por supuesto, si era un sector fundamental. En cuanto a la NEP, la nueva política económica de Lenin[18], era una política de crisis, para el final de la guerra mundial, cuando se estaban muriendo de hambre; tiene que ver más bien con eso, que con un tema solo de transformación. Ojo: su consigna era: “Construir el socialismo es generar electricidad”.

* * *

Sobre la crisis internacional en la economía chilena. Me puedo equivocar, pero yo tengo la impresión que nunca la crisis internacional, como tal, fue un tema particularmente importante. Lo más importante para nosotros, en lo internacional, tenía que ver con las transformaciones que estábamos haciendo. Tenía que ver, por lo tanto, con todos los bloqueos de créditos que estábamos sufriendo como país y los estrangulamiento que eso nos provocaba y, segundo, con cómo separar al capital americano del europeo, para lo cual se estableció, por ejemplo, una política de empresas mixtas para el caso de las empresas de capital europeo, como fue el caso de Inchalam[19], que todavía existe. Era una discusión que tenía que ver con eso, más que con el tema de la crisis internacional.

* * *

Sobre la subordinación de la economía a la política, sí la vivimos. La misma lógica del pensamiento marxista, que hace que la economía sea la base objetiva de la sociedad, la clave de ella, lleva a que la economía jugara un rol muy importante en la política de transformación de la sociedad completa. En ese sentido, nosotros entendíamos que había en la economía una batalla muy grande y, de hecho, yo creo que la gran batalla política que se dio, durante la Unidad Popular, fue la batalla de la economía. Ese fue el gran campo de batalla, donde se acumuló y se perdió fuerzas, por lado y lado.

1 Sobre Juan XXIII y Mao Tse Tung, ver notas 6 y 7 de la presentación de Juan Carlos Concha, pp. 63, 75.

2 Las movilizaciones de mayo del 68 en París, implicaron protestas y manifestaciones públicas lideradas por estudiantes y jóvenes que contestaban los valores predominantes en una sociedad de consumo; provocaron la huelga general y el adelanto de las elecciones en Francia. La llamada Primavera de Praga se inició en enero de 1968, como un movimiento de rechazo a la injerencia de la Unión Soviética en la Checoeslovaquia de la época, que terminó en el mes de agosto con el ingreso y represión de tropas soviéticas en Praga.

3 Como protesta en contra de la invasión de Estados Unidos a Vietnam, las juventudes de izquierda de la época organizaron la “Marcha por Vietnam”, entre Valparaíso y Santiago, que se realizó los días 6 al 11 de septiembre de 1969.

4 Louis Althusser (1918-1990), filósofo francés, cuya interpretación de la teoría marxista clásica, a partir de una visión estructuralista propia, ejerció fuerte influencia en la intelectualidad de izquierda en los años sesenta y siguientes.

5 El más conocido de estos documentales es La Batalla de Chile, cuyo material de base fue filmado durante los años del proceso de la Unidad Popular, que Guzmán cubrió casi día a día. En efecto, es una excelente fuente para conocer el contexto material y cultural del período.

6 Manuel Larraín Errázuriz (1900-1966), obispo católico por treinta años, impulsor, a inicios de los años sesenta, junto al Cardenal Raúl Silva Henríquez, de una mayor y justa distribución de las tierras, incluidas las que poseía la propia Iglesia católica.

7 El Programa de la Unidad Popular incluía la estatización de una cantidad de empresas que eran consideradas estratégicas o fundamentales para el control y direccionamiento de la economía hacia una transformación como la que se proponía. La lista sumaba 91 empresas.

8 Ver Notas del Debate, en presentación de Juan Carlos Concha, p. 75.

9 La norteamericana International Telephone and Telegraph Corporation, fundada en 1920, que luego se demostraría intervino, junto a la administración de Ricahrd Nixon, en la desestabilización del Gobierno de Allende.

10 Ver aplicación de la llamada ‘doctrina Allende’ en el marco de la Nacionalización del Cobre, en presentación de Hugo Fazio, pp. 99-108.

11 El Decreto Ley N° 520, fue dictado en 1932, durante la efímera República Socialista de Grove y Dávila. Bajo su alero se creó el Comisariato de General de Precios y Subsistencias, que entre otras cosas, permitía la fijación de precios y la expropiación de industrias. El constitucionalista Eduardo Novoa lo hizo parte del

andamiaje jurídico que permitió avanzar en el cumplimiento del Programa de la Unidad Popular.

12 Alberto Martínez, Ingeniero Civil de la Universidad de Chile, ya era Director de Dirinco. Martínez, que entre 1960 y 1968 había colaborado con la Junta Central de Planificación de Cuba, fue nombrado a cargo de Dirinco a inicios del Gobierno de la Unidad Popular.

13 Ver presentación de Hugo Fazio, pp. 99-108.

14 Ver presentación de Carlos Molina, pp. 85-95.

15 En referencia a una serie de documentos secretos, que un periodista norteamericano –Jack Anderson– da a conocer en 1971, según los cuales se evidencia que la ITT, en conjunto con la CIA y el Gobierno norteamericano, han resuelto intervenir en Chile. Estos documentos fueron publicados, masivamente, en abril de 1972, por Editorial Quimantú, causando gran impacto.

16 El Programa de Gobierno incluía, al final, una especie de anexo que mencionaba las cuarenta primeras medidas que tomaría el Gobierno una vez que asumiese, luego de ser elegido. Ellas recogían, de manera muy concreta, práctica y pedagógica, lo esencial del Programa.

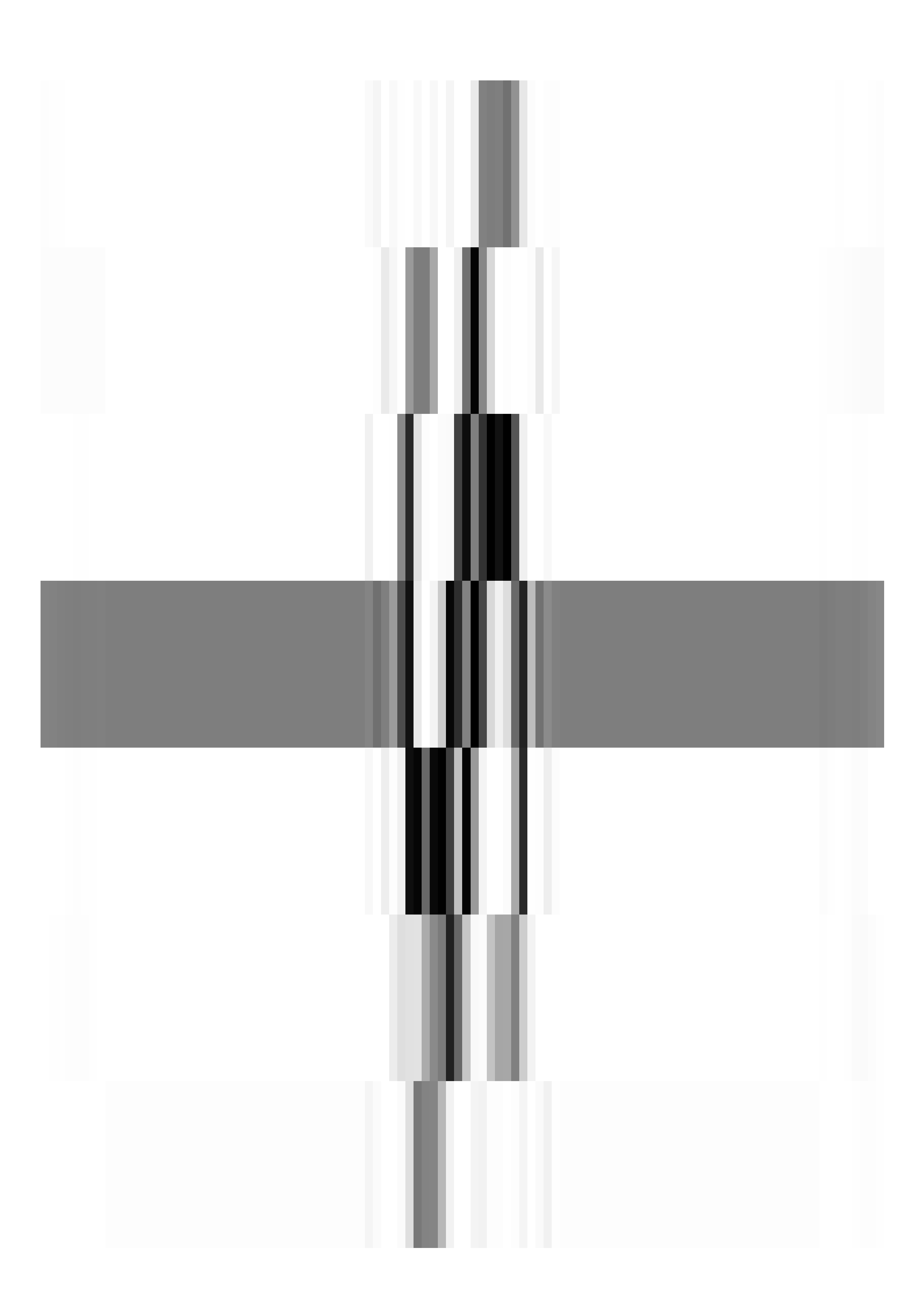
17 Comisión Económica para América latina, organismo regional de Naciones Unidas creado en 1948, cuyos estudios y análisis impactaron fuertemente en las políticas de reformas y cambios que se conocieron en algunos países de la región en los años sesenta y setenta. Raúl Prebisch, economista argentino, fue su Secretario Ejecutivo entre 1950 y 1963, marcándola fuertemente con su propio

pensamiento económico.

18 Política impulsada en Rusia a partir de 1921, cuyo fin era lograr mejores articulaciones entre la economía estatal, pública, y la actividad económica privada. Entre otras medidas, el plan consideraba la reapertura de algunas empresas privadas y exigía a los agricultores un impuesto en especies. En 1928 fue reemplazada por el Primer Plan Quinquenal de Stalin.

19 Industria Chilena de Alambres.

SOCIEDAD Y NUEVA CULTURA

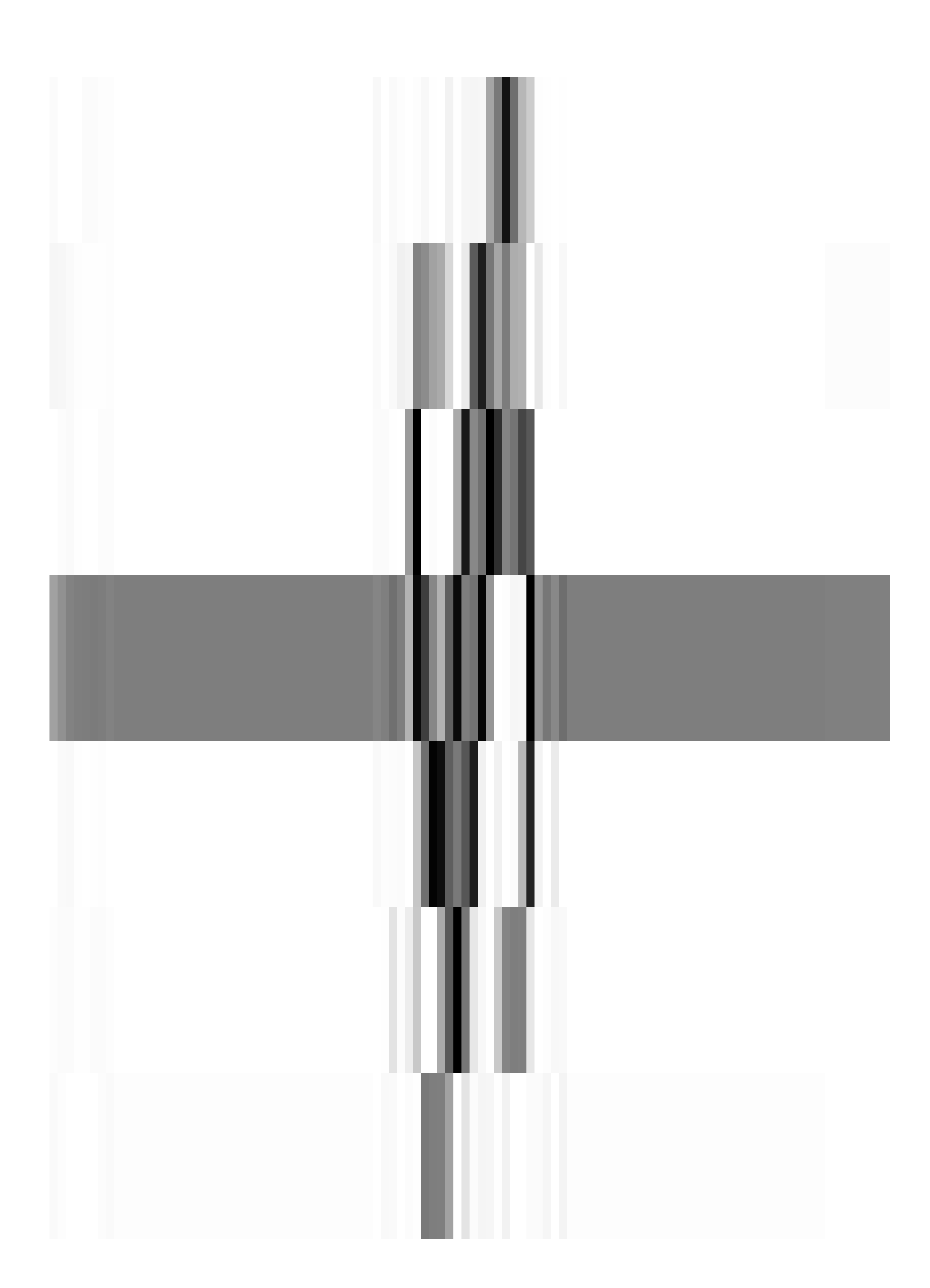


Gustavo Miranda

César Albornoz

Juan Pablo González

PRESENTACIÓN DE GUSTAVO MIRANDA



En primer lugar, deseo agradecer por esta invitación a participar de esta mesa y, en segundo lugar, es un honor para mí estar junto a dos grandes exponentes de la música popular[1]. De hecho, son referentes que yo cito en mis trabajos.

Mi presentación la titulé "Cultura Juvenil y Nueva Canción Chilena, a través de las revistas musicales. El caso de la revista El Musiquero, principalmente entre los años 1970 y 1973 y, obviamente, tensionándolo con el año 1971. La investigación que está detrás de esta presentación estuvo enmarcada en la búsqueda de fuentes que me permitieran realizar un análisis del contexto musical de la Nueva Canción Chilena[2] y de los distintos medios de cobertura de la música juvenil, durante el período 1970 y 1973.

El desarrollo de los gustos musicales de los jóvenes, según Historia Social de la Música Popular, volumen dos[3], se había asimilado históricamente a los intereses de sus mayores; sin embargo, entre estas décadas, entre los años 50 y los 70, comienza a gestarse una nueva relación entre música y juventud, la cual obedecía a intereses musicales específicos y, por lo tanto, permeaba, en forma de lineamiento de consumo, la industria cultural de masas. "De esta forma –cito– el mundo infantil parecía diluirse entre los doce y trece años y el despertar hormonal ya no era acompañado de un forzado ingreso al mundo adulto, sino que por la demanda de un espacio propio distinto a lo ofrecido al núcleo familiar. En esta búsqueda adolescente de una identidad autónoma respecto de la ofrecida por las instituciones sociales, la música desempeñará un papel fundamental". Por lo tanto, una revista musical parecía ser el elemento idóneo para indagar sobre la juventud y sus géneros musicales.

Me interesó la revista El Musiquero porque en ella se daba cobertura a variados géneros musicales, con una línea editorial bastante amplia, en comparación con otros medios de la época. Además, la mediatización de los artistas estaba dada por su desempeño musical, más que por el revuelo que pudieran causar en relación a su figura, lo que marcaba una diferencia con otras revistas de la época,

como por ejemplo la revista Ritmo. Además, señalar que durante el año 1971 surgieron dos revistas juveniles importantes, como Ramona, editada por las Juventudes Comunistas, y Onda, que aparece luego de la nacionalización del sello Zig-Zag, llamado posteriormente Quimantú[4]. Ambas revistas no eran musicales, propiamente tales, sino que juveniles con cobertura de diversos temas. Tanto Ramona, como Onda, eran revistas afines al Gobierno de la Unidad Popular, por lo tanto su cobertura a la Nueva Canción Chilena era evidentemente mayor.

Mi interés fue analizar la integración de la Nueva Canción Chilena en una revista como El Musiquero, cuyo norte era ser una publicación de carácter comercial, aunque nunca exenta de una visión editorial política; y comprender, desde ese carácter, la permeabilidad de dicho estilo musical. A medida que avanzaba el Gobierno de la Unidad Popular la revista El Musiquero, sin pertenecer al oficialismo, entregaba detallados reportajes sobre la Nueva Canción Chilena. Digo esto porque, para la época, este género o movimiento estaba asociado directamente con el proceso democratizador de la Unidad Popular, lo que desmotivaba la cobertura por parte de revistas cuyo carácter comercial pretendía alejarse de lo político. Por lo tanto, ¿cuáles fueron las razones para que El Musiquero presentara estas características? ¿Existía una línea editorial detrás? ¿Cómo se manifestó esta pauta, a medida que avanzaba el Gobierno de Allende?

Para abordar la revista El Musiquero es necesario hacer alusión a dos temáticas esenciales para comprender este soporte cultural. En primer lugar, la cultura de masas y su desarrollo particular en Chile y, por otro lado, una breve aproximación a los principales géneros y estilos musicales que pugnaron en la época, para, finalmente, centrarnos en la revista. Además, habría que señalar la interdisciplinariedad presente en este trabajo, ya que a la revisión de revistas de la época se suma la relación de los géneros musicales en un periodo histórico particular; la vinculación con el contexto político de la época, esto es el Gobierno de la Unidad Popular; y la música como elemento tangencial, pero siempre presente. Estas son características de la investigación en música popular; es decir, la integración de diversas disciplinas para articular un texto en consonancia con su momento histórico.

Como dijimos, es la cultura de masas lo que le da el sustento a este soporte cultural. Durante las décadas previas a la década de 1960, la sociedad chilena estuvo marcada por un intenso cambio social producto, principalmente, de un acelerado proceso de urbanización. Las transformaciones citadinas, alimentadas esencialmente por los fenómenos migratorios de campo-ciudad, fueron el escenario de desarrollo de los medios masivos y el receptor que les hizo posible: la sociedad de masas. Aproximarse al término 'sociedad de masas' implica definir ciertos elementos constituyentes del concepto. En primer lugar, es un conjunto de relaciones definidas, inicialmente, por su carácter urbano: es en la ciudad donde se desarrollan los procesos asociados a la masificación social, especialmente en términos numéricos. Asimismo, es una sociedad que se ha abierto paso, paulatinamente, a la democracia en términos electorales y a la ideología del bienestar individual y del ascenso social. Tanto la democracia como la movilidad social están limitadas, necesariamente, por las condiciones políticas ofrecidas en cada contexto. Sin embargo, debido a las perspectivas de vida que ofrecían las urbes, se aglomeraba un gran número de personas en torno a la metrópolis. Por lo tanto, la masividad de la sociedad se relaciona directamente con la amplitud del acceso al consumo. Parte importante de este consumo se centraba en los medios de comunicación.

Lo específico del contexto analizado es la relación entre cultura de masas y política o, si se prefiere, participación política. Generalmente las sociedades de masas estaban insertas en un modelo de igualdad, que no necesariamente era democrático-representativo ni mucho menos participativo. En algunos casos, las sociedades de masas latinoamericanas estuvieron marcadas por gobiernos autoritarios; otras, bajo gobiernos liberal-democráticos; y en algunos casos por gobiernos nacional-populares. Estos gobiernos permitían o restringían, con distinta intensidad, la participación política, reforzando intereses de la clase dominante y, muchas veces, transmitiendo paradigmas culturales hegemónicos que comunicaban –no sin resistencia– el afán de ascenso y bienestar individual. Los medios de comunicación desempeñaban, en estos escenarios, un rol significativo en la adopción de formas de vida y en la construcción de prácticas cotidianas de participación social. Participación que la cúpula política del poder les vetaba en otros ámbitos.

Sin embargo, en el caso de Chile hay una situación política diferente. Culminando un largo proceso de desarrollo político, asume el poder, por medios democráticos, un Gobierno de corte revolucionario que promete construir su propia vía, chilena, al socialismo. Uno de los estímulos más significativos del Gobierno de Salvador Allende, como parte integrante del proyecto de la Unidad Popular, fue la incorporación amplia de los sectores populares en la participación política y social. Esto significó propiciar el rol activo de los ciudadanos. El papel de los medios de comunicación debía ser, bajo esta óptica, cooperar con la misión de movilización activa del Gobierno. El proyecto político de la Unidad Popular estuvo consciente de la importancia de los medios masivos en la construcción de una cultura revolucionaria, que redefiniera la identidad nacional en términos de los procesos sociales que estaban ocurriendo.

La relación entre política y cultura, durante estos años, no fue puramente instrumental, aun cuando fue utilizada como herramienta en lo político. El proceso cultural que se estaba viviendo era reflejado en lo político, tanto como lo político se representaba en lo cultural. De ahí la importancia de situarse desde una revista musical para revisar la politización del período. El proyecto cultural de la Unidad Popular intentó perfilarse como hegemónico dentro de su contexto, por lo tanto, un gran número de dispositivos culturales, mediáticos o no, fueron parte la labor gubernamental y afín al Gobierno. Sin embargo, estos medios coexistieron con otros, que manifestaban intereses privados e incluso opositores, como es el caso de la revista El Musiquero, que pertenecía a la Editorial Lord Cochrane, que, junto con Zig-Zag, monopolizaban el mercado.

No obstante, aun cuando la revista intentara analizar la música desde una perspectiva despolitizada, integrando corrientes musicales mayoritariamente ajenas al proceso político de la UP, debió cubrir –debido a criterios básicamente de mercado– los intereses musicales que la juventud demostraba, dirigidos en muchos casos hacia el folclore y la Nueva Canción Chilena. Por lo tanto, los medios de comunicación masivos no pueden vincularse descontextualizadamente al analizar su función en determinada coyuntura política. En los medios, la experiencia es un factor clave a la hora de abordar su

circulación social. De esta manera, citando a Jesús Martín Barbero[5], "la razón secreta del éxito y el modo de operar de la industria cultural, remiten fundamentalmente al modo en cómo esta se inscribe en, y transforma, la experiencia popular. Y a esa experiencia, que es memoria y práctica, remite también el mecanismo con el que las clases populares hacen frente inconsciente y eficazmente a lo masivo".

Si bien los medios de comunicación, como la radio, habían comenzado su arremetida para introducirse en los hogares, en Chile la cultura letrada tenía gran fuerza, ya que las revistas y periódicos seguían siendo las principales fuentes de información y entretenimiento. En esta época, las revistas eran uno de los espacios predilectos del encuentro entre la cultura letrada y la visual, que encontraban en las imágenes un vehículo de identificación. Durante los años 60 se amplía la producción de revistas y medios escritos, debido principalmente a la diversificación que sufrió la industria de masas asociándose a cada grupo social o generacional y a sus propias pautas de consumo. En el caso de la industria editorial esto se constató en la fuerte presencia de diferentes diarios y periódicos, que respondían a diversas inclinaciones políticas, así como también revistas que poseían una temática clara, que se enfocaba en un grupo especifico de la sociedad, como las revistas juveniles, infantiles o femeninas.

El Musiquero, 'uno que sabe de discos, revista juvenil', al intentar copar todos los espacios musicales hacía circular la información y la escena cultural, amplia y variada, que convergía en la sociedad chilena, integrando en su interior diferentes preferencias ideológicas. Los jóvenes y la cultura que ellos conformaban en relación a sus gustos musicales, estaban dotados en la época de ciertos tintes políticos, según fuera el sector que hiciera el análisis. De esta forma, estos géneros musicales eran representados en la revista El Musiquero reflejando, desde la construcción de la identidad musical juvenil, el clima político que se vivía en el país.

Con respecto a los géneros musicales y la construcción de imaginarios en torno a ellos, habría que precisar que, si bien en la época se les intentó dotar de

significados categóricos, donde escuchar cierta música tenía su correlato en una manifestación política, constituyeron más bien territorios dinámicos, transitables de un lugar a otro. Durante los sesenta irrumpe en la juventud nacional una corriente que los sectores de izquierda nacional catalogaban como alienante. Eran los 'hippies' criollos, criticados por la izquierda por su falta de compromiso con los procesos progresistas que se desarrollaban en el país y cuestionados por la derecha por su forma de sociabilidad, la que se apartaba de los cánones conservadores, y también por su estética, que resultaba extravagante para la época. Como dan cuenta César Albornoz y Patrick Barr-Melej.

Por otro lado –y no en una trinchera contraria– en Chile se reformulaba el folclore de carácter más tradicional, combinando los protagonistas de las canciones, transitando desde una mirada bucólica sobre el campo chileno a los problemas del campesino y del obrero. Junto con lo anterior, en un plano regional se desarrollaban las nuevas canciones, que abordaban temáticas latinoamericanistas relacionadas con problemas sociales. Así surgía la Nueva Canción Chilena, visto de manera muy superficial.

A los géneros y tendencias musicales presentadas anteriormente se suma la Nueva Ola Chilena, fenómeno que tenía como gran referente a Argentina, dentro del cono sur, y a Italia, a nivel global. El surgimiento de la Nueva Ola tiene relación con una relectura del 'rock and roll' hegemonizado por figuras de carácter mundial como Elvis Presley o The Beatles, para luego apropiarse de estos sonidos y ritmos y dar paso a una producción de carácter más local. Quienes adscribían a este género musical, en un primer momento tenían como elemento común cantar en inglés; sin embargo, con el desarrollo de una concepción local de la Nueva Ola, se dio paso a producciones cantadas en español. Estos géneros musicales, articulados en torno al consumo masivo que experimentó la juventud, no se desarrollaron de manera antagónica, ya que los gustos no eran excluyentes. Estos géneros musicales, junto con el posicionamiento político, se encuentran en la revista El Musiquero, donde aparentemente solo se dio cobertura a la música, en general, sin un afán político; sin embargo, el contexto de producción estaba lejos de reflejar neutralidad en la editorial. Por ejemplo, las ediciones de fiestas patrias tuvieron elementos que permiten observar el creciente impacto que tiene la Nueva Canción Chilena en la

escena nacional. Para 1969 los Huasos Quincheros eran el principal protagonista de la revista, ofreciendo una representación del folclore tradicional y conservador. Pero, en las siguientes ediciones relacionadas con las fiestas patrias, es decir, 1970, 1971 y 1972, la representación que se realiza de lo folclórico presenta modificaciones, ya que los artistas comienzan a alejarse de la concepción más tradicional para acercarse a posiciones cercanas a la Nueva Canción Chilena. Para esos años, en orden cronológico, las portadas son las siguientes: Los Perlas, Nano Parra, y Charo Cofré. Lo anterior permite elaborar dos ideas: primero, El Musiquero da cuenta de las variaciones en torno a los gustos de quienes consumían la revista, teniendo relación esto con una revista que se regía bajo la lógica del mercado; y, segundo, en el transcurso de los años 1969 hasta el 1972 la hegemonía conservadora observada en el terreno folclórico va dando paso a representaciones más diversas.

Si nos centramos en las portadas de las revistas durante el período analizado, podremos indicar que no existe mayor relación entre ellas y el contenido, existiendo una disociación, donde la portada era ocupada por un ídolo del ‘rock and roll’ o de la Nueva Ola y en el contenido primaba la Nueva Canción Chilena. En relación a lo mismo, Irene Inostroza menciona que el cantautor no era una estrella a lo Raphael o el Pollo Fuentes, sino que alguien que se reconoce a sí mismo y que otros reconocen como un actor social y político. El artista de la Nueva Canción Chilena no tenía un perfil protagónico, que lo hiciera llegar a la portada, ya fuera por su propio estilo personal o por una decisión editorial, aunque sí lograba hacer noticia por su producción musical.

En relación al año 1971, podemos mencionar que la revista muestra abiertamente su lado comercial por sobre el ideológico. Decidor es el número 141 de la revista, donde en la portada aparece Isabel Parra y en su interior hay un amplio reportaje sobre el sello Dicap[6]; y, finalmente, en la contratapa, una gran foto de Quilapayún donde se lee: “Los mejores embajadores de nuestra tierra, en muchos años, en el viejo mundo”. En noviembre se dedican algunos comentarios al disco que sacará IRT[7] por el aniversario del primer año de la Unidad Popular. De esta forma, la revista no presentaba mayores sesgos editoriales, intentando cubrir las principales manifestaciones musicales, aunque estas tuvieran relación directa con el Gobierno.

A medida que la influencia de la Nueva Canción Chilena se acrecentaba –y con ello su presencia en la revista– surgen ataques abiertos y subrepticios a la UP y a los artistas de izquierda.

A principios del 72 aparece una sección bautizada como “El Hociquero, periódico católico que aparece cuando Dios quiere”, donde se ironizaba con respecto a la UP. En febrero de 1973, dentro de esta sección podemos ver un artículo que se denomina “Cómo hacer canciones políticas”, donde se mostraban distintas temáticas con las diferentes canciones supuestamente políticas acompañadas de un valor monetario. Este dinero emanaría de las arcas fiscales, haciendo alusión a que el Gobierno financiaría la música. A finales de agosto se puede leer en la misma sección: “Vendo perro salchicha por falta de mayonesa”, en clara alusión al desabastecimiento que vivía el país. De modo cuantitativo, a medida que transcurre el año 1973, la información correspondiente a la Nueva Canción Chilena disminuye para aumentar la cobertura a la Nueva Ola y a otros géneros musicales, como el tango o el folclor de carácter más tradicional.

Por último, durante la Unidad Popular se construyeron imaginarios que establecían una correspondencia entre género musical y sector político. Por parte de la derecha, los cantantes de la Nueva Canción Chilena eran demonizados como agentes del comunismo internacional; algo similar ocurría con el ‘rock and roll’, considerado por la izquierda como parte de una cultura alienante. Con estos imaginarios político-musicales enfrentamos una época donde las posiciones políticas terminarían por reflejarse en cada aspecto de la sociedad. El Musiquero no estuvo ajeno a esto, pues en sus páginas se pueden observar los giros desarrollados en la política chilena. Si en un inicio se cubrió la Nueva Canción Chilena, se debió a un mero interés de mercado, pero al momento en que las situaciones se agudizaron, primó lo ideológico, vetándose este género y ocupando ese espacio con otras manifestaciones de la música popular.

Durante este periodo, El Musiquero mantuvo, en principio, su línea de apertura

en torno a lo musical, pero a medida que se enardecía el conflicto político, se transformó en un agente de la coyuntura, con un discurso más concreto y acorde con su línea editorial; esto es, contrario a la Unidad Popular y a la Nueva Canción Chilena.

Notas del debate

Con respecto a los sueldos o ingresos, investigando sobre el sello Dicap, vi que se acordaban ciertos porcentajes, con respecto a los grupos que eran más famosos. Por ejemplo, recuerdo que Quilapayún e Inti llimani ganaban cierto porcentaje por disco vendido y no otros grupos. En relación a los derechos de autor, en conversación con Jorge Coulón y Eduardo Carrasco, ellos mencionaban que, en ese tiempo, no existía mucho el asunto del derecho de autor, sino que todo se cedía al sello. Entonces, en este caso, Dicap, manejaba los derechos de autor de los artistas, que también funcionaba como representante y manager.

1 En referencia a César Albornoz y Juan Pablo González.

2 Movimiento musical que se desarrolló durante la década del sesenta e inicio de los setenta, en Chile, que recuperando la tradición floclórica, innova incorporando corrientes, ritmos e instrumentos latino e hispanoamericanos. En los contenidos, se incorporan también el compromiso con los procesos de cambio que vive el país y el continente.

3 Se trata de la obra de Juan Pablo González, Óscar Ohlsen y Claudio Rolle, Historia Social de la Música Popular en Chile, 1950-1970, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2009.

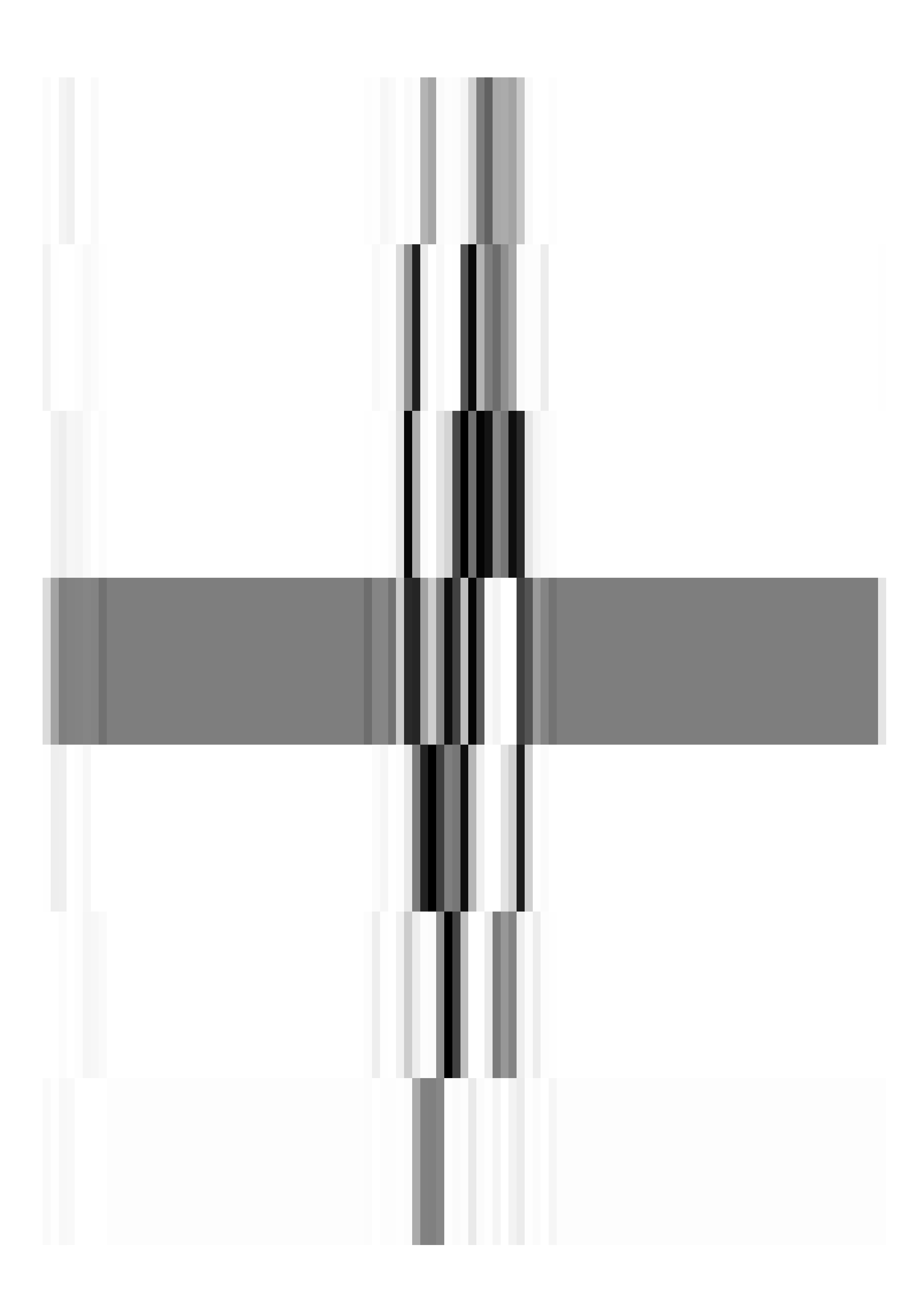
4 La Editora Nacional Quimantú se crea en febrero de 1971, con la compra de los activos de la Editorial Zig-Zag, por parte del Estado chileno.

5 Jesús Martín-Barbero, De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía, Ediciones G. Gili, S.A. México, 1991, p. 88.

6 Sello discográfico ligado a las Juventudes Comunistas, que existió en Chile entre 1967 y 1973. La sigla Dicap, proviene de Discoteca del Cantar Popular. En este sello grabaron o fueron editados los principales exponentes de la Nueva Canción Chilena, entre ellos: Quilapayún, Víctor Jara, Inti-IIlimani y Violeta Parra.

7 En 1971, a partir de la nacionalización del sello RCA Víctor, se fundó la compañía discográfica chilena IRT. Al respecto ver, más adelante, la presentación de Juan Pablo González, pp. 148-160.

PRESENTACIÓN DE CÉSAR ALBORNOZ



Agradezco la invitación, básicamente porque este tipo de instancias a uno lo obliga a investigar un poco más y a reflexionar sobre un momento definido. Hay una tendencia, hay movimientos que se extienden desde fines de los años 1950, la década de 1960, que son bastante reconocidos y que nos permiten hacer un diagnóstico de la segunda mitad del siglo XX en Chile, sobre la base del rock chileno, la Nueva Ola, la Nueva Canción, pero encontrarse con el desafío de hablar de un año en específico, a uno lo obliga a buscar alguna relevancia de ese año, si es que la hay o si es que no la hay, sobre la base de la cultura de masas, como decía Gustavo (Miranda)[1], y sobre la base de la música popular masiva.

Sin duda que el año 1971, en términos políticos-sociales, es un año bastante reconocible por eventos como la Nacionalización del Cobre, el asesinato de Pérez Zujovic, el nacimiento de la Izquierda Cristiana, la visita de Fidel Castro, entre otros. Sin duda que, como cortina musical de todo ese proceso político-social, existe la Nueva Canción Chilena. Pero cuando uno se confronta con la evolución de la Nueva Canción Chilena, muchas veces los años relevantes pasan a ser otros; quizás el año 1965, con la aparición de "Arriba en la Cordillera" de Patricio Manns; o el 69, con el primer Festival de la Nueva Canción Chilena y el bautizo de la Nueva Canción Chilena; quizás el año de algunos discos referenciales, como la "Cantata de Santa María" en 1970. Entonces cuando uno se enfrenta a 1971, uno comienza a buscar qué es lo relevante; dónde podemos encontrar algo sintomático en función de las músicas populares de aquel año. Lo que, insisto, obliga a uno a hacer una pequeña investigación al respecto.

En ese sentido, comparto con Gustavo el hecho que para los temas de culturas de masas son muy importantes las fuentes masivas y, dentro de eso, las revistas. Así como Gustavo trabaja El Musiquero, yo trabajé con tres revistas que hablan de música y de juventud, que son: la Onda, que aparece el año 71, que es Quimantú; Ritmo de la juventud, que es Lord Cochrane, que aparece el 65; y Telecran, que aparece el 69 y que era la antigua revista Ecran.

A la luz de aquello, me encontré con algunas cosas que me parecen bastante relevantes. Me gustaría citar dos textos que de alguna u otra forma dan cuenta de la atmósfera general a nivel de la música popular del año 71.

Primero, la entrada en vigencia de un decreto que dice textual: "A partir del primero de enero de 1971 regirá la siguiente disposición: las programaciones diarias de todas las radioemisoras del país deberán contener al menos el 25 por ciento de música nacional, entendiéndose por tal la creada por autores y compositores chilenos, sobre cualquier ritmo y género; y un 15 por ciento de música chilena, entendiéndose por tal la recopilada por nuestros investigadores y la creada sobre ritmos folclóricos chilenos". Y luego dice: "a) Los porcentajes indicados de música nacional y de música chilena, salvo las audiciones especializadas, deberán distribuirse a lo largo de las programaciones diarias evitando acumulaciones; b) Los locutores y animadores al anunciar o desanunciar cada composición deberán indicar título, ritmo, autores e intérpretes; c) La proporcionalidad señalada para música nacional y chilena" –es muy interesante esa distinción– "también deberá ser observada dentro de las audiciones musicales a cargo de comentaristas de discos".

Este decreto, de alguna u otra forma nos va a alumbrar acerca de la importancia que tiene la música chilena dentro del año; quizás habría que hacer un análisis comparativo con la presencia a nivel de radioemisión en otros años, pero yo creo que de alguna u otra forma esto alumbra sobre con qué nos vamos a encontrar. La verdad es que dentro de los rankings que yo revisé del año 1971, efectivamente, uno se encuentra con una presencia importante de música chilena. El decreto dice un 25 por ciento de música nacional y un 15 por ciento aproximado de música chilena, entendiendo que música nacional es música popular masiva y música chilena es música popular folclórica o de raíz folclórica. De hecho, dentro de los rankings hay una presencia importante de los temas y me atrevería afirmar que un 25 por ciento más o menos es música chilena, y me sorprende. Vamos a escuchar, en seguida, algunos temas al respecto[2]. Esto, como primer dato que nos alumbra frente al año 1971.

Un segundo dato, que tiene que ver más con lo popular masivo, en rigor, da cuenta de los resultados de una encuesta –no dice quién hizo la encuesta, ni la metodología de la encuesta, pero aparentemente fue relevante– que aparece tanto en la revista Telecran como en la revista Ritmo de la Juventud. Ante la pregunta "¿Cómo es el auditor-comprador de discos en 1971?", señala lo siguiente: "Es emprendedor, lee bastante, discute apasionadamente, le agrada la compañía, busca contactos, dispone de tiempo libre, tiene hobbies, busca informarse y es culto, desea distraerse y –subrayado– es joven. Todo lo que quiera lograr algo de provecho para el disco, debe tener en cuenta estos rasgos fundamentales del consumidor de 1971". Y luego continua: "La tendencia actual en materia cancionera destaca al solista y los sonidos empleados son más suaves, íntimos y líricos; los versos exponen problemas actuales del mundo y su sociedad, pretendiendo formar conciencia en torno a ellos; resulta curioso observar que el gran imperio del disco, situado preferentemente en Estados Unidos y Europa, parece estar recibiendo el impulso latinoamericano donde, bajo la denominación de canciones de protesta, se formuló hace ya un tiempo la actual tendencia que deberá observar la industria disquera conforme el resultado de la encuesta".

Me parece que estos dos fragmentos son una especie de orientación para ver –y escuchar, mejor dicho– cómo se dio el panorama a lo largo de este año 1971. Qué se escuchaba, hasta qué punto eso que se escuchaba daba realmente cuenta de los procesos político-sociales que estábamos viviendo; y qué relevancia tenía, al fin y al cabo, lo que se escuchaba. Muchas veces lo que se escucha queda más en la memoria y es menos significante para la historia, y, sin embargo, es más elocuente en relación a su época.

El ejercicio siguiente que hice fue revisar los rankings del año 1971. Es bueno decir que los rankings tienen sus fortalezas y debilidades. Sin duda, son una muestra de lo que se escucha, pero tienen la deficiencia de la metodología; muchas veces está el tema de la 'payola', que se supone es el vínculo que tienen los pinchadiscos con las distintas empresas para tocar tal o cual sencillo[3]. El ranking que yo utilicé aparecía en la revista Ritmo y se supone que se hizo sobre la base de la consulta a algunos pinchadiscos o discjockeys importantes del año, específicamente de las radios Minería, Chilena, Portales y otras tantas.

Es interesante que tres temas de los que estuvieron presentes en los 10 más populares a lo largo del año, desde febrero en adelante, hayan sido del movimiento que se reconoce como el más emblemático de la época, entendiendo por tal la Nueva Canción Chilena, partiendo de la base de la crítica que podría hacerse a lo que es un ranking de esta naturaleza. Dos de ellos fueron en los meses de agosto y septiembre –septiembre, mes de la patria, quizás–. Los tres temas son los siguientes: “Ni Chicha, Ni Limoná”, de Víctor Jara; “La Batea” de Quilapayún; y un tema que me llamó la atención que apareciera, porque además aparecía como parte de los long play más vendidos durante el año: “Con brotes de mi siembra”, de Jorge Yáñez y Los Moros.

Yo creo que no debiera sorprender la aparición de estos tres temas asociados a la Nueva Canción Chilena, sin embargo, si uno hiciera un planeo diagnosticando todo el año se encontraría con que todos los ámbitos de la música popular masiva están presentes, algunos particularmente interesantes y algunos más interesantes que otros. Por ejemplo, en febrero y marzo de 1971, uno de los temas más escuchados es “Quiero abrazarte tanto”, de Víctor Manuel. Y, aparentemente, el tema del verano de 1971 fue “Verano azul”. Todos sabemos que en febrero también se realiza, ya desde esos años, el Festival de la Canción de Viña del Mar; en este caso el festival en su competencia internacional no fue muy relevante, mucho más importante fue el tema triunfador en la parte folclórica, que fue “La Torcacita” con Ginette Acevedo.

En este sentido quisiera hacer una acotación. Muchas veces los temas que pasan hacia la historia, que son relevantes dentro de un análisis o de un intento de análisis histórico, no necesariamente son los temas más populares del momento. “La Torcacita”, si bien se escuchó, a diferencia de lo que yo pensaba, no apareció permanentemente dentro de los cinco lugares de popularidad en el curso del año. Además el Festival de la Canción de Viña del Mar, en esa versión, se consideró un festival muy polémico porque se declaró desierto el primer lugar por una acusación de plagio. Se presentó el grupo Tiempo Nuevo y fue pifiado; se presentaron Los Blops, que habían sacado su primer LP el año anterior, con un rock progresivo bastante poco masivo, y también fueron pifiados. Sin

embargo, la estrella del evento fue Bigote Arrocet, quien tuvo que salir once veces al escenario y, por primera vez en la historia del Festival de Viña, se le entrega la gaviota de plata a alguien que no era de la competencia. Entre los invitados de ese año, uno de los más importantes fue Nino Bravo quien, en parte por ello y sin duda porque fue un cantante muy importante de los primeros años de la década del 70, ubicó su canción "Te quiero", como uno de los temas más relevantes de febrero-marzo.

Otro fenómeno que se da bastante en la década del 70 y que influye mucho a nivel de la popularidad musical masiva en Chile, es la realización del Festival de San Remo, que se realiza en marzo de los distintos años. En mi opinión, hay un festival de San Remo consular que es el del año 1972, cuando gana "Giorni dell arcobaleno", de Nicola Di Bari, y sale segundo "Un calcio alla citta", de Domenico Modugno, y en que ambos temas cubren todo el año 1972. Bueno, el año 1971 el tema ganador –y que fue número uno en los ranking de Chile en los meses de marzo y abril– fue el tema "Corazón gitano", también de Nicola di Bari. Participó también en esa versión del Festival de San Remo, aunque no sacó lugares de premiación, pero que sí fue muy popular en Chile, José Feliciano con la canción "¿Qué será?".

Para seguir avanzando en el ranking de los meses siguientes hay que recordar que a fines de los años sesenta aparece un género de música romántica, interpretado por instrumentos electrónicos, teniendo como base el grupo de rock, pero cuya temática es música romántica. Quizás fue la primera música tildada como 'cebolla' y de la cual el antecedente emblemático en Chile fueron Los Ángeles Negros. Pues bien, Los Ángeles Negros el año 1971 se encuentran de gira por Latinoamérica y empiezan a tener un éxito importante en México. En Chile, dentro de la escuela de Los Ángeles Negros, destacó el grupo Capablanca, que, con su tema "Yo haré que olvides ese amor", fueron número dos en abril, número uno en mayo y número dos en junio del año 1971.

Otra tendencia que no deja de ser llamativa, es la aparición de temas instrumentales como números uno de popularidad del año. El año 72 y parte del

73 fue muy popular la música del film El Padrino, lo que dice bastante relación con la importancia del cine. El año 71, una de las películas más importantes fue Love Story, y su tema fue número uno en junio y julio de ese año. Por otro lado, en agosto del año 71 se estrena en televisión, en Canal 7 de aquel entonces, Televisión Nacional, el programa "Música Libre", que va todos los días a las 18:30 horas. Eso va a marcar mucho los temas populares de septiembre en adelante, temas que dicen relación con una música joven que se está perfilando con muchos intérpretes argentinos, tales como "Help, ayúdame", de Tony Ronald, oficializando –y domesticando, quizás– a aquel pelilargo, que se vestía con ropa chillona y que escuchaba Santana. En los primeros meses del 71 el tema "Sacrificio Soul", de Santana, es uno de los temas presentes en el ranking y entre los discos LP más vendidos; también de esos primeros meses, se encuentra "Abraxas", igualmente de Santana.

En suma, si uno hiciera un diagnóstico, sobre esta base, concluiría que la memoria funciona y, de alguna u otra forma, a todos nos acompaña. Yo me atrevo casi a asegurar que todos reconocemos estos temas, independiente de nuestra generación, y, en ese sentido, quizás esa memoria traiciona, ya que nos cuesta datar las canciones. Quizás esta música habla de una época, más que específicamente del año 71; si escucháramos a Nicola di Bari, si escuchamos a Nino Bravo, hablamos de los sesenta-setentas, sobre todo Nino Bravo, que suena más en relación al 73. Pero, a nivel del recuerdo, no es tan relevante el año en específico, a no ser que se devele, como yo lo estoy haciendo.

Entonces ¿cuál es la importancia del año 1971 en términos musicales?

Yo creo, en este sentido, que no siempre lo que se escucha pasa a ser lo significativo dentro de un diagnóstico histórico. Me atrevo a decir que para la Nueva Canción Chilena, el año 1971 no fue particularmente importante. De hecho, el tercer Festival de la Nueva Canción Chilena generó bastante polémica porque no fue mucha gente y, según la crónica, el animador tenía que llamar al público para que se acercara al escenario; hubo un debate sobre 'bueno, en qué estamos nosotros como cantores de la Nueva Canción en función de la

construcción del proyecto popular’, etcétera. A nivel de estos géneros, que son géneros que vienen de antes, no hay un estallido de alguno en particular, no hay algo especial que nos permita definir ‘esto es el año 1971’.

Sobre esa misma base me atrevo a afirmar o a proponer que lo relevante del año 71 es la aparición de dos discos, específicamente. Uno, que es El Volantín, de Los Jaivas, y el otro es el primer disco de Congreso, que además comienza con la musicalización de un poema de Pablo Neruda. A eso se agrega la popularización, pero no a nivel de la masa sino que a nivel de estos mismos círculos, de un tema que terminó siendo un clásico en la música popular chilena, como fue “Los Momentos”, que apareció en el primer disco de Los Blops, que fue grabado el año anterior y que se populariza mucho en este año. Tanto, que el grupo Combo Xingú hace una versión bastante fusionada. Los Blops este año sacan también su segundo disco, que después fue conocido como Del volar de las Palomas, un tema que canta Ángel Parra. En el año 1971, también, Víctor Jara edita su disco El Derecho a Vivir en Paz, en que los dos primeros temas, el que lleva el nombre y “María abre la ventana”, son grabados junto con Los Blops.

Yo creo que en el año 1971 se da un hito que me parece significativo: es el momento en que el rock chileno adquiere identidad nacional. Ahí tenemos ya a Los Blops, a Congreso y a Los Jaivas. Este año tiene mucho que ver también con la situación socio-política, con la madurez que tenía la Nueva Canción Chilena. El rock chileno empieza a utilizar instrumentos propios del folclore chileno y latinoamericano, empieza a incorporar sus temáticas junto con la Nueva Canción Chilena y aparecen dos discos de dos grupos que, en mi opinión, son de los grupos más importantes de la historia de la música popular chilena. Uno, por sobre todo, Los Jaivas; el otro, Congreso. Y la mención ya hecha a Los Blops. Sin duda, son tres de las experiencias musicales más relevantes. Y como les digo, sin embargo, siendo tan relevantes no aparecieron en ningún lugar de los ranking entre enero y diciembre.

La visión de la música masiva es una, en la memoria. Ahora bien, la relevancia,

en términos de hito, el diagnóstico histórico que podemos hacer, en mi opinión, se basa en que el año 71 el rock chileno adquiere identidad.

Notas del debate

No es de extrañarse, entonces, que, por ejemplo, “La Batea” no forme parte de la parrilla frecuente. De hecho a mí me llamó la atención que apareciera, y aparece en septiembre del 71. En cambio, “Ni chicha ni limoná” aparece durante tres meses dentro de los diez primeros. Ahora, como digo, hay que comprender la fuente. Hay que hacer una crítica frente a la fuente. Es raro, efectivamente, que esos dos temas aparezcan en esa fuente; es probable que a un nivel de la cotidianeidad y a nivel de los grupos más militantes ese tipo de tema haya sido mucho más frecuente. Sobre todo, todas las cumbias contingentes de Quilapayún, como “La Batea”, “El enano maldito”, bueno y todas esas.

* * *

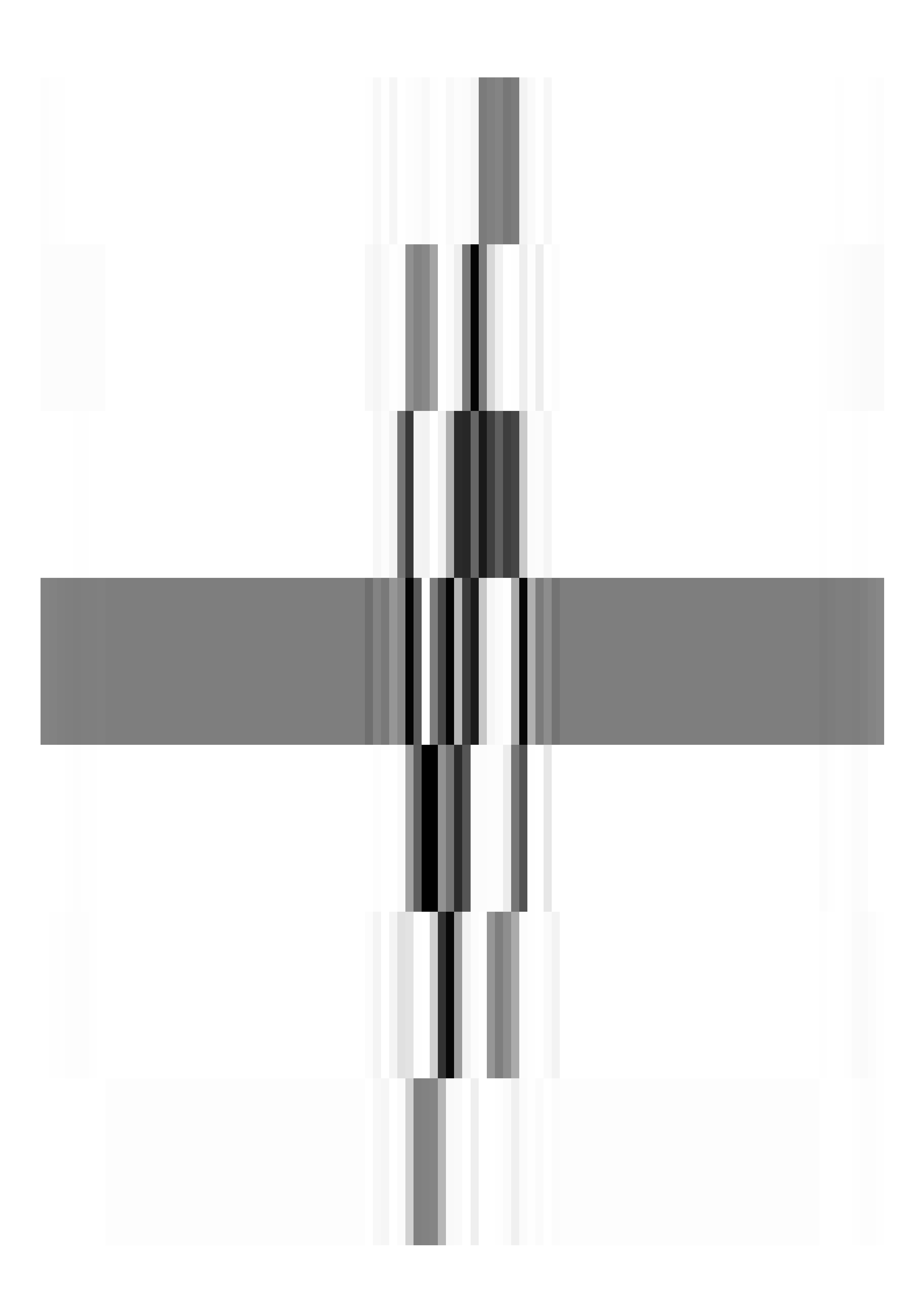
Joan Baez viene a Chile a fines del año 71 y, a pesar de que uno piensa que podría juntarse con artistas ligados a la escena del rock, se junta con artistas ligados a la Nueva Canción, la Peña de los Parra, etcétera. Sin embargo, también a fines del año 71 viene Duke Ellington, que posiblemente fue la mayor presentación musical que hubo en Chile; sin embargo, no está develada. (…) Miriam Makeba venía con un nivel de popularidad bastante fuerte, desde antes que se presente en febrero del 72 en el Festival de Viña, y ahí genera toda la controversia al halagar a Salvador Allende. Y la pugna, ese gran hito que fue esa pugna, entrecomillas, entre Los Quincheros y Quilapayún, en el Festival de Viña de 1973. En febrero del 73, cuando los Quincheros se niegan a ir y los Quila cantan tres temas, los temas que ellos quieren, generando toda la controversia.

1 Ver presentación de Gustavo Miranda, pp. 127-137.

2 Durante el seminario, la presentación fue acompañada de la audición de algunos de los temas que el autor fue comentando, a propósito de la investigación y del análisis realizado. Varias de las canciones escuchadas causaron entusiastas reacciones por parte del público.

3 En efecto, por ‘payola’ se entiende el acto de presionar o pagar a una radioemisora o locutor para difundir, preferencialmente, un cantante, una canción o un sello discográfico. La palabra sería el resultado de una contracción del verbo inglés ‘pay’ (pagar) y de la marca comercial Victrola, aludiendo al famoso fonógrafo de la compañía RCA.

PRESENTACIÓN DE JUAN PABLO GONZÁLEZ



Voy a discrepar amablemente con que no hubo hitos para la Nueva Canción el año 1971, porque me puse a buscarlos, para poder hacer esta presentación, y encontré algunos[1]. Pero más que los hitos de la Nueva Canción, lo que intento probar es una hipótesis, que la planteo en el título de la presentación: “1971, el año en que vivimos la utopía”. Porque en los estudios de música popular, a veces hacemos unos juegos con los títulos, en relación a la media y a la producción cinematográfica o musical.

Para un joven de clase media, chileno, de ideas progresistas de distinto tipo, 1971 fue el año en que los sueños se empezaban a materializar. Los problemas económicos y políticos empezarán al año siguiente. En 1971 todo era posible y aquí y ahora. La idea, entonces, es, tomando la Nueva Canción y en general la idea del canto popular, probar esta hipótesis de la materialización de los sueños, centrándome en tres ejes: El primero, lo llamo “la industria nos pertenece”. El segundo, “el folclore tiene su lugar”. Y, el tercero, que si bien es algo que todos sabemos y todos conocemos, el 71 se plasma, que es la idea de que “Violeta Parra es la madre del canto popular chileno”. Vamos con el primero: “La industria nos pertenece”.

En marzo de 1971 la Corfo obtuvo el 51 por ciento de las acciones de la empresa discográfica norteamericana RCA Víctor (Radio Corporation of America), empezando a conducir las políticas culturales, técnicas y de difusión de la compañía. Esta fue una de las primeras medidas del Gobierno de la Unidad Popular implementada meses antes que se hiciera efectiva la nacionalización de la minería del cobre. Sin duda que podía ser más fácil nacionalizar la industria discográfica que la industria minera, pero seguramente también había otras opciones a mano y el gobierno popular eligió la de los discos. Al año siguiente, durante la conmemoración del segundo año del triunfo, un lienzo colgará en La Moneda afirmando que: “No hay revolución sin canciones”. Rotunda afirmación que pone de relieve la importancia otorgada a la canción en este proceso.

Radio Corporation of America, antes llamada "The Victor Talking Machine Company", o simplemente Víctor se encontraba operando en Chile desde comienzos del siglo XX, ofreciendo tocadiscos o vitrolas y discos para poder usarlas, porque el negocio de la industria era en ese orden. En una época marcada por una fuerte internacionalización de la industria discográfica en el mundo. Desde el año 1927 la compañía prensaba discos en Chile, que eran grabados en Argentina, y desde 1930 que comienza a grabarlos en Santiago, desarrollando un abundante catálogo con artistas nacionales que se sumaban a la producción de discos de músicos latinoamericanos y europeos, en base a matrices traídas del exterior. El nuevo nombre de la compañía, luego de su nacionalización a comienzos de 1971, fue Industria de Radio y Televisión, IRT, proyectándose como una empresa electrónica con un importante potencial de desarrollo por su capacidad de armar y fabricar productos en Chile. Estábamos en la época de la Zona Franca de Arica. El objetivo inmediato de IRT fue aumentar la producción de aparatos electrónicos y bajar sus costos. Por ejemplo, con el desarrollo del modelo de televisores ANTU, de menor tamaño y a un precio competitivo, IRT logrará una importante penetración de sus productos, contribuyendo –de paso– a la masificación de la televisión en Chile, que marchaba a la saga en la región.

La producción discográfica de RCA vino a ser afectada unos seis meses más tarde de la toma de sus acciones por la Corfo. La remoción de Héctor Urbina, como gerente de discos, y su reemplazo por el ex director de Radio Corporación, el socialista César Aguilera, así como la renuncia de Camilo Fernández como director artístico –gran productor independiente– y su reemplazo por un compositor, Ariel Arancibia, vinculado a los Cuatro de Chile y al llamado folclor poético, marcaban el nuevo rumbo políticocultural que se le estaba dando a la empresa. Sus instalaciones para grabar y fabricar discos eran excelentes, herederas de los estudios Splendid que eran anunciados el año 1964 como los más modernos de Sudamérica, considerando que la industria musical argentina y brasilera no estaba tan fuerte. Estos estudios de RCA les permitía realizar producciones para otros sellos que operaban en el país, lo que hacía que los funcionarios de IRT debieran realizar dobles jornadas de trabajo, algo que no parecía extraño dado el esfuerzo laboral revolucionario que se daba en 1971. Aparte, por cierto, de los trabajos voluntarios o la construcción del edificio de la Unctad, con jornadas en la noche e informando cuántos días faltaban para la inauguración[2], etcétera. De alguna manera el modelo cubano estaba para

aprender, donde la zafra era un voluntariado y el esfuerzo laboral estaba al servicio de la revolución; en este caso, la producción discográfica.

Junto a Dicap, el sello creado por las Juventudes Comunistas en 1968[3], IRT ponía en marcha un nuevo referente en la producción discográfica nacional, apostando a propuestas que si bien podían tener contenidos políticos más o menos manifiestos, resultaban más experimentales y diversas, en un mercado dominado por la balada romántica y el rock anglosajón. El otro sello era Odeón, que tenía capitales europeos y que se mantiene en esas manos, pero era un sello que había editado a toda Violeta Parra, editaba a Víctor Jara y editaba a Quilapayún, algo que no hacía el sello norteamericano, a no ser una vez que se convierte en IRT.

Segundo hito: "El folclore tiene su lugar".

La importancia otorgada a la difusión del folclore en 1971 debe entenderse en el marco de un sostenido aumento de la atención mediática otorgada a la balada internacional desde 1968, y a la música en inglés. Al mismo tiempo, se propone una nueva forma de crear sobre ese folclor, que toma distancia de las corrientes nacionalistas representadas por los conjuntos de huasos, los que no solo son cuestionados por representar a los sectores patronales sino que por su falta de autenticidad. De este modo, se quiere potenciar el 'verdadero folclore' representado por la corriente de proyección folclórica instalada en el país desde mediados de los años 1950 por Margot Loyola[4], con ayuda de la Universidad de Chile. Esta corriente, además, de una u otra manera, estuvo vinculada al Partido Comunista y no había logrado superponerse a la llamada música típica de la derecha hacendal, con los Huasos Quincheros como sus máximos representantes o incluso al fenómeno del folclore juvenil, del neofolclore de comienzos de los años 1960, liderado por Camilo Fernández.

Es dentro de esta inquietud que, en 1971, la Confederación Nacional de Conjuntos Folclóricos de Chile crea el Festival Nacional de Folclore de San

Bernardo, que va a alcanzar prestigio internacional por la seriedad y creatividad con que se aborda la difícil tarea de subir la música folclórica a un escenario. Incluso el Festival de Cosquín, en Argentina, en la provincia de Córdoba va a ser un Festival que va a tener una veta más comercial y el Festival de San Bernardo siempre va a tener esa aura de proyección folclórica, de investigación, de folcloristas, de apego a las fuentes, en fin, y eso es el 71. La idea era entregar una muestra de investigación folclórica, no una competencia basada en esa tradición, como ocurría en los festivales de la canción, que operaban con el Festival de Viña como modelo.

El Festival que promovía la creación libre sobre la tradición dentro de la corriente renovadora del folclore era el de la Nueva Canción Chilena, que llegaba a su tercera y última edición en 1971, luego de haber sido ideado y animado por Ricardo García[5] y auspiciado por la Universidad Católica, en su primera versión del 69. Ahora, tenía el auspicio del Departamento de Cultura de la Presidencia de la República: "Es un festival acoplado al movimiento social-político y, en general, a los cambios que vive el país", señalaba Julio Numhauser, asesor técnico del Departamento de Cultura. Este Festival rompía con la lógica competitiva y comercial creando una plataforma alternativa, pero oficial –lo cual ya lo sitúa en una especie de paradoja–, para la profesionalización de la Nueva Canción Chilena. El 71 aún no se percibía su contribución a la consolidación de este género, que finalmente es el que haría la gran contribución artística en la historia reciente de la cultura chilena y latinoamericana.

Bueno, esa voluntad de trabajo y de sentido de compromiso con el proceso revolucionario –al cual yo me refería con el ejemplo de los dobles turno de IRT y la construcción del edificio de la Unctad– también se expresó en el tercer festival produciéndose un considerable aumento de las canciones enviadas. O sea, trabajaban los obreros de la canción y mandaban 116 canciones; el problema fue que no había público para escucharlas, el público no trabajaba, pero el músico cumplió con su deber y envío las canciones. Se dice que, como se transmitió por Televisión Nacional y por Radio Cooperativa a todo Chile, el público prefirió verlo en su casa; fue el primer evento en vivo que sucumbió frente a la mediatización. Bueno, no se llenó ni el Estadio Chile ni el Municipal, donde se hicieron los festivales, indicando a lo mejor también una pérdida del interés

social cuando la canción contestataria y los grupos subordinados se transforman en oficiales. Ese es un gran tema que tiene la música popular y que ocurre también con el rock, cuando los grupos de rock transgresores empiezan a ganar millones de dólares. No era el caso, desgraciadamente, para los músicos de la Nueva Canción –lo de los dólares–, pero sí era el caso de que eran los músicos oficiales del Gobierno; y ellos venían de antes con una carga contestataria de críticas, de rebeldía, de insubordinación, de cierta marginalidad también. Marginalidad que van a seguir manteniendo porque, a pesar que las fuentes son contradictorias, el consumo efectivamente de discos y la difusión de música de la Nueva Canción, durante los años de la Unidad Popular, fue más baja de lo que uno imagina o piensa o recuerda, considerando la importancia del movimiento y sobre todo la proyección internacional.

Muchas veces, fuera de Chile se piensa que a comienzos de los años 70, tocaban todo el día a Víctor Jara en la radio y que prácticamente la gente iba a las discotecas a bailar a Inti Illimani, lo cual era imposible. El año 1972 en la colección "Nosotros los Chilenos", de Quimantú, Fernando Barraza, va a publicar un librito de la Nueva Canción Chilena donde va a hablar de este sentimiento de crisis que tiene la Nueva Canción al llegar la Unidad Popular al poder[6].

De las canciones de ese festival de 1971 ninguna pasó a la historia, salvo una cantata de Sergio Ortega que se llama "La Fragua" y que pasó a la historia porque él es un compositor docto, además es el autor del "Pueblo Unido", y es un compositor que tiene mucha fuerza. Está escrita en homenaje a los 50 años del Partido Comunista de Chile. Especialmente la música comunista de la época tiene la parte heroica, obviamente que aquí hay una marcha. Además hay mucha discusión sobre cuál es la diferencia entre una marcha fascista y una marcha socialista, en términos musicales. Sergio Ortega hace marchas socialistas, no vamos a entrar en detalles cómo se arman, pero tienen ese elemento como poderoso-heroico. Pero tienen también mucha ternura, mucha presencia del niño, con concepto de futuro; un tipo de canción muy tierna, muy melódica, muy suave, que tanto Sergio Ortega como Luis Advis saben hacer muy bien.

Vamos al último hito: “Violeta Parra madre del Canto Popular chileno”.

Luego del desconcierto que produjo su muerte, en febrero de 1967, y los homenajes organizados por la Universidad Católica a fines del año siguiente, hubo que esperar, justamente, hasta fines del setenta y comienzos de 1971 para que se empezara a rescatar a la propia Violeta Parra, la rescatadora por excelencia.

Primero fue la Católica, junto a Editorial Pomaire, que publicó el año 1970 sus décimas autobiográficas en verso; luego, su hija Isabel, principal heredera y promotora del legado de Violeta, grababa el LP Violeta Parra dedicado a composiciones poco conocidas de su madre, salvo que incluye “Gracias a la vida”, continuando su conversión en himno. Será el año 1971 que Dicap publique dos discos fundamentales para la historia de la música popular chilena, en general, y de la Nueva Canción Chilena, en particular. Uno, Autores Chilenos, de Inti Illimani, con arreglos de Luis Advis, que contribuyó a desarrollar las potencialidades musicales del grupo y Canciones reencontradas en París, con ocho canciones de contenido social grabadas por Violeta Parra en París en 1963, que no habían sido publicadas. Nuevamente aparecía París, a la vuelta de la esquina, luego de mayo del 68, y ahora con el testimonio de Violeta Parra para la Nueva Canción.

También ese año 1971 se publicó El Derecho a vivir en paz, de Víctor Jara, donde está “La Plegaria de un labrador”, que había ganado el 69, y que Víctor Jara graba con Los Blops, el grupo que César Albornoz señalaba que habían pifiado en Viña del Mar porque tenía esta raigambre rockera y el rock era percibido –especialmente por los sectores más militantes– como una manifestación más del imperialismo norteamericano, que atentaba contra los valores propios y contra nuestra propia identidad. Sin embargo, Víctor Jara, como creador, y lo mismo Ángel Parra, van a tener una visión más abierta y van a saber diferenciar el Estado y el gobierno norteamericano del pueblo norteamericano; y, obviamente, que el ‘rock and roll’ y el rock venían del pueblo norteamericano y del fértil cruce entre el negro y el blanco.

Debido al poco tiempo disponible, quiero centrarme en el disco de Violeta. Este ‘long play’ Canciones reencontradas en París, incluye canciones que ella compuso en París a partir del año 1961, luego de su fructífera y transformadora estadía en Concepción, momento que marca el giro de la Violeta folclorista a la Violeta creadora. Estadía en Concepción, 1958-1959, donde conoce a Julio Escámez, a Nemesio Antúnez[7], a un grupo de artistas visuales chilenos; se vincula al desarrollo del Museo Popular en la Universidad de Concepción; y se vincula a todo un movimiento que es artístico, intelectual, de izquierda, y que es un lugar donde Violeta va a desarrollar su legado como creadora, componiendo, entre otras cosas “El Gavilán”. De ahí se va a París.

El disco no alcanzó a ser editado, seguramente por los ‘ires y venires’ de la autora, que se iba a Ginebra, andaba con el Run Rún[8], vivían en una camioneta. No era fácil en esa época trabajar con Violeta y el master o la grabación original, quedó allá y Violeta volvió en 1965, sus hijos en 1964. Luego de su muerte, una ejecutiva del sello le entregó la cinta a Isabel Parra y ella la edita en 1971 con el sello Dicap. Y la revista El Musiquero, en octubre de ese año publica las letras ¿de qué canciones? De “Santiago penando estás”, “Según el favor del viento”, “Arauco tiene una pena”, “La carta”, “Rodríguez y Recabarren”; también estaba “Que dirá el Santo Padre”, pero Isabel no la incluyó en esta versión del disco, sino que la incluyó después.

Son las canciones de contenido social que, si bien Violeta las había compuesto luego de su experiencia en Concepción y en París, no habían sido instaladas aún en la sociedad chilena a través de la industria discográfica, a través del disco, a través del canto de Violeta sonando en las radios y sonando en los tocadiscos de las personas. Por eso hay una particular relación entre ese año 1961 y ese año 1971, lapso en que algo de Violeta quedó congelado. En estos personajes también hay mucho mito, fue muy poca gente la que escuchó a Violeta dar un concierto, tocar un recital, en ningún estadio, nada. A la carpa de La Reina no iba nadie, aunque en realidad no era tal que no iba nadie, también iba gente, pero en febrero no iba nadie –la locura de ella de seguir haciendo funciones en febrero–. Pero igual era ir a hacer una especie de peregrinación. Entonces, la

‘masividad’ de Violeta Parra es post mortem y obviamente que el disco Las últimas composiciones, donde está “Gracias a la vida”, “Volver a los 17”, “Run Run se fue p’al norte”, sale el año 67, el año de su muerte y es un disco muy importante. Este es el disco social de la Violeta, de contenido social, que es lo que le da, finalmente, el bautizo a una Nueva Canción que ya existe, pero cuyo legado, si bien viene del 61 y del 63, se conoce el año 71.

Lo interesante del disco, además, –no sé por qué se llaman Reencontradas, podrían ser ‘Encontradas’, Isabel las sigue reencontrando y alguien por ahí bromeaba que las sigue re-reencontrando– es que se hacen como cuatro versiones más. La última versión en CD para el sello Alerce, dice que le fueron entregadas en el exilio. Isabel Parra vuelve locos a los musicólogos, como fuente. Le fueron entregadas en el exilio, por la misma francesa y lo editó el 71. Es probable que en el exilio le haya entregado una canción más, porque la edición Alerce de 1999 tiene 14 canciones. Se llama igual, es como el mismo libro, con el mismo título, el mismo autor, pero tiene el doble de páginas y sin ninguna explicación. Bueno, es apasionante ‘la Chave’… Como santiaguina que es, ella es la que organiza el disco, ella hace la curatoría del disco. Lo que le entregan de París son canciones sueltas y ella arma la narración; y, como santiaguina, comienza con Santiago, con esa desgarradora voz de la Viola cantando “Santiago penando estás” y acompañada solamente con un kultrún mapuche. En un gesto totalmente anticomercial, antilenguaje de la época, no solo comercial.

Estaba la Nueva Canción con los compositores haciendo polifonía, arreglos instrumentales, enriqueciendo la música popular, trataban de enriquecerla y de entregársela al pueblo, y Violeta Parra hace el gesto contrario. No es que la empobrece, sino que la desnuda, la despoja de todo y se queda sola con esa cruda visión de este Santiago de su época, tocado, además, con el kultrún mapuche. Después se va al sur –pero no el sur idílico de “Los lagos del sur”, de la cueca de Petronila Orellana, o de Raffaella Carrá[9], no, no es ese sur– un sur con dos clásicos del cancionero social chileno: “Según el favor del viento va navegando el leñero”, que le habla al chilote y le pide que se proteja del frío de los gobiernos ¿No es cierto? “Llorando estás…”. Y, después, “Arauco tiene una pena”. Ambas son canciones de denuncia y “Arauco tiene una pena” es de

rebeldía porque, además, tiene un subtítulo que es: “Levántate Huenchullán” y todas las estrofas terminan con una invocación a que el pueblo mapuche se levante, nombrando alguno de sus caciques históricos.

En Violeta uno también puede decir que hay una construcción de lo auténtico. En Víctor Jara hay otro tipo de construcción de lo auténtico, que está muy avalada por el mundo intelectual de la época que, desde la modernidad, rescataba y apoyaba el rescate de, entrecomillas, lo auténtico, la tradición y el folclor.

Para terminar, la canción que va a marcar de alguna manera esta tendencia ya explícita y testimonial que va tener la Nueva Canción, es la primera del lado B. Cuando los discos tenían lado A y lado B, era muy interesante porque había una narrativa física en el disco. El primero del lado A era el single, la canción comercial, la que más pegaba, “Santiago penando estás” puso Isabel ahí. Pero el lado B tenía una cosa, así como un poco oscura, como el lado oscuro de la luna, como que las canciones del lado B eran un poco menos evidentes, pero muy interesantes, a veces eran más difíciles; y ahí pone “La Carta”, que para muchos autores es la partida de nacimiento de La Nueva Canción Chilena, escrita el 61-62, pero conocida el año 71, el año que nos reúne hoy día.

Con “La Carta” tenemos una cantante testimonial, primero a nivel personal, a comienzos de la década de 1960 en París, y luego a nivel artístico y social a comienzos de los 70, en Santiago. En el momento en que se materializaban los sueños, se materializaba la partida de nacimiento de La Nueva Canción Chilena. La música chilena más citada en el mundo.

Notas del debate

Miriam Makeba[10] en Viña, en el festival de 1972, dice, naturalmente: “Viva Salvador Allende, viva la revolución chilena” y la mitad del festival la pifia y la

otra mitad la aplaude. Y cuando eso se produce al mismo tiempo, es mucha bulla y ella no entendía que era la imagen que se daba para afuera. Para ella era como ir a Cuba y decir: “Viva la Revolución cubana” y que te pifiaran… Pero aquí ella lo hace en el Festival de Viña y no entiende mucho qué es lo que ocurre.

* * *

Justamente es lo que está pasando en Cuba en 1971, en que Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Noel Nicola, que han abierto la nueva trova el año 69, el año 71 no son muy queridos por el régimen. En una gira de Quilapayún e Isabel Parra, Quilapayún se dedica a conectar a Carlos Puebla, que es el músico oficial del régimen, e Isabel Parra, en rebeldía, se sale de la delegación oficial chilena y se va a buscar a Silvio Rodríguez y a Pablo Milanés y ella hace un vínculo muy fuerte y muy interesante. Silvio Rodríguez va a conocer a Violeta Parra por intermedio de Isabel, ella hace ese vínculo.

* * *

En el caso de Chile, hay un problema central, primero, porque son músicos jóvenes que son estudiantes, que no tienen todavía un perfil profesional, es un movimiento universitario, de la Universidad Técnica, fundamentalmente. Todos están estudiando Ingeniería, Química, además, ni siquiera están estudiando Sociología, Literatura, ni Música, son como ingenierías las que estudian. En Inti Illimani, Quilapayún, hay algunos que tiene la vocación musical desde chicos, como Horacio Salinas. Entonces van al Conservatorio que está dando cursos nocturnos, pero todavía no es una época de profesionalización, sino que es una época de estudiantes. Y, además, si uno piensa, Víctor Jara tiene la profesión de actor, entonces viene con eso a cuestas, que lo instala. Patricio Manns es escritor, un tipo muy mediático desde comienzos de los años 60. Rolando Alarcón es profesor primario. Esos son los oficios que, de alguna manera, sustentan carreras musicales donde los tipos no ganan plata, tocan gratis. Todo es solidaridad. Se

rehúsan a cantar en vivo, en la radio, en una época en que los auditorios de radio todavía son importantes; aparecen siempre serios en las portadas, no tienen una relación de fans clubs, detestan el mundo capitalista de la música transformada en mercancía. Están los manifiestos de Víctor Jara o qué sé yo…

Es el exilio el que los pone en el medio de Europa, con un soporte solidario que dura un tiempo, pero llega un momento en que dicen, 'bueno ya, ahora vamos viendo, qué hay de nuevo y qué podemos hacer'. Y ellos, de alguna manera, son forzados a la profesionalización afuera, sin que en Chile haya un modelo para ello. Ese es el tema central y yo creo que es por el periodo de tiempo que no alcanzaron a pelearse más con el Gobierno, porque duró muy poco. Pero si dura más, habría pasado algo parecido a lo que pasó en Cuba, porque está como en la naturaleza del músico joven tomar distancia o ser crítico.

1 Ver presentación de César Albornoz, quien plantea que 1971 no fue principalmente significativo para la Nueva Nación Chilena, pp. 138-147.

2 Inaugurado en 1972, para ser utilizado como sede de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio (Unctad), luego fue bautizado como "Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral". Su construcción, en tiempo record, se transformó en símbolo del espíritu que recorría al Gobierno y a quienes adherían a él. El plazo que quedaba para su término se contaba día a día y era informado en su frontis. Con la dictadura, fue utilizado como sede de gobierno y pasó a llamarse "Edificio Diego Portales". Bajo el Gobierno de Michelle Bachelet, el edificio retomó su antiguo nombre: Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM).

3 De acuerdo a otras informaciones, el año de creación habría sido 1967.

4 Margot Loyola Palacios, nacida en 1918, además de cantante y compositora, es investigadora y divulgadora de las danzas y canciones folclóricas y populares de

Chile. Desde los años 1940 ha dedicado su vida, al igual como lo hizo Violeta Parra, a la recuperación y recreación de la cultura popular. En 1994 recibió el Premio Nacional de Artes Musicales.

5 Locutor radial, discjockey, que se inició en el programa "Discomanía" que fue el primer animador del Festival de Viña del Mar, y que apoyó el desarrollo de la música popular en sus distintas vertientes, durante los años 60 y 70. Creador del sello Alerce en dicatadura. Su verdadero nombre era Juan Osvaldo García. Murió en 1990.

6 Se refiere al siguiente libro: Barraza, Fernando, La Nueva Canción Chilena, Editorial Quimantú, Santiago, 1972.

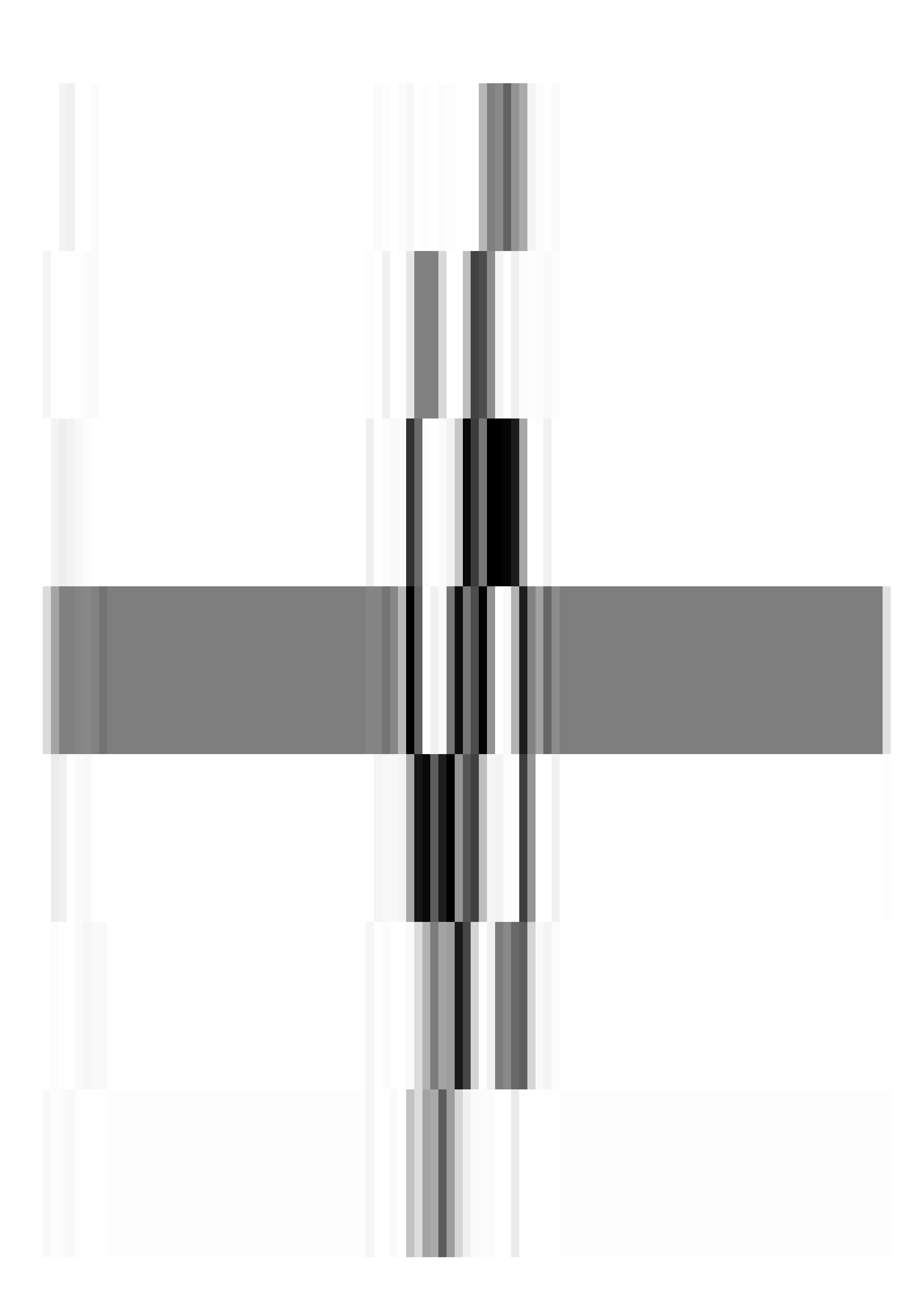
7 Nacido en 1925, Julio Escámez es un artista plástico chileno, dedicado específicamente a la pintura, a los murales y la ilustración. Sus obras, de crítica social, se preocuparon por recuperar la cotidianidad del mundo popular y los paisajes americanos. En 1956 obtuvo el Premio Municipal de Arte en Concepción. Nemesio Antúnez (1916-1993) artista chileno dedicado a la pintura y el grabado. En 1961 fue director del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile y en 1964 agregado cultural en Estados Unidos. A su regresó asumió como Director del Museo Nacional de Bellas Artes. Tras un exilio en España durante la dictadura, regresó al país en 1990 y retomó la Dirección del Museo hasta su muerte.

8 Se refiere al último amor de Violeta Parra, Gilbert Favre (1936-1998), antropólogo suizo que durante su estadía en Chile y Bolivia, en los años sesenta, estudió el folclore latinoamericano e interpretó su música. En ese contexto conoció a Violeta Parra, quien, con motivo de su separación, compuso la canción "Run Rún se fue pa'l norte".

9 Petronilla Orellana es la compositora de la cueca titulada “Los lagos de Chile”, escrita en 1965, donde menciona los principales lagos del país. En otro sentido, muy opuesto, el autor alude a la cantante italiana Rafaella Carrá, por su conocida canción “Hay que venir al sur”, de 1978.

10 Miriam Makeba (1932-2008), cantante sudafricana, que luchó y cantó por el respeto de los derechos civiles en su país.

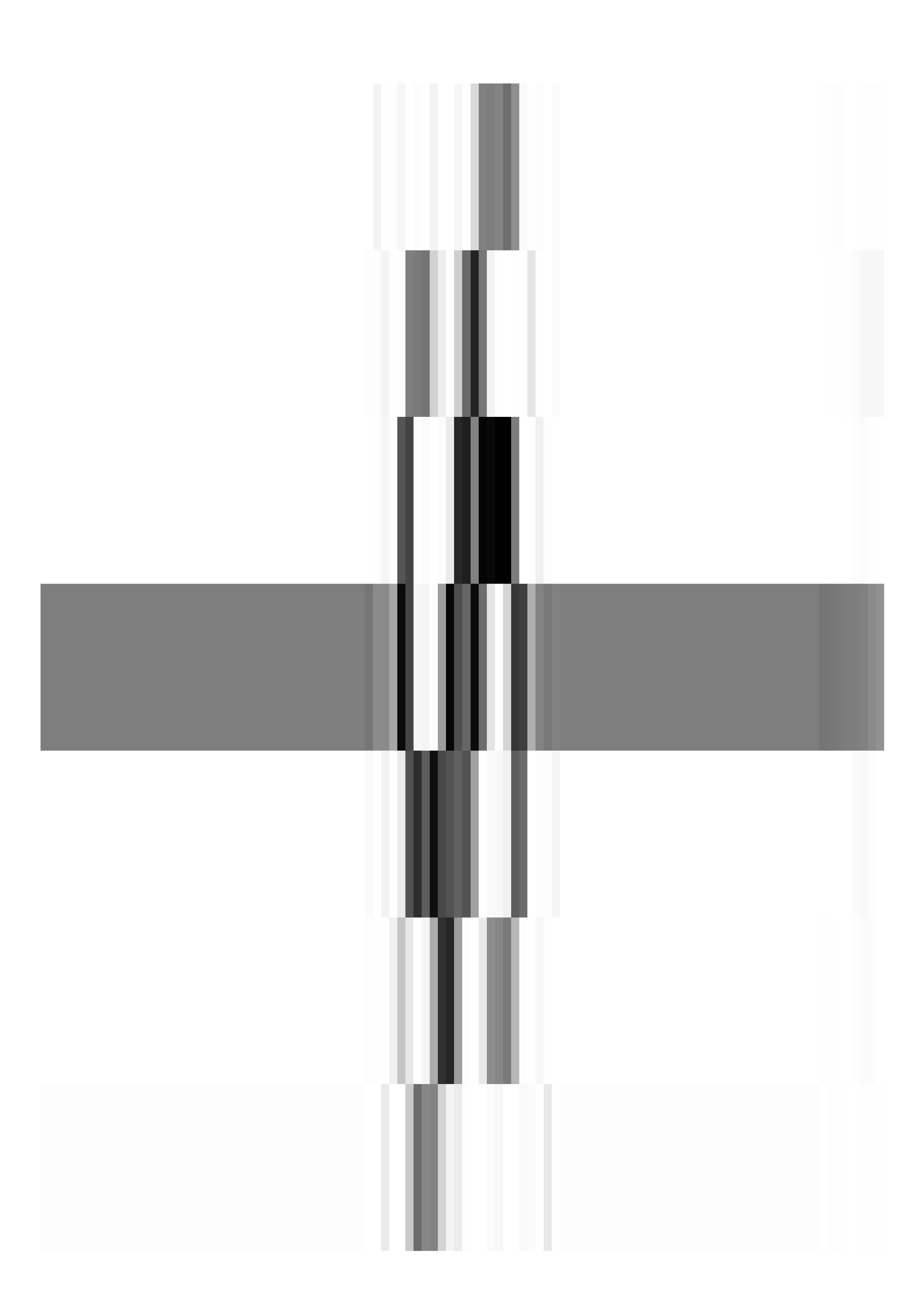
MUNDO RURAL Y PROFUNDIZACIÓN DE LA REFORMA AGRARIA



Jorge Echenique

Sergio Gómez

PRESENTACIÓN DE JORGE ECHENIQUE



El proceso de Reforma Agraria es, como se dijo en la introducción, un proceso que se inicia a principios de los años 1960 y tiene algunas características que yo quisiera destacar.

Primero, es una transformación estructural que fue considerada en su época, como una de las vigas maestras del avance hacia el socialismo. Es decir, en los cambios sucedidos durante el siglo XX, probablemente la Nacionalización del Cobre y la Reforma Agraria han sido los procesos de transformación estructural más potentes. Además, de los cambios, desde luego, que la economía neoliberal introduce durante el Gobierno Militar. Pero, la Reforma Agraria es un cambio que modifica todo el espectro de la sociedad chilena, desde el poder político, el poder económico, la agricultura hasta las relaciones sociales; es decir, es una transformación total. Tiene alcance regional: en aquella época, en los años 60, cuando se inicia el proceso, el Presidente John Kennedy estaba extremadamente preocupado de lanzar algún programa de carácter regional, para toda América Latina, que fuese capaz, en alguna forma, de restarle encanto a los atractivos de la Revolución cubana. Y lanza el programa de la Alianza para el Progreso[1], que incluye –entre uno de sus capítulos– una reforma agraria a nivel regional.

En segundo lugar, me parece interesante destacar que la Reforma Agraria tuvo un apoyo mayoritario. Antes que nada, porque había condiciones muy objetivas para que esta Reforma Agraria se realizara. En la historia de la agricultura chilena, esta demostró algunos vicios fundamentales. Primero, una tremenda capacidad de ejercer una asimetría política brutal entre los hacendados y los campesinos controlados por estos hacendados, lo cual tenía una enorme repercusión política. Segundo, el agro era tremendamente ineficiente, era incapaz de alimentar a los chilenos y teníamos que importar una parte importante de nuestros alimentos. Además, era un sector muy aislado respecto al resto de la economía chilena; los vínculos entre los latifundistas y el resto de la burguesía chilena eran cada día menores, cada día más contradictorios, cada día el latifundista parecía más aislado del resto de la burguesía nacional. Cuando se inicia la Reforma Agraria –hubo una primera Ley, la 15.020 del período de

Alessandri, que se le llamó la reforma agraria ‘de macetero’, por sus límites tan reducidos, y después la Ley de Reforma Agraria, la 16.640 de 1967– ella tiene un apoyo mayoritario. Uno lee hoy día los datos de la sesión del Congreso, cuando se discute la Reforma Agraria y cuando se lleva a la votación final, y se sorprende. La votación en la Cámara de Diputados es, si no me equivoco, 70-4, 70 votos a favor, 4 en contra. En el Senado es 21-2 o 21-3[2]. Es decir, había una altísima mayoría que aprobaba el proceso de Reforma Agraria.

Hay tres etapas que se pueden distinguir fácilmente: la Reforma Agraria ‘de macetero’, del período de Alessandri, 1960-1964; la Reforma Agraria de Frei Montalva, 1965-1970, hasta septiembre del 70, que fue bastante masiva, se expropió casi el 20 por ciento de toda la tierra chilena; y, después, la profundización en el período 1971-1973, cuando se llega a expropiar un 50 por ciento de la tierra en Chile. Es decir, un 20 por ciento en el periodo de Frei más un 30 por ciento en los mil días del Gobierno de Allende.

¿Qué significa esta profundización de 1971? Y aquí me voy a disciplinar, siguiendo las instrucciones de atenernos al año 71.

El término del latifundio, en dos años, fue un objetivo central del Programa de Gobierno; es decir, se trataba de que el año 1971-1972 terminara el latifundio en Chile. Eso significaba expropiar masivamente lo que se había definido como latifundio, más un segmento de 40 a 80 hectáreas, que fue agregado durante el Gobierno de la Unidad Popular, como un segmento también expropiable, al cual también se le denominó latifundio. Entonces, no solamente lo que la Ley 16.640 establecía como gran propiedad expropiable, que eran los predios de más de 80 hectáreas de riego básico, sino que se agregó el segmento de 40 a 80 hectáreas. Hectárea de riego básico, es una hectárea equivalente: equivale a una hectárea de riego del valle del Maipo. Por lo tanto, todo el país se convirtió a hectáreas de riego básico, en un trabajo de gran envergadura, que permitió, justamente, establecer equivalencias desde Arica hasta Magallanes, para que todas las tierras tuviesen una hectárea de riego básico como elemento de equivalencia. Para darles algunos ejemplos: en Magallanes una hectárea de riego básico eran

alrededor de 1.200 hectáreas; en Osorno, eran alrededor de 400 hectáreas; y, en el valle de Coquimbo, era alrededor de media hectárea. Es decir, esa hectárea de equivalencia se usó como elemento para trabajar en todo el país las expropiaciones. Se amplió también el área geográfica, del Maule al sur. Gran parte del período de Frei las expropiaciones se concentraron desde Aconcagua hasta Curicó, ahí estaba el eje de la hacienda chilena y del latifundio. Pero durante el Gobierno del Presidente Allende el área se amplía del Maule al sur.

Un segundo cambio importante fue una reorganización del área reformada, tema que Sergio Gómez va a tratar con más profundidad en su intervención[3]. Se trataba de corregir, en primer lugar, un sesgo individualista; los campesinos de las tierras expropiadas, organizadas en asentamientos, le daban prioridad absoluta al ‘goce individual’ o al pedazo de tierra que explotaban familiarmente, individualmente[4]. Y el pedazo colectivo, que era el del asentamiento, era dejado a una segunda instancia, menos trascendente desde el punto de vista del interés de la familia. Por tanto, había una clara prioridad a trabajar en el goce individual; cada familia campesina tenía un goce individual, que llegaba a una hectárea, dos hectáreas, dentro del asentamiento, y ahí concentraban sus energías. Se trataba de corregir eso y para ello se crearon los Centros de la Reforma Agraria, que fue un producto que no tuvo mucho éxito, como se verá más adelante. Y también se crea un área social, que sería, justamente, el área que en la agricultura esboza el socialismo del futuro y son los Centros de Producción. Parte de las tierras expropiadas, por lo tanto, se transforman en Centros de Producción, que eran básicamente viñas o haciendas que estaban integradas con la industria y que eran muy difíciles de dividir, de parcelar; esas tierras conforman los Centros de Producción.

Y el tercer cambio, era tratar de construir una alianza campesino-proletaria a través de los Consejos Campesinos, los cuales, supuestamente, serían los que tendrían un rol conductor de la Reforma Agraria; serían la contrapartida del Gobierno a nivel del sector proletario-campesino en el medio rural, para poder conducir en conjunto el proceso de reforma. También Sergio tratará el tema de los Consejos con mayor profundidad.

Respecto al término del latifundio, ustedes ven que cambiaron –como decía– las causales de expropiación. En los años 1964-1970, en ese período, el 41 por ciento fue ofrecido por sus dueños; es decir, no fue expropiado, en el sentido de llegar y decirle al dueño ‘aquí le cayó la expropiación’, sino que se negociaba una expropiación. Y eso fue así porque en parte importante del período de Frei no había Ley 16.640; había que trabajar con la ‘ley del macetero’ del periodo de Alessandri, por lo tanto había que negociar. Sin embargo, después, lo más importante como causal de expropiación fue el tamaño; ‘sobre 40 hectáreas de riego básico’ fue la causal de expropiación número uno. Y la segunda, ‘mal explotados’, un 22 por ciento de las tierras fueron expropiadas por mal explotadas. Se usó muchísimo la causal de mala explotación para entrar a trabajar en la expropiación de tamaños menores. En términos de expropiaciones, el número de predios que se expropió durante el período de Frei, en promedio, fueron 236 al año. En el período de Allende fueron 1.374 predios el año 1971; es decir, se multiplicó por seis el número de predios expropiados el año 71. Se expropió también una superficie infinitamente superior; en riego, tres veces más, en secano arable casi cuatro veces más, en secano no arable, tres veces más. Es decir el ritmo de expropiaciones se incrementó notablemente.

Ambos factores, el cambiar las causales, dándole tanta importancia al tamaño 40 hectáreas y a la mala explotación, más el incremento del ritmo de expropiaciones, sin lugar a dudas que generó pánico a nivel del conjunto de los agricultores. Entendiendo por agricultores los latifundistas y los gérmenes de empresarios agrícolas de la época. Generó pánico. El año 1971 fue un año en el cual las reglas del juego cambian y así lo sienten los agricultores con mucha fuerza.

Con respecto a la reorganización de área reformada, como decíamos, durante el año 71 persiste el sesgo individualista. Durante el periodo del gobierno popular, sin lugar a dudas, los campesinos –que estaban educados en la cultura individualista y que siempre, a nivel mundial no es solo un fenómeno chileno, han pensado en la tierra propia como una tierra familiar– siguieron insistiendo en aquello que era cultural y eso tuvo mucha fuerza. Hubo un rechazo a los Centros de Producción y a los Centros de Reforma Agraria, que yo creo fueron una imposición más bien teórica, más bien ideológica, que no estaba en consonancia

con el sistema de producción campesino ni con la cultura campesina.

Se creó un crédito agrícola integral que fue perverso, porque el crédito que se les entregaba a los campesinos incluía un salario, por lo tanto, los campesinos de la Reforma Agraria, los beneficiarios de la Reforma Agraria, tenían asegurado un ingreso, que era un salario obtenido a través del crédito. En consecuencia, el incentivo, el estímulo, para producir en las tierras expropiadas era bastante menor, dado el goce individual y el sueldo que tenían asegurado a través del crédito agrícola integral.

También podríamos afirmar que hubo una mantención de la política de no asignar tierras. En el período de Frei se asignó un 15 por ciento de la tierra expropiada; en el periodo del Presidente Allende, el año 1971 por lo menos, las asignaciones fueron casi nulas, no hubo asignación de tierras[5]. Y eso, desde luego, es producto de discusiones en el seno de la Unidad Popular, ya que había posiciones muy diversas respecto a qué tipo de asignación debía hacerse. Yo recuerdo a Rodrigo Ambrosio, que era el líder del MAPU, que regresa de Vietnam y nos dice a los que trabajamos en la Reforma Agraria: "Soy partidario, de acuerdo a la dirección política del Partido Comunista de Vietnam, de entregar la tierra individualmente a los campesinos". Y todos los que trabajábamos en esto montamos en horror, consideramos que entregarles la tierra individualmente a los campesinos era un planteamiento totalmente reaccionario. Por lo tanto, había en el seno de la Unidad Popular, una posición ideológica favorable a la entrega de tierras en forma colectiva o a las cooperativas, pero los campesinos rechazaban eso. Querían tierras en forma individual. Podríamos discutir, después, las razones que existían para esa visión más teórica –que son muchas y con fundamentos–, pero no había, desde luego, un acompañamiento a la posición de los campesinos.

Por último, yo diría que si sumáramos todas las tierras expropiadas y dijéramos ¿cuántos campesinos cabían, con tierras, en las tierras expropiadas? Hasta el año 1971 cabían unos 70.000. ¿Y cuántos trabajaban y vivían vinculados a esos predios expropiados? Alrededor de unos 120.000. Por lo tanto, solo la mitad

tenía posibilidad de tener acceso a la tierra, el resto no tenía posibilidad; salvo que cada parcela se hubiera transformado en un minifundio ridículo o hubiésemos tenido un excedente de mano de obra al interior de las tierras expropiadas.

Todo esto que yo señalo, creo que tuvo una fuerte incidencia en una enajenación del apoyo campesino a la Unidad Popular. Los campesinos, en general, se dividieron y –a pesar de ser beneficiarios, claramente, de toda la Ley de Sindicalización Campesina introducida durante el Gobierno de Frei y profundizada durante el periodo del Presidente Allende y a pesar del reparto de tierras– mayoritariamente tenían dudas con respecto al proceso de Reforma Agraria y no constituyeron aliados fundamentales de la Unidad Popular.

Aquí entramos a otro tema sensible. La política económica del Presidente Allende, liderada en ese momento por el Ministro Pedro Vuskovic, implicó una muy fuerte redistribución del ingreso, básicamente porque se incrementaron los salarios. El promedio de los salarios subió un 18,4 por ciento el año 1971, en un año, con respecto al año anterior. Hubo pleno empleo, porque la economía entera estaba trabajando para producir los bienes que este nuevo consumo o demanda de los chilenos estaba implicando[6]. Por lo tanto, hubo un fuerte incremento en la demanda de alimentos; un 13,7 por ciento fue el incremento de la demanda de alimentos. Así es que, en plena transformación estructural de la Reforma Agraria, se le lanza este desafío horrible a la agricultura nacional de satisfacer este fuerte incremento de la demanda. Y creció la agricultura, curiosamente creció en el año 1971 en un 6 por ciento; creció en forma muy importante ya que, históricamente, había solo años excepcionales en los cuales la agricultura había crecido un 6 por ciento. Ese año lo hizo, pero no fue capaz de satisfacer este incremento del consumo y, por tanto, hubo que recurrir a un fuerte aumento de las importaciones de alimentos.

Pero Chile no tenía en ese momento divisas, estábamos con un bloqueo político, teníamos dificultades para conseguir dólares y para conseguir alimentos afuera, en el mundo; por tanto, este desafío de tener que importar volúmenes crecientes

de alimentos, topaba con una restricción estructural, que era la falta de divisas. Y eso tuvo consecuencias, sin lugar a dudas. Imagínense ustedes que la cuarta parte de todas las exportaciones chilenas, incluido el cobre, se dedicó a alimentos el año 1971.

Quiero finalizar con algunas cifras que nos muestran que no estamos hablando de cosas vagas. Si tomamos los años 1965 a 1970 y le ponemos base cien, y luego comparamos con el año 1971, vemos lo siguiente: el trigo aumentó la disponibilidad per cápita en un 22,4 por ciento; hubo un poco menos de arroz; frijoles, lentejas aumentaron un 18 por ciento, las papas casi un 11 por ciento; azúcar, más o menos los mismo per cápita; el aceite subió un 33 por ciento; el vino un 10,5 por ciento, lo que era súper importante; carnes, más o menos lo mismo; huevos, bajó un poco; y la leche aumentó fuertemente por los programas materno-infantiles impulsados por el Ministerio de Salud[7]. Por lo tanto, hubo un fuerte incremento de muchos alimentos sustantivos y una muy baja reducción de algunos pocos.

Sin embargo, los hechos que señalábamos antes tuvieron repercusiones importantes en los años siguientes, pero ese capítulo lo vamos a dejar para el próximo seminario. En efecto y sin lugar a dudas, el problema de la escasez de divisas, el problema del incremento de precios y de inflación, el problema de la especulación, el problema del desabastecimiento, fueron todos problemas fuertemente incidentes en el transcurso del año 1972 y de 1973 y su desenlace.

Notas del debate

La diferenciación entre pueblo mapuche y campesinado en su conjunto, fue tremendamente débil e incluso yo diría que durante todo el periodo de Frei y hasta el año 71, se eludió la expropiación en tierras donde hubiese presencia mapuche importante. Por ejemplo, en Malleco y en Cautín casi no se expropió, se expropió en algunos casos en la provincia de Arauco. Pero se postergó la

expropiación, justamente, porque no había una definición con respecto a qué tratamiento darle a la comunidad mapuche y sus demandas de tierra. Y eso yo creo que persistió durante el Gobierno de la Unidad Popular, se le trató casi en igualdad de condiciones que al resto del campesinado.

* * *

Las dificultades para dar una respuesta a las demandas campesinas, en general, con todas sus especificidades, yo creo que la heredamos también del mundo socialista. Es decir, Cuba todavía no resuelve el tema del campesinado y la reforma agraria y China recién está empezando a hacer una reforma agraria de la Reforma Agraria, después de 60 años de proceso. En general los países de Europa oriental, que eran nuestros referentes en aquella época, no tenían una política respecto a cómo trabajar con las aspiraciones del mundo campesino. Y en América Latina tampoco se hicieron experiencias previas. La Revolución mexicana, con el ejido, no era fácilmente repetible para nosotros, porque el ejido estaba en plena convulsión, ya era un problema en aquella época de la Unidad Popular. Entonces, el referente no estaba muy claro. El año 1971 estuve en Bulgaria, en Rumania, en Alemania, en Yugoslavia, en Checoslovaquia, buscando modelos, experiencias que nos sirvieran y la verdad es que el balance de todo ese periplo fue bastante pobre. No había un modelo. Tanto es así, que nosotros salimos a exportar el modelo de organización del sector reformado a otros países de América Latina. Yo, personalmente, generé un asentamiento, que le llamaron “Ingeniero Jorge Echenique”, en Panamá, por ejemplo. Nos tocó ir a trabajar a Perú, ir a trabajar a Ecuador, ir a trabajar a Colombia, Venezuela, porque éramos como un primer ejemplo de algo novedoso, que se estaba inventando, y el asentamiento fue un producto de exportación tremendamente cotizado. Entonces, bueno, también eso hay que tomarlo en cuenta, no había aquí un modelo fácil de poder replicar.

* * *

Respecto al minifundio, yo diría que en la Reforma Agraria casi no se le contempló. En paralelo, en todo el sistema de atención al pequeño agricultor, el minifundio sí fue sujeto fundamental. En los programas de transferencias tecnológicas, de crédito, del Indap[8], el minifundio entró y entró masivamente. Pero no se hizo ningún esfuerzo por reordenar la tenencia al interior del minifundio, porque la limitación del minifundio es la cantidad de tierra, o sea es el acceso a la tierra. No tuvieron ningún acceso ni a tierras de la Reforma Agraria, ni a reordenación territorial, ni a asignación de complemento, por lo tanto. Se les dio asistencia técnica y crédito dentro de la restricción absoluta que tenían, que era acceso a la tierra y al agua.

* * *

Tuvimos el gusto de trabajar con Paulo Freire[9]. Paulo trabajó en el periodo de Frei y tuvo una fuerte incidencia en las campañas de alfabetización, sin lugar a dudas, a nivel rural; ahí empezó a trabajar y después se extendió a otros sectores. Yo diría que Paulo Freire, desde el Icira[10] irradió hacia el conjunto de la sociedad chilena, eso fue básicamente el año 65-68, después Paulo salió a circular por el mundo. Pero tuvo una incidencia fuertísima, no solamente en la alfabetización, sino que en una manera distinta de pensar.

* * *

Yo creo que el campesinado se sentía más identificado con la Reforma Agraria de Frei que con la de la Unidad popular. Acordémonos que de los 500 mil campesinos, con y sin tierras, que existían en la época, en el mejor de los casos, unos 60 mil iban a quedar incorporados al proceso de Reforma Agraria. El resto, por lo tanto, eran atendidos por otros mecanismos del Gobierno y no se entienden, realmente, partícipes de este proceso de Reforma Agraria; y los que estaban incorporados, no veían claro su designio, cuál iba a ser su futuro. Ese sector, no se fue con los latifundistas, no se fue con la derecha, se quedó como

en tierra de nadie, yo diría que una mayoría sí fue captada por la Democracia Cristiana, permaneció fiel a la Democracia Cristiana y a su política, del periodo de Frei, que la interpretaba mejor.

1 Como parte de la política para evitar que América latina siguiese el ejemplo de Cuba, el Gobierno de John Kennedy propuso el programa de ayuda económica y social conocido como Alianza para el Progreso, que fue aprobado por los países miembros de la OEA en 1961, en la conferencia de Punta del Este, en Uruguay.

2 Según información histórica del Congreso, la votación fue la siguiente: "En 1967, al cabo de dos años de discusión en el Congreso Nacional, el proyecto de ley de Reforma Agraria fue aprobado en la Cámara de Diputados por 105 votos contra 8 y en el Senado por 25 contra 4".

3 Ver, más adelante, presentación de Sergio Gómez, pp. 175-183.

4 De acuerdo al INE, 'goce individual' es una porción determinada de terreno de propiedad de la comunidad que se asigna a un comunero y a su familia para su explotación o cultivo.

5 La redistribución de tierras seguía distintas etapas: a la expropiación, de acuerdo a las causales ya señaladas, le seguía la entrega de tierras a través de los asentamientos, entendidos como una forma transitoria que, con asesoría de los organismos técnicos, permitía preparar a los campesinos para los desafíos de la producción; finalmente debía producirse la asignación definitiva de la tierra, bajo la forma de asignaciones individuales, a cooperativas o a otras formas de propiedad colectiva.

6 Respecto de la política económica durante 1971, ver presentación de Óscar Guillermo Garretón, pp. 109-124.

7 Al respecto, ver presentaciones de Juan Carlos Concha, Patricio Hevia y Carlos Molina, pp. 63-75; 76-84; y 85-95, respectivamente.

8 Instituto de Desarrollo Agropecuario, creado en noviembre de 1962, bajo el Gobierno de Jorge Alessandri, que fue uno de los organismos técnicos gubernamentales de apoyo al proceso de Reforma Agraria.

9 Paulo Freire (1921-1997), educador brasileño que vivió en Chile entre 1965 y 1971, colaborando con el Ministerio de Educación, especialmente en el área de educación de adultos y con el Ministerio de Agricultura en programas de alfabetización de adultos y de capacitación campesina.

10 Instituto de Investigación y Capacitación en Reforma Agraria.

PRESENTACIÓN DE SERGIO GÓMEZ



Junto con agradecer la invitación, quiero manifestar mi satisfacción de compartir, una vez más, la mesa con mi amigo y colega Jorge Echenique, con quien llevamos varias décadas trabajando juntos. Además, estar en esta casa, en esta universidad, para mí –me imagino que para Jorge también– tiene algún sentido, ya que nos sentimos muy discípulos de Gonzalo Arroyo[1] y trabajamos muchos de estos temas muy cerca de él.

La reflexión que voy a hacer, la baso en algo que escribí en el momento de la Unidad Popular. Uno podría agrupar –y ponerlas como telón de fondo– las cinco grandes tareas que se desarrollaron en aquella época, varias de las cuales ya las ha señalado Jorge Echenique en su presentación[2]: el fin del latifundio; la nueva organización para el sector reformado; la batalla para el aumento de la producción; todo lo que es el movimiento campesino y los consejos; y, algo que nos tomó mucho tiempo, la reestructuración institucional del aparato estatal.

Estas cinco grandes tareas tuvieron un significado muy diferente para los principales partidos de la coalición, de la Unidad Popular. En función de dos variables: una, cuál era el rol que se le asignaba al campo en la transición y, otra, cómo se definía la estructura agraria en el campo; así, cada una de estas principales actividades tuvo un significado muy diferente para cada uno de los partidos. Caricaturizando un poco, uno podría llegar a la conclusión que si uno iba a fondo en las posiciones que tenía la estrategia del Partido Comunista, el campo era una bodega para producir alimentos y que el campo no jugaba un papel fundamental en la construcción del socialismo. Sin embargo, para el Partido Socialista, en función de este rol que se definía, la orden del día era la construcción del socialismo en el campo. Este gran marco nos ayuda a explicar las diferencias y los problemas internos que tuvo el desarrollo de la política agraria durante la Unidad Popular. Y yo creo que esto tiene que ver también con ciertas lecturas internacionales que estaban detrás, cuál había sido la experiencia en China y cuál había sido la experiencia en la Unión Soviética.

Solamente me voy a referir a dos de estos cinco grandes puntos o tareas, que señalé. Me voy a referir, primero, a la organización campesina y a los consejos y, después, a los modelos de organización del sector reformado.

Sobre el tema de organización campesina diría que tuvo varias características que fueron muy importantes. Se trata, en primer lugar, de un movimiento social relativamente joven. Por más que uno pueda buscar antecedentes en la década de 1920, en Ranquil, o en los sucesos de Molina en los años 1950[3], el movimiento campesino fue reprimido hasta mediados de los años 60. Y solamente en un período muy breve es que surge un movimiento extraordinariamente joven, sin taras que tengan que ver con juventud, adolescencia o madurez.

Segundo, es un movimiento que tiene una base legal muy importante. Sobre todo la organización sindical, que se basa en la Ley 16.625, que establecía los sindicatos comunales; los sindicatos comunales establecían federaciones provinciales; y las federaciones provinciales establecían confederaciones nacionales. Este respaldo legal era ampliamente normado, en términos de cómo se establecían las negociaciones colectivas, las presentaciones de pliegos de peticiones, las huelgas, etcétera.

Fue, también, un movimiento que tuvo un liderazgo muy expresivo. Era un movimiento que tenía, frente a la opinión pública, una simpatía de base muy fuerte. Un movimiento con una demanda atractiva, que era fundamentalmente la Reforma Agraria, y sobre eso –como decía Jorge– había un consenso muy grande. Un movimiento que, en mi opinión, tuvo un protagonismo muy exagerado; si uno mira la importancia que tenía la actividad agropecuaria dentro del contexto nacional, la importancia que tuvo lo que pasaba en el campo fue realmente no proporcional.

Cuarto, un movimiento que tuvo muchos recursos. La propia Ley sindical le estableció un mecanismo de financiamiento, muy simple y muy expedito, donde los empleadores pagaban un dos por ciento, los trabajadores también cotizaban

un dos por ciento y, además de tener medios estas organizaciones para funcionar, se estableció un fondo de extensión y capacitación sindical. Alguna vez sacamos cuentas de qué volumen de recursos se movió con ese mecanismo, y créanme que llegamos a varios millones de dólares por año, estoy hablando del dólar de hace cuarenta años. Esto significaba que las organizaciones tenían locales sindicales, que tenían medios de movilización, que podían contratar abogados, contadores, etcétera.

Esta organización no solamente tocó al sector asalariado, sino que el sector de pequeños propietarios también tuvo una organización con un importante apoyo desde el aparato del Estado, a través de los comités campesinos y de las cooperativas campesinas. El sector reformado tuvo organizaciones tremendamente importantes, cooperativas regionales de Reforma Agraria, una confederación nacional de asentamientos campesinos.

Por último, hay un rasgo que puede empañar esta visión tan positiva sobre la organización y movilización campesina: fue un movimiento con una dependencia político partidista exagerada. No se dio el caso de una organización que no estuviera ligada a distintos partidos políticos y ahí, efectivamente, se ejercieron relaciones de dependencia, muchas veces forzadas, que empañaron un poco esta visión que yo estoy planteando sobre la organización campesina.

Durante la Unidad Popular se estableció que frente a esta diversidad de organizaciones, que no solamente eran diferentes por estrato, sino que también dentro de un mismo sector –por ejemplo, había cinco o seis confederaciones sindicales, cada cual obedeciendo a un partido político y además existían estas organizaciones de pequeños agricultores–, había que formar un interlocutor que pudiera ser la contraparte del Gobierno. Para eso se estableció la política de conformar Consejos Campesinos y mediante un decreto se estableció el Consejo Nacional Campesino, en el cual participaban dos dirigentes de cada una de las organizaciones; después se establecieron los consejos provinciales y, finalmente, los consejos comunales. Sin embargo, a causa tanto de las dificultades internas, consecuencia de la politización, como también de dificultades más estructurales

que había dentro de estos distintos segmentos, este conflicto político partidista se trasladó a estos Consejos. Por lo tanto, estos Consejos, que fueron primero conocidos como ‘consejos por decreto’, después, en ciertos sectores del sur del país, particularmente en la zona de Cautín, se constituyeron como ‘consejos por la base’; y, después, en una forma mixta, se crearon unos ‘consejos comunales mixtos’, donde parte de la dirigencia era elegida desde la base y los otros nombrados por decreto. Pero, en definitiva, por problemas estructurales y del exceso de politización, estos Consejos, que eran una buena idea, terminaron por perder toda importancia.

El segundo punto importante que me interesa tratar es el tema de la organización social y económica del sector reformado. Esto dice relación con qué sucede entre el momento en que se expropia un predio y aquel en que pasa a ser parte de la Reforma Agraria.

Durante el Gobierno de Frei se estableció el asentamiento campesino como una fórmula transitoria que duraría entre tres y cinco años, donde se establecía una sociedad entre el Gobierno y ese grupo de campesinos, con el fin de preparar las condiciones para hacer una posterior asignación de la tierra. De acuerdo a la ley, la asignación podía ser cooperativa, individual o mixta, y en la mayoría de los casos fue mixta. Yo estoy de acuerdo con la afirmación de que no hubo ni una sola asignación durante el año 1971, pero creo que, más que por razones ideológicas, fue porque la capacidad instalada estaba dedicada a expropiar y no a asignar, que era una cuestión tremendamente compleja. Estos asentamientos campesinos, durante la época de Frei pudieron funcionar con pocos problemas, aun cuando ya se insinuaban algunos. Por ejemplo, como producto que la gente tenía un salario asegurado, comenzaron ellos mismos a contratar fuerza de trabajo asalariada y, por tanto, junto con los asentados surgieron los contratados. Pero en la medida que era algo de dimensiones manejables –digamos 1.400 asentamientos en el país– podía haber una atención relativamente focalizada y adecuada. Ya cuando la envergadura del proceso llega a otros límites, la posibilidad de atender a los asentamientos en forma focalizada, se volvió un poco más complejo.

Por un afán torpe, mirado retrospectivamente, para diferenciarse de la reforma de Frei, durante la Unidad Popular se definieron los famosos Centros de Reforma Agraria, que eran los CERA. Lo que se hacía era que se agrupaba una cantidad de predios expropiados y se constituía solamente una unidad, y tenía algunas cosas formales, como incorporación de gente joven, incorporación de la mujer, que en la fase anterior no estaban tan claras.

Los CERA fueron parte de una lucha ideológica bastante aguda en aquel momento y fueron acusados de ser haciendas estatales disfrazadas; por lo tanto, cuando había suficiente base campesina que se oponía a la instalación de un CERA, se constituía un Comité Campesino, que en definitiva no era ‘ni chicha ni limonada’, o sea, eran como parte de un asentamiento, como parte de un CERA, pero no había una reglamentación clara. Incluso había una fórmula donde, en predios en que había conflictos laborales serios y prolongados, el Gobierno tenía facultad para intervenir aquellos predios; y, por lo tanto, los fundos intervenidos, de alguna manera pasaron a ser también un modelo de organización del sector reformado.

Por último, hay otros dos modelos que yo quisiera por lo menos insinuar, aun cuando me voy a salir periodo, pero me sirve para ilustrar el argumento que les quiero transmitir. Son los casos de los Centros de Producción, que fueron las haciendas estatales, y un sistema que se ensayó al final que se llamó Nuevo Sistema de Gestión Predial.

Los Cepro, que eran los Centros de Producción, efectivamente eran haciendas estatales y, teóricamente, se debían constituir en aquellos lugares donde se trataba de implementar el socialismo en el campo. La tierra era del Estado, los obreros eran obreros estatales y, de alguna manera, deberían ser un centro de irradiación. Hacia fines del año 1972, existían varias decenas de haciendas estatales y no había un reglamento que las normara. Como los políticos no se ponían de acuerdo, nombraron una comisión político-técnica para que estableciera el reglamento de estas haciendas estatales. Y a mí –por encargo de mi amigo Jorge, porque yo era técnico, él era el político– se me dio la orden: “A

como de lugar hay que buscar el consenso para que esto ocurra". Y yo, diccionario en mano, emprendí aquella tarea, y como lo que yo tenía que hacer era sacarla adelante, lo que hice fue llegar a un acuerdo absolutamente formal. Porque, por ejemplo, se decía "cuando se den las siguientes condiciones" y se ponían en forma exhaustiva las condiciones que me planteaba el tipo del PC, y luego el tipo del PS me decía: "Coma, y cuando los campesinos mayoritariamente lo soliciten", y yo ponía 'coma, cuando…'. Yo sabía que, en definitiva, en sus cabezas había dos modelos, y creo que ese tipo de problemas perjudicaron el proceso de una manera muy seria.

Quisiera terminar con que, al margen de toda esta discusión –que los asentamientos, que los CERA, que los Cepro, que los fundos intervenidos, que los comités– había problemas básicos que los cruzaban a todos. Estos problemas básicos eran que se expropiaba un predio y, por razones que serían muy largas de explicar, todos ganaban exactamente lo mismo, independiente del esfuerzo que pusieran en el proceso productivo; y, en segundo lugar, todos eran responsables de todo, y, como todos sabemos, cuando todos son responsables de todo, nadie es responsable de nada. Entonces, gente que sabe aquí de campo, si yo cuento, por ejemplo, que hacían turnos para atender las vacas, era la mejor manera de tener la peor producción, porque ¿por qué solamente se iban a sacrificar unos pocos levantándose temprano?

En la medida que estos fenómenos no se atacaran, era imposible que el asunto tuviera corrección. Y de nuevo, a fines del año 1972, iniciamos un proceso, que fue de menos a más, donde hacíamos un trabajo en cada predio y veíamos cómo habían ciertas etapas que se iban sucediendo en los predios reformados y como al final todo desembocaba en una crisis. La gente, en definitiva, tendía a trabajar donde ellos sentían que tenían responsabilidad y donde tenían una contraprestación. Se definió, como política de gobierno, un 'sistema de gestión predial', que consistía en asignar todos los recursos productivos del predio a grupos de campesinos, y, en segundo lugar, a establecer sistemas de incentivos entre los logros y la remuneración que tuvieran.

Yo creo que llegamos tarde, pero lo que me parece importante dejar establecido, es que el mismo proceso generó mecanismos de autocorrección. Pienso que lo que pasó fue que no hubo tiempo de hacer una recuperación de ese proceso. Ahora, para realizar ese proceso, había una voluntad y un apoyo de la base campesina, tremendamente importante, donde problemas tanto de producción como de convivencia, dentro de las unidades reformadas, se solucionaban de una manera muy de fondo. Hasta aquí lo dejamos.

Notas del debate

Nosotros trabajábamos con un diagnóstico que era nacional e internacional. Los informes CIDA, del Comité Interamericano de Desarrollo Agrario, fueron los estudios más completos que se tenga memoria sobre la estructura agraria en un gran número de países de América Latina, y fueron los que justificaron la Reforma Agraria. Estos estudios fueron financiados por la Cepal, por el BID, por la FAO, en fin, por todos los organismos más prestigiosos y son, realmente, unos estudios tremendamente completos. El diagnóstico ahí era claro. Explicaban por qué habíamos llegado al latifundio y por qué habíamos llegado al minifundio y por qué lo que había que hacer era terminar con el latifundio.

* * *

El tema mapuche era torpemente tratado, eran parte de los pequeños agricultores. Incluso yo creo que el Indap tenía una dirección de asuntos indígenas, pero como una cuestión bien marginal.

* * *

Desde los modelos, nosotros sabíamos que en el mundo socialista había problemas en la agricultura en todas partes. Ahora yo en aquella época no sabía, por ejemplo, lo que había pasado con el proceso de colectivización en la Unión Soviética. Sabíamos que había habido problemas, pero los detalles, esos los supimos bastante después. Entonces, los referentes que nosotros buscábamos tenían que ver con hasta dónde podíamos hacer avanzar un proceso, que tenía que estar en la dirección de un sistema socialista, pero que respetara la voluntad de quienes participaban en él. Y ahí estábamos entrampados y nos hacíamos trampa en todos lados, dándole vueltecita a los decretos, para hacer que los asuntos funcionaran y mantener, a grandes líneas, los objetivos que se planteaban.

* * *

El tema del fin del latifundio no es menor, fue una estructura que se terminó. Ahora bien, en forma muy mecánica nosotros suponíamos que si terminábamos esa estructura, terminábamos con la clase que estaba detrás. Pero resulta que esa clase se nos mimetizó, surgió de ahí un nuevo empresariado agrícola, con una fuerza y con una capacidad de movilización política que tuvo condiciones de encabezar el proceso del golpe, de una manera muy fuerte. El golpe del año 1973, primero se dio en el sur, donde estaban las provincias más agrarias. El poder, efectivamente, lo tenían estos nuevos empresarios, aunque nosotros suponíamos que en la medida que se les quitaba parte de su base material eso se acababa. Creo que el fin del latifundio es un tema relevante, así como lo es también el tema de la relación entre movimientos sociales y partidos políticos, un tema que no debemos cansarnos de analizarlo y reanalizarlo, porque creo que tiene todavía una tremenda vigencia.

1 Gonzalo Arroyo S.J. (1926-2012), sacerdote jesuita, agrónomo, Licenciado en Filosofía, en Teología y Doctor en Economía, se involucró profesional y académicamente en el proceso de Reforma Agraria, participando de modo activo en su implementación, durante los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y de Salvador Allende. En esa época participó también del movimiento de Cristianos

por el Socialismo.

2 Ver presentación de Jorge Echenique, pp. 163-174.

3 En alusión a dos hitos en la historia de las movilizaciones campesinas en Chile. El primero, referido a un intento de levantamiento campesino ocurrido en la zona precordillerana de Ranquil, en el sur de Chile, y que fue duramente reprimido, terminando en matanza. El segundo, referido a una de las primeras huelgas campesinas, en la zona de Molina, alentada por una incipiente organización sindical, de inspiración socialcristiana. En las épocas señaladas.

MESA DE CIERRE

CHILE 1971



Alfredo Joignant

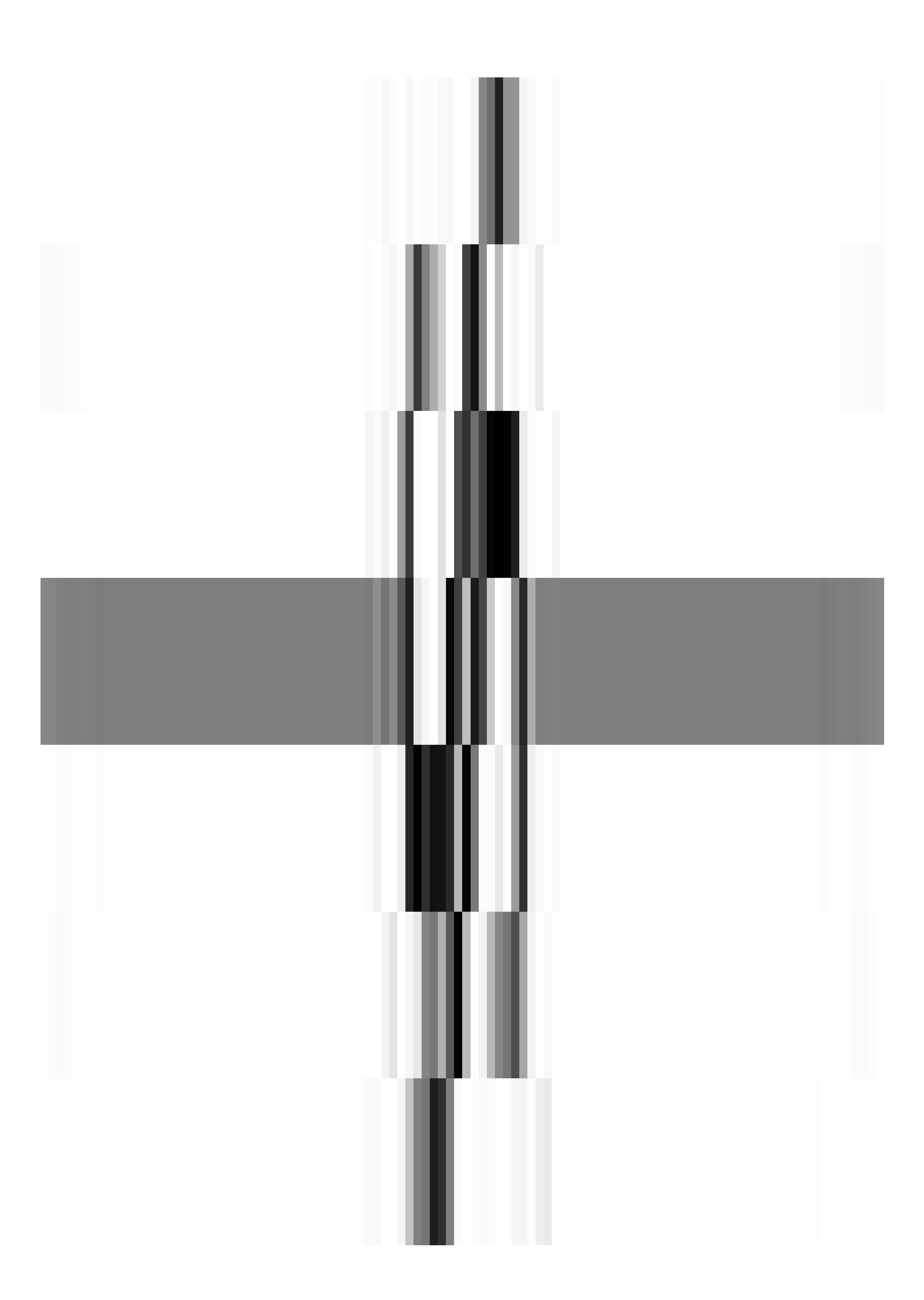
Eduardo Contreras

Esteban Tomic

Pedro Felipe Ramírez

Andrés Pascal Allende

PRESENTACIÓN DE ALFREDO JOIGNANT



Junto con agradecer la invitación, quiero retomar inmediatamente una apreciación que hizo Pedro Milos, en el sentido que es bien difícil separar los años 1971, 1972 y 1973 de la experiencia de la Unidad Popular. Yo he hecho el esfuerzo, pero no puedo dejar de destinar, a lo menos, un par minutos para lo que significó el tiempo que va desde el 4 de septiembre de 1970 hasta el ascenso al Gobierno del Presidente Allende.

Respecto del mismo 4 de septiembre de 1970, en general se olvidan pequeños detalles, pero que en realidad fueron grandes detalles. Primero, el 4 de septiembre, a las nueve y media de la noche, el General Camilo Valenzuela, que era Jefe de la Plaza, sacó los tanques a la calle. Es un detalle, pero yo creo que fue un 'detallazo'. Punto dos: nos dieron las doce y media de la noche, sin poder conocer el resultado oficial de la elección. Sabíamos que habíamos ganado, porque habíamos logrado montar un aparataje en San Martín 138, que es donde funcionó la sede central de la campaña de Salvador Allende; teníamos la seguridad absoluta que habíamos ganado, pero no se nos reconocía o no se decía oficialmente que habíamos ganado. Pequeño detalle, pero que, nuevamente, fue un 'detallazo' dentro del contexto de lo que viene después.

Días después, pocos días después, se produce el asesinato del General (René) Schneider[1], antes que Allende fuese ratificado por el Congreso Pleno. Se produce la ratificación del Congreso Pleno, se mantiene al General Carlos Prats, que era el segundo en el orden y había asumido la Comandancia en Jefe del Ejército, cosa que Salvador Allende confirmó. Después viene el asunto del estatuto de garantías, que se compromete con la Democracia Cristiana. Efectivamente –y aquí empiezo a entrar en el año 1971– en enero y febrero del 71 el Congreso reforma la Constitución e introduce las garantías constitucionales acordadas con la Democracia Cristiana[2].

En el transcurso ya del año 1971, en abril, elecciones municipales. La Unidad Popular se transforma en el primer conglomerado nacional y alcanza

prácticamente el 50 por ciento. La verdad es que faltó el 0,2 por ciento, 0,25 por ciento para llegar al 50 por ciento. En junio –he estado tratando de destacar lo más relevante, para después darles a conocer mi visión global del año 71– se produce el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic. Este es un hecho político de la mayor trascendencia, no solamente porque es un magnicidio, no solamente porque es la vida de un personaje importante de la política chilena, sino porque también, a través de este asesinato, se inicia lo que yo, a esta altura del partido, me atrevo a afirmar que es el principio del fin.

El asesinato de Edmundo Pérez Zujovic es un hecho sustancial, y quiero agregar una cosa: nunca fue bien clarificado. Porque en el asunto de la Vanguardia Organizada del Pueblo, la VOP, de los hermanos Rivera Calderón, que cayeron allí en la calle Vivaceta, donde participó también gente del Ejército en la represión, hay una situación que nunca quedó clara. Yo conocí a los Rivera Calderón. Alguien me contó en días pasados –un periodista– que se estaba volviendo a investigar la participación de dos panameños en relación con este asesinato. Yo no soy de las personas –quiero hacer la aclaración– que caen en el delirio antiimperialista, pero yo no tengo ninguna duda que algo tuvieron que ver los americanos en este asunto del asesinato de Edmundo Pérez.

En julio –aquí me puede rectificar Pedro Felipe Ramírez[3]– se produce el hecho importante del surgimiento de la Izquierda Cristiana. Fue en el mes de julio, si no me equivoco, de 1971. Y en ese mismo mes de julio de 1971 se produce otro hecho político de gran trascendencia: la Nacionalización del Cobre, que fue aprobada por unanimidad en el Parlamento Nacional. En octubre, el Presidente Allende presenta el proyecto de las áreas de la economía y, paralelo a esto, sucede un hecho literario importante: se le otorga el Premio Nobel de Literatura a Pablo Neruda[4]. En noviembre está la visita de Fidel Castro, de la que se ha hablado mucho, por la extensión de la visita y porque habría acentuado ciertas contradicciones; yo no me voy a manifestar, pero no creo que sea lo fundamental en el proceso que se desencadena. En diciembre se producen dos hechos políticos, a mi modo de ver muy importantes y poco destacados en lo que uno constantemente está leyendo sobre el período. Uno, la oposición organiza la marcha de las cacerolas o las ollas vacías, la que se realizó sin pedir autorización y, efectivamente, hubo incidentes en las calles de Santiago. Es a raíz de estos

incidentes, que se presenta la acusación constitucional, en diciembre de 1971, en contra del Ministro José Tohá. Yo, que era jefe de gabinete del Ministro Tohá –por eso es que me acuerdo muy bien– esto lo viví muy de cerca. En los primeros días de 1972, José Tohá es destituido en virtud de esta acusación constitucional presentada en diciembre del 71.

Finalmente, quiero destacar otro hecho: a mediados de 1971, me parece que alrededor del mes de agosto o septiembre, el Eximbank de los Estados Unidos, le comunica a Orlando Letelier, que era Embajador de Chile en los Estados Unidos, que no se autorizaría un crédito de 21 millones de dólares, que había solicitado la Línea Aérea Nacional, pero con apoyo del Estado, para la compra de tres Boeing para esta línea. Esto, en función de que no habría préstamos mientras no se indemnizara con justicia –estoy hablando desde el punto de vista norteamericano– por la Nacionalización del Cobre. ¿Por qué destaco este último hecho? Porque es en ese momento –yo recuerdo haber conversado este problema con Orlando Letelier posteriormente en Chile– cuando comienza a endurecerse, y cada vez más, la posición del imperio frente al gobierno popular de Salvador Allende.

Esta es mi interpretación muy personal: yo creo que el Gobierno de Salvador Allende era la crónica de un golpe anunciado. Uno, el imperio en contra. Dos, el dueño de El Mercurio, (Agustín) Edwards, se asila inmediatamente luego del 4 de septiembre en los Estados Unidos y comienza a complotar de inmediato en contra del Gobierno que todavía no asume. Tres, es indiscutible que en el asesinato del Comandante en Jefe, René Schneider Chereau, efectivamente participaron los grupos más duros de lo que podríamos llamar una derecha ‘fascistizante’, encabezados, como todos ustedes lo saben, por el General Roberto Viaux. Dicho sea de paso –valga como comentario– a mí me tocó el 73 expulsar a Viaux y ponerlo arriba del avión para que se fuera a cumplir la pena de extrañamiento a la ‘gran democracia’ del General (Alfredo) Stroessner en Paraguay[5]. Este es el cuadro, este es el escenario en el cual se desarrolla la experiencia de la Unidad Popular.

Aprovechando la presencia de Andrés Pascal[6] –no voy a pegar ningún palo, sino que son constataciones de hechos nada más–, quiero comentar que yo tuve una relación muy cercana –a lo mejor Andrés no lo sabe– con Miguel Henríquez, con Edgardo Henríquez y con Bautista Van Schouwen[7]. Fui –lo digo en un sentido muy positivo, porque estas cosas se pueden contar cuarenta años después– emisario del Presidente Allende muchas veces para discutir asuntos con Miguel, Edgardo y Bautista Van Schouwen, fundamentalmente con Edgardo y Miguel. El año 1971, el Frente de Campesinos Revolucionarios se toma un fundo, por ahí por el mes de junio de ese año, cuyo dueño era el Coronel Carlos Forestier, que era el director de la Escuela de Infantería de San Bernardo. El Presidente Allende –creo que en un medio universitario, intelectualmente elevado, se pueden conversar estas cosas– me pide textualmente: “Reúnete con los chiquillos y diles que esto hay que pararlo”.

Yo me reuní con ellos –fueron a mi casa, yo tenía una relación muy buena con ellos, por lo demás eran de gran talento– con la información, que me había entregado el Departamento de Información de Investigaciones –cuyo director en ese momento era Eduardo Paredes Barrientos, el ‘Coco’, como le decíamos–, de que el Frente Campesinos Revolucionarios se iba a tomar también el fundo del Presidente de la Corte Suprema de la época. Me recuerdo haberle planteado a Miguel Henríquez: ‘Mira Miguel, traigo un mensaje del Presidente, esto no puede seguir’. Para resumirles el cuento, yo les lanzo el asunto: “Mira, yo sé que ustedes se van a tomar el fundo del Presidente de la Corte Suprema”, y la reacción de Miguel, que es genial a mi modo de ver, fue decirme: “¡Qué buena idea!”.

¿Por qué comento este episodio? No es en un sentido despectivo, porque yo siento un gran cariño por la memoria de estos dirigentes políticos, como Miguel y Edgardo; lo cuento porque era el clima que ya se estaba creando. Había un proceso de radicalización entre los campesinos; se había recién expropiado la industria Yarur; se estaba conformando el área social de la economía; pero en medio de esto nos surgían problemas como este de la toma del fundo de Forestier. El problema se solucionó de la siguiente manera: llegamos al acuerdo que los campesinos se pasaban al fundo de al lado y expropiamos el fundo de al lado. Tengo un testigo presencial que es Jaques Chonchol, que era Ministro de

Agricultura de la época, y hubo que reunir rápidamente al consejo de la CORA[8] para poder expropiar el fundo de al lado y solucionar el problema.

Cuento este detalle para que tengamos conciencia –cuando se trata de entender esto que pasó– de que había un proceso de radicalización, que mi partido, el partido de toda mi vida, que es el Partido Socialista, también lo sufría internamente.

En resumen, yo quisiera terminar mi intervención diciendo lo siguiente: el proyecto del Presidente Allende y de la Unidad Popular, era –sin duda alguna– un proyecto revolucionario; era un proyecto que pretendía cambiar profundamente las estructuras del país; conformar un Área de Propiedad Social potente; profundizar –y se profundizó de hecho– en forma muy acentuada la Reforma Agraria, que era la misma ley que había aplicado el Presidente Eduardo Frei Montalva, pero que ahora sufre una intensificación, una radicalización.

Permítanme agregar un pequeño paréntesis. Famoso es el caso –aunque hasta el día de hoy se refieren a mí como el siniestro personaje que tanto daño le hizo al país– de la toma del fundo Chaihuín en Melipilla, en que 'este siniestro personaje', que en ese momento era Intendente –porque esto era el año 1972–, en conjunto esa vez con José Antonio Viera Gallo, tuvo que meter preso a todos los campesinos del fundo para poder desalojarlo y poder devolvérselo a los dueños. Porque tuvimos que hacer gestos así, había que hacerlo, porque era muy dura la cosa.

Desde el punto de vista histórico, qué duda cabe que Salvador Allende es un personaje mundial. Tampoco hay duda de que la experiencia de la Unidad Popular es una experiencia que hasta el día de hoy se discute y se analiza en el mundo entero. Como también es indiscutible que aquí en Chile todavía hay cosas que no se han clarificado, en el sentido histórico. Es por esta razón que cuando Pedro Milos me invitó, yo acepté gustoso venir, a sabiendas de que parcelar al año 71-72-73, es tremendamente difícil. Por eso es que me he

permitido subrayar estos acontecimientos fundamentales de ese año 1971.

Notas del debate

No he dicho, en ningún momento, que la derrota de la Unidad Popular en el 73 era inevitable. Lo que he dicho es que el golpe de Estado era una cosa avanzada, eso lo supimos desde la partida. A modo de ejemplo, yo fui muy cercano al General Carlos Prats, muy cercano a él y tuve una relación bastante estrecha con él, y era evidente que el General Carlos Prats en la mitad del Gobierno de la Unidad Popular ya era minoría en el cuerpo de generales. Entonces, desde ese punto de vista, era la crónica de un golpe anunciado, el golpe venía. Por lo demás, esto yo lo conversé incluso con Miguel Henríquez y en eso coincidíamos los dos. ¿En qué no coincidíamos? En la forma en cómo enfrentar este asunto. Porque es evidente que el Gobierno de la Unidad Popular, mirado retrospectivamente, tenía que transformarse en mayoría, no solamente electoral, sino también mayoría social. Y allí se me viene a la mente lo que, posteriormente, cuando llegué a Europa –después de los años que estuve prisionero en distintos campos de concentración y me expulsan–, conocí respecto del asunto del compromiso histórico, que ya Enrico Berlinguer había planteado –si la memoria no me falla– el año 1974, precisamente basado en la experiencia chilena[9]. Incluso Enrico Berlinguer fue más lejos y dijo que no basta el 50 por ciento, porque no es un problema cuantitativo en último término. Un proceso que pretende provocar un cambio revolucionario es una cosa un poquitito más profunda.

* * *

Estoy viendo frente a La Moneda, yo estaba con el Presidente Allende en su gabinete, que daba a la plaza de la Constitución, y vi una mocha horrible en la calle entre jóvenes comunistas y jóvenes del MIR. Estoy viendo los jóvenes del MIR que gritaban “el reformismo es traición al socialismo”. Estoy viendo a los

jóvenes comunistas que gritaban “elevar la producción es también revolución”. El campo revolucionado que era la izquierda, estaba absolutamente fraccionado ya. La situación dentro del Partido Socialista, la verdad es que también estaba planteada, en forma categórica, como una división no orgánica, sino una división de apreciaciones.

* * *

El tema con la Democracia Cristiana, yo lo conversé con Radomiro Tomic en Ginebra. Cuando recién me expulsan de Chile tuve que ir a declarar a la Comisión de Derechos Humanos en la Naciones Unidas y con Tomic, que era un gran conversador, un gran charlador, conversamos toda la noche. Habíamos varias personas –estaba Alfonso Inostroza, recuerdo, que había sido Presidente del Banco Central– conversamos toda la noche y Radomiro seguía repitiendo lo mismo que había planteado en la campaña presidencial. Yo ahora escuché con mucha atención a Pedro Felipe porque yo no conocía los detalles del problema interno democratacristiano que tan bien lo explicó ahora[10].

* * *

El asunto consiste en que lo que hay que evitar, primero que nada, es el sectarismo. Esto lo digo en un sentido también autocrítico; yo fui tremendamente sectario durante el Gobierno de la Unidad Popular, estoy convencido. Pese a que yo me identificaba mucho con el pensamiento de Salvador Allende. Yo en la pelea interna del Partido Socialista, estuve siempre, en los últimos 15 años de militancia, antes del golpe, muy cercano al Presidente Allende, a lo que él representaba dentro del Partido Socialista. Pero, hay una cosa que es clave: todo gobierno que pretenda hacer cambios estructurales profundos, tiene que ser mayoritario, ni hablar si quiere hacer la revolución, tiene que ser inmensamente mayoritario.

1 El atentado al General Schneider, del cual sale herido, a cargo de un comando de extrema derecha y destinado a secuestrarlo con el fin de alterar el proceso político en curso, ocurrió el 22 de octubre de 1970, su muerte se produce el 25 de octubre.

2 Como condición para ratificar la elección de Salvador Allende en el Congreso, en tanto primera mayoría relativa en la elección de septiembre, la Democracia Cristiana pidió la firma de un Estatuto de Garantías Constitucionales, el que fue promulgado el 9 de enero de 1971.

3 Otro de los panelista de esta mesa, en el seminario.

4 El 21 de octubre de 1971.

5 Alfredo Stroessner (1912-2006), militar que gobernó Paraguay entre 1954 y 1989, de modo dictatorial. Tras 35 años en el poder se exilió en Brasil.

6 Otro de los panelista de esta mesa, en el seminario.

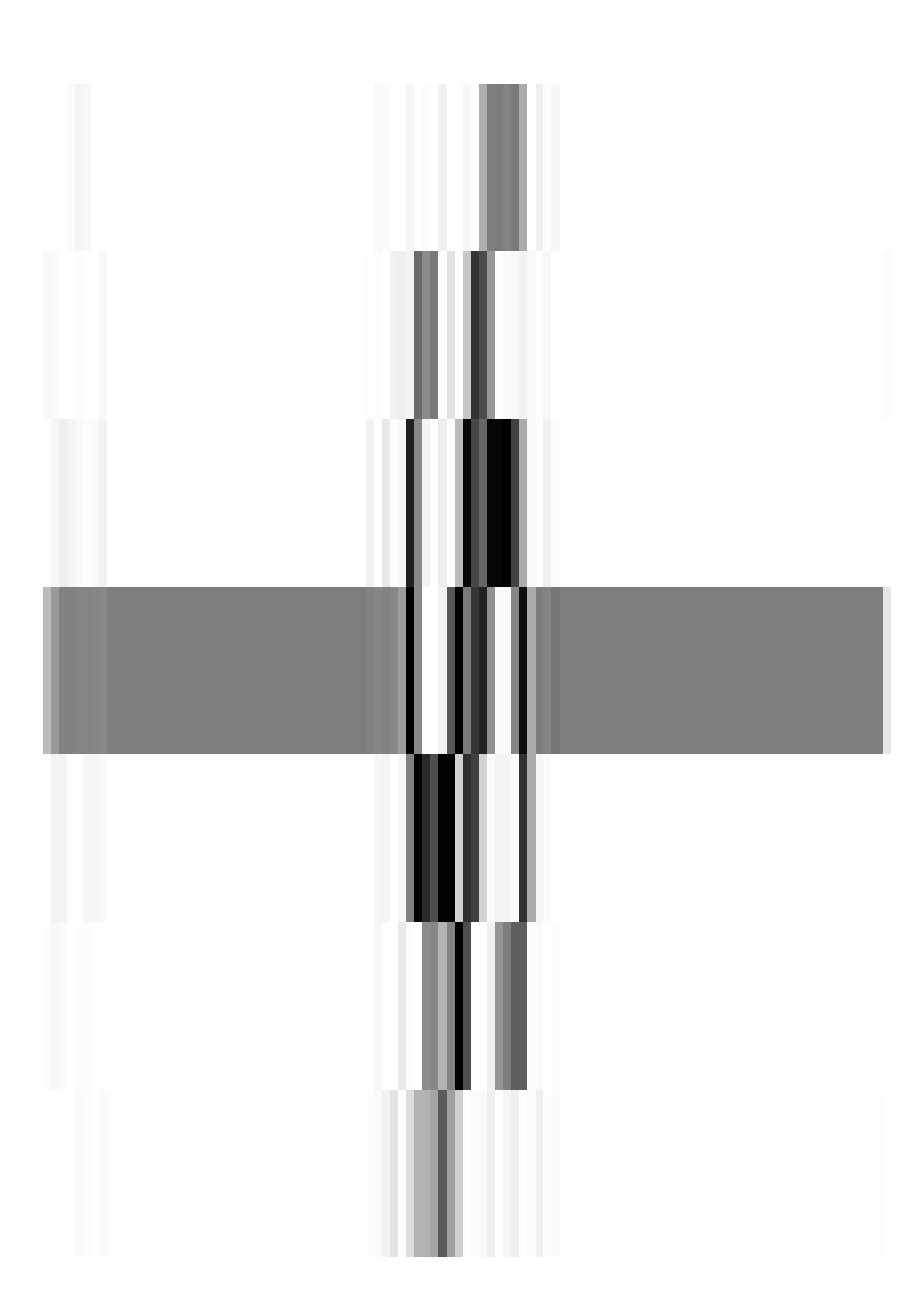
7 Tres de los principales dirigentes del MIR durante el período de la Unidad Popular.

8 Corporación de la Reforma Agraria.

9 Enrico Berlinguer fue Secretario General del PCI entre 1972 y 1984. En 1973, publicó una serie de artículos a través de los cuales expuso su propuesta de ‘compromiso histórico’, a través del cual –basado en la experiencia chilena- proponía una alianza entre el PCI y la Democracia Cristiana italiana. Uno de los artículos se tituló “Tras los hechos de Chile”.

10 Ver presentación de Pedro Felipe Ramírez, pp. 216-221.

PRESENTACIÓN EDUARDO CONTRERAS



Trataré de ceñirme al tiempo y también a las orientaciones recibidas de los organizadores del evento, en cuánto a decir algo respecto de quiénes somos y quiénes éramos en ese tiempo y, sobre todo, hacer una abstracción para referirnos –como ya lo ha hecho Alfredo Joignant[1]– a las conclusiones de carácter político, más que a los hechos, que ya han sido analizados en otras mesas.

Primero, el año 1971 yo era, aunque ustedes no lo crean, un joven Alcalde de Chillán, de treinta años; no era diputado como se ha dicho. Fui elegido Diputado, por el Partido Comunista, en las elecciones de marzo de 1973, por lo tanto desde ya solicito que se me invite cuando se recuerde el 73, porque era uno de los diputados más jóvenes del Congreso. En la época del 71, entonces, era Alcalde de Chillán y trabajábamos en esa época en la terminación del mural de Julio Escámez[2], que fue destruido luego por la dictadura. Después del golpe, permanecí en Chile hasta mediados de 1974, pero, luego, como era Diputado, tuve que salir exiliado a Panamá donde escribí un libro bastante malo. Posteriormente llegué a Cuba donde tuve el honor de participar en la redacción de la actual Constitución Política cubana. Finalmente, terminé mi exilio de diez años en México, donde hay excelentes compañeros y compañeras, algunos de los cuales están en esta sala.

Respecto de la convocatoria de este evento, me parece que hay que romper un mito –muy de moda en estos días y sesgado– de un anticomunismo bastante añejo, especialmente en la prensa tradicional, sosteniendo que nosotros somos enemigos de los movimientos sociales. Que los comunistas tratamos de influir en el movimiento social y que hay una dicotomía; que el movimiento social debe ser independiente y que nosotros despreciamos el movimiento de masas. Para no hacer discursos, cito brevemente un documento que me parece muy pertinente a este debate y a la convocatoria de este encuentro. Se trata de un llamado que hace el Partido Comunista, a comienzos de 1968, cuando no había Unidad Popular y tratábamos de formarla.

Se dijo entonces: “Chile necesita un gobierno popular, antiimperialista, antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por todos los partidos y corrientes que coinciden en un programa de transformaciones; en él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los estudiantes, los pequeños y medianos empresarios, no solo a través de sus partidos, sino también mediante los representantes de sus organizaciones de masas, en las instituciones y escalones correspondientes en la administración del Estado”. O sea, aspirábamos a la participación de las organizaciones de masas en la administración del Estado. Nos pronunciamos, por entonces, por “un gobierno popular pluripartidista –ustedes verán que la diferencia con la teoría de la dictadura del proletariado y el unipartidismo es crucial–, amplio, fuerte, revolucionario, realizador; un gobierno que reúne en su seno la mayoría nacional”, etcétera.

Se sostuvo durante mucho tiempo que estos planteamientos de los comunistas chilenos diferían absolutamente del movimiento comunista internacional, y que diferían además de los clásicos del marxismo. Trabajando en el librito ese –repito, no es una maravilla como para recomendárselos– escrito en Panamá, a pocos meses del golpe, descubríamos que en el prólogo de La Lucha de Clases en Francia, de Carlos Marx[3], Federico Engels, conocido de ustedes, escribió:

“Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso –sigue Engels– de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales”.

Y agregó: “La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los ‘revolucionarios’, los ‘elementos subversivos’, prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión”. Por cierto, habla de las condiciones de su época, en Francia. “Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: ‘La légalité nous tue’, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si nosotros no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos”. Exactamente lo que ocurrió en Chile.

Con esto no estoy diciendo, ni mucho menos, que todos fueran aciertos, por cierto que no. Porque al momento en que se rompe la legalidad, entre otras cosas –como seguramente lo debatiremos esta tarde– no estábamos preparados para asumir ese momento de la historia. Lo que he querido decir, simplemente, es que la posibilidad de que el pueblo llegue a un gobierno popular revolucionario que establezca cambios de fondo, a través de una vía que no sea, necesariamente, la vía armada, está establecido en los clásicos del marxismo; no era un aporte de los comunistas chilenos, ni era una novedad, como se sostuvo durante largo tiempo.

Por lo tanto, lo que quiero revindicar, en esencia, es el papel de las masas. Sobre todo hoy día, que asistimos a este remonte de las movilizaciones en Chile. A la movilización de las masas por objetivos políticos y reivindicativos; a la movilización de los sindicatos; de las centrales obreras; de los estudiantes[4]. Acuérdense ustedes –los mayores y sépanlo los más jóvenes– que Allende consultaba decisiones de fondo con la FECH; se reunía con los dirigentes de la Federación de Estudiantes de Chile para tomar decisiones de importancia para el país y se reunía con la CUT y los sindicatos. Es decir, las organizaciones de masas de este país sí contaban.

Se buscaba, a través de la participación de las masas, no solo en sus partidos, no

solo en los sindicatos, a través de otras organizaciones, como las vecinales, las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP), los Cordones Industriales, los Consejos Comunales Campesinos; a través de todas ellas, se buscaba la creación de un nuevo Estado, de una nueva forma de organizar el país. Sin colocar el acento –porque no existía ninguna condición real para ello– en que fuera necesaria, previamente, una nueva Constitución. Porque no se resuelven los problemas de fondo en una sociedad llamando a una Asamblea Constituyente, solamente. Hay que hacer el camino. El camino no son las leyes; es la vida, primero, la que determinará el orden jurídico y no al revés. Puede haber una Constitución aparentemente muy democrática – Chile ha tenido una Constitución democrática, la de 1925[5]– y, sin embargo, ocurrir cosas como las que acá ocurrieron. Lo digo a propósito de no colocar primero la carreta antes que los bueyes.

(Alfredo) Joignant se refirió a cosas cruciales del año 1971. Sí, fue un año muy importante, pero creo que no es el momento de hablar de ello –para no repetir lo que él dijo– sino solo recordar ocho acontecimientos, que me parecen marcan el año: la Nacionalización del Cobre; la profundización de la Reforma Agraria; la creación del Área de Propiedad Social; la estatización de la banca; la redistribución del ingreso nacional, que subió del 53 por ciento al 60 por ciento, sí, la participación de los asalariados en el ingreso nacional pasó del 53 por ciento al 60 por ciento el año 71; las cuarenta medidas en pleno desarrollo; la visita de Fidel (Castro); y el asesinato de (Edmundo) Pérez Zujovic.

Todo esto, en medio de dificultades enormes, que también se han aludido. Desde luego las comunicaciones, los medios controlados siempre por el enemigo: El Mercurio, Copesa, Sopesur, Zig-Zag[6], la radio Minería, la radio Portales. Ellos, con el apoyo norteamericano y de la CIA, constituían un poder enorme, que la izquierda combatía con sus escasos medios. Los únicos periódicos de izquierda de la época eran: Última Hora, un vespertino controlado por un sector del Partido Socialista; El Siglo que es órgano oficial del Partido Comunista; y luego surgió también, por esos años, la revista Punto Final, identificada con el pensamiento del MIR[7]. Recomiendo sobre este punto, que es muy importante, un trabajo de Armand Mattelart. El Centro de Estudios de la Realidad Nacional, Ceren, de la Universidad Católica, publicaba una revista que se llamaba

Cuadernos de la Realidad Nacional. Pues bien, en el cuaderno de marzo de 1970, hay un trabajo extraordinariamente lúcido de Armand Mattelart y otros colaboradores, acerca de la influencia de los medios de comunicación de masas en la política nacional[8].

Ha habido una referencia, en la presentación anterior[9], al papel jugado –en estos años– por la ultraizquierda. Yo creo que, efectivamente, la ultraizquierda jugó un papel negativo durante la conformación de la Unidad Popular; no llamó a votar por Allende, para que estemos todos claros, llamó a abstenerse; no apoyó electoralmente el triunfo de la Unidad Popular. Pero, con la perspectiva que dan los años –y no porque yo sea amigo de Andrés Pascal, sino porque ha corrido mucha agua bajo los puentes– hemos tenido tiempo se hacer nuestra autocrítica y la crítica a las otras fuerzas. Creo que es justo reconocer algunas cosas que, tal vez, no veíamos en esos años.

Creo que esta ultraizquierda chilena, que también aspiró a ser de masas, no era solo la idea del foco guerrillero; no eran solo cuatro dirigentes locos dirigiendo a las masas armadas. Porque surgió el FER, Frente de Estudiantes Revolucionarios, tuvieron igualmente el Frente de Campesinos Revolucionarios; es decir, estaba también la lógica de la participación de masas en política, sin lo cual no hay cambio posible. Y, en ese sentido, nosotros podemos decir que había cierta sintonía con lo que era la ultraizquierda de nuestro tiempo. Pero hay otras razones importantes de decir, de una vez por todas.

La ultraizquierda de hoy en día en Chile, los grupos ‘anarcos’, los encapuchados ¿tienen algo que ver con el MIR? Nada en mi opinión, absolutamente nada. Por dos razones: primera, la ultraizquierda de nuestro tiempo tenía ideología, se declaraban también marxistas; es cierto, teníamos diferencias respecto a los métodos de lucha, pero –aquí viene la segunda diferencia con el anarquismo– tenían ganas de poder, sentían que el problema central de la política, como lo definió Lenin, era el problema del poder. No se gana nada con querer cambiar la sociedad si no se plantea luchar por tener el poder para cambiar la sociedad. Con el MIR, desde su perspectiva, a nuestro juicio equivocada, tuvimos enormes

diferencias –que no repetiré porque todos las conocen, son parte de la historia–, sin embargo, con ellos pudimos tolerarnos y trabajar incluso juntos durante el Gobierno de la Unidad Popular. Nadie ignoraba que la guardia personal del Presidente Allende estaba integrada, fundamentalmente, por muchachos del MIR.

Durante la lucha contra la dictadura y también en el exilio, entendimos que no había ninguna razón para ser fuerzas antagónicas y pudimos trabajar con ellos en no pocas acciones. Y mirado hoy día en perspectiva, vuelvo a insistir: eran grupos de izquierda que tenían una ideología política, que tenían claro que para poder hacer la revolución había que tener el poder; las diferencias, al fin de cuentas, tenían que ver con las formas de lucha, pero no con los principios ideológicos de fondo. Eso, a mi juicio, marca una diferencia muy grande. Cuando uno va hoy día al Pedagógico y ve un lienzo que dice: "La policía, los pacos y los gobiernos –como si todos fueran iguales, sin ver el contenido de clase de los gobiernos– nos llenan el estómago con mentiras, nuestro deber es vomitarlos", ¿es eso una consigna revolucionaria? Eso ¿aspira al poder? ¿Tiene una perspectiva de cambio revolucionario? ¿No será una extraordinaria ayuda a la derecha? He ahí diferencias, a mi juicio esenciales, con lo que fue la ultraizquierda en su tiempo.

A pesar de las dificultades, a pesar del papel del imperialismo, a pesar del papel de los medios de comunicación de masas, a pesar de los errores que hayan tenido los grupos más radicales de la izquierda chilena –y aquí discrepo con Joignant–, ¿era inevitable la derrota de la Unidad Popular? ¿Era, efectivamente, la crónica de una muerte anunciada? No me atrevo a sostener lo contrario, pero me atrevo a sostener que es un asunto muy discutible.

El martes 11 de septiembre, a las diez de la mañana, estábamos citados los parlamentarios de toda la Unidad Popular para reunirnos con el Presidente Allende, porque nos iba a explicar el contenido del plebiscito a que se llamaría a la ciudadanía en los próximos días, para definir el tema de qué empresas pasaban al Área Social de Propiedad. Como todo Chile sabe, se había conversado

bastante con otras fuerzas políticas antagónicas al Gobierno, concretamente con la Democracia Cristiana. Me he preguntado muchas veces ¿no será que el golpe se aceleró precisamente porque ese plebiscito pudo cambiar las cosas? Yo recuerdo que el 20 de agosto estaba sentado en la Cámara al lado de Bernardo Leighton[10], del que era muy amigo, y Leighton me pegó un codazo y me dijo: "Chico, el golpe viene, hay que apurarse con el plebiscito". Fue el día en que la Cámara de Diputados aprobó el voto político contra el Gobierno[11].

A lo mejor la decisión del imperialismo ya estaba tomada por la Nacionalización del Cobre; a lo mejor las Fuerzas Armadas y la derecha de todas maneras desatarían el baño de sangre, pero tengo dudas. Tal vez nuestros errores pesaron de tal manera, que sin ellos pudimos haber evitado una tragedia al pueblo chileno. El tiempo dirá si esto es así o no, pero esto nos llama a la preocupación sobre otro tema.

Si bien es cierto creemos que la gran lección de la Unidad Popular es que hay que hacer política de mayorías, que hay que estar abiertos a trabajar con toda la gente que crea en el mismo programa, sin exclusiones, que todos puedan participar en un programa, no puede nunca jamás dejarse de lado el problema de la fuerza material. Porque el poder, al fin de cuentas, no es solo política, es también fuerza material. Y, por lo tanto, si un conjunto fuerzas democráticas tiene una política hacia las Fuerzas Armadas, pero al mismo tiempo no tiene su propia política militar, está en riesgo. Permítanme decirles que soy un convencido –pese a lo que estoy diciendo– que la creación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez es uno de los grandes éxitos del Partido Comunista de Chile. Ojalá que en las condiciones de hoy, no se olvide esa lección. Cuando (Luis) Corvalán dijo, en algún momento, que había que estar tranquilos, añadiendo 'pero cuidado, por si las moscas'; ese 'por si las moscas', no se nos debe olvidar nunca. Porque, al fin de cuentas, estos veinte años no han cambiado la ideología de las Fuerzas Armadas; siguen formándose de la misma manera, con un odio contra el pueblo. Vean cómo actúan los carabineros en las calles, vean la actitud de los militares, vean el silencio frente a cosas como la de (Miguel) Krassnoff[12], vean cómo el Poder Judicial está rebajando las penas a los genocidas, vean cómo estamos volviendo atrás en materias de derechos humanos. Y, por lo tanto, creo que si a la unidad política, si al trabajo de masas, no le agregamos una

preocupación por el tema fundamental de una política concreta de la izquierda hacia las Fuerzas Amadas, para cambiar sus planes de estudio, para democratizarlas en su gestión, y además pensar en que el pueblo tiene todo el derecho del mundo a defenderse –esto no tiene nada que ver con la lucha armada, tiene que ver con el realismo político–, creo que podríamos volver a repetir una experiencia tan trágica como aquella en que terminó la Unidad Popular.

Una de las cosas lamentables de la realidad de hoy es que todavía se advierte dispersión política. Algo que sostuvo a la Unidad Popular ya no está, como fue la unidad socialista-comunista. Qué importante es que la unidad de los trabajadores se exprese no solo en el movimiento sindical, sino también en el movimiento político. Hay que terminar con la dispersión política, pero sobre la base de un programa de acción. Estamos en un momento político, en que pasa a primer plano también el papel de la economía, un tema que de algún modo se descuidó durante la Unidad Popular. Se pensó que la solución era solo política y no tenía que ver también con el plano de la economía, como ocurrió por lo menos durante el primer año del Gobierno del Presidente Allende.

Estamos en una época en que uno puede pensar que vuelven a revivir, con realismo, los sueños de ayer, que las experiencias que nos dejan épocas tan brillantes como la de la Unidad Popular no pueden dejarse en el olvido. No va a ser la misma historia, será otra historia. Tenemos que pasar de la democracia ‘en la medida de lo posible’ a una democracia popular concreta y real. La mejor experiencia de la Unidad Popular, al fin de cuentas, fue aquella que nos legó Allende cuando dijo: “Abrirán otros hombres –como las están abriendo hoy día y otras mujeres– las grandes alamedas de este país”.

Notas del debate

Uno quiere tender la mano generosa, pero parece que los amigos de la ultra

izquierda –con todo el cariño que le tengo a Andrés (Pascal Allende)[13]– no entienden. Primero, sostener que el Partido Comunista alguna vez, el año 68-70, hubiera comprendido que la burguesía nacional tenía que jugar el mismo papel que jugó en la alianza de clases de los años 38, con una burguesía industrial naciente, productiva, es no entender absolutamente nada. Recomendaría leer nuestros documentos. Sostener que la sola movilización de masas, per se, conduce a la revolución, es no recordarse el movimiento de masas de los estudiantes el 68 en Francia, cuyos dirigentes terminaron siendo parlamentarios del Parlamento burgués que condenaban. Sostener que el Partido Comunista se confundió respecto a las Fuerzas Armadas, y que no se dio cuenta que había en él sectores fascistas, es no acordarse que el 68-69, hubo un 'tacnazo', en que Roberto Viaux pretendió un atentado antidemocrático contra el Gobierno de Frei. Fíjense, que la disyuntiva era: salimos a la calle a defender este gobierno democrático o apoyamos a los milicos fascistas. El Partido Comunista no dudó un segundo en salir a la calle a defender el Gobierno de Frei porque entendía que había sectores fascistas dentro de las Fuerzas Armadas. No salió el MIR, curioso. Sostener que nosotros no creíamos en la movilización de masas o no la impulsamos con fuerza, es olvidar el millón de personas en la calle el 4 de septiembre de 1973, convocadas por la CUT, dirigida por un comunista. Yo reclamo un poquito mayor rigurosidad en las afirmaciones que se hacen.

* * *

Creo que hay que revindicar la seriedad en la política; aquí ha faltado la autocrítica por parte del MIR y eso no ayuda al debate. Creo también que hay que tener presente que en los grandes momentos se prueba la seriedad de los partidos. Yo no digo que mi Partido sea perfecto, ni mucho menos, por algo estamos donde estamos, somos una pequeña fuerza después de haber sido un gran partido. Pero pretendemos seguir siendo los mismos serios de siempre, así como luchamos ayer y hoy por la unidad más amplia, para crear una nueva mayoría de fuerza, capaz de sostener una revolución. Porque hacer la revolución no es andar asaltando quioscos de periódicos, ni tomándose sitios de un metro cuadrado. También fuimos rigurosos a la hora de los 'quiubo', porque, vuelvo a repetir, cuando hubo que empuñar las armas, el ejemplo de los comunistas, con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, no será olvidado nunca en la historia.

1 Ver presentación de Alfredo Joignant, pp. 187-195.

2 Mural Principio y fin, ubicado en la Municipalidad de Chillán. Como se ha señalado, Julio Escámez es un artista plástico chileno, dedicado específicamente a la pintura, a los murales y la ilustración. Ver nota a pie de página 155.

3 La referencia completa es: Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, de Karl Marx, Introducción de F. Engels a la edición de 1895, en: http://www.marxists.org/espanol/me/1850s/francia/francia1.htm.

4 En referencia a las movilizaciones que hubo durante todo el año 2011, encabezadas por los estudiantes, exigiendo una educación de mayor calidad y el fin al lucro en ella.

5 Constitución Política vigente hasta septiembre de 1973, cuando es suspendida. Luego es reemplazada, en dictadura, por la Constitución de 1980, que fue posteriormente reformada, en 2005.

6 Copesa, Consorcio Periodístico de Chile S.A., empresa controladora de varios medios de comunicación, hasta la actualidad, fue creada en 1950; Sopesur, Sociedad Periodística del Sur, creada en los años cuarenta, controlaba varios medios que circulaban en el sur de Chile; ambas empresas periodísticas desarrollaban líneas editoriales afines a la derecha. Zig-Zag, en cambio, una de las principales editoriales del país, había sido recientemente incorporada al Área de Propiedad Social, bajo el nombre de Editorial Quimantú.

7 La Revista Punto Final fue creada en septiembre de 1965, por los periodistas Manuel Cabieses Donoso y Mario Díaz Barrientos.

8 En referencia al trabajo publicado por Armand Mattelard junto con Michèle Mattelart y Mabel Piccini, Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal, Cuadernos de la Realidad Nacional, Santiago de Chile, 1970.

9 Ver presentación de Alfredo Joignant, pp. 187-195.

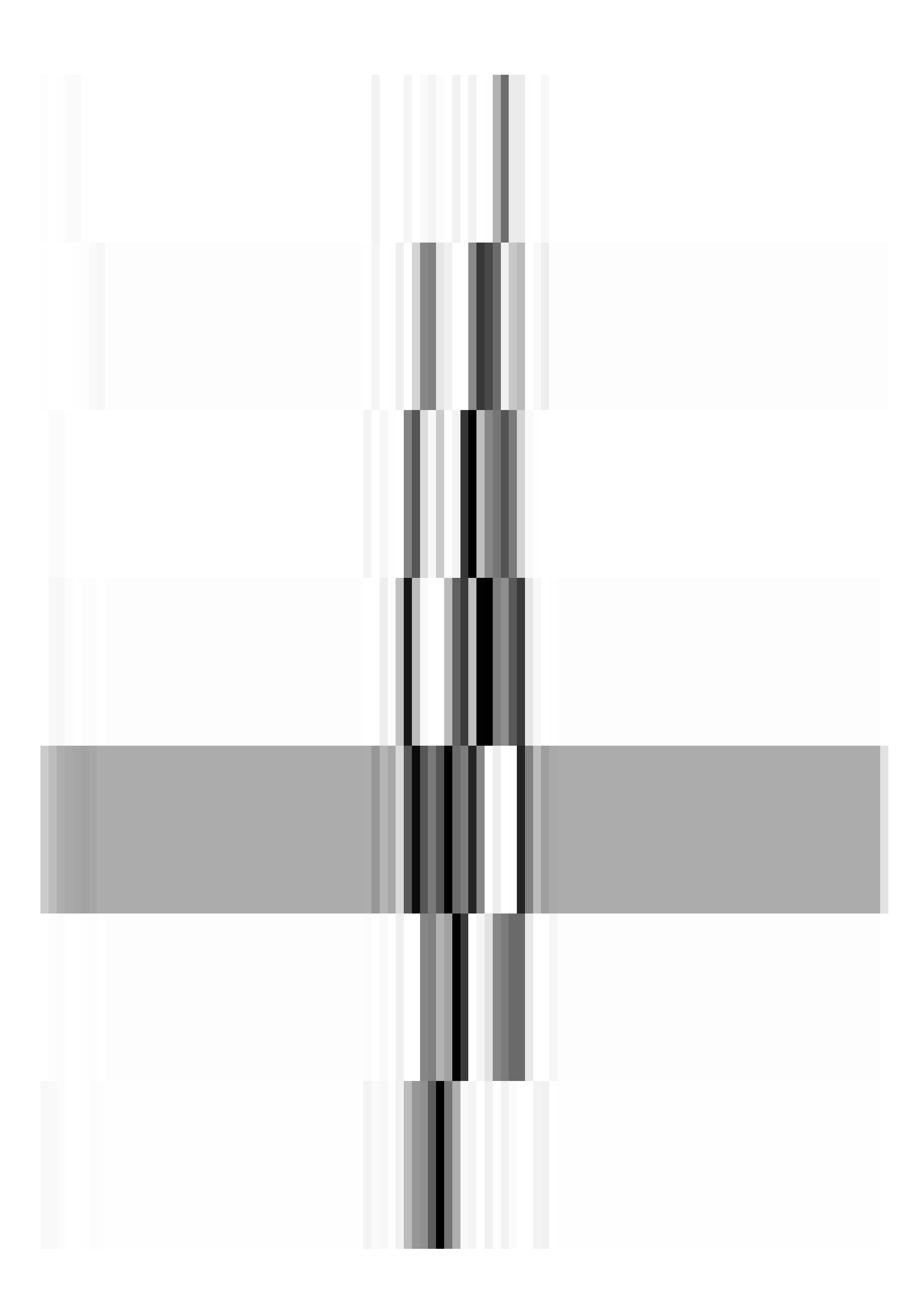
10 Dirigente y Diputado de la Democracia Cristiana, identificado con los sectores más progresistas de la DC.

11 La declaración de la Cámara de Diputados, acusando al Gobierno de la Unidad Popular de haber roto la institucionalidad fue dada a conocer el 22 de agosto de 1973.

12 Exbrigadier del Ejército, condenado y encarcelado por numerosos casos de violación a los derechos humanos. En noviembre de 2011, pocos días antes del Seminario, fue objeto de un homenaje por parte de militares en retiro, en un recinto de la comuna de Providencia, cuando el alcalde era también un exmilitar: Cristián Labbé Galilea.

13 Ver presentación de Andrés Pascal, pp. 222-233.

PRESENTACIÓN DE ESTEBAN TOMIC



Quiero decirles que yo recibí la noticia de este seminario hace solo una semana y, en consecuencia, lo primero que hice fue sumergirme –realmente– en papeles, lecturas, en el año 1971. Y hoy día, en que había terminado ya mis lecturas, mis conversaciones, mis meditaciones sobre qué viví el año 71 –porque, entre paréntesis, Eduardo Contreras y yo somos igualmente 'lolos', yo también tenía 30 años en esa época[1]– y me quedaban unas tres horas para llegar hasta acá, me senté al computador y escribí lo que voy a decir. Y no me lamento de haberlo hecho, porque realmente lo que me salió como síntesis es de esas cosas que uno no sabe bien por qué sintetiza de esa forma, y es lo que voy a leer.

Quiero decir, eso sí, dos palabras respecto a mi biografía. Porque no solo fui diplomático, yo estuve once años en el exilio, fui destituido el 19 de septiembre de 1973, para ser exactos, estando yo en Alemania; viví dos años exiliado en Italia, me tocó allí trabajar con Bernardo Leighton, fundamos juntos la Revista Chile América[2]; y, después, nueve años en Venezuela, también intensamente comprometido con la lucha por el regreso de la democracia a nuestro país.

Empiezo mi lectura.

Los organizadores de este seminario nos han pedido que, al intervenir, nos sumerjamos en el año 1971, sin mencionar, en lo posible, lo sucedido veinte meses más tarde, con el golpe militar. Cumplir con dicha petición no ha sido fácil, pues se trata de espigar en la experiencia propia un año de entre los muchos que ya hemos vivido, y en referencia con los años 70, uno de entre al menos cuatro –del 70 al 73– que están inexplicablemente vinculados. Pero, ya que me lo han solicitado, trataré de cumplir en la medida de lo posible.

Esta mañana asistí a la primera sesión de este seminario, para captar el sentido que tomaría y preparar mi propia intervención de acuerdo con ello. Para mi

regocijo, me encontré con tres notables exposiciones introductorias, a cargo de tres historiadores: Pedro Milos quién se refirió principalmente a la visión de Allende en 1971; Isabel Torres, quien analizó la Democracia Cristiana; y Rolando Álvarez, quien describió la conducta del Partido Comunista[3]. Todos ellos en relación con 1971. Parto de la base que de lo que de mí se espera, no es un capítulo segundo relativo a la Democracia Cristiana, sino mi visión personal, inevitablemente subjetiva, pero apoyada en elementos verificables de lo que fue ese año.

Una breve nota autobiográfica antes de entrar de lleno en materia. Todo el año 71 lo viví fuera de Chile. Fui enviado por el Gobierno de la Unidad Popular y a iniciativa expresa del Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, a la embajada de Chile en Bonn, en ese entonces capital de la Alemania Federal, con una misión muy específica, en mi calidad de diplomático de carrera y de militante democratacristiano: contribuir a que Alemania Federal no rompiese relaciones diplomáticas con Chile, cuando nuestro país estableciese relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. Hasta ese entonces Alemania Federal, en aplicación de la llamada doctrina Hallstein, rompía automáticamente relaciones diplomáticas con cualquier país que las estableciera con la Alemania comunista[4].

Desde enero de 1971 fui parte de un equipo diplomático dirigido por el Embajador don Federico Klein, fundador del Partido Socialista, y compuesto, entre otros, por el tercer secretario Mariano Fernández, de la Democracia Cristiana; el consejero Tobías Barros, de derecha; y el agregado cultural Gustavo Becerra, del Partido Comunista. Yo era el segundo a bordo como Ministro Consejero. Viví 1971 en un ambiente de trabajo estimulante y armonioso. Teníamos al frente tareas muy difíciles; la que mencioné anteriormente, más la renegociación de la deuda, y a medida que entrábamos en el año, los reclamos de los inversionistas alemanes por las múltiples dificultades que se les presentaban en Chile: intervenciones, tomas, etcétera. Además, amén del intento de embargo del cobre chileno, que llegaba a Hamburgo, por parte de la Kennecott Copper Corporation, después de la nacionalización de la mina El Teniente.

Si lo que yo viví en el microclima de la embajada de Chile en Bonn hubiese tenido un correlato en el país, estoy seguro que otro gallo nos habría cantado. Desgraciadamente no fue así.

¿Qué pasaba mientras tanto en Chile? Los invito a recorrer el diario La Nación durante los primeros diez días de enero de 1971.

Primero de enero, titular principal: “Se nacionalizan las minas de Lota y Schwager”. Segundo titular: “CORA expropió el latifundio más grande del mundo. 730.000 hectáreas en Magallanes”. Titular más pequeño: “Se mantiene el precio del pan”. Título de la editorial: “Los bancos al servicio del pueblo. El Presidente anuncia el envió al Congreso de un proyecto de ley destinado a estatizar la banca privada para así colocar el crédito al servicio indiscriminado de cuantos necesiten recursos para desarrollar actividades de carácter productivo. Los enemigos del pueblo –sigue la cita– mantienen aún fuertes posiciones desde las que pretenden bloquear todo progreso”.

Día dos de enero: “1971, año del nuevo Chile.”

Día cuatro de enero: “La Asamblea Nacional de la Unidad Popular denuncia el falso e hipócrita dilema de la Democracia Cristiana”, a propósito del anunciado envío al Congreso del proyecto de la estatización de la banca. Fuertes ataques en el diario de gobierno contra los senadores (Narciso) Irureta y (Benjamín) Prado, ambos pertenecientes al sector progresista de la Democracia Cristiana. El primero, Presidente en ejercicio del Partido, el segundo expresidente y figura decisiva cuando se produjo el apoyo unánime de los parlamentarios DC a Allende, en el Congreso Pleno que lo eligió Presidente de Chile.

Cinco de enero: Rodrigo Ambrosio, Secretario General del MAPU, Partido perteneciente a la Unidad Popular, escindido de la Democracia Cristiana en

1969, declara: “Aquí en Chile hay una lucha pendiente, que puede convocar a las clases como en aquellas grandes epopeyas históricas, donde el pueblo obtuviera definitivamente el poder”. Este discurso lo pronunció en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

Siete de enero: “Los trabajadores del cobre declaran: ‘La DC puede guardarse su documento, no necesitamos defensores’”. El Diputado radical Eduardo Clavel llama a salirle al paso a los parlamentarios de la Democracia Cristiana.

Ocho de enero, titular: “Listo el proyecto para nacionalizar la banca extranjera: Citibank, Banco Francés e Italiano, Bank of America, Banco de Londres y Banco do Brasil”.

Nueve de enero, titular: “Deleznable contubernio Democracia Cristiana – Partido Nacional contra el pueblo”. Otro titular: “Tupamaros secuestran al embajador británico en Uruguay”.

Diez de enero: Allende en la inauguración de la Asamblea de la Unidad Popular: “A la violencia reaccionaria responderemos con violencia revolucionaria”.

Nadie que leyera estos titulares diría, primero, que los programas de gobierno de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular habían tenido grandes coincidencias, cosa que Allende confirma en esos mismos días de enero de 1971 al contestarle a Régis Debray, en su famosa entrevista[5], lo siguiente: “En muchos aspectos, el Programa de Tomic tenía puntos amplísimos de contacto con nosotros, y, para alguna gente, tenía algunos puntos más avanzados que nosotros”. Segundo, nadie diría que, justamente, esta amplia coincidencia, que no era casual, pues desde 1966 la Democracia Cristiana se había pronunciado a favor de la vía no capitalista de desarrollo, había llevado a la unanimidad de los parlamentarios de la Democracia Cristiana a votar a favor de Allende en el

Congreso Pleno. Tercero, nadie diría que en enero de 1971, la única referencia de su peso electoral que tenía la Unidad Popular era el 36,35 por ciento, obtenido cuatro meses antes. Es decir, poco más de un tercio del electorado, porcentaje del todo insuficiente para intentar cambiar el curso de la historia, sin buscar entendimientos amplios y perdurables con fuerzas políticas afines; en este caso, la Democracia Cristiana, que había obtenido el 28,75 por ciento de los votos, que asegurasen al menos llegar hasta el final del período presidencial, previsto para septiembre de 1976.

Podría seguir enumerando las razones de la sinrazón. Es poco sabido –pero a mí me consta que así fue– que Narciso Irureta, a la sazón Presidente de la Democracia Cristiana, le dijo a Salvador Allende en la primera visita que le hizo cuando asumió la presidencia de Chile: “Presidente, ayúdenos a ser buenos allendistas”.

¿Por qué Allende no estrechó la mano que se le tendía y que le habría permitido iniciar su mandato con el apoyo del 65 por ciento del electorado, sin necesidad de renunciar a ningún elemento central de su programa, tal como él mismo se lo reconoció a Régis Debray? ¿Por qué?

Yo mismo me lo he preguntado desde hace muchísimo tiempo y cada vez me doy respuestas solo parcialmente satisfactorias, como, por ejemplo, el sectarismo con que los partidos de la UP llegaron al Gobierno o el dogmatismo de quienes pensaban, como el propio Allende, que el suyo era “el socialismo integral, científico, marxista” y que, en consecuencia, era la historia llevada adelante por las masas la que en definitiva sería la fuerza que conduciría este proceso, independiente de los guarismos arrojados por los mecanismos electorales de la democracia burguesa.

Estas y otras respuestas me han dado vueltas hasta que hoy en la mañana escuché a uno de los expositores decir lo siguiente: “La militancia vivida en 1971, la increíble experiencia de hacer la revolución en Chile; era el año de la

fiesta, como lo ha calificado Tomás Moulián[6]". Algo me hizo 'click'.

Sí, fue el año de la fiesta, el año de las nacionalizaciones a destajo, el año en que se echó a funcionar la máquina de fabricar billetes y el diario de gobierno reportaba, con satisfacción, que los obreros frecuentaban ahora el elegante Hotel Crillón y ordenaban 'bistec'. El año de las tomas de fundos, de fábricas, de viviendas recién construidas. El año en que Fidel Castro se instaló en Chile durante cuarenta días, coronando la fiesta con este desplante más propio del realismo mágico que de la política. Fue el año, también, del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic; pero ese momento, que debió haberles hecho avizorar el abismo a los enfiestados, fue prontamente apartado como un mal sueño.

Así se farreó la Unidad Popular su primer año de gobierno. Pero nada ocurre en vano ni porque sí. Veinte años más tarde, esa amplia coalición, que pudo haber dirigido el país en 1971, asumió, bajo el nombre de Concertación de Partidos por la Democracia, el Gobierno de Chile, y con qué responsabilidad lo hizo. Ninguno de esos veinte años fue vivido como una fiesta. Todos fueron años de esfuerzo, disciplina y claridad conceptual. Socialistas, democratacristianos, radicales, ex Mapu e Izquierda Cristiana y también los comunistas, que con sus votos contribuyeron a los triunfos electorales de la Concertación, fueron los sujetos de esa etapa que quedará en nuestra historia como el gobierno más prolongado y más exitoso que hayamos tenido en doscientos años.

No quisiera ni para mí, ni para Chile, otro 1971; hoy estamos mucho mejor.

Notas del debate

Pedro Felipe Ramírez decía que ellos se habían ido de la Democracia Cristiana cuando la Democracia Cristiana decidió apoyar un candidato de derecha en Valparaíso[7]. La historia es la siguiente. Murió una diputada democratacristiana

que se llamaba Chelita Lacoste[8] y hubo que hacer elecciones complementarias. La Democracia Cristiana inició tratativas con la Unidad Popular y le ofreció llevar de candidato a Luis Badilla, que sería un alto dirigente de la Izquierda Cristiana, pero que todavía militaba dentro de la Democracia Cristiana. Luis Badilla debería haber sido impecable como candidato para la Unidad Popular, pero estamos hablando de julio de 1971 y ya el sectarismo y el dogmatismo estaban lo suficientemente enraizados en la acción de la Unidad Popular y la respuesta fue no. Entonces, lo que hizo la Democracia Cristiana no fue apoyar al Partido Nacional, sino que apoyó al doctor (Óscar) Marín, que era un médico de Valparaíso militante del Partido Radical o ex militante del Partido Radical.

* * *

¿Cuáles deberían haber sido los cambios institucionales? El mensaje que traté de pasar en mi presentación es el siguiente. En política, como decía Eduardo Contreras9 –aunque a mí el término no me gusta, pero creo que es así– el problema central es el problema del poder. Si tú tienes el 36 por ciento de los votos, tú no tienes el poder. Quiere decir que hay un 60 y tanto por ciento del otro lado. En política, lo esencial es ir ganando gente, ganando apoyo, ganando votos, de manera que tu posición sea mayoritaria. Aquí no es un problema de cuáles debieron haber sido las reformas institucionales. El momento detonante es cuando no se aprovecha la oportunidad de llegar a un acuerdo con la DC, de manera que a partir del primer día, ojalá, la Unidad Popular hubiese podido gobernar teniendo el 65 por ciento del Parlamento, por lo menos. Y habiendo concordado ciertas líneas centrales, entre otras, cuáles son las instituciones que se necesitaban para poder llevar adelante esta segunda fase, que era de profundización en muchos aspectos de las reformas, muy importantes, iniciadas en el Gobierno de Frei Montalva; como la ‘chilenización’ del cobre, que condujo a la nacionalización; como la Reforma Agraria, que –como alguien aquí lo ha dicho10– era la misma ley que aplicaba Frei. Yo creo que el haber perdido ese momento, esa oportunidad, esa ventana de oportunidad, porque efectivamente todo es dinámico, la política es dinámica y si los meses pasan y este acuerdo no se produce, lo natural es que la posibilidad de llegar a acuerdos sea cada vez más tenue y más lejana.

1 Ver presentación de Eduardo Contreras, pp. 196-207.

2 Esta revista fue resultado de la iniciativa de Bernardo Leighton, Esteban Tomic, José Antonio Viera-Gallo y Julio Silva Solar quienes, exiliados en Roma, el año 1974 deciden crear un Centro de Documentación que editaría una revista: Chile-América. Los dos primeros democratacristianos, los otros dos, militantes de la Unidad Popular, quisieron, en conjunto, dar una señal de unidad, aquella que no había podido lograrse antes del golpe de Estado de 1973.

3 Ver presentaciones en pp. 29-39; 40-47; y 48-59, respectivamente.

4 Esta doctrina toma el nombre de Walter Hallstein y orientó la política exterior de la República Federal Alemana entre 1955 y el inicio de los años 70. De acuerdo a ella, el Estado alemán solo podía ser representado internacionalmente por la República Federal de Alemania.

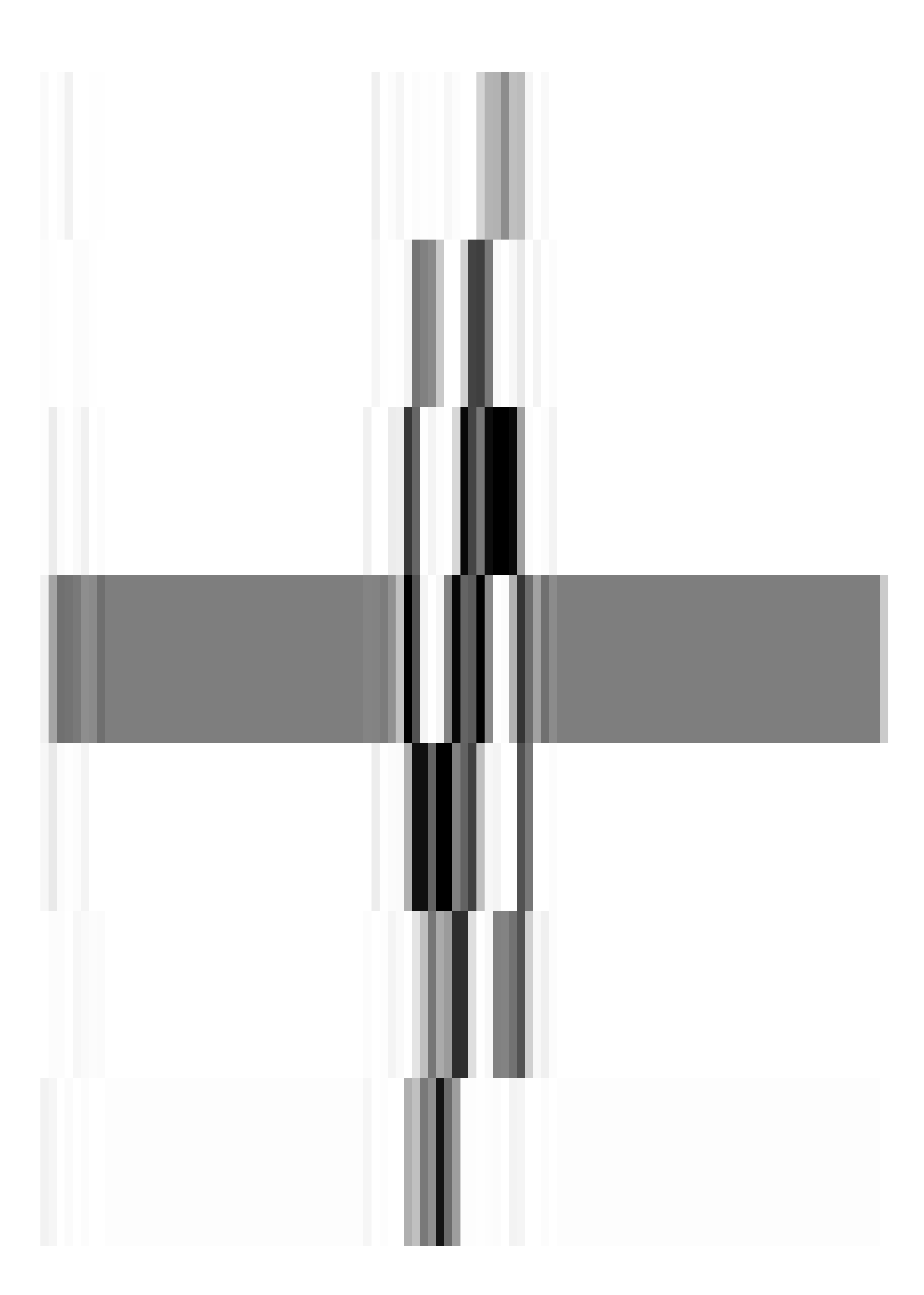
5 Esta entrevista -publicada bajo el título Diálogo sobre la revolución- forma parte de un amplio reportaje que Debray realizó sobre el Presidente Allende entre diciembre de 1970 y enero de 1971. El escritor y periodista francés acababa de recobrar la libertad luego de haber estado preso en Bolivia por sus vinculaciones con la guerrilla del Che en ese país.

6 Ver presentación de Rolando Álvarez, pp. 40-47.

7 Ver presentación de Pedro Felipe Ramírez, pp. 216-221.

8 Graciela Lacoste Navarro (1902-1971), fue Diputada democratacristiana durante los períodos 1961-1965; 1965-1969; 1969-1971 en representación de la 6ª agrupación departamental Valparaíso, Quillota e Isla de Pascua. Falleció el 4 de marzo de 1971. Ver también nota a pie de p. 219.

PRESENTACIÓN DE PEDRO FELIPE RAMÍREZ



Yo quiero tocar solamente dos temas. Uno, que tiene que ver con el tema central que ha planteado Esteban Tomic y es la relación entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular[1]. El otro, alude a los esfuerzos del imperialismo norteamericano, de Estados Unidos, por impedir el proceso chileno de la Unidad Popular.

Respecto del primer tema, un poco antes de 1971, por allá por el año 1967, se configuraron, dentro de la Democracia Cristiana, tres sectores. El oficialismo, que seguía las línea fundamentalmente de Eduardo Frei Montalva; los rebeldes, que eran la oposición interna más potente en contra de las posiciones ‘freistas’; y hubo un grupo, más minoritario, que éramos los llamados terceristas.

El año 1967 se extrema dentro de la Democracia Cristiana la discusión en torno del avance del Gobierno de Frei y se configuran, finalmente, dos bloques. El oficialismo, por un lado, y, por otro, una alianza que se produce entre el tercerismo y los rebeldes y que gana la dirección del Partido Demócrata Cristiano encabezada por el entonces Senador Rafael Agustín Gumucio. Desde ese momento se empieza a larvar dentro de la Democracia Cristiana, se empieza a desarrollar mucho este conflicto, entre el ‘freismo’, por un lado, y, por otro lado, este grupo que había ganado la dirección y que, un tiempo después, sería botada su dirección, por la intervención personal de Eduardo Frei[2]. Se empieza a larvar este conflicto, pero de alguna manera, también, se empieza a larvar la candidatura del papá de Esteban, de Radomiro Tomic.

Radomiro Tomic plantea como estrategia central de su candidatura lo que él llamó la ‘unidad política y social del pueblo’. Y yo creo no estar equivocado si digo que las palabras ‘unidad popular’ fueron inventadas por Radomiro Tomic y esa tesis él la mantuvo durante todos esos años y la mantuvo durante la candidatura presidencial. Sucedió que el año 1969, con ocasión de la discusión dentro de la Democracia Cristiana de esta tesis y de la derrota de esta tesis por la Junta Nacional, por un margen muy minoritario, el grupo rebelde de la

Democracia Cristiana sale del Partido y forma el MAPU y después el MAPU pasa a integrar la Unidad Popular.

Nosotros, los terceristas, tuvimos muchas dificultades, muchas dudas respecto de cuál debía ser nuestra actitud y decidimos quedarnos dentro de la Democracia Cristiana, para respaldar la candidatura de Tomic y ver si era posible, a través de ella, crear esta alianza política entre la izquierda y la Democracia Cristiana.

Se desarrollan los acontecimientos y viene la elección presidencial. De hecho, yo diría que el grupo tercerista domina la campaña de Tomic al interior de la DC; fundamentalmente, desarrolla todo el programa de la campaña de Radomiro Tomic. Gana Salvador Allende la elección presidencial y se produce, dentro de la Democracia Cristiana, una lucha interna muy difícil, que tenía que ver con cuál iba a ser el comportamiento de la Democracia Cristiana en el Congreso Pleno, para dirimir entre las dos primeras mayorías que se habían dado en la elección presidencial: Allende primero, Alessandri después.

Ese fue un debate muy intenso, hubo incluso propuestas extraoficiales que circularon al interior de la Democracia Cristiana, para ver cómo se podía impedir, de manera elegante, que Allende accediera al poder. Recuerdo una de ellas, por ejemplo, que había surgido de sectores de la derecha, pero que había sido, de alguna manera, acogida con algún entusiasmo por sectores del 'freismo'. Consistía en que se nominara a Jorge Alessandri en el Congreso Pleno, como Presidente de la República, y que inmediatamente después Jorge Alessandri renunciara a la presidencia de la República, con lo cual se podía llamar a una nueva elección presidencial, donde el propio Frei Montalva podía presentarse como candidato, ya que no se constituía en una reelección propiamente tal.

Quiero expresar esto, porque esta lucha fue una lucha muy difícil. Una lucha que estuvo presente, al interior de la Democracia Cristiana, desde el mismo momento del triunfo de Salvador Allende. Finalmente, un poco por del peso que tenía Radomiro Tomic, que evidentemente era enorme dentro de la Democracia

Cristiana, y por la tradición chilena de respetar la primera mayoría relativa en el Congreso Pleno, la Democracia Cristiana resuelve en una Junta, apoyar a Salvador Allende, cosa que efectivamente se produce en el Congreso Pleno sin ninguna salvedad. Toda la Democracia Cristiana, todos los parlamentarios, todos los diputados y senadores de la Democracia Cristiana, votamos por Salvador Allende y se constituyó entonces en el Presidente legítimo.

Después de eso, se inicia un proceso en que los sectores más de izquierda de la Democracia Cristiana, más vinculados a la candidatura de Radomiro, empezamos a perder influencia interna de una manera acelerada, muy acelerada. No puedo desconocer algo que ha dicho Esteban. Efectivamente hubo actitudes del Gobierno, de los partidos de la Unidad Popular de entonces, de persecución a muchos funcionarios que eran democratacristianos; de un cierto sectarismo que fue creando dentro de la Democracia Cristiana un sentimiento en contra del Gobierno, al punto que a pocos meses de haber asumido Allende, los que habíamos propiciado esta vinculación positiva con la Unidad Popular, con el Gobierno de Allende, buscando acuerdos entre la Democracia Cristiana y el Gobierno, nos constituimos, rápidamente, en una minoría odiosa dentro de la Democracia Cristiana. Al punto –yo estoy convencido– que si nosotros no nos íbamos, nos habrían echado.

Al final, nosotros decidimos irnos, con ocasión de la alianza que hizo la Democracia Cristiana con el Partido Nacional, hacia mediados del año 1971, en una elección complementaria de diputados en Valparaíso[3]. Entonces, ese fue para nosotros el momento en que decidimos irnos y formamos la Izquierda Cristiana. Izquierda Cristiana que la formamos con el grupo tercerista, más algunos dirigentes que habían salido con los rebeldes para formar la Unidad Popular y que no estaban de acuerdo con que el MAPU se hubiera declarado el cuarto partido marxista leninista de Chile. Nosotros queríamos, de alguna manera, establecer el testimonio –que entonces no era fácil establecer– de que era posible que cristianos pudieran ser también socialistas, aliados de marxistas leninistas.

Sin embargo, yo quiero hacer una reflexión en torno a eso. Yo creo que era

inevitable que nos fuéramos, creo que fue bueno que nos fuéramos, pero creo que nuestra salida consagra definitivamente la imposibilidad de que la Democracia Cristiana y la Unidad Popular hubieran llegado, en algún momento determinado, a la alianza que Radomiro Tomic tanto había predicado. Yo pienso que la falta de ese acuerdo fue determinante en el destino final de la experiencia de la Unidad Popular.

Sin embargo, el otro factor determinante –y este es mi segundo punto– que no se puede soslayar, es que más allá de este hecho del sectarismo de la Unidad Popular y sus partidos, más allá de las diferencias internas que había en la Unidad Popular, hay que recordar que desde que gana Allende –y tal vez desde antes– el imperialismo norteamericano se puso entre ceja y ceja la tarea, primero, de impedir que Allende ganara, segundo, de impedir que Allende asumiera y, tercero, de impedir que Allende gobernara y que terminara su período.

Para los Estados Unidos la experiencia de Allende no podía ser exitosa. No solo por Chile, no solo por el cobre, no solo por América Latina, sino también por Europa. La experiencia de Allende fue una experiencia que tenía importancia para muchos países del mundo occidental. Yo siempre me pregunté ¿qué razón explicaba la enorme y larga solidaridad del mundo democrático con nosotros después del golpe? Para mí era impresionante ir, diez o quince años después, a Europa e ir el 11 de septiembre a la plaza de Amsterdam y ver que había cinco, seis, siete mil personas apoyando a los demócratas chilenos. Y la razón es que la experiencia de la Unidad Popular creó muchas esperanzas en muchas partes del mundo, incluida Europa.

Eso lo percibía claramente el imperialismo y por esa razón, con Nacionalización del Cobre o sin Nacionalización del Cobre –algunos han dicho si hubiéramos pagado un poco a las compañías del cobre otra cosa habría sido, mentira– la cosa habría sido igual. Porque el imperialismo estaba decidido a que esta experiencia no corriera o que fuera frustrada. Y, claro, tuvo la alianza de la derecha y de la burguesía y de la oligarquía nacional, que pudieron llevar adelante todas las

movilizaciones, que fueron diseñadas, que fueron financiadas, que fueron implementadas por el imperialismo para producir esta derrota.

Creo que estas dos reflexiones ponen en discusión dos factores que fueron esenciales en la derrota de la Unidad Popular. La no configuración de una amplia mayoría social y política, de sectores que propiciaban un mismo programa, como Esteban lo ha recordado, o muy parecidos; y, por el otro lado, el hecho de que había que enfrentar no solo una oligarquía, no solo una burguesía interna, sino que había que derrotar el intento del Imperio por hacer imposible este proceso revolucionario.

Notas del debate

Solamente unas cortas palabras finales. Recordé cierto debate que había dentro de la Izquierda Cristiana, entre lo que llamábamos los profetas y los políticos. Yo incluso, cuando hacía capacitación política dentro de la Izquierda Cristiana, enseñaba la diferencia entre el profeta y el político. Decía que los dos eran necesarios. Pero el profeta tenía la característica que anunciaba su verdad sin ningún cálculo y podía morir por su verdad. En cambio, el político tenía que tener resultados y tenía que trabajar con la realidad, tenía que ensuciarse un poco las manos.

He enseñado también con el caso de la santísima trinidad. Entonces, yo decía: “Mira, el padre no lo entiendo mucho, supongo que es el Dios inminente que según todos los que creemos existe”. El hijo era el profeta, proclamó su verdad y lo mataron en la cruz, traicionado por sus discípulos –fíjense el destino– pero por dos mil años el mundo entero o buena parte del mundo ha seguido sus enseñanzas. Y el Espíritu Santo, era el político, porque el Espíritu Santo hacía que si una virgen quería tener un hijo, ahí estaba el Espíritu Santo; si los apóstoles querían hablar en varias lenguas, ahí estaba el Espíritu Santo.

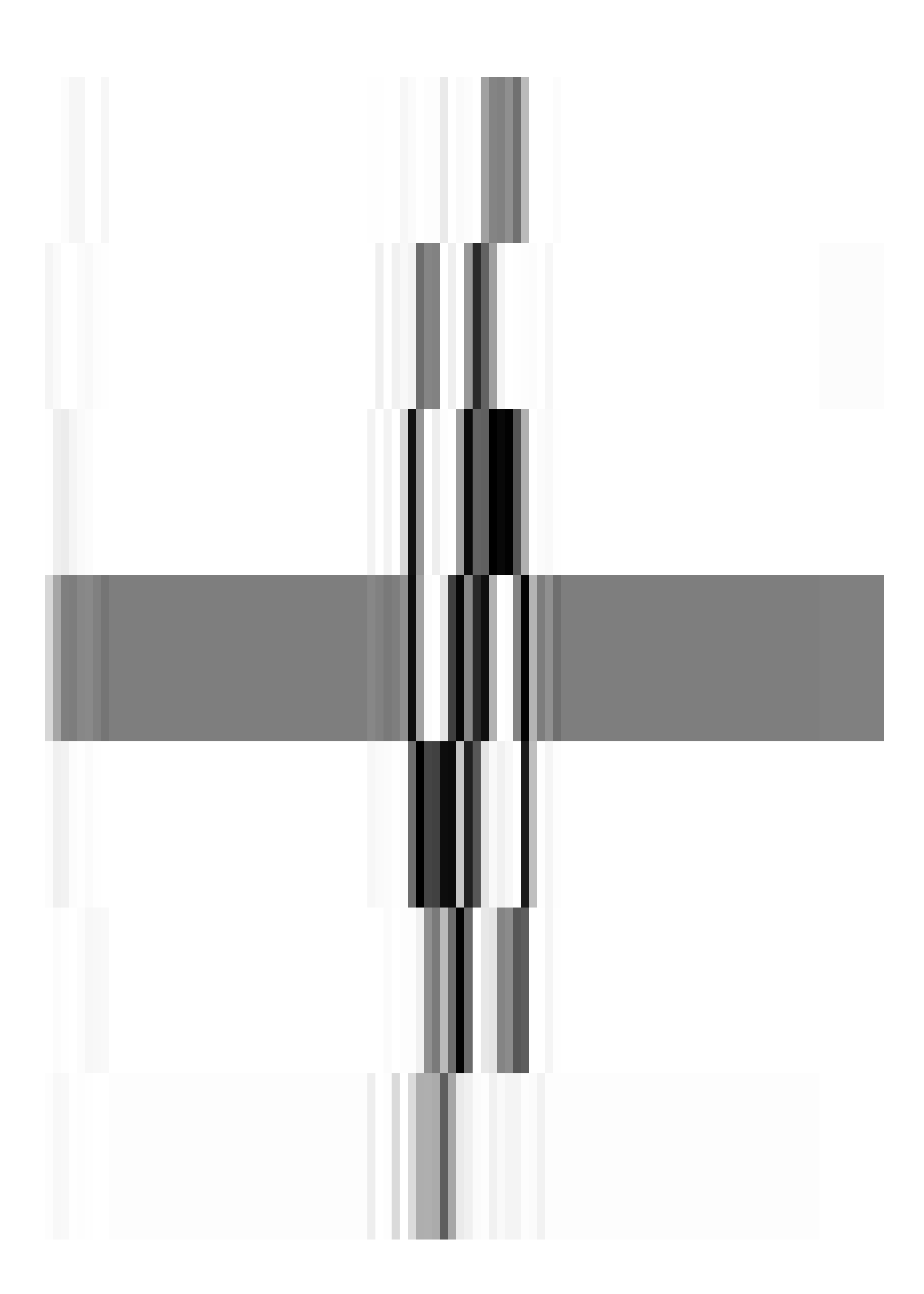
El problema es que nosotros éramos y somos políticos y no podemos desconocer la enorme influencia que la Unidad Popular y Salvador Allende tienen en el mundo y especialmente en América Latina. Entonces, a mí me parece, que nosotros los políticos tenemos la necesidad de discutir cuál es la mejor forma de triunfar. Cuál es la mejor fórmula de cambiar la realidad. Lo que no significa no desconocer la enorme importancia que en la historia tienen los profetas como Jesucristo.

1 Ver presentación de Esteban Tomic, pp. 208-215.

2 En referencia al resultado de la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano, en Peñaflor, el año 1968.

3 En la ocasión, una elección complementaria a raíz del fallecimiento de la diputada democratacristiana en ejercicio, Graciela Lacoste, la DC apoyó la candidatura del doctor Óscar Marín, apoyado también por el Partido Nacional. El resultado de la elección, realizada el 18 de julio, fue estrechísimo: Marín sacó un 50,82% de los votos, mientras el candidato de la UP, el socialista Hernán del Canto, obtuvo 49,18%. Los tres tercios se habían convertido en dos medios…

PRESENTACIÓN DE ANDRÉS PASCAL ALLENDE



Mi intervención va a ser menos personal y más 'mirista'. Me interesa tratar de transmitir, de acuerdo a lo que se nos pidió, cómo el MIR veía, en ese primer año de 1971, la situación que se vivía en el país.

Yo difiero de la apreciación del profesor Joignant de que el proceso de la Unidad Popular fuese una crónica de una muerte anunciada[1]. Yo creo que los procesos históricos, como fue este, no están predeterminados. Y creo que la intervención de los sujetos colectivos puede encausar un proceso, en una o en otra dirección.

Lo segundo es que, sin pretender alargarme más allá del año 1971, sí quisiera señalar la visión que tenía el MIR sobre el período; todo el período que se abrió con el triunfo de Salvador Allende y que nosotros caracterizamos como un período prerevolucionario. ¿Qué queríamos decir con esta situación pre-revolucionaria, que nosotros creíamos vivía el país? En primer lugar, que había un agotamiento de un orden económico, social y político. Una creciente deslegitimación política, una crisis económica, un agotamiento del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones, que vivía el país desde los años 1930 hasta los años 1970. Es real que el Programa de la Democracia Cristiana tenía muchos puntos en común con el de la Unidad Popular, pero también el propio programa y gobierno de la Democracia Cristiana demostró ese agotamiento, esa incapacidad de dar respuesta a los problemas sociales que se vivían entonces en el país.

Una situación pre-revolucionaria es una situación en que los de arriba, los que dominan, han perdido la hegemonía y no pueden seguir viviendo igual; y, en su resistencia al cambio, se dividen entre conservadores y reformistas. Los de abajo, las clases dominadas, no están dispuestas a seguir viviendo igual que antes, quieren un cambio social profundo. La que vivíamos el año 71 era una situación pre y no revolucionaria aun, porque no se había logrado una correlación de fuerzas suficiente para lograr el cambio revolucionario.

Si lo miramos desde ese punto de vista, encontraremos que hay dos aproximaciones a la política, que se dieron en el momento. Una, como la que ha descrito Esteban Tomic[2], que es la visión de la política dentro del sistema político vigente en el momento. Y, otra, es la visión política desde fuera o desde abajo, que pone en cuestión el sistema político. La acumulación de fuerza social, política, ideológica, institucional, militar, a favor del cambio, será lo que permitirá desembocar de una situación pre-revolucionaria a una situación revolucionaria. Aunque no siempre una situación pre-revolucionaria desembocará en una situación de cambio revolucionario estructural, tal como ocurrió en Chile a fines de 1971 y el primer semestre de 1972. Por lo demás, no es necesario describirlo porque lo han hecho antes; fue un año en que hubo notables avances, en reformas, en profundización de la democracia, en mayor igualdad en la sociedad; por ejemplo, los asalariados llegaron a participar en el 59 por ciento de la riqueza producida en el país y aumentó el PIB, creciendo la economía con respecto al período anterior.

A pesar de haber sido un año –podríamos decir– de muy buen gobierno, ya a finales del año 71 y el primer semestre de 1972, la oposición, que estaba en una situación un poco descolocada, de repliegue todavía, comienza a retomar la iniciativa y comienza a producirse una situación de equilibrio de fuerzas. Al decir de Gramsci, de 'equilibrio catastrófico'[3]; una situación "en que los poderes del Estado se tensionan y quiebran su unidad, y la gobernabilidad se agota. Habitualmente uno o ambos sectores polarizados recurren a la fuerza social, política-ideológica y a la violencia extra institucional. También, habitualmente será un poder o sector institucional el que se auto-arrogará la representación de los intereses totales del Estado-Nación y se impondrá por la fuerza sobre el resto de los poderes institucionales y extra institucionales". Este papel correspondió o corresponde casi siempre a las Fuerzas Armadas, como ocurrió en Chile con el golpe militar, que cerró el periodo prerevolucionario e inició un periodo contra revolucionario.

Esta es la tragedia histórica, esta era la situación que se estaba viviendo. No era una situación normal de la vida política del país. No es la situación de la

Concertación después de un pacto histórico con la dictadura, con la derecha para continuar el neoliberalismo y legitimar un sistema político de restricciones democráticas. Esta era una situación históricamente anormal, era una situación pre-revolucionaria.

Me voy a ir directo al tema de las diferencias o confluencias y divergencias entre la Unidad Popular y el MIR. No es necesario explicarlo, nosotros estábamos absolutamente identificados y apoyábamos todas las reformas antiimperialistas, antioligárquicas y antimonopólicas –como se llamaban en la época– de profundización de la democracia, de redistribución de la riqueza y de mayor igualdad social, promovidas por la UP, así como el horizonte socialista que se planteaba la Unidad Popular. Nosotros estábamos plenamente de acuerdo con eso. Pero diferíamos de la convicción del Presidente Allende y de la Unidad Popular de que sería posible, accediendo al poder ejecutivo, llevar a cabo dicho programa dentro de la institucionalidad vigente, a través de un proceso gradual de reformas, especialmente económico-sociales, y la construcción de una nueva hegemonía ideológica política que permitiría transitar progresivamente al socialismo.

Tal convicción se apoyaba –es la misma mirada de la candidatura de Radomiro Tomic– en el régimen centralista y presidencialista vigente desde 1925 en Chile. Nosotros dudábamos que ese régimen, en una situación anormal de la dominación, en que se ahondaba una dualidad y polarización de poderes dentro del Estado, pudiera mantener la institucionalidad sin ruptura. El sistema político de los tres tercios[4], desde luego permitiría acuerdos de la izquierda con el centro político, expresado en la Democracia Cristiana y/o en el Partido Radical, pero ¿por qué no se produjo ese acuerdo con la izquierda? –que es la pregunta que se hace Esteban Tomic–. Yo creo que no se produjo por las circunstancias que se daban. Como Pedro Felipe (Ramírez) lo ha señalado, fue la propia polarización de la situación histórica que se vivía, lo que lleva a la derechización del grueso de la Democracia Cristiana, salvo el sector que se fue a la UP[5]. Entonces no había tal contexto favorable para poder seguir el juego de los tres tercios, como en un marco de normalidad del sistema político.

Hay una pregunta que yo también me hago –y me la he hecho mucho– y es que ¿por qué, cuando la Unidad Popular logró obtener el 50,86 por ciento de los votos en las elecciones municipales de abril del 1971, no convocó a un plebiscito? ¿Por qué el Gobierno, que tenía condiciones muy favorables en ese momento para lograr el apoyo ciudadano a una reforma de la institucionalidad política vigente, que permitiera superar las trabas legales de los otros poderes del Estado que ahogaban el avance de su programa electoral, desistió? ¿Por qué el Gobierno no llamó a un plebiscito, en ese momento, cuando estaban las condiciones para haberlo ganado y haber producido, dentro de los marcos de la institucionalidad, un cambio de esa propia institucionalidad, y no proponérselo después en 1973? Esa es una duda que hasta el día de hoy a mí me asalta. Yo creo que en abril de 1971, hubiera habido apoyo incluso de sectores de la Democracia Cristiana, de Tomic, de esos sectores, a una medida de este tipo.

Había una concepción política, vigente en Allende, en el Partido Comunista, en sectores de la Unidad Popular, que creía que en Chile existía una burguesía nacional antimonopólica, antiimperialista, que estaba a favor de un proceso de desarrollo económico nacional y democratizador. Que serían herederos del período de los Frentes Populares de los años 30 para adelante, pero la realidad demostró que tal sector, que tal burguesía, con esas convicciones, no existía. Por otra parte, era difícil esperar que las clases dominantes aceptaran los cambios estructurales impulsados por el Gobierno y perdieran su poder sin recurrir a una resistencia violenta. Y bien difícil era también –como lo decía Pedro Felipe Ramírez– creer que, en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos iba a aceptar una revolución dentro de los marcos institucionales.

A juicio del MIR, las reformas impulsadas desde el Gobierno, que eran profundas y eran avanzadas, debían apoyarse en la movilización social ofensiva, para lo cual en vez de limitar dichas reformas, había que profundizarlas. En tal sentido, el Programa de la UP era insuficiente. Voy a poner dos ejemplos.

Uno: la Reforma Agraria, limitada a fundos de más de 80 hectáreas, favorecía a 50.000 inquilinos y medieros y dejaba sin acceso a la tierra a 95.000 obreros

permanentes, a 190.000 minifundistas y a 360.000 trabajadores agrícolas ocasionales y desocupados[6]. Un gobierno que quiere hacer una reforma revolucionaria, estructural, no puede dejar de apoyarse en esos sectores. Por lo tanto, tomarse los fundos no era porque fuera bonito, no era por pegarse una farra; era por la necesidad de dar respuesta a una demanda de un movimiento social, que venía ya de la Democracia Cristiana sobrepasando los límites de la institucionalidad, porque estas políticas reformistas limitadas no daban respuesta a sus expectativas. Otro ejemplo: la expropiación de las noventa grandes empresas monopólicas y estratégicas, que tenía un sentido estratégico en cuanto a la economía, involucraba, en términos de la participación y movilización social, a solo el 10 por ciento de la clase obrera; el 90 por ciento restante no tenía nada que ver con esos sectores, pero también quería respuesta a sus reivindicaciones, cambios en sus condiciones de vida.

Entonces, no se trataba solamente de aumentar la base de apoyo electoral del gobierno popular. Para el MIR era necesario construir una base de poder popular organizada desde abajo, una democracia directa y participativa, y también defender el proceso desarrollando una política activa para ganar el apoyo en sectores de las Fuerzas Armadas y crear condiciones de autodefensa del movimiento popular. Pero, en estos dos aspectos también había diferencias.

Predominaba, en cambio, una estrategia de llevar a cabo este proceso de reforma desde arriba, limitado en lo que se hacía, para no romper con la supuesta burguesía nacional o con la Democracia Cristiana. No había una estrategia de movilización de masas, a pesar de lo que diga nuestro querido amigo Eduardo Contreras, respecto de lo que era la política del PC[7]. Lo voy a decir del siguiente modo: si realmente el PC hubiera impulsado la política de movilización de masas activa, probablemente habría habido muchas más posibilidades de haber ganado. Entendiendo que la movilización de masas activa era, no solamente organizarlas, en la CUT, en sindicatos, etcétera, sino estructurar ese movimiento social en forma de poder popular. Si nosotros, además, tomáramos en cuenta las últimas palabras de la intervención de Eduardo Contreras, con mayor razón hubiéramos probablemente ganado, porque habríamos tenido una política que hubiera dado cuenta del problema material del poder, del problema militar, y no una política como la que impulsó el PC y el propio Presidente Allende, que era

suponer la neutralidad institucional de las Fuerzas Armadas. Cuestión que todos sabíamos que no era así, porque teníamos un trabajo de inteligencia –el PC, nosotros, todo el mundo– y conocíamos las acciones de los norteamericanos y las acciones de la derecha, en términos de impulsar el golpismo dentro de las Fuerzas Armadas.

Creo que el gran dilema histórico que se plantea y, probablemente, se juega en el año 1971 –por eso la importancia que se hable de este año– era que corrientes dentro de la Unidad Popular –el Presidente Allende, el PC, sectores del Partido Radical, sectores del MAPU– se proponían llevar a cabo este proceso de reformas –sin duda revolucionario–, dentro del marco de la institucionalidad y en un proceso de negociaciones con las fuerzas opositoras, que en ese momento –así lo veíamos nosotros y así lo demostró la historia– era irreal. Era muy difícil, por las circunstancias históricas, que eso se pudiera dar.

Es indudable que el año 1971 no fue una farra, como dice Esteban Tomic. Yo creo que sí había un sentido de fiesta, porque así como hay momentos de la dominación en que en la sociedad impera el individualismo y el aislamiento, hay otros momentos históricos, como el que se vivió particularmente en 1971, en ese primer año de la Unidad Popular, en que lo que impera es el sentido de la sociabilidad. En que el cuestionamiento del orden imperante es en sentido de fiesta, no entendida como farra sino como sociabilidad, como se da en un carnaval, como se da en una fiesta. Hay momentos históricos en que los pueblos viven esas situaciones y son, sobre todo, los momentos de posibilidades revolucionarias.

El drama era que las condiciones para la acumulación de fuerzas, que permitieran llevar a cabo y consolidar ese proceso revolucionario, se daban dentro de los marcos de un momento de ampliación, de profundización, de las libertades democráticas del país. Jamás Chile ha tenido una democracia más amplia que la que se vivió en ese momento. A través de la movilización abierta de las masas, de la organización social también abierta, de gérmenes de expresión de poder popular, etcétera. Pero, así también, sabíamos que era una

carrera contra el tiempo. Sabíamos que la derecha estaba conspirando, que la derecha estaba promoviendo el golpe de Estado. Era difícil; la sensación más angustiosa que tengo, de ese periodo, es esta tensión, este dilema.

En el caso del MIR, nosotros nos volcamos a la movilización social. El MIR, a fines del año 1970 era una pequeña organización, de estudiantes fundamentalmente, con débiles vínculos con el movimiento social. En el año 1970, el MIR crea los frentes sociales que se señalan y cuando muere Luciano Cruz –sino recuerdo mal, en agosto de 1971[8]– se produce un funeral masivo, que evidencia de que el MIR había logrado simpatía, influencia, en vastos sectores populares[9]. El MIR llega a tener, a comienzos de 1973, más o menos unos 50.000 miembros organizados, además de su influencia en organizaciones sociales. Entonces, nos volcamos a eso, a esa lucha abierta, a esa organización social, pero también sabíamos que el tiempo corría en contra y que lo que vendría, lo más probable, era un golpe. Una resolución violenta, reaccionaria y violenta, de esta situación pre-revolucionaria que se vivía en el país. Y saber eso, podría haber llevado a pensar "bueno, dejemos el trabajo social y dediquémonos a crear una organización clandestina, que pueda defenderse mejor del golpe, etcétera", pero esas opciones no estuvieron.

En ese sentido, hay un mayor determinismo en ciertos momentos históricos. Las situaciones revolucionarias se dan pocas en la historia y, cuando se dan, no queda otra que la voluntad de jugársela. No porque haya unos cabezas calientes o unos ultraizquierdistas –como dice nuestro amigo Contreras– sino porque son las propias fuerzas sociales, el propio pueblo, que imponen estas dinámicas de cambio. Los revolucionarios, creo yo, debemos tratar de cooperar, de encauzar, de participar para, justamente, contribuir a que se pueda constituir un nuevo poder, a que se pueda subvertir la dominación y se pueda no seguir en la política tan deslegitimada –que incluso hoy se da– de los sistemas políticos vigentes. Para que realmente se pueda construir otro sistema, otra sociedad, con un poder soberano de los de abajo, que siempre han estado excluidos del poder o de una real democracia.

Notas del debate

¿Por qué no hubo golpe de Estado en 1971? Porque las Fuerzas Armadas en 1971 no eran las mismas que en 1973. Dentro de ellas, había sectores constitucionalistas que fueron perdiendo la influencia dentro de la propia institución. Había sectores importantes que apoyaban el proceso de la Unidad Popular y a Allende; había suboficiales, soldados, oficiales jóvenes. No digo que fueran mayoritarios, pero eran importantes. Lo que sí es real es que hubo una prescindencia del Gobierno de la Unidad Popular de hacer política dentro de las Fuerzas Armadas, a mí me consta. Por ejemplo, el padre de Carlos Ominami, el coronel (Carlos) Ominami de la Fuerza Aérea[10], le pidió una entrevista a mi madre, Laura Allende[11], y ella me invitó para que escuchara. Él le planteó la situación que había en la Fuerza Aérea, lo estaban desplazando de todas las posiciones de mando dentro de la institución; lo que pedían –él y otros oficiales– era entrevistarse con el Presidente Allende. Jamás se dio la entrevista, ni esa ni tres o cuatro más que yo conocí que se solicitaron. O sea había una política de no intervenir, de suponer la neutralidad de las Fuerzas Armadas.

* * *

La principal autocrítica que yo me haría como MIR, es no haber sido capaces de evitar la derrota que sufrimos. Yo creo que esa es la principal. No sé qué más se podría haber hecho, probablemente no hicimos bien muchas cosas. Entre ellas, por ejemplo, creo que el MIR comenzó el periodo con una visión muy sesgada de lo que era el Estado, porque había un juego dentro del Estado, había un juego de alianzas, etcétera, que se podía llevar a cabo y nosotros, en eso, éramos muy cuadrados. Suponíamos que el Estado era el comité ejecutivo de la gran empresa y nada más. Y no era así y lo aprendimos en el camino; y quién sabe si podríamos haber sido más flexibles y haber contribuido más a utilizar los espacios institucionales en la acumulación de fuerzas.

* * *

No obstante han pasado tantos años, todavía me aburre la actitud del Partido Comunista en el tema que voy a tocar. Hay un mito tremendo –empezando por mi amigo Eduardo Contreras que habla de la ultraizquierda–, del PC y de otros sectores de la UP que siempre criminalizaron al MIR, haciéndolo responsable de la polarización que se estaba dando en el país. La polarización se estaba dando, no por el MIR, que era una cuestión bastante chica; se estaba dando por las reformas que se estaban impulsando, que afectaban al imperialismo y a las clases dominantes. El MIR apoyó al Gobierno, apoyó la seguridad de Allende; el MIR marchó en todas las movilizaciones junto con el PC, respaldando al Gobierno de la Unidad Popular; el MIR combatió en el golpe militar, el 73. Tuvimos muchas conversaciones, con Allende y con la Unidad Popular, presididas y pedidas por Allende, para llegar a un entendimiento entre el MIR y la Unidad Popular; y no fue el MIR quién se negó a ese entendimiento, sino, bueno, una fuerza política que tengo aquí, a la extrema derecha[12].

* * *

El otro ‘cuento’ es que las posiciones ultraizquierdistas eran del MIR. Pero resulta que las mismas políticas del MIR las tenía la mayoría del Partido Socialista, en muchos aspectos la Izquierda Cristiana y un sector del MAPU, el de Garretón[13]. Entonces, era más fácil ‘darle’ al MIR, porque estaba fuera de la Unidad Popular, que discutir, internamente, dentro de la Unidad Popular, con los propios sectores que diferían de la política de gradualismo institucional que estaba llevando a cabo el Gobierno y propugnando el Partido Comunista. No es casual que en febrero de 1972, en el cónclave de El Arrayán[14], en el que no participó el MIR porque no era parte de la Unidad Popular, se profundizaran las contradicciones entre la UP, perfilándose dos líneas divergentes. Los que proponían ‘consolidar para avanzar’, que eran estos sectores del Partido Comunista y el propio Presidente Allende, etcétera, y los que llamaban a ‘avanzar sin transar’. ¡Y el MIR no estuvo en esa reunión! Nosotros no nos planteábamos en esos términos.

* * *

Comentando lo que decía Esteban Tomic, yo no creo que siempre las correlaciones de fuerzas se midan por votos. Esa es una visión de la democracia liberal, que supone que cada individuo es un voto y que la cantidad de votos es lo que determina directamente la correlación de fuerzas dentro de la dominación. Eso no puede ser así porque hay fuerza económica; no es casual que los empresarios tengan fuerza política, con el poder económico que tienen. Hay fuerza de los medios de comunicación, que tanto daño hicieron a la Unidad Popular, controlados también por los grandes empresarios. Hay fuerza militar, la del golpe, que fue la que decidió al final el tema. Entonces, hay situaciones históricas en que las cuestiones no se deciden por votación, se deciden por correlaciones de fuerza y estas son múltiples; son el voto, son institucionales, pero también hay otras dimensiones en las correlaciones de fuerza.

1 Ver presentación de Alfredo Joignant, pp. 187-195.

2 Ver presentación de Esteban Tomic, pp. 208-215.

3 Antonio Gramsci, político, historiador y filósofo italiano, comunista, de fuerte influencia en la renovación del pensamiento político marxista del siglo XX. El tema del equilibrio catastrófico lo aborda en diversos escritos, en sus famosos cuadernos de la cárcel; por ejemplo, cuando escribe sobre el ‘cesarismo’, entre 1932 y 1934.

4 En referencia a la ‘división’ del electorado chileno en tres partes equivalentes, entre la derecha, el centro y la izquierda, que se observa desde fines de los años 50, hasta inicio de los años 70. Un buen reflejo de esta teoría son las votaciones

presidenciales de 1958, de 1964 y de 1970.

5 Ver presentación de Pedro Felipe Ramírez, pp. 216-221.

6 Al respecto, ver otras cifras en la presentación de Jorge Echenique, pp. 163-174.

7 Ver presentación de Eduardo Contreras, pp. 196-207.

8 Luciano Cruz Aguayo, muere el 17 de agosto de 1971, a los 27 años. Uno de los más reconocidos dirigentes del MIR, con gran ascendiente a nivel social en la zona de Concepción.

9 Los principales ‘frentes’ eran el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER); el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR); y el Frente de Campesinos Revolucionarios (FCR).

10 Carlos Ominami Daza, Coronel de la Fuerza Aérea, padre de Carlos Ominami Pascual, exmilitante del MIR que luego migró al Partido Socialista, y que en 1973 fue acusado de traición a la Patria y condenado a cinco años y un día. Sale de la cárcel en 1976 y se exilia en España. En democracia fue electo Senador por dos períodos, entre 1994 y 2010.

11 Hermana del Presidente Allende, Senadora y dirigenta del Partido Socialista en la época. De allí también la cercanía de Andrés Pascal Allende con el Presidente, del cual era sobrino.

12 En alusión a Eduardo Contreras, del Partido Comunista, ubicado en la mesa, a su derecha.

13 En marzo de 1973, el MAPU se dividirá en dos: el MAPU que encabezará Óscar Guillermo Garretón y el MAPU Obrero Campesino liderado por Jaime Gazmuri.

14 Importante reunión del Comité Político Nacional de la Unidad Popular, realizada en El Arrayán, en la ciudad de Santiago, el 9 de febrero de 1972. Al respecto ver el tercer volumen de esta serie, Chile 1972.

LOS AUTORES

Isabel Torres D.

Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Actualmente es profesora asociada del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Especialista en Historia Política y conocedora, particularmente, del período de la Unidad Popular.

Rolando Álvarez

Doctor en Historia, Universidad de Chile y Profesor de Historia y Geografía, Universidad Blas Cañas. Académico de la Universidad de Santiago de Chile, Programa de Doctorado en Estudios Americanos, Magíster en Historia y Licenciatura en Historia. Es docente en la Universidad Arcis y en la Universidad Diego Portales. Sus temas de investigación son la Historia Política, de la izquierda en general y de la historia del Partido Comunista, en particular.

Pedro Milos

Doctor en Ciencias Históricas de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica y Licenciado en Historia de la Universidad Católica y académico y docente del Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado, de la que actualmente es Vicerrector Académico. Sus líneas de investigación han sido la Historia Política de Chile contemporáneo y las relaciones entre historia,

memoria e identidad.

Juan Carlos Concha

En 1971 fue nombrado Ministro de Salud del Gobierno de Salvador Allende, ejerciendo ese cargo entre el 14 agosto 1971 y el 1º de noviembre de 1972. Antes había sido responsable de la atención materno-infantil en el Ministerio. Es médico, epidemiólogo, especialista en salud pública. Militante del MAPU en 1971, después adscribió al MAPU Obrero Campesino y, luego, en el exilio adhirió al Partido Comunista. Activo colaborador en la definición e implementación de las políticas públicas de Salud en democracia.

Patricio Hevia

Durante el primer semestre de 1971 fue subdirector Médico del Hospital base San José Área Norte en Santiago y académico de la cátedra de pediatría del profesor Julio Meneghello. Luego, a partir de agosto 1971 y hasta septiembre de 1973 fue Jefe del subdepartamento de Fomento de la Salud del Departamento Técnico del Servicio Nacional de Salud; y Director Ejecutivo del Programa de Extensión de Servicios de Salud Maternoinfantil y Bienestar Familiar (Pesmib). Militante del MAPU en la época. Actualmente es Jefe de la Unidad de Patrimonio Cultural de la Salud del Ministerio de Salud; y Coordinador Nacional de la Biblioteca Virtual en Salud de Chile.

Carlos Molina

Fue Subsecretario de Estado en el Departamento de Salud Pública, Ministerio de Salud, durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende, cargo en el que se

desempeñaba en 1971. Director titular de Atención Primaria del Servicio de Salud Metropolitano Central. Médico cirujano de la Universidad de Chile y Magister en Historia en la misma Universidad. Fue responsable de la investigación histórica de la Unidad de Patrimonio Cultural del Ministerio de Salud. Actualmente es Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina.

Hugo Fazio

Fue Vicepresidente del Banco Central de Chile y Gobernador alterno del Banco Interamericano del Desarrollo entre los años 1970 y 1973. Miembro del Tribunal Constitucional del Cobre, a partir de la nacionalización de las empresas norteamericanas, en 1971. Reconocido economista, de vasta trayectoria académica y profesional. Profesor emérito de las universidades Arcis y Academia de Humanismo Cristiano y académico de la Universidad de Chile. Actualmente es Director de Cenda, Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo.

Óscar Guillermo Garretón

En 1971 era Subsecretario de Economía del Presidente Allende (1970-1972). Elegido Secretario General del MAPU en diciembre de 1972, debió enfrentar el proceso de división interna, que culminó, en marzo de 1973, con la división y creación del MAPU Obrero Campesino encabezado por Jaime Gazmuri. Elegido Diputado por Concepción en las elecciones parlamentarias de ese mismo mes de marzo de 1973. Hasta mediados de 2010 fue Presidente de la Fundación Chile. Actualmente es miembro de la Junta Directiva de la Universidad Andrés Bello y colaborador del MBA de la Universidad Alberto Hurtado.

Gustavo Miranda

Licenciado y profesor de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus líneas de estudio son las políticas y prácticas político-culturales y los medios de comunicación. Actualmente cursa el Diplomado en Estudios de Música Popular, Universidad Alberto Hurtado.

César Albornoz

Historiador. Licenciado en Historia y Doctor © en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Especialista en temas de Historia Contemporánea y Cultura Popular Masiva, en sus dimensiones tanto visuales como sonoras. Dicta clases en el Programa de Santiago de Chile de la Universidad de Stanford. Es profesor asociado de la Universidad Alberto Hurtado. Autor de "Los sonidos del Golpe", en: 1973, La vida cotidiana de un año crucial; y de "La cultura en la Unidad Popular", en: Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular.

Juan Pablo González

Doctor en Musicología por la Universidad de California. Actualmente es Director del Instituto de Música de la Universidad Alberto Hurtado y Profesor Titular del Instituto de Historia de la P. Universidad Católica. Su línea de investigación privilegia el estudio de la música popular del siglo XX en Chile y sus esferas de influencia. En 2010 recibió la Medalla Bicentenario otorgada por el Consejo Chileno de la Música, de la Unesco.

Jorge Echenique

En 1971 era Subdirector de Icira (Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria, FAO-Gobierno de Chile), organismo de estudio y apoyo al proceso de implementación de la Reforma Agraria en el país. Cargo que ocupó hasta 1973. Ingeniero Agrónomo con especialidad en Economía Agraria de la Pontificia Universidad Católica. Entre 1974 y 1980, se desempeñó en el área de desarrollo rural del PNUD, en México. Actualmente es director de la Corporación Agraria para el Desarrollo.

Sergio Gómez

Investigador de Icira durante el Gobierno de Salvador Allende. Sociólogo. Reconocido especialista en el estudio del proceso de Reforma Agraria en Chile y América Latina. Investigador de la Flacso en los 80-90. Coautor, entre otras obras de su autoría, del reconocido Movimiento Campesino Chileno, publicado por ICIRA. Actualmente es investigador y consultor de la FAO, especialista en desarrollo rural.

Alfredo Joignant

En 1971 formaba parte del equipo político del Ministerio del Interior. Luego fue nombrado Intendente de Santiago, cargo que ocupó hasta inicios de octubre de 1972, cuando fue destituido por el Congreso. Luego asumió como Director de la Policía de Investigaciones, hasta 1973. Profesor de Historia y militante socialista. Tras el golpe de Estado permanece detenido en distintos lugares, antes de poder salir al exilio. En democracia, entre otras responsabilidades, colaboró activamente en el Ministerio de Educación.

Eduardo Contreras

En 1971, a los 30 años, era Alcalde de Chillán, distrito por el cual después fue elegido Diputado, en las elecciones de 1973. Abogado y militante del Partido Comunista. Exiliado en diversos países, a su regreso desarrolla una larga trayectoria en la defensa de los derechos humanos. En enero de 1998 presentó, junto a Gladys Marín, la primera querella en contra Augusto Pinochet, que culminó con su desafuero y procesamiento, lo que facilitó su posterior detención. Es miembro del Comité Central del Partido Comunista.

Esteban Tomic

En 1971 estaba destinado como Ministro Consejero a la Embajada de Chile en Bonn (Alemania Federal), por expreso encargo del Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Unidad Popular, Clodomiro Almeyda. En 1968 había ingresado al servicio diplomático siendo nombrado muy joven como Director de la Dirección General para Asuntos Económicos del Ministerio de RREE. Es abogado, diplomático y político demócrata cristiano. Fundador de la revista Chile-América en el exilio. En 1992 fue elegido concejal de Las Condes, representando al Partido Demócrata Cristiano, siendo reelegido en 1996 con la segunda mayoría. Durante seis años (2000-2006) fue Embajador de Chile ante la OEA, en Washington.

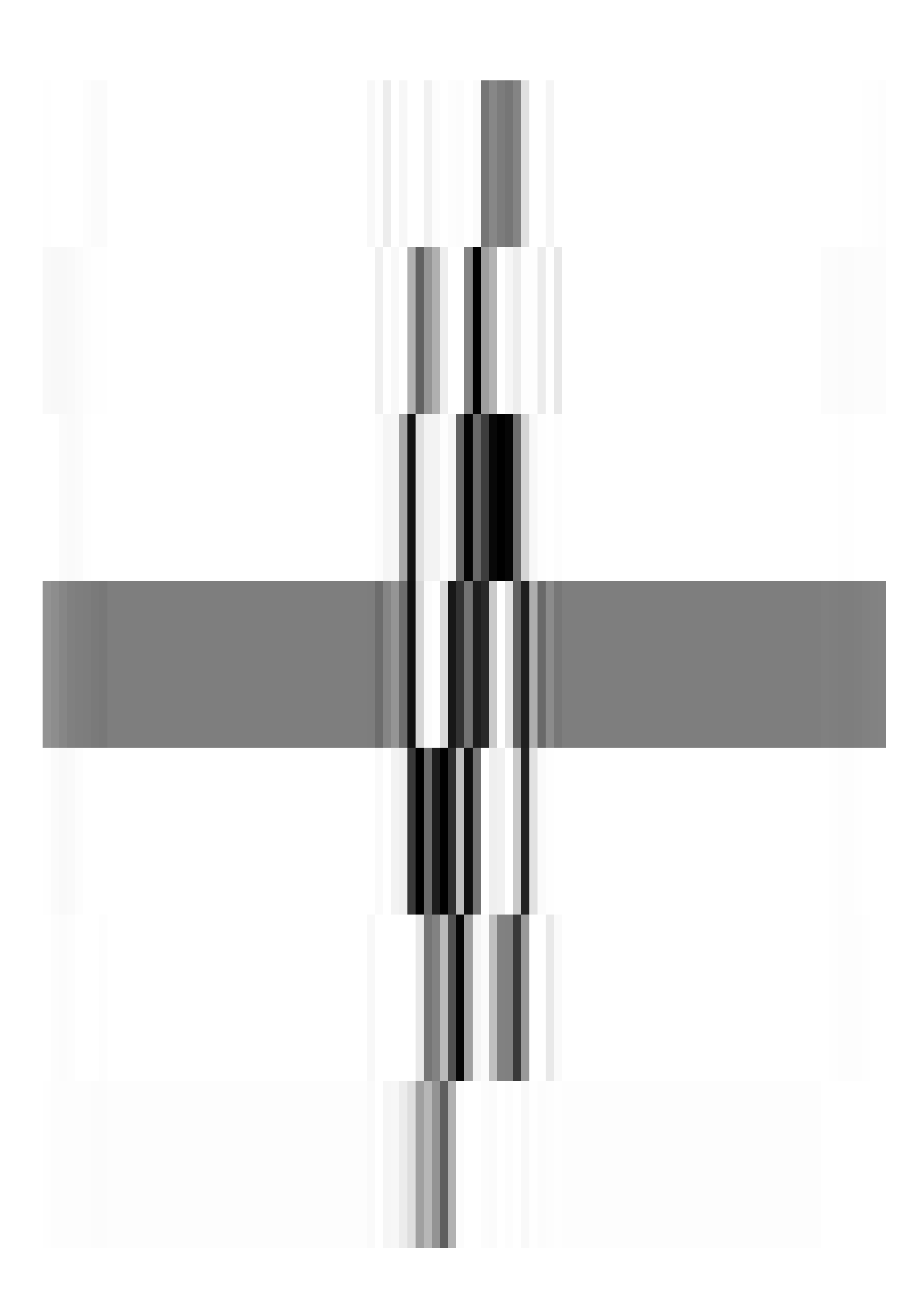
Pedro Felipe Ramírez

En 1971 renuncia a su militancia en la Democracia Cristiana y forma parte del grupo que crea la Izquierda Cristiana, incorporándose luego a la Unidad Popular. En 1973 fue Ministro de Minería y luego de Vivienda y Urbanismo. En 1969 había sido electo Diputado por la DC en el distrito de Osorno y Río Bueno. Ingeniero de la Universidad de Chile. Dirigente clandestino de la Izquierda Cristiana en dictadura. En democracia ha sido parte de la Fundación Salvador Allende. Actualmente es dirigente de Izquierda Ciudadana.

Andrés Pascal Allende

En 1971, con 28 años, era miembro de la Comisión Política del MIR, movimiento político creado en agosto de 1965 y que no formaba parte de la Unidad Popular. Sociólogo de la Universidad de Chile. Hijo de Laura Allende Gossens, hermana del Presidente Allende. En 1974, después de la muerte de Miguel Enríquez, lo sucedió como Secretario General del movimiento. Un año después logra escapar de la policía cuando, en Malloco, la parcela en que se refugiaba es descubierta. En el exilio siguió como dirigente del MIR. Actualmente es vicerrector en la Universidad Arcis.

DOCUMENTO



Primer Mensaje al Congreso Pleno del Presidente Salvador Allende (21 de mayo de 1971)

(Extracto, Primera parte referida a la Vía Chilena al Socialismo)

“Conciudadanos del Congreso:

Al comparecer ante ustedes para cumplir con el mandato constitucional, atribuyo a este Mensaje una doble trascendencia: es el primero de un Gobierno que acaba de asumir la dirección del país, y se entrega ante exigencias únicas en nuestra historia política.

Por ello quiero concederle un contenido especial, concorde con su significado presente y su alcance para el futuro.

Durante 27 años concurrí a este recinto, casi siempre como Parlamentario de oposición.

Hoy lo hago como Jefe de Estado, por la voluntad del pueblo ratificada por el Congreso. Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista, pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas para sentar las bases legales de la Reforma Agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa, ahora, para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece. El Congreso elabora la institucionalidad legal, y así regula el orden social dentro del cual se arraiga; por eso durante más de un siglo ha sido más sensible a los intereses de los poderosos que al sufrimiento del pueblo.

En el comienzo de esta legislatura debo plantear este problema: Chile tiene ahora en el Gobierno una nueva fuerza política cuya función social es dar respaldo no a la clase dominante tradicional, sino a las grandes mayorías. A este cambio en la estructura de poder debe corresponder, necesariamente, una profunda transformación en el orden socio-económico que el Parlamento está llamando a institucionalizar.

A lo avanzado en la liberación de las energías chilenas para reedificar la nación, tendrán que seguir pasos más decisivos. A la Reforma Agraria en marcha, a la Nacionalización del Cobre que solo espera la aprobación del Congreso Pleno, cumple agregar, ahora, nuevas reformas. Sea por iniciativa del Parlamento, sea por propuesta del Ejecutivo, sea por iniciativa conjunta de los dos poderes, sea con apelación legal al fundamento de todo poder, que es la soberanía popular expresada en consulta plebiscitaria.

Se nos plantea el desafío de ponerlo todo en tela de juicio. Tenemos urgencia de preguntar a cada ley, a cada institución existente y hasta a cada persona, si está sirviendo o no a nuestro desarrollo integral y autónomo.

Estoy seguro de que pocas veces en la historia se presentó al Parlamento de cualquier Nación un reto de esta magnitud.

La superación del capitalismo

Las circunstancias de Rusia en el año 1917 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia

contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población puedan, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no solo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera Nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.

Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora, la historia empieza a dar un nuevo giro, en la medida que estemos los chilenos conscientes de la empresa. Algunos entre nosotros, los menos quizás, solo ven las enormes dificultades de la tarea. Otros, los más, buscamos la posibilidad de enfrentarla con éxito. Por mi parte, estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del Pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del General Schneider, en las Fuerzas Armadas, como parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal.

Por mi parte declaro, señores miembros del Congreso Nacional, que fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse de hecho en el Parlamento del pueblo. Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la Constitución establezca. Una ordenación más justa, más humana y más generosa para todos, pero esencialmente para los trabajadores que hasta hoy dieron tanto sin recibir casi nada.

Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo; romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva.

Las causas del atraso estuvieron –y están todavía– en el maridaje de las clases dominantes tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasista interna. Ellas lucraban con la asociación a intereses extranjeros, y con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a éstos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad laboral.

Nuestra primera tarea es deshacer esta estructura constrictiva que solo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguimos pese a las vicisitudes del subdesarrollo, edificarla sin crisis artificiales elaboradas por los que verán proscritos sus arcaicos privilegios.

Más allá de estas cuestiones básicas se plantea una que desafía a nuestro tiempo como su interrogante esencial: ¿Cómo devolver al hombre, sobre todo al joven, un sentido de misión que le infunda una nueva alegría de vivir y que confiera dignidad a su existencia? No hay otro camino sino apasionarse en el esfuerzo generoso de realizar grandes tareas impersonales, como auto superación de la propia condición humana, hasta hoy envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos.

Nadie puede hoy imaginar soluciones para los tiempos lejanos del futuro, cuando todos los pueblos habrán alcanzado la abundancia y la satisfacción de sus necesidades materiales y heredado, al mismo tiempo, el patrimonio cultural de la humanidad. Pero aquí y ahora, en Chile y en América Latina, tenemos la posibilidad y el deber de desencadenar las energías creadoras, particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa del pasado.

Tal es la esperanza de construir un mundo que supere la división entre ricos y pobres. Y en nuestro caso, edificar una sociedad en la que se proscriba la guerra de unos contra otros en la competencia económica; en la que no tenga sentido la lucha por privilegios profesionales; ni la indiferencia hacia el destino ajeno que convierte a los poderosos en extorsión de los débiles.

Pocas veces los hombres necesitaron tanto como ahora de fe en sí mismos y en su capacidad de rehacer el mundo, de renovar la vida.

Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales para realizar las utopías más generosas del pasado. Solo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de medios y tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Solo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como reductos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista.

Un observador ingenuo, ubicado en algún país desarrollado poseedor de esos medios materiales, podría suponer que esta reflexión es un nuevo estilo de los pueblos atrasados para pedir ayuda, una invocación más de los pobres a la caridad de los ricos. No se trata de esto, sino de lo contrario. La ordenación interna de todas las sociedades bajo hegemonía de los desposeídos, la modificación de las relaciones de intercambio internacional exigidas por los pueblos expoliados, tendrán como consecuencia no solo liquidar la miseria y el atraso de los pobres, sino liberar a los países poderosos de su condena al despotismo. Así como la emancipación del esclavo libera al amo, así la construcción socialista con que se enfrentan los pueblos de nuestro tiempo tiene sentido tanto para las naciones desheredadas como para las privilegiadas, ya que unas y otras arrojarán las cadenas que degradan su sociedad.

Señores Miembros del Congreso Nacional: Aquí estoy para incitarles a la hazaña de reconstituir la Nación chilena tal como la soñamos. Un Chile en que todos los

niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en que la capacidad creadora de cada hombre y de cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino en favor de una vida mejor para todos.

Nuestro camino hacia el socialismo

Cumplir estas aspiraciones supone un largo camino y enormes esfuerzos de todos los chilenos. Supone, además, como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas –particularmente al humanismo marxista– y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno.

Científica y tecnológicamente hace tiempo que es posible crear sistemas productivos para asegurar, a todos, los bienes fundamentales que hoy solo disfrutan las minorías. Las dificultades no están en la técnica y, en nuestro caso, por lo menos, tampoco residen en la carencia de recursos naturales o humanos. Lo que impide realizar los ideales es el modo de ordenación de la sociedad, es la naturaleza de los intereses que la rigieron hasta ahora, son los obstáculos con que se enfrentan las naciones dependientes. Sobre aquellas situaciones estructurales y sobre estas compulsiones institucionales debemos concentrar nuestra atención.

En términos más directos, nuestra tarea es definir y poner en práctica como la vía chilena al socialismo, un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones. Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre. No existen experiencias anteriores que podamos usar como

modelo, tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista.

Solo podremos cumplirlo a condición de no desbordar ni alejarnos de nuestra tarea. Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que exceda nuestras posibilidades, también fracasaríamos.

Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo que sabe el imperativo ineludible de vencer el atraso y siente al régimen socialista como el único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruirse racionalmente en libertad, autonomía y dignidad. Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana.

En nombre de la reconstrucción socialista de la sociedad chilena ganamos las elecciones presidenciales y confirmamos nuestra victoria en la elección de regidores.

Esta es nuestra bandera, en torno a la cual movilizaremos políticamente al pueblo como el actor de nuestro proyecto y como legitimador de nuestra acción. Nuestros planes de gobierno son el Programa de la Unidad Popular con que concurrimos a las elecciones. Y nuestras obras no sacrificarán la atención de las necesidades de los chilenos de ahora en provecho de empresas ciclópeas. Nuestro objetivo no es otro que la edificación progresiva de una nueva estructura de poder fundada en las mayorías, y centrada en satisfacer en el menor plazo

posible los apremios más urgentes de las generaciones actuales.

Atender a las reivindicaciones populares es la única forma de contribuir de hecho a la solución de los grandes problemas humanos; porque ningún valor universal merece ese nombre si no es reductible a lo nacional, a lo regional y hasta a las condiciones locales de existencia de cada familia.

Nuestro ideario podría parecer demasiado sencillo para los que prefieren las grandes promesas. Pero el pueblo necesita abrigar sus familias en casas decentes, con un mínimo de facilidades higiénicas, educar a sus hijos en escuelas que no hayan sido hechas solo para pobres, comer lo suficiente en cada día del año, el pueblo necesita trabajo, amparo en la enfermedad y en la vejez, respeto a su personalidad. Eso es lo que aspiramos dar en un plazo previsible a todos los chilenos. Lo que ha sido negado a América Latina a lo largo de siglos. Lo que algunas naciones empiezan a garantizar ahora a toda una población.

Empero, detrás de esta tarea y como requisito fundamental para llevarla a cabo, se impone otra igualmente trascendental. Es movilizar la voluntad de los chilenos para dedicar nuestras manos, nuestras mentes y nuestros sentimientos a recuperar al pueblo para sí mismo a fin de integrarnos en la civilización de este tiempo como dueños de nuestro destino y herederos del patrimonio de técnicas, de saber, de arte, de cultura. Orientar el país hacia la atención de esas aspiraciones fundamentales es el único modo de satisfacer las necesidades populares, de suprimir diferencias con los más favorecidos. Y, sobre todo, de dar tarea a la juventud, abriéndole amplias perspectivas de una existencia fecunda como edificadora de la sociedad en que le tocará vivir.

Conciudadanos del Congreso. El mandato que se nos ha confiado compromete todos los recursos materiales y espirituales del país. Hemos llegado a un punto en que el retroceso o el inmovilismo significarían una catástrofe nacional irreparable. Es mi obligación, en esta hora, como primer responsable de la suerte de Chile, exponer claramente el camino por el que estamos avanzando y el

peligro y la esperanza que, simultáneamente, nos depara.

El Gobierno Popular sabe que la superación de un período histórico está determinada por los factores sociales y económicos que ese mismo período ha conformado previamente. Ellos encuadran los agentes y modalidades del cambio histórico. Desconocerlo sería ir contra la naturaleza de las cosas.

En el proceso revolucionario que vivimos, son cinco los puntos esenciales en que confluye nuestro combate político y social: la legalidad, la institucionalidad, las libertades políticas, la violencia y la socialización de los medios de producción: cuestiones que afectan al presente y al futuro de cada conciudadano.

El principio de la legalidad

El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado. Es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados.

No es el principio de legalidad lo que denuncian los movimientos populares. Protestamos contra una ordenación legal cuyos postulados reflejan un régimen social opresor. Nuestra normativa jurídica, las técnicas ordenadoras de las relaciones sociales entre chilenos responden hoy a las exigencias del sistema capitalista. En el régimen de transición al socialismo, las normas jurídicas responderán a las necesidades de un pueblo esforzado en edificar una nueva sociedad. Pero legalidad habrá.

Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las

Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico. Del realismo del Congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar.

El desarrollo institucional

El papel social ordenador y regulador que corresponde al régimen de Derecho está integrado a nuestro sistema institucional. La lucha de los movimientos y partidos populares que hoy son gobierno ha contribuido sustancialmente a una de las realidades más prometedoras con que cuenta el país: tenemos un sistema institucional abierto, que ha resistido incluso a quienes pretendieron violar la voluntad del pueblo.

La flexibilidad de nuestro sistema institucional nos permite esperar que no sea una rígida barrera de contención. Y que al igual que nuestro sistema legal, se adaptará a las nuevas exigencias para generar, a través de los cauces constitucionales, la institucionalidad nueva que exige la superación del capitalismo.

El nuevo orden institucional responderá al postulado que legitima y orienta nuestra acción: transferir a los trabajadores y al pueblo en su conjunto el poder político y el poder económico. Para hacerlo posible es prioritario la propiedad social de los medios de producción fundamentales.

Al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en un momento oportuno, someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesidad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento

liberal, por una Constitución de orientación socialista. Y el sistema bicameral en funciones, por la Cámara Única.

Es conforme con esta realidad que nuestro Programa de Gobierno se ha comprometido a realizar su obra revolucionaria respetando el Estado de Derecho. No es un simple compromiso formal, sino el reconocimiento explícito de que el principio de legalidad y el orden institucional son consubstanciales a un régimen socialista, a pesar de las dificultades que encierran para el período de transición.

Mantenerlos, transformando su sentido de clase, durante este difícil período es una tarea ambiciosa de importancia decisiva para el nuevo régimen social.

No obstante, su realización escapa a nuestra sola voluntad: dependerá fundamentalmente de la configuración de nuestra estructura social y económica, su evolución a corto plazo y el realismo en la actuación política de nuestro pueblo. En este momento pensamos que será posible, y actuamos en consecuencia.

Las libertades políticas

Del mismo modo, es importante recordar que, para nosotros, representantes de las fuerzas populares, las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer. De ahí también nuestro respeto por la libertad de conciencia y de todos los credos. Por eso destacamos con satisfacción las palabras del Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en su mensaje a los trabajadores: “La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació, y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que

estuvo y está entre los humildes”.

Pero no seríamos revolucionarios si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. El Gobierno de la Unidad Popular fortalecerá las libertades políticas. No basta con proclamarlas verbalmente porque son entonces frustraciones o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica.

En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales con intereses antagónicos y excluyentes, y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector.

Ante esta diversidad, nuestro Gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales y empleados. Bloque social cada vez más unido en su condición común de asalariados. Por el mismo motivo nuestro Gobierno ampara a los pequeños y medianos empresarios. A todos los sectores que, con intensidad variable, son explotados por la minoría propietaria de los centros de poder.

La coalición multipartidista del Gobierno Popular responde a esta realidad. Y en el enfrentamiento diario de sus intereses con los de la clase dominante se sirve de los mecanismos de confrontación y resolución que el sistema jurídico institucional establece, reconociendo a la Oposición las libertades políticas y ajustando su actuación dentro de los límites institucionales. Las libertades políticas son una conquista de toda la sociedad chilena en cuanto Estado.

Todos estos principios de acción, que se apoyan en nuestra teoría política revolucionaria, que responden a la realidad del país en el momento presente, que están contenidas en el Programa de Gobierno de la Unidad Popular, los he

ratificado plenamente como Presidente de la República.

Son parte de nuestro proyecto de desarrollar al máximo las posibilidades políticas de nuestro país, para que la etapa de transición hacia el socialismo sea de superación selectiva del sistema presente. Destruyendo o abandonando sus dimensiones negativas y opresoras. Vigorizando y ampliando los factores positivos.

La violencia

El pueblo de Chile está conquistando el poder político sin verse obligado a utilizar las armas. Avanza en el camino de su liberación social sin haber debido combatir contra un régimen despótico o dictatorial, sino contra las limitaciones de una democracia liberal. Nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno.

Nuestra voluntad en este punto es muy clara. Pero la responsabilidad de garantizar la evolución política hacia el socialismo no reside únicamente en el Gobierno, en los movimientos y partidos que lo integran. Nuestro pueblo se ha levantado contra la violencia institucionalizada que sobre él hace pesar el actual sistema capitalista. Y por eso estamos transformando las bases de este sistema.

Mi Gobierno tiene su origen en la voluntad popular libremente manifestada. Solo ante ella responde, los movimientos y partidos que lo integran son orientadores de la conciencia revolucionaria de las masas y expresión de sus aspiraciones e intereses. Y también son directamente responsables ante el pueblo.

Con todo, es mi obligación advertir que un peligro puede amenazar la nítida trayectoria de nuestra emancipación y podría alterar radicalmente el camino que nos señalan nuestra realidad y nuestra conciencia colectiva; este peligro es la violencia contra la decisión del pueblo.

Si la violencia, interna o externa, la violencia en cualquiera de sus formas, física, económica, social o política llegara a amenazar nuestro normal desarrollo, y las conquistas de los trabajadores, correrían el más serio peligro la continuidad institucional, el Estado de derecho, las libertades políticas y el pluralismo. El combate por la emancipación social o por la libre determinación de nuestro pueblo adoptaría obligatoriamente manifestaciones distintas de lo que con legítimo orgullo y realismo histórico denominamos la vía chilena hacia el socialismo. La resuelta actitud del Gobierno, la energía revolucionaria del pueblo, la firmeza democrática de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, velarán porque Chile avance con seguridad por el camino de su liberación.

La unidad de las fuerzas populares y el buen sentido de los sectores medios nos dan la superioridad indispensable para que la minoría privilegiada no recurra fácilmente a la violencia. Si la violencia no se desata contra el pueblo, podremos transformar las estructuras básicas donde se asienta el sistema capitalista en democracia, pluralismo y libertad. Sin compulsiones físicas innecesarias, sin desorden institucional, sin desorganizar la producción; de acuerdo con el ritmo que determine el Gobierno según la atención de las necesidades del pueblo y el desarrollo de nuestros recursos.

Lograr las libertades sociales

Nuestro camino es instaurar las libertades sociales mediante el ejercicio de las libertades políticas, lo que requiere como base establecer la igualdad económica. Este es el camino que el pueblo se ha trazado, porque reconoce que la transformación revolucionaria de un sistema social exige secuencias intermedias. Una revolución simplemente política puede consumarse en pocas semanas. Una

revolución social y económica exige años. Los indispensables para penetrar en la conciencia de las masas. Para organizar las nuevas estructuras, hacerlas operantes y ajustarlas a las otras. Imaginar que se pueden saltar las fases intermedias es utópico. No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo. Si no se reconoce esta exigencia natural del cambio histórico, la realidad se encargará de recordarla. Tenemos muy presente la enseñanza de las revoluciones triunfantes. La de aquellos pueblos que ante la presión extranjera y la guerra civil han tenido que acelerar la revolución social y económica para no caer en el despotismo sangriento de la contrarrevolución. Y que recién después, durante decenios, han tenido que organizar las estructuras necesarias para superar definitivamente el régimen anterior.

El camino que mi Gobierno ha trazado es consciente de estos hechos. Sabemos que cambiar el sistema capitalista respetando la legalidad, institucionalidad y libertades políticas, exige adecuar nuestra acción en lo económico, político y social a ciertos límites. Estos son perfectamente conocidos por todos los chilenos. Están señalados en el Programa de Gobierno que se está cumpliendo inexorablemente, sin concesiones en el modo y la intensidad que hemos hecho saber de antemano.

El pueblo chileno, en proceso ascendente de madurez y de organización, ha confiado al Gobierno Popular la defensa de sus intereses. Ello obliga al Gobierno a actuar con una total identificación e integración con las masas, a interpretarlas orientándolas. Y le impide distanciarse con actuaciones retardadas o precipitadas. Hoy más que nunca, la sincronización entre el pueblo, los partidos populares y el Gobierno debe ser precisa y dinámica.

Cada etapa histórica responde a los condicionamientos de lo anterior y crea los elementos y agentes de la que sigue. Recorrer la etapa de transición sin restricciones en las libertades políticas, sin vacío legal o institucional, es para nuestro pueblo un derecho y una legítima reivindicación. Porque está prefigurando en términos concretos su plena realización material en la sociedad

socialista. El Gobierno Popular cumplirá con su responsabilidad en este momento decisivo.

En la organización y conciencia de nuestro pueblo, manifestada a través de los movimientos y partidos de masas, de los sindicatos, radica el principal agente constructor del nuevo régimen social. En movilización permanente y multiforme, según las exigencias objetivas de cada momento. Esperamos que esta responsabilidad, no necesariamente desde el Gobierno, sea compartida por la Democracia Cristiana que deberá manifestar su consecuencia con los principios y programas que tantas veces expuso al país".